



# *Para que nadie quede atrás*

*Segunda edición ampliada*

Periodistas de la Universidad de Chile recuerdan a sus compañeras y compañeros

*Gustavo González Rodríguez (editor)*







# *Para que nadie quede atrás*

*A la memoria de nuestras(os) compañeras(os) y maestras(os)*



**Editor:**

Gustavo González Rodríguez

**Diseño y publicación digital:**

Roberto Cossio Correa

Gonzalo Ramírez Chamblat (2da edición)

Dirección de Servicios de Información y Bibliotecas (SISIB)

Universidad de Chile

**Foto de portada:**

Detalle del mural del Instituto de la Comunicación e Imagen (ICEI)

Campus Juan Gómez Millas

Universidad de Chile

*Santiago, junio de 2015*

*“...Y en nosotros nuestros muertos, pa’  
que nadie quede atrás...”*

(Atahualpa Yupanqui, Los Hermanos)

# Índice

Prólogo	7
Prólogo a la segunda edición	9
<i>I. Generación calle Los Aromos</i>	<i>13</i>
Raúl Aicardi	14
Elmo Catalán Avilés	16
Raquel Correa	21
Olga Dragnic	25
Alejandro Cabrera	29
Eduardo Ted Córdova-Claure	32
Agustín “Paco” Oyarzún	35
Érica Vexler	38
Gonzalo Bertrán Martínez-Conde	41
Alexandra Barrientos	44
Wladimir Aguilera	48
Edmundo Villarroel Ilic	51
Myriam Saa Contreras	54
Juan Bastidas	58
Patricio Muñoz Madariaga	61
Jorge Silva Luvecce	71
Jorge Uribe Navarrete	78
Hernán Barahona	83
José Miguel Zambrano	86
Enrique Canelo Córdova	92
Alejandro Villalobos Muñoz	98
Verónica Schwartzmann Rauch	102
María Celina Arosteguy Fernández (Mao)	105
René Toro	111
Patricia Bravo Berli	113
Cornelio González	116
Verónica Vergara	120
Juan Carlos Díaz Velásquez	122
Orlando Escárate	125

<i>II. Generación calle Belgrado</i>	<i>129</i>
Quémil Rios	130
Rubén Bravo la Vega	135
Claudia Araya Palacios	138
Jaime Valdés Concha	141
Rodrigo García	150
Claudio Le-Fort	152
Carolina Eva Cárdenas Beltrán	156
Jorge Andrés Urruticoechea Basaure	160
Guillermo Hidalgo Muñoz	164
Marta Andrea Machuca Arriagada	169
<i>III. Generación Campus Juan Gómez Millas</i>	<i>173</i>
Roberto Casanova Valdebenito	174
Apéndice	179

# Prólogo

La idea de publicar este libro surgió el año 2013, con ocasión de los 60 años de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, que inició oficialmente sus clases el 20 de abril de 1953.

Gustavo González Rodríguez, ex director de la Escuela, propuso la elaboración colectiva de un texto electrónico que fuera una plataforma o blog de registro de semblanzas de exalumnas y exalumnos fallecidos, escritas por sus compañeras y compañeros. El propósito fue dar continuidad a dos libros que reúnen las historias de protagonistas de estas seis décadas de la Escuela. *Vendedores de sol*, editado por Alejandro Cabrera Ferrada en 1994 es una recopilación de crónicas y testimonios personales sobre los primeros 40 años de nuestro plantel. *Morir es la noticia*, publicado por Ernesto Carmona Ulloa en 1997, recoge las historias de periodistas y estudiantes de periodismo asesinados o desaparecidos bajo la dictadura, así como de profesionales de la comunicación fallecidos, cuyas vidas se vieron alteradas radicalmente por el golpe de Estado de 1973.

*Morir es la noticia* incluye los casos de 14 periodistas y estudiantes de nuestra Escuela de Periodismo, entre ellos dos compañeros que estu-

diaron en la otrora sede de Valparaíso de la Universidad de Chile, además de nuestro recordado exdirector y exdecano Mario Planet Rojas.

Hay allí una mención muy breve a René Toro Trujillo, torturado por la represión dictatorial en Chile y fallecido en el exilio en los Estados Unidos. Ahora, gracias a sus compañeros de curso Carlos Guerra y Ximena Ortúzar podemos publicar una completa semblanza de este joven militante socialista.

*Para que nadie quede atrás* viene a ser un complemento cronológico de *Vendedores de sol* y *Morir es la noticia* y a la vez una especie de memorial permanente en que podrán incluirse las semblanzas de exalumnos o maestros de la Escuela de Periodismo fallecidos, omitidos involuntariamente en esta primera entrega. En otras palabras, esperamos que muchos de los miles de estudiantes de Periodismo que han pasado por la Universidad de Chile conozcan esta iniciativa y aporten a su enriquecimiento.

La idea planteada hace un año llega entonces ahora a una primera fase de materialización. Esta entrega incluye a 25 estudiantes y

maestros de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile. Es una suerte de friso generacional, con semblanzas de señeras figuras del periodismo chileno que pasaron por el añorado edificio de la calle Los Aromos (hoy calle Profesor Juan Gómez Millas) y por las casonas de la calle Belgrado (hoy calle Periodista José Carrasco Tapia). También las jóvenes generaciones que estudian Periodismo en el Campus Juan Gómez Millas han contribuido a este libro.

Los textos reunidos aquí presentan diversos estilos y aproximaciones a las figuras de nuestras compañeras y compañeros que ya no están con nosotros. Si bien se entregó una pauta preliminar a los autores con recomendaciones de extensión, se puntualizó que no había normas rígidas para la escritura. Así, nos encontramos con semblanzas que constituyen íntimos retratos escritos en primera persona, otras que más bien adoptan el formato de la crónica testimonial, y algunas que apuestan a la reconstrucción de eventos históricos y biográficos.

La mayoría de las semblanzas corresponden a un solo autor, pero en algunos casos se optó por la autoría colectiva o por dos artículos acerca de una misma persona. Del mismo modo, hay escritos que superaron con largueza la extensión recomendada. El editor optó finalmente por aceptar todos los textos e intervenirlos en forma mínima. Otro procedimiento habría implicado despojar a este libro de los sentimientos que vierten aquí quienes colaboraron generosamente en su realización.

El rescate de las figuras de compañeras y compañeros es un homenaje a quienes dejaron sus huellas de amistad, solidaridad y talento en su paso por nuestras aulas, pero es también un aporte a la recuperación de la memoria colectiva de nuestra Escuela de Periodismo, que a sus 61 años entra en la etapa de “adulto mayor” en medio

de desafíos permanente de renovación y de lucha por la democratización de las comunicaciones y por una educación superior libre y gratis.

En el transcurso inexorable del tiempo y de la vida, este libro es también un reconocimiento póstumo particular al profesor Alejandro Cabrera Ferrada, miembro de la primera generación de estudiantes de la Escuela y editor de *Vendedores de sol*, como igualmente a nuestra añorada Patricia Bravo Berli, coautora de *Morir es la noticia*.

Como toda obra colectiva esta es una creación que convocó a numerosos colaboradores. Corresponde agradecer a todas/os las/os autoras y autores que aportaron tanto sus textos como testimonios gráficos. Un agradecimiento especial a quienes actuaron como puentes generacionales para proponer nombres y autores. En esta dimensión corresponde mencionar a Lidia Baltra, Mónica Silva Monge, María Eugenia Borel, Hilda Pacheco y a Fernando *Charlie* Donoso, con las respectivas excusas si es que hay alguna involuntaria omisión.

Un reconocimiento también a Ernesto Carmona, quien autorizó la incorporación, como Apéndice de esta obra, de los enlaces a los textos en Internet sobre los 15 maestros, periodistas y estudiantes de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile incluidos en *Morir es la noticia*.

Un agradecimiento igualmente al profesor y periodista Alejandro Morales Vargas, quien hizo posible el apoyo informático del Dirección de Servicios de Información y Biblioteca (SISIB) de la Universidad de Chile para el diseño y difusión de esta obra.

**El editor**

*Abril de 2014*



# Prólogo a la segunda edición

Ha transcurrido más de un año desde que en abril de 2014 lanzáramos la primera edición de este libro. Como advertimos en esa oportunidad, no estábamos entregando un producto terminado, sino dando apenas un primer paso para construir “una especie de friso generacional” que diera continuidad a los libro *Vendedores de sol y Morir es la noticia*, con las historias de docentes y estudiantes que desde 1953 han dado vida a nuestra Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile.

Partimos con 25 semblanzas y ahora sumamos otras 15. Hay que insistir en que todavía “no están todos los que son, ni son todos los que están”. Sin embargo, avanzamos sin pausa en la tarea propuesta, que hace justicia a la memoria de mujeres y hombres que en 62 años han dado vida a la que proclamamos con orgullo y sin prepotencia como la primera y la mejor Escuela de Periodismo de nuestro país.

Quienes se sintieron motivadas o motivados por la primera edición y afilaron sus plumas para ser parte de esta segunda entrega ayudan a diseñar una historia que no solo recoge experiencias

individuales, sino que en la suma de testimonios va dibujando la reconstrucción de épocas y episodios donde confluyen desde notables personalidades formadas en nuestra Escuela hasta protagonistas de vidas que no por sencillas son menos valiosas.

En esta edición ampliada, los textos sobre Ted Córdova y Olga Dragnic hablan de la proyección internacional de nuestra Escuela de Periodismo, así como Elmo Catalán es rescatado como el mayor testimonio del internacionalismo, una palabra condenada ahora al desuso. El maestro Raúl Aicardi, así como Gonzalo Bertrán y Juan Carlos Díaz, nos remiten a momentos clave de la televisión chilena. Junto a la figura señera de Érica Vexler, encontraremos a directores de medios como Wladimir Aguilera y Orlando Escárte.

Muchos de los que pertenecen a la “Generación calle Belgrado” se enterarán tal vez con sorpresa que el quijotesco Jaime Valdés fue un activo y comprometido rodriguista en los años de lucha contra la dictadura, a la vez que podrán recordar la intensa y fugaz vida de Andrea Machuca. Los que se identifican con la ya mítica “Generación calle Los Aromos” revivirán posiblemente la magia de los

años 60 y 70 en los perfiles de Enrique Canelo, Alejandro Villalobos, Verónica Schwartzmann y Verónica Vergara.

Corresponde agradecer a autoras y autores tanto por su colaboración como por el alto nivel narrativo y estilístico de sus escritos, que dan cuenta a la postre de la calidad de la formación en nuestra Escuela. Va también una vez más la gratitud para el SISIB (Dirección de Servicios de Información y Bibliotecas), esta vez en la persona de Pamela Aguayo, por su aporte en el diseño y difusión online de esta obra.

**El editor**

*junio de 2015*







*I. Generación calle Los Aromos*

# *Raúl Aicardi Saavedra*

## GRAN MAESTRO HASTA EL FINAL

Por Toño Freire

14

El edificio donado por benefactores venezolanos para que funcionara la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile al fondo del Instituto Pedagógico era magnífico para su época: “un niño de cemento, hierro y cristal” en palabras de su director Santiago del Campo en la jornada inaugural de 1956. Sin embargo, en su interior carecía de mínima tecnología para que los alumnos pudiesen practicar las teorías impartidas. Falencia más notoria en asignaturas relacionadas con el ejercicio del audiovisualismo. Si en clases de Radio se desconocían los micrófonos, en Cine las filmadoras sólo funcionaban en mentes afebradas.

Fue en ese pobre terreno de la actividad docente que empezamos a apreciar la generosidad de Raúl Aicardi, fallecido en septiembre del 2013 en su casa de Colorado Spring, Estados Unidos. A los 89 años tomó el tren del adiós enseguida de haber dejado en su historia logros señeros como haber sido fundador del Canal 9 de la Universidad de Chile y jefe del Departamento Audiovisual de Naciones Unidas. Al país del norte había llegado en 1963 para asistir a una Convención en la Universidad de Syracuse, Nueva York, y desde la Agencia Informativa de los Estados Unidos (USIS) lo

contrataron para trabajar en un programa de televisión orientado a América latina. Sus reportajes y entrevistas a famosos del show aparecieron en las pantallas del continente. De ahí pasó a las Naciones Unidas. Ya jubilado, junto a sus esposa Eva MacKenzie, sin sus hijos Margarita y Guillermo, por un largo período se residió en Alicante, España, para, finalmente, retornar a lo que llamaba “el profundo Estados Unidos”.

A fines de los '50, cumpliendo nuestro curso los últimos años de la carrera, Aicardi dictó las asignaturas de Radio y Cine. Raquel Correa, Lidia Baltra, Abraham Santibáñez, Rosa Urrutia, Érica Vexler, Sergio Gutiérrez, Cecilia Binimelis, Agustín Oyarzún, se anotaban entre sus alumnos. Sin poseer título académico, sus logros profesionales avalaban su experticia: guionista y director de películas, libretista y director de radioteatros, periodista, crítico, publicista, actor e hijo de histriones uruguayos:

–Nací en el teatro. Crecí en escenarios y aprendí en giras mirando a mis padres, Jacinto Aicardi, actor, director, y a mi madre la actriz Albina Saavedra.



Consciente de la ausencia de equipos para realizar las prácticas docentes, en su afán de suplirlos, siendo director de la Radio de la Universidad de Chile, permitía que grabáramos programas en sus estudios de la Casa Central en Alameda, colocando a nuestra disposición al técnico Francisco Cares. En el campo cinematográfico, gracias a él, las deficiencias formativas encontraban solución al facilitarnos su cámara de 8 mm., la elemental editora, regalarnos el correspondiente celuloide y asumir el pago del revelado. En el marco de tales actividades fue que debutamos como documentalistas al producir *Listos para la foto*, destinado a recibir una generación de mechones que ingresaban a estudiar periodismo.

De la misma entrega desinteresada, de su talento artístico y amor por los forjadores de nuestra cultura, Aicardi ya había dado muestras cuando, en 1953, siendo autoridad de Radio Chilena – asimismo lo fue en Cooperativa Vitalicia – abrió las puertas a Violeta Parra, marginada entonces de muchos locutorios. Posteriormente, la fecunda cantautora, en una entrevista lo definiría como “el mejor director de radio, sin discusión alguna”. En el séptimo arte, a comienzos de los sesenta, su película *Recordando* en compañía del camarógrafo Juan Urrutia, fue un verdadero tributo a quienes captaron las primeras imágenes silentes de nuestra realidad y un documento al servicio de la memoria nacional.

Pleno de méritos y por la importancia del medio comunicacional, el Canal 9 de la Universidad de Chile debió ser uno de sus aportes mayúsculos. Sin abandonar su carisma docente ni calidad humana, multiplicando su capacidad laboral supo sacarlo adelante. Horas económicas difíciles, paupérrimas, con una cámara ciega, sin visor, un transmisor armado por alumnos del Instituto de Ensayos Eléctricos en la Escuela de Ingeniería, comandados por Bartolomé Dezerega y ad portas el Campeonato Mundial de Fútbol de 1962. Nada por recibir, mucho por hacer. Con creces salió adelante en tan inéditas transmisiones, formando, además, un centenar de futuros profesionales.



Raúl Aicardi en su oficina en Santiago, 1962.  
(© Marcelo Montealegre)

Tiempos de fama para Patricio Bañados, Alfredo Olivares, Hugo Tassara. A la hora de la programación nocturna verdaderamente cultural –no la bazofia actual– la animadora Diana Sanz compartía popularidad con Jorge Álvarez, Adriana Borghero, Enrique Bello, Sergio Silva, Mario Planet, Hugo Lagos, Alberto Guerrero, Cora Santa Cruz, Pablo de la Barra. Y por las mañanas, respetando los planes y programas de estudios del Ministerio de Educación, emisión de espacios de Televisión Educativa a cargo de Viola Soto, pedagoga perfeccionada en la Telescuola de Italia, destinados a apoyar el proceso de enseñanza-aprendizaje de alumnos de media docena de liceos capitalinos.

Mi amistad con don Raúl Aicardi nacida en el aula, continuada en los estudios de televisión, se prolongó por medio siglo. Jamás dejamos de cartearnos, visitarnos en Chile y el extranjero, intercambiar textos y recortes, telefonearnos, enviarnos películas, VHS, DVD, emails. Como venía sucediendo, el viernes 06 de septiembre del 2013 conversamos por teléfono. ¿Motivo?: la publicación de su libro *Luz, Cámara, Acción* que sacaría a circulación Juan Pablo Cárdenas en la Editorial Radio Universidad de Chile. Su voz sonaba transparente, optimista. Su mente proyectaba lucidez exhibiendo su agudo sentido crítico:

–“La TV chilena abierta es sólo una caja repetidora de lo peor que se hace en Estados Unidos.”



Raúl Aicardi (a la derecha), con el jazzista Jack Brown (1955)

Debo haber sido una de las últimas personas en escucharlo. Horas después lo encontraron muerto. Lo certero de su juicio demostró que hasta el último minuto de su existencia fue un excepcional maestro que, desgraciadamente, dijo adiós en tierras lejanas sin haber recibido nunca el reconocimiento de las comunicaciones chilenas.

## *Elmo Catalán Avilés*

### EL PERIODISTA DE LA PATRIA GRANDE

Por Gustavo González Rodríguez

16

En la fría mañana del martes 16 de junio de 1970 se repletó el auditorium de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile. En la tarde del día anterior las noticias procedentes de Bolivia habían confirmado la muerte violenta de Elmo Catalán Avilés, miembro de la primera generación de estudiantes de nuestro plantel. Mario Planet se dirigió a los estudiantes y académicos: “Hablaré brevemente, porque no quiero quebrarme ante ustedes como me quebré anoche”, dijo el director de la Escuela, para homenajear con cariño y emoción al periodista chileno asesinado en Cochabamba junto a su compañera, la joven boliviana Genny Köller.

Al término de la asamblea marchamos desde la calle Los Aromos hasta el centro de Santiago para exigir justicia ante un crimen que había cobrado la vida de un combatiente internacionalista. Los dedos acusadores apuntaban a los aparatos de contrainsurgencia de Estados Unidos y la dictadura militar boliviana del general Alfredo Ovando. Así, no fue extraño que el desfile de protesta culminara en la calle Agustinas con el apedreo de la sede del Instituto Chileno-Norteamericano de Cultura.

Elmo Catalán había ingresado clandestinamente a Bolivia en 1969 y al momento de su muerte integraba, como comisario político, el estado mayor del Ejército de Liberación Nacional (ELN), la guerrilla creada por Ernesto Che Guevara, que se aprestaba a reabrir la lucha armada mediante un foco insurgente en Teoponte.

Ricardo –tal era su nombre de guerra– arrastraba como una frustración el no haber combatido junto al Che en Ñancahuazú. Tras la muerte del guerrillero cubano-argentino se integró de lleno a los “elenos”, como se llamaba a los militantes del Partido Socialista de Chile que montaron redes de apoyo y retaguardia para la reconstrucción del ELN. Entre ellos estaba Beatriz Allende, la hija del doctor Salvador Allende, más conocida como Tati.

Elmo fue uno de los ocho chilenos que se integraron como guerrilleros al ELN. No alcanzó a combatir. Él y Victoria –nombre político de Genny– fueron asesinados en un confuso incidente el 8 de junio de 1970 por Aníbal Crespo, militante también de la organización. Once días después de su muerte, el 19 de junio, la columna de 67 combatientes (54 bolivianos, siete chilenos, dos





Elmo Catalán y Salvador Allende en la campaña presidencial de 1964. Aparecen también el dirigente comunista Volodia Teitelboim y los socialistas Manuel Mandujano y Aniceto Rodríguez, además de la esposa e hijos de este último.

argentinos, un colombiano, un brasileño, un peruano y un hispano-estadounidense) ocupó el poblado minero de Teoponte para abrir un foco guerrillero de efímera y trágica existencia. De los siete chilenos, cuatro murieron durante la aventura insurgente, otros dos desaparecieron bajo la dictadura de Augusto Pinochet en Chile y solo uno sobrevive.

Gustavo Rodríguez Ostría, historiador boliviano y actual embajador del gobierno de Evo Morales en Perú, documentó de manera exhaustiva la génesis, desarrollo y desenlace de este episodio guerrillero en las 643 páginas de su libro *Sin tiempo para las palabras. Teoponte, la otra guerrilla guevarista en Bolivia* (2006). Una obra que da un testimonio certero y a la vez emocionante del fracaso tal vez definitivo del foquismo guerrillero, alimentado por el idealismo y la pasión de jóvenes marxistas y cristianos que en su prisa por emular al Che se echaron a combatir al monte sin la instrucción ni el equipamiento ni la infraestructura de retaguardia adecuada.

### Consecuente con sus ideas e ideales

Han transcurrido ya 45 años y las circunstancias de la muerte de Genny y Elmo siguen siendo materia de controversias. Rodríguez Ostría aportó en su libro numerosos datos y testimonios sobre la participación de Crespo en los asesinatos y el ocultamiento de los cadáveres por parte de militantes del ELN en Cochabamba en un

intento de evitar una intervención policial que abortara los preparativos guerrilleros.

El 19 de septiembre de 2002 el historiador tuvo una larga entrevista con Crespo en Santa Cruz de la Sierra. Al final de la conversación le preguntó: “¿Fuiste tú verdad?”. “Sí, fui yo”, respondió, añadiendo ante otra pregunta que no recordaba si hizo dos o tres disparos.

A comienzos de los años 80 tuve en Quito la oportunidad de conversar con Julia, nombre político de una chilena ya anciana que residía en Bolivia y había pertenecido a las redes de apoyo del ELN, quien corroboraba la versión de que el criminal fue Crespo, impulsado por celos o un rechazo a la jefatura que sobre él ejercía Elmo. Pero en 1970, en esos días de rebrote guerrillero e intensificación de las luchas sociales en Bolivia, cobró cuerpo inicialmente la versión de que Catalán y Genny –quien tenía un embarazo de tres meses– habían sido secuestrados por cuerpos de seguridad y brutalmente torturados antes de los asesinatos. El estado en que estaban ambos cuerpos, abandonados durante cuatro días bajo un puente, daba credibilidad a las hipótesis de torturas y de que en el crimen había intervenido la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos, la CIA.

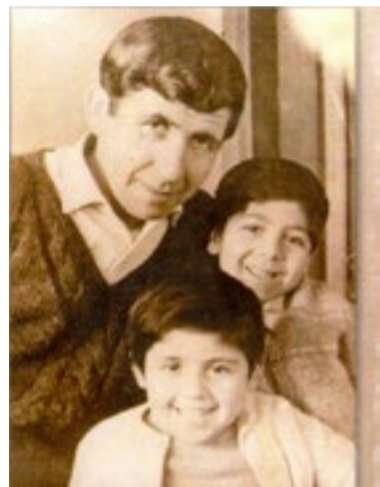
Desde el propio grupo guerrillero emanaron versiones contradictorias. La jefatura del ELN, encabezada por Osvaldo “Chato” Paredo, emitió un comunicado en la noche del 16 de junio donde decía que el crimen fue cometido por un miembro de la organización que disparó contra Genny y Elmo porque este lo había sancionado por actos de indisciplina. Dos días antes, otras fuentes del ELN habían culpado de los asesinatos al ejército. La Confederación Universitaria Boliviana y la Central Obrera Boliviana sostenían la misma versión y acusaban a la dictadura de Ovando y a la CIA.

El periodista cubano José Bodes Gómez, autor de *En la senda del Ché. Biografía de Elmo Catalán*, publicado el año 2009, aporta varios testimonios que sindicaban a Crespo como agente de la CIA. La hipótesis de que el periodista chileno fue ultimado por la inteligencia estadounidense “es indemostrable”, subrayó a su vez Rodríguez Ostría en una reunión en el Círculo de Periodistas de Santiago el 19 de noviembre de 2012, cuando vino a Chile para presentar el



documental *Teoponte ¡volveremos a las montañas!*, basado en su obra, dirigido por Roberto Alem Rojo.

Tal vez una muerte absurda para una vida ejemplar. Y es que más allá de las hipótesis y controversias sobre el autor de su asesinato y sus motivaciones, Elmo Catalán Avilés debe ser recordado como un hombre consecuente con sus ideas e ideales, como un periodista identificado a fondo con las luchas revolucionarias de los años 60, que inspirado por el Che Guevara abrazó las banderas del internacionalismo y quiso ser combatiente y fundador de la Patria Grande, como se solía identificar en la utopía de aquellos años a



Elmo junto a sus hijos Elmo y Claudia Catalán Agüero.

una América Latina integrada como una gran república socialista.

“Para nosotros «la patria es América», como lo proclamara Bolívar en los campos de batalla”, escribió Elmo en la carta que dirigió a su madre, hijos, hermanos, tíos y demás familiares desde Bolivia, con fecha 19 de abril de 1970, para romper una larga incomunicación y revelarles su condición de guerrillero: “Soy

soldado del Ejército de Liberación Nacional, el ejército que el Che y un puñado de valientes fundaron en Ñancahuazú. Muchos sueñan con tan grande honor sin alcanzarlo. Por eso me considero un privilegiado”.

“Patria tiene para mí un sentido real y profundo. Es ciertamente el territorio geográfico donde el individuo nace. Pero patria es también en toda su dimensión el suelo oprimido donde un revolucionario combate por la libertad de su pueblo o muere en defensa de sus ideales”. “Patria es la Nueva Sociedad y el Hombre Nuevo que nosotros queremos”. “No soy extranjero en Bolivia ni seré extranjero en ningún lugar de América Latina”, señaló en otros pasajes de la extensa carta, reproducida extensa carta, reproducida en el libro de Bodes.

El texto, firmado como Ricardo, terminaba con una post data conmovedora: “Hay algo más –y bastante grande– que me une profundamente a esta tierra. Amo a una combatiente del ELN y tendré un hijo boliviano. Soy feliz”.

## Orador apasionado, extraordinario profesional

La biografía de Elmo Catalán fue editada en Cuba como parte de las actividades conmemorativas del 50 aniversario de Prensa Latina, agencia noticiosa de la revolución cubana en cuya corresponsalía en Santiago trabajó el periodista chileno entre 1961 y 1964. En este libro, José Bodes –quien también fue corresponsal de Prensa en Chile– hace un completo recorrido por la vida familiar, profesional y política de Catalán, desde sus inicios como cronista deportivo en el diario *El Siglo* en 1955, cuando ya estudiaba en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, hasta su muerte en Bolivia.

“Elmo Catalán causó variadas impresiones a su paso por la escuela. Desde luego, hizo siempre impacto por su oratoria, generalmente apasionada en defensa de sus principios, identificados con las ideas de la izquierda. Luego, en virtud de una cierta facilidad para relacionarse con las personas, despertaba simpatía entre el elemento femenino. Además, dio siempre muestras de una extraordinaria capacidad socializadora al participar tanto en actividades propias de la carrera como en otras de carácter extraescolar”, recuerda el periodista Juan Guillermo Figueroa.

“Fue alumno del primer curso de la primera escuela de periodismo de Chile. Gladys Guzmán, una de sus compañeras en dicho curso, lo recordó como parte del llamado «clan de los nortinos», que integraban también Enrique Pizarro, Ibar Aibar, Atio Gálvez, Horacio Marull y Luis Ochoa. Todos provenían del liceo de hombres de Antofagasta”, agrega Juan Guillermo.

“Evoco la imagen de Elmo como la de un inquieto estudiante, un apasionado defensor de los humildes y un buen amigo en las aulas y en la vida social. En el plano profesional, lo recuerdo como un periodista que durante diez años, al menos, aplicó con rigor las enseñanzas de sus mentores y puso al servicio de la sociedad su talento, empuje y coraje”, concluye Figueroa.

Elmo Catalán se recibió como periodista con la memoria titulada “La propaganda, instrumento de presión política”, donde tuvo como profesor-guía a Mario Planet. A comienzos de los años 60 trabajó en la Escuela de Periodismo como ayudante del profesor

Juan Honorato en el curso de Periodismo Informativo, pero renunció a esa labor luego de que su rigor le acarrearía problemas con algunas estudiantes que lloraban en la sala ante lo implacable de sus correcciones. “Creo que fue un estallido histórico de mujeres enamoradas de su maestro”, le confidenció sin embargo una alumna a la periodista Eliana Cea, quien compartía la ayudantía con Catalán. “La verdad es que Elmo producía un encantamiento especial, y las mujeres nos sentíamos cautivadas sin que él se diera cuenta”, subraya Eliana.

En 1957 el periodista contrajo matrimonio con la profesora Ana María Agüero, con quien tuvo dos hijos: Elmo, nacido en 1958, y Ana María (1959). Más tarde tuvo como pareja a la periodista Ana María Maurer, quien se autoexilió en Alemania tras el golpe de Estado de 1973. La hija de ambos, Claudia, nacida en 1964, falleció en Ginebra en los años 90 en un accidente de tránsito.

En su vida política, Elmo Catalán militó inicialmente en el Partido Comunista y fue detenido el 2 de abril de 1957, cuando la policía política asaltó El Siglo durante las protestas populares contra el gobierno de Carlos Ibáñez. Sufrió pena de relegación en Curepto y Visviri. Posteriormente se afilió al Partido Socialista (PS) mientras era reportero de Radio Minería.

En 1960 coordinó un puente radial desde Valdivia tras el terremoto y en 1961 fue uno de los primeros periodistas en llegar a la zona cordillerana donde la caída de un avión causó la muerte del plantel del club de fútbol Green Cross. “Era reportero en radio Minería, y su calidad profesional me impactó tras ese accidente aéreo que conmovió al país. Pasaron días y horas en que se no se lograba alcanzar hasta las cumbres cordilleranas donde se había estrellado el avión. Con un esfuerzo y audacia increíbles, Elmo llegó al lugar (el cerro Lástimas, al interior de Linares) y captó y describió en terreno todo el horror de la tragedia. Reflejando cansancio en su voz, como único testigo, relató a la enorme grabadora que portaba todos los antecedentes que recogió y que más tarde transmitió al país, que escuchó emocionado su golpe periodístico. Después de ese episodio, concluí que no sólo era un orador apasionado, sino también un profesional de extraordinaria capacidad”, apunta Eliana Cea.

Juan Gonzalo Rocha, condiscípulo de Elmo en la universidad, cuenta que durante el descenso desde el sitio del accidente, junto a una patrulla militar, el periodista cargó sobre su espalda a un joven soldado que desfallecía de cansancio y frío.

### **Con Allende y los mineros del cobre**

Luego de trabajar en las radios Minería y Balmaceda se incorporó al vespertino Las Noticias de Última Hora, cercano al PS, y a la corresponsalía de Prensa Latina. En esos mismos años pasó a ser relacionador público de la Confederación de Trabajadores del Cobre. En 1964 fue igualmente jefe de prensa de la campaña presidencial de Salvador Allende, derrotado en las elecciones de ese año por el demócrata cristiano Eduardo Frei Montalva.

En 1965 fue designado director del periódico sindical Cobre, órgano de la Confederación. Para entonces, su nombre ya trascendía los ambientes reporteriles y se posicionaba como un intelectual combativo y documentado. En coautoría con el economista Mario Vera publicó en 1966 el ensayo *El fierro: despreciada viga maestra de Chile* y en 1967 *La encrucijada del cobre*, obra trascendental para el debate de aquellos años que desembocaría en 1971 en la nacionalización del metal rojo bajo el gobierno de la Unidad Popular.

Eran también los años en que el seno de la izquierda se discutía arduamente sobre las vías para la conquista del poder. Al interior del PS no faltaban los escépticos sobre la vía electoral que propugnaban la lucha armada, inspirados en la revolución cubana y las guerrillas que se multiplicaban en América Latina. Elmo Catalán, que viajó por primera vez a Cuba en 1962 se vinculó desde 1966 en Chile a los “elenos”. De ahí su decepción de no haber sido enviado a la guerrilla del Che en Bolivia. No obstante, tuvo un papel destacado en la operación para proteger a Inti Peredo y demás sobrevivientes del ELN que lograron llegar al norte de Chile en 1968, según consigna el libro de José Bodes.

En esa misma obra, Eliana Cea, entonces reportera política de La Segunda, cuenta que a comienzos de 1969 Catalán la invitó a almorzar para contarle con todas las reservas del caso que se iba a Bolivia y pedirle que difundiera en el diario el comunicado con que Inti Peredo anunciaría al día siguiente la reanudación de la guerrilla del ELN.

El asesinato de Genny Köller y Elmo Catalán en Cochabamba se produjo cuando Chile se encontraba en plena campaña para las presidenciales de septiembre de ese año, en que Salvador Allende derrotaría al derechista Jorge Alessandri y al demócrata cristiano Radomiro Tomic. Por encima de las consideraciones acerca de lo acertado o no de su opción de lucha, la figura de Elmo comenzó a crecer en la izquierda chilena y particularmente en el PS, donde los jóvenes crearon la brigada de propaganda mural que lleva su nombre.



Genny Köller

Tras su muerte se publicó como libro su memoria de título en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile. “La propaganda, instrumento de presión política” tiene un valor histórico que no ha sido suficientemente considerado. Fue en rigor el primer estudio crítico a nivel académico sobre los medios de comunicación y su poder político y económico en Chile, me comentó con toda razón

hace un tiempo la académica e investigadora Chiara Sáez, del Instituto de la Comunicación e Imagen de la Universidad de Chile.

José Bodes da cuenta en su libro de las infructuosas gestiones que se hicieron desde Chile, tanto a nivel familiar, sindical, parlamentario y gubernamental para que las autoridades bolivianas de la época aclararan las circunstancias de los asesinatos de Genny y Elmo y posibilitaran la repatriación de los restos del periodista chileno.

Elmo Catalán Agüero, hijo mayor de Elmo, señala que transcurridos ya 45 años no cabe insistir en la repatriación del cadáver, no solo por probables dificultades para la exhumación de los restos, sino también porque su padre asumió en su carta póstuma la posibilidad de morir y descansar para siempre en Bolivia: “Tengo fe absoluta en nuestro triunfo. Creo que sobreviviré... Pero si alguna bala –es el riesgo de la profesión– termina con mi existencia en Bolivia, sepan que hasta el último momento traté de cumplir honradamente con nuestros principios que son los del Che”.



Mural de la Brigada Elmo Catalán (BEC), Santiago, 1988.

## Raquel Correa

# LA INDEPENDENCIA FUE SU SELLO PROFESIONAL

Por Lidia Baltra Montaner

Tuve la suerte de conocerla bien durante casi seis décadas.

Ingresamos juntas a la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, esa primera semana de abril de 1956. La vi paseándose por entre las filas de los “mechones” que dábamos el examen de admisión. Pensé que era una profesora, por su figura que irradiaba autoridad, pero días después la encontré sentada en un pupitre al igual que nosotros en el flamante edificio de calle Los Aromos en Ñuñoa. También postulaba al primer curso, sólo que como estudiaba Sicología en el vecino Pedagógico, le pidieron ayudar en ese examen que por primera vez se hacía con test de este tipo.

Fue de mis primeras amigas. Impresionaba por su carácter, su locuacidad, su modo de hablar directo y su risa franca. Estaba recién casada y vivía con su marido, Eduardo Amenábar, en un departamento en Avenida Lyon que a mí me pareció muy elegante (viniendo yo de la Avenida Matta), lo mismo que su anillo de compromiso de brillantes, tradicional en los matrimonios de la alta sociedad.

Provenía de una antigua familia de la aristocracia de la tierra, pero ella misma era sencilla en su cotidianeidad. Los verdaderos aristócratas, los de la tierra, al menos en esos tiempos no eran ostentosos. Tenía 11 hermanos y hermanas y todos juntos veraneaban en el fundo familiar, en Sagrada Familia (Lontué, VII Región). Su padre había sido un terrateniente que sufrió los efectos de la Reforma Agraria bajo Eduardo Frei Montalva y Salvador Allende. Padre y madre eran católicos y conservadores. Me contaba que por las noches, cuando se retiraban a dormir, su padre los bendecía uno por uno haciéndoles la señal de la cruz sobre la frente. Su madre la obligó a retirarse de las clases de teatro con Hugo Miller por ser un oficio inadecuado para la familia.

Asistimos a la clase magistral de Ramón Cortez Ponce en la Escuela de Periodismo, quien nos asombró afirmando que los primeros periodistas de la Historia fueron los Doce Apóstoles, al difundir al mundo la Buena Nueva. Nosotros, entonces aprendices de *chaski*, nos conmovimos, más aún viniendo de un radical y masón. También Raquel, entonces escéptica e incrédula, dos materiales indispensables para hacer de ella la excelente periodista que fue.



En esas aulas de calle Los Aromos, junto a colegas como Abraham Santibáñez, Teddy Córdova, Silvia Pinto, Erica Vexler o Toño Freire, seguimos aprendiendo durante cuatro años de la palabra erudita de Leopoldo Castedo, la sabia de Raúl Aicardi, la acompasada de Abelardo Clariana, la experta de un Mauricio Amster, la enérgica y definitiva de Lenka Franulic.

Lenka siempre distinguió a Raquel con su preferencia, quizá augurando en esa periodista en ciernes la brillante profesional en que se convertiría. En 1957, cuando éramos aún sus alumnas, nos invitó a participar de “Apuntes”, un espacio radial “escrito, hablado y dirigido por mujeres”. No era feminista porque no hablábamos de derechos ni de igualdad de oportunidades; sólo queríamos demostrar que podíamos hacer un tan buen programa informativo de la actualidad como aquellos realizados por hombres. Lenka dirigía, Licha Ballerino era la reportera estrella, y nosotras simples ayudantes, mientras las voces de tres locutoras de lujo, Mirella Latorre, Eliana Bocca y Elina Zuanic, voceaban nuestro trabajo por las ondas de Radio Minería, la más importante entonces.

Poco antes de terminar los estudios, invitadas por un maestro muy querido profesor de radio, Raúl Aicardi (fallecido en septiembre de 2013 a los 89 años en Estados Unidos), Raquel y yo comenzamos a trabajar en el Departamento de Prensa y Radio de la Universidad de Chile en la Casa Central. Allí se gestaban las bases del primer canal televisivo de la Universidad de Chile, el Canal 9. Pero todavía era radio y nos limitábamos a reportear el quehacer de la Universidad para difundirlo en programas radiales que salían al aire a... las 8 de la mañana de los días domingo.

### Reportera policial

Estábamos felices ahí por la índole cultural de la tarea y porque, recién salidas de la Universidad, nos hicieron contrato de trabajo.

Pero pronto lo abandonamos porque ambas conseguimos empleo en Zig Zag, la vieja empresa editora de revistas. Aunque quedamos en oficinas vecinas del edificio de Avenida Santa María, desde ese momento nuestros caminos comenzaron a separarse: yo ingresé al quehacer de los espectáculos en *Ecran* y Raquel al de la crónica policial en revista *Vea*.

Raquel, que venía de familia tradicional y colegio de monjas, se encontró allí con un mundo diametralmente opuesto. Debía reportear los crímenes y delitos que alimentaban la circulación de ese popular semanario de crónica roja. La acompañaban en estas andanzas avezados reporteros policiales como Rafael Núñez u Osvaldo (el Chino) Muray, también ya fallecidos. Y al igual que ellos, salía tras la noticia con los reporteros gráficos Francisco de Silvestri, Juanito Silva (su favorito, porque provenía también de Sagrada Familia) o “Pichanga” Muga, expertos todos en fotografiar cadáveres y sorprender delincuentes. La mejor escuela para un periodista, según la leyenda.

Fue de las pocas mujeres periodistas que asistió al fusilamiento de dos homicidas, Osorio y Cuadra, condenados a la pena de muerte por el asesinato de las hermanas Vera Romero y su empleada, hecho de sangre que conmovió a la opinión pública en los años 60, y que narró en las páginas de *Vea*.

Como cada paso profesional que acometía, tomó tan en serio su labor, que habiendo llegado joven e inexperta a esa redacción cuando la dirigía Jenaro Medina, ya bajo su siguiente director –Eduardo (el triste) Rivas– Raquel era la subdirectora. Terminó como directora del medio al momento del golpe de Estado de 1973.

Como cada paso profesional que acometía, tomó tan en serio su labor, que habiendo llegado joven e inexperta a esa redacción cuando la dirigía Jenaro Medina, ya bajo su siguiente director –Eduardo (el triste) Rivas– Raquel era la subdirectora. Terminó como directora del medio al momento del golpe de Estado de 1973.

### El hijo anhelado

Un fin de semana de diciembre de 1962, invité a Raqui (que así la



Lidia Baltra con Raquel Correa (agosto de 2006)



llamaban en familia) a descansar a la casita que mis padres tenían en las playas de El Tabo. Partimos las dos solas en mi Fiat 600 blanco. Yo era soltera aún y el “Rucio” (así le decía a su marido), no podía abandonar su trabajo en Santiago.

No acabábamos de llegar, cuando esa tarde del 1 de diciembre de 1962 llega Eduardo muy agitado, acompañado por su hermano Jorge, para informarle que “la guagua” había nacido y tenían que ir a buscarla. Raquel y Eduardo no podían tener familia y decidieron adoptar un hijo que encargaron a las monjas de una casa donde llegaban niñas solteras embarazadas a ocultar su tropiezo. Felices, expectantes y nerviosos, partieron los tres a su fascinante misión. Meses después, me ofrecieron ser la madrina de bautizo del niño Juan Eduardo Amenábar Correa.

Nunca olvidamos ese día. Yo porque fue mi primer y único ahijado, y ellos porque volcaron su amor sobre ese niño que desgraciadamente nació con un grave problema neurológico. Al poco tiempo y de ahí en adelante, sus padres sufrirían lo indecible con el chico, diagnosticado con un “daño cerebral mínimo” que le provocaba convulsiones y alucinaciones, además de un retardo mental que lo mantuvo en la adolescencia hasta adulto. Raquel una vez comentó en una entrevista: “*Yo quería tener un niño y Dios me dio un niño para siempre.*” Para ambos, era su hijo querido, su felicidad, y cuando Raqui enviudó en 2004, fue su compañía y amor único hasta el final.

### Objetividad a todo trance

Luego vendrían los tumultuosos años 70, donde cada chileno debió tomar partido. Raqui eligió el del periodismo objetivo e independiente que defendió hasta su último suspiro, y yo, el de la trinchera. Tuvimos largas discusiones sobre el tema: la objetividad en el periodismo, ¿es posible? Ella pensaba que sí.

Se distinguió en el género de la entrevista política, especialmente cuando llegó a la televisión y luego para las páginas de *El Mercurio*, donde pasó las tres últimas décadas. Se preparaba con tal rigurosidad, que al momento de la entrevista conocía a fondo tanto al personaje como su tema. Comenzaba la sesión con una hermosa y casi tímida sonrisa, pero luego su rostro se ponía serio, severo incluso, y disparaba sus preguntas como dardos, apuntando justo al



Encuentro de compañeras y compañeros de la Escuela de Periodismo. De izquierda a derecha: Abraham Santibáñez, Silvia Pinto, Fernando Jaras, Raquel Correa, Mireya Pincheira, Agustín Oyarzún, Lidia Baltra, Rosa Ulloa y Juan Rocha.

blanco. Era difícil eludir su acoso periodístico en estos encuentros que sacaban roncha y siempre producían noticias que se comentaban en los medios toda la semana. Se enorgullecía de jamás haber sido desmentida y de que sus jefes nunca le censuraron un texto, aunque más de alguna vez –con la libertad de expresión amagada– debió entregar las preguntas por adelantado.

En un país politizado y dividido como el nuestro, nadie sabía de qué lado estaba. Su técnica era la del “abogado del diablo”: cuando entrevistaba a un personaje de derecha, le lanzaba preguntas como si provinieran de la izquierda; y cuando era de izquierda, le disparaba como una tradicional derechista. Recibió más de un insulto de uno o de otro lado, pero persistió hasta el final: la verdad que busca un periodista en el campo de la política sólo podía alcanzarse desde la independencia. Fue su sello profesional.

Ni en la intimidad revelaba por quién había votado en las elecciones aduciendo que “el voto es secreto”. En los últimos tiempos dejó entrever que su corazón estaba bien afincado en el centro político. Sólo una vez me confesó indirectamente su secreto. Tras las elecciones de segunda vuelta en enero de 2000, donde se enfrentaron Ricardo Lagos y Joaquín Lavín, a una observación mía me reprochó: “*Comadre, ¿usted cree que yo votaría por un payaso...?*”

## Culpas de su medio

Ambas quedamos cesantes en el fatídico 73. Se nos cerraron los medios masivos y cuando creé una revista femenina para el desaparecido supermercado Unicoop, aceptó el “pituto” que le ofrecí, pero fue una anécdota en su vida profesional. Ella, que había hecho de la independencia ideológica y política su *leit motiv* profesional, se sintió incomprendida al quedar fuera de los grandes medios. Era una figura peligrosa en esos tiempos en que los partidos políticos estaban proscritos. Pasada la etapa más violenta de la dictadura, Raquel volvió a los medios masivos.

Recibió todos los premios periodísticos existentes, desde el “Lenka Franulic” (1963) de la Asociación de Mujeres Periodistas, hasta el Nacional de Periodismo (1991). Pero lo mejor: consiguió el reconocimiento y el respeto del lector o televidente que valoró su coraje para sacar de mentira verdad a los más brillantes o a los más oscuros personajes de un dividido Chile.

En sus últimos años, era ella la entrevistada en muchos espacios de radio y televisión. En uno de ellos, cuando se analizaba el rol de los medios chilenos bajo la dictadura de Pinochet, le pidieron pronunciarse por la responsabilidad de su medio, *El Mercurio*. Ella respondió elegantemente, pero cuando la urgieron a que dijera si Agustín Edwards Eastman estaba en deuda con el país

por su papel en el golpe de Estado y la línea editorial que desde entonces ha mantenido su empresa, contestó afirmativamente. Y eso le valió que la desplazaran de su puesto de entrevistadora principal del diario. Debió jubilar y, como premio de consuelo, le ofrecieron escribir sobre el tema que quisiera en cualquiera de las revistas de la empresa. En sus últimos días, estaba descontenta. Se quejaba de que cada vez tenía más dificultades para que le aceptaran sus propuestas.

En esa situación negativa se encontraba, acrecentada por problemas de salud (sufría de sinusitis y malestares al estómago), cuando la muerte la sorprendió en su departamento de calle Rappallo, en Las Condes, mientras jugaba a las cartas con Juanito. El hijo, que sólo se consoló con su partida al saber que su madre se había ido al cielo a reunirse con su padre, quedó en manos de su numerosa familia.

Nosotros, sus amigos y amigas, y colegas, quedamos acá abajo con el compromiso de mantener viva su memoria como una de las grandes figuras de nuestro Periodismo. Y yo, además, como una amiga inolvidable.

Septiembre 2013

*(Escrito al cumplirse un año de la muerte de Raquel Correa)*

# Olga Dragnic Franulic

## YUGOSLAVIA, CHILE, VENEZUELA

Por Paola Dragnic

Mientras comienzo a deslizar los dedos en el teclado, hasta puedo sentir a Olga regañándome: “es muy malo eso de andar adulando a los periodistas”. Sin duda estaría un poco molesta si supiera que escribo estas líneas nada menos que para honrar su memoria y la de Federico Álvarez, su compañero, colega y gran amor. “Y peor aún, viniendo de una periodista de mi propia familia”, increparía chistosa justo antes de dar la última bocanada a su venezolanísimo Belmont corto.

No hay nada que honrar, coincidirían los dos en el cielo de los ateos, porque el periodismo que nos heredan –dirían insistentes– es simplemente el que necesita la verdad: certero, capaz de interpretar los hechos en su contexto, obsesivamente riguroso y humilde en lo intelectual.

Olga Dragnic vivió y murió en las más absoluta discreción y austeridad en el mítico departamento de Avenida Las Acacias en Caracas que se convirtió en el útero materno para nuestra desperdigada familia y en una especie de tibio cubil para periodistas chilenos y venezolanos que, al menos una vez a la semana, se daban cita

para conversar y analizar sobre los avatares de la política latinoamericana y el uso y abuso del periodismo.

En esos sillones del indestructible ratán de los '60 que sobrevivieron a nuestra infancia y amoblaron durante cinco décadas su departamento, se sentaron muchas generaciones de periodistas y políticos que encontraron en Olga y Federico el asilo intelectual, académico y emocional necesario para sustentar la trinchera de un periodismo honesto y valiente que intentaba salvaguardar la verdad en medio de los convulsionados años que atravesaban Chile y Venezuela.

Y es que el periodismo chileno y el venezolano están cruzados entrañablemente desde sus orígenes y en muchas de sus vueltas, hay algo de Olga y Federico entre medio.

De hecho, su propia historia de amor y combativa militancia comunista, convergen casi proféticamente en la recién creada Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile a la que los dos llegaron sin conocerse, con exilios dolorosos y el sueño de una ca-



rrera que les permitiera cumplir sus anhelos de justicia social.

Parte importante de esa Escuela se construyó a mediados de la década del '50 gracias a la donación de la venezolana María Teresa Castillo de Otero, en ese entonces de una familia con impecable tradición periodística en Venezuela. La misma que ayudaría a escapar a jóvenes venezolanos encarcelados por la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, becándolos para estudiar periodismo en Chile: Federico fue el único que pudo lograrlo. Moreno, flaco, con sus orejas grandes y la guayabera que lo delataba caribeño, se paseaba aun temeroso por los pasillos universitarios.

“Yo procedía de un país muy pacato en ese entonces, en donde tomar la mano a una compañera o amiga era mal visto. Y en Santiago yo veía a las parejas besarse en las calles, a plena luz del día. Era otro mundo para mí”, relataría el mismo en el libro *Vendedores de Sol* donde confesó además que su pasión original era la medicina, carrera de la que fue expulsado por su militancia comunista cuando en 1952 comenzó la dictadura de Pérez Jiménez.

26

Fue ahí, en medio de ese estupor de lo nuevo, de una carrera desafiante que no había escogido voluntariamente pero que convirtió en su mejor arma de lucha, que conoció a Olga, una blanquísima y estilizada joven que arribaba en un barco desde la Yugoslavia de postguerra, con sus axilas sin depilar y su compleja lengua *srpsko-hrvatski* (serbocroata).

Olga siempre quiso ser periodista. En las tardes de tertulia cuando nos contaba algunas peripecias de su vida migrante, recordaba su llegada a Chile. Lógicamente no hablaba nada de español, pero lo anecdótico es que ni siquiera en su propio idioma sabía cómo se llamaba aquel oficio al que ella quería dedicar el resto de su vida. “Ese en el que las personas trabajan en las noticias contando la verdad de lo que ocurre”, describía tímidamente a los paisanos yugoslavos ya instalados en Santiago.

Solo tenía 18 años y con su hermano Nikola habían sobrevivido a los quehaceres clandestinos de la guerrilla partisana donde su madre, Kita Franulic, se había enfrentado a los nazis durante la Segunda Guerra Mundial cuando ellos eran apenas unos adolescentes.



Federico Álvarez y Olga Dragnic

Kita era prima hermana de Lenka Franulic, reconocida periodista y profesora de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, descendiente de la primera oleada de Franulic que habían llegado hasta Antofagasta. Lenka era tía de la joven Olga y ya convertida en una de las buenas periodistas del país, recibió a su recién llegada sobrina.

“Lenka me atendió en forma algo extraña, porque así era ella. Me dijo: «¿cómo se te ocurre estudiar periodismo si no sabes ni hablar bien el castellano?»”, contó en *Vendedores de Sol*, reivindicando después a la eximia periodista que posteriormente habría valorado el esfuerzo y el rigor de Olga para aprender una lengua tan distinta a la suya en un tiempo récord e instruirse, además, como una de las mejores alumnas de la Escuela. Junto a Federico, fueron de los primeros periodistas en titularse en la Universidad de Chile y, ya convertidos en un joven matrimonio, viajaron a Venezuela.

Es probable que aquella conversación que sostuvo con Lenka y la experiencia temprana de haberse enfrentado a un periodismo puro e implacable en el que las habilidades y el compromiso son más importantes que cualquier vínculo, hayan acrecentado aún más la probidad y el rigor que caracterizaron a Olga.

Y aunque en la intimidad familiar siempre contaba con algo de estoica pena la severidad que le impuso Lenka justamente por ser su



familiar, debo confesar que cuando yo quise estudiar periodismo en Venezuela, la misma Olga, convertida ya en una experimentada y reconocida profesora de la Escuela, hizo caso omiso de mis intereses hasta que pude demostrar cierta habilidad para el oficio e ingresar a la carrera por mi cuenta.

Quizás para muchos no es fácil entender esa pulcritud ética, exigente y desafiante a toda prueba, pero la recompensa cómplice y acogedora que generaba Olga en torno a sus pupilos traspasó los años, la historia y el protocolo. Junto a Federico, construyeron una tradición periodística única, rigurosa y humilde. Alumnos llenos de canas y arrugas, seguían llamándolos “profesora”, “maestro”, aunque la amistad fuera larga y profunda.

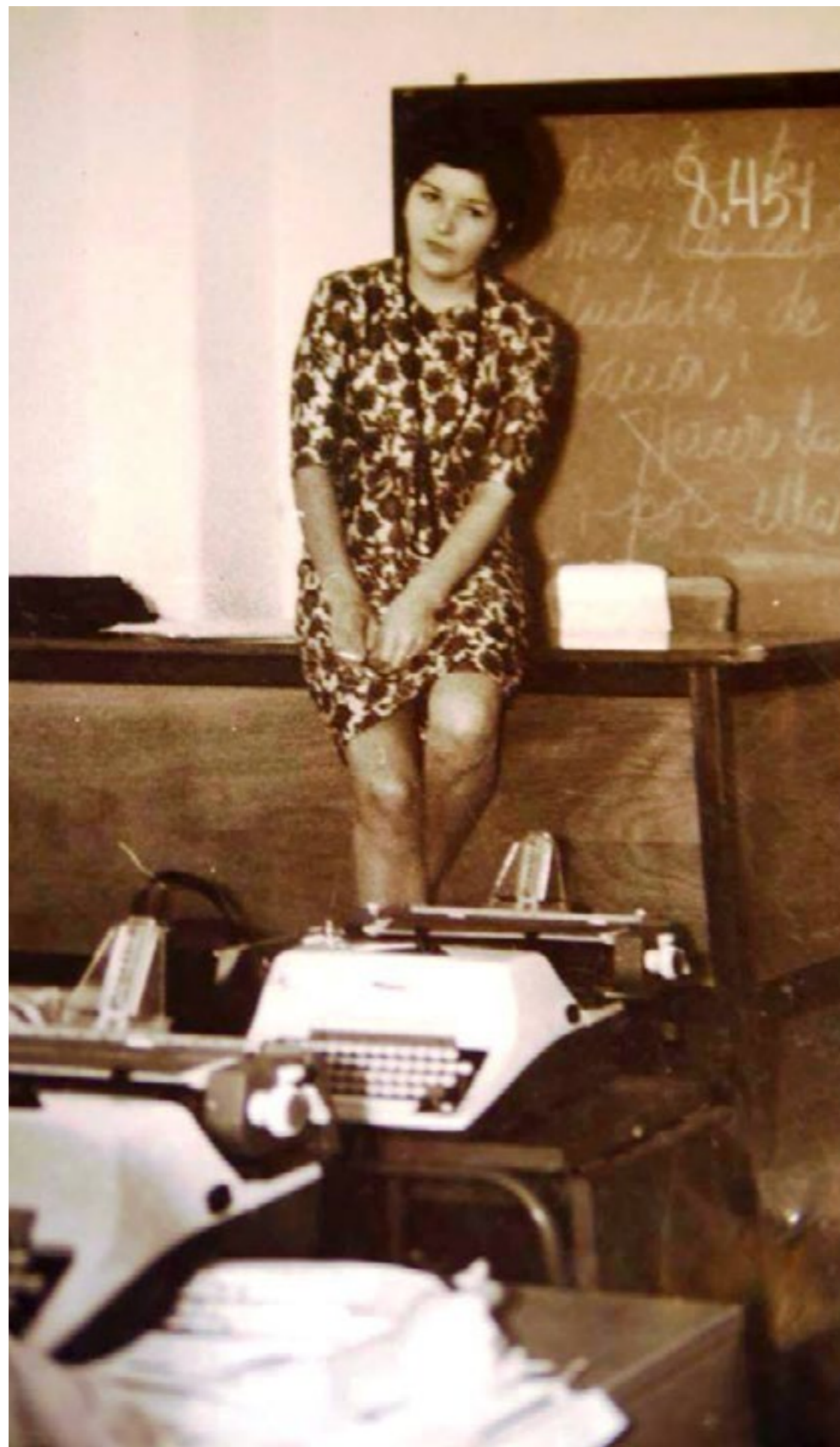
Alejandro Kirk es uno de ellos. Estudió con ambos en Caracas y como si las coincidencias lo hubieran puesto en el camino del fiel discípulo, al igual que ellos, pero a la inversa, inició su carrera en Venezuela para continuarla hoy en Chile, siendo un activo miembro de ese movimiento latinoamericano que apostaba al periodismo como trinchera.

“Ella exigente, implacable, y siempre disponible. Y nosotros entendiendo de a poco el oficio, que es por naturaleza el oficio humilde, y casi siempre mal pagado, de saber escuchar, observar e interpretar. Que los datos, nombres y fechas no son azares. Que quien se digne leernos, merece ese mínimo respeto. Que una historia debe ser honesta desde la primera mirada.

“Luego, con Federico, en Periodismo Interpretativo aprenderíamos que los hechos son parte de procesos históricos, que sin contexto no hay historia posible, que para un periodista hablar por hablar -o escribir para llenar páginas, que es lo mismo- es de vagabundos innobles. Que si bien el llamado periodismo objetivo que nos impone la prensa comercial no existe, tampoco es coartada para marramucias.”

Olga como profesora de Periodismo en la Universidad Central de Venezuela.

Cuando Ale Kirk supo que Olga había fallecido allá, en Caracas, desde Chile escribió certero una suerte de réquiem político para su despedida que, lo mismo homenajea su legado humano y periodístico como reprende a quienes lo han traicionado: “se completa así el fin de una época marcada por este matrimonio clave del periodismo venezolano del siglo XX: generaciones de egresados de la



Universidad Central de Venezuela aprendimos de y con ellos una conjunción imborrable de técnica, rigor y ética.

“En ese periodismo del dúo comunista Dragnic-Álvarez había amplio espacio para abrazar las mejores causas, como jugársela por el pueblo, por ejemplo, pero –eso sí– con «mucho fundamento». Con ellos se aprendía lo mismo para hacer periodismo revolucionario que neoliberal. Eso lo resuelve cada uno con su pensamiento. Lo que no se aprendía, era a acomodar la realidad.

“Rigor, le llaman. Porque al final final, la verdad es siempre revolucionaria. ¿O no?

“Dudo por tanto, que no sientan un bilioso reflujo de pena y culpa los ex pupilos de Olga y Federico que hayan abandonado el rigor, en función de lo que perciben como su tarea urgente en este período. Sea para defender el proceso bolivariano, que para destruirlo. Porque lo aprendido no se desaprende, pero sí se puede traicionar”, escribió Kirk.

Y Olga nunca lo traicionó, justamente porque la ética pura que regía su actuar, marcaba claramente y sin posibilidad de confusión, el límite entre un trabajo periodístico discreto y esa suerte de poder que parece marear a algunos que ejercen el periodismo como herramienta para fines personales, favores o beneficios.

“Cuando comiences a trabajar en medios de comunicación, sentirás que tienes un poco de poder. Cada vez más. Y ten cuidado

porque uno se puede confundir. La gente te pedirá influir en sus intereses y para ganarse tu simpatía, te llegarán regalos e invitaciones. Si las aceptas, ya no eres libre”. Ese fue el único *sermón* que tuve de Olga cuando ingresé a la Escuela. Nunca lo olvidé. Luego supe de las ofertas que recibió Federico para ser espía y de tantas otras que Olga fue esquivando a lo largo de su vida y que incluían todo tipo de agasajos.

Recibió de las manos de Hugo Chávez la condecoración Francisco de Miranda porque se trataba de una reconocimiento del Estado, pero nunca aceptó un premio porque los consideraba una forma solapada de apoderarse de la independencia de un periodista, y aunque durante años fue convocada a grandes cargos y ministerios, solo aceptó recibir en aquellos viejos sillones de ratán a quienes le pidieron albergue, apoyo y orientación en una buena causa que, lo mismo podía estar ocurriendo en Venezuela o en Chile sin que se notará que existían miles de kilómetros entre ambos países.

La muerte de Olga que sigue a la de Federico, termina con ese vínculo exquisito y mágico que existió entre el periodismo chileno y el venezolano durante tantas décadas y de la que hoy quedamos muchos huérfanos educados al alero de un cariño, ética y rigor entrañables.

“Basta Paola...”, casi puedo escucharla.



Olga Dragnic en sus últimos años.

# Alejandro Cabrera

## HOMBRE DE SU ÉPOCA Y DE TODAS LAS ÉPOCAS

Por Gustavo González Rodríguez

(Nota: Este texto está basado en el discurso del entonces director de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, Gustavo González Rodríguez, en el funeral de Alejandro Cabrera Ferrada, el 2 de abril de 2006)

En nombre de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile y del Instituto de la Comunicación e Imagen, hago llegar nuestro pésame y toda nuestra solidaridad a la esposa de Alejandro Cabrera Ferrada, Angélica, a sus nueve hijos y 12 nietos, con un especial abrazo fraterno para María Eugenia, la segunda de sus hijos, compañera de nuestra generación; compañera de quienes estudiamos en la querida Escuela de la calle Los Aromos entre 1966 y 1969.

Fue en aquellos años que tuvimos la suerte de contar entre nuestros profesores al “Negro Cabrera”. Claro que entonces, desde nuestra condición de alumnos, no nos atrevíamos a mencionarlo por su apodo, sino que le guardábamos una suerte de reverencial respeto, como correspondía con un académico que se caracterizaba por su rigor y por su afán de insertarnos desde temprano, a través de su cátedra de Periodismo Informativo, en todas las dimensiones que forman a un buen periodista: disciplina, sacrificio, capacidad de iniciativa, metodología, pero también libertad y un profundo sentido de la ética como elemento rector de nuestro trabajo.

Gracias a Alejandro Cabrera aprendimos que la noticia no tiene horario pero que siempre hay que llegar a tiempo. Él nos introdujo en la valiosa e impagable rutina de la lectura temprana de los diarios. Nos enseñó el secreto de la libretita en que debíamos anotar los acontecimientos relevantes, como una especie de mini archivo personal cuando aún faltaba mucho tiempo para la invención de los sistemas electrónicos personales de bancos de datos. Alejandro Cabrera nos empujó a tomar en serio nuestra profesión, a saber que preparar bien una entrevista o dominar el *background* de los acontecimientos y procesos no era solo una cuestión de respeto hacia nosotros mismos y hacia nuestro trabajo, sino sobre todo un deber hacia la sociedad a la cual nos debemos en aras del derecho a la información y de la libertad de expresión.

En el elenco de maestros que marcaron nuestro paso por la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, Alejandro Cabrera brilla con su talento junto a Mario Planet, Mario Céspedes,



Raúl Iriarte, Abelardo Clariana, Mauricio Amster, Anselmo Sule y otros grandes maestros que tampoco están ya con nosotros.

### Un gran periodista chileno

Pero no hemos venido aquí a despedir solo al profesor, sino también a un gran periodista chileno, cuya trayectoria cruza gran parte de la segunda mitad del siglo XX y del inicio del nuevo milenio. Su paso por El Siglo y Última Hora, por las revistas Ercilla y Cauce, así como su labor de corresponsal de O’Cruzeiro Internacional, dejan testimonio del hombre que conjugó acertadamente el ejercicio práctico y cotidiano de la profesión con la academia. Del mismo modo, su trabajo internacional en el Acuerdo de Cartagena, en Perú, y más tarde en la Corporación Andina de Fomento, en Venezuela, dan relieve al organizador, al comunicador que ayudó a tender puentes de hermandad en nuestra América Latina.

Como sabemos, Alejandro Cabrera fue el líder natural de esa generación privilegiada que protagonizó el inicio de la formación universitaria de periodistas en nuestro país. Él fue uno de los 40 ávidos jóvenes que el 20 de abril de 1953 llegaron hasta el local situado en San Antonio 263 para escuchar la primera lección de Introducción al Periodismo de don Ramón Cortez Ponce.



Ernesto Merino, Antonio Marinovic y Alejandro Cabrera, miembros de la primera generación de la Escuela de Periodismo.

Hombre de su época, pero también hombre de varias épocas, el “Negro Cabrera” personificó mejor que nadie la transición entre el periodismo empírico y el periodismo universitario. Asumió con convencimiento, pasión y argumentos irrefutables la bandera de la necesaria e imprescindible formación académica de los profesionales de la prensa. Pero al mismo tiempo, nadie como él supo asumir el ejemplo de los grandes periodistas formados en la “universidad de la vida”, como Juan Emilio Pacull, que desde el Círculo de Periodistas impulsaron la creación de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile. Fue, entonces, casi un proceso lógico que este maestro formador de periodistas universitarios dedicara los últimos años de su vida al rescate y revitalización del Círculo, convertido hoy nuevamente en un polo de atracción para los jóvenes profesionales del periodismo.

El profesor que respetábamos casi con temor en nuestros años de estudiantes se nos fue transformando con el tiempo en un amigo mayor, en un colega que seguíamos observando como un maestro, que ya no nos enseñaba las aplicaciones de la pirámide invertida ni los elementos de la noticia, sino que nos invitaba a bregar permanentemente por la defensa y desarrollo del periodismo universitario. Lo vimos en abril de 1993, junto a otros periodistas de la primera promoción de la Chile, en la reinstalación del monumento a Ramón Cortez Ponce en el local que la Escuela ocupaba en el antiguo cuartel de la DINA en la calle Belgrado, llamada hoy calle Periodista José Carrasco Tapia. Sin duda, ese fue uno de los actos que contribuyó a exorcizar ese recinto de triste y siniestro pasado.

Con ocasión también de los 40 años de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, Alejandro Cabrera publicó, como sabemos, “Vendedores de sol”, una hermosa metáfora de nuestro oficio que le dio título a un libro que reúne valiosos testimonios de sucesivas generaciones de estudiantes de nuestro plantel.

### Interlocutor permanente de las nuevas generaciones

Militante de la memoria y del futuro, el “Negro Cabrera” fue un interlocutor permanente de las jóvenes generaciones de estudiantes de Periodismo. Cada 20 de abril llegaba hasta nuestra Escuela a conversar con los alumnos, a transmitirles la mística de nuestra profesión y contarles como fueron los primeros balbuceos de la



enseñanza universitaria. Él vivió nuestras mismas angustias ante la intervención de la Universidad de Chile y el menoscabo que la dictadura quiso hacer de nuestra Escuela, del Colegio y del Círculo de Periodistas y de nuestra profesión. No sólo mantuvo en alto las banderas de la dignidad, sino que también contribuyó como el que más a la preservación del ejemplo de nuestros mártires, afán que lo llevó a emprender como su última obra en el Círculo la construcción del Memorial de los periodistas y estudiantes de periodismo asesinados o desaparecidos por el régimen dictatorial.

Su amor hacia la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, su alma mater, lo llevó a apoyar con entusiasmo y sin ningún reclamo de protagonismo el proceso de rescate y reconstrucción de nuestra Escuela que se inició en 1997, cuando los propios estudiantes impulsaron un proceso de renovación de cuadros directivos y académicos. Lo vimos desde entonces participar en debates, jornadas de reflexión y en actos públicos, como cuando acompañó como representante de la primera promoción la inauguración del nuevo edificio de Periodismo, hoy sede del Instituto de la Comunicación e Imagen, en el Campus Juan Gómez Millas.

Podemos decir con orgullo, y con profundo respeto hacia los demás planteles de enseñanza de Periodismo, que nuestra Escuela ha vuelto a ser la primera de Chile, no solo por historia o infraestructura física, sino fundamentalmente por convocar a los mejores puntajes de la PSU y por la excelencia de sus académicos, por ser una expresión viva de universidad pública, de pluralismo, diversidad y compromiso social. Ese logro se lo debemos al ejemplo de quienes fueron nuestros maestros, y sin duda en un primerísimo lugar a Alejandro Cabrera Ferrada.

*Maestro, descansa en paz. Nuestro compromiso es ser fieles a tu legado.*

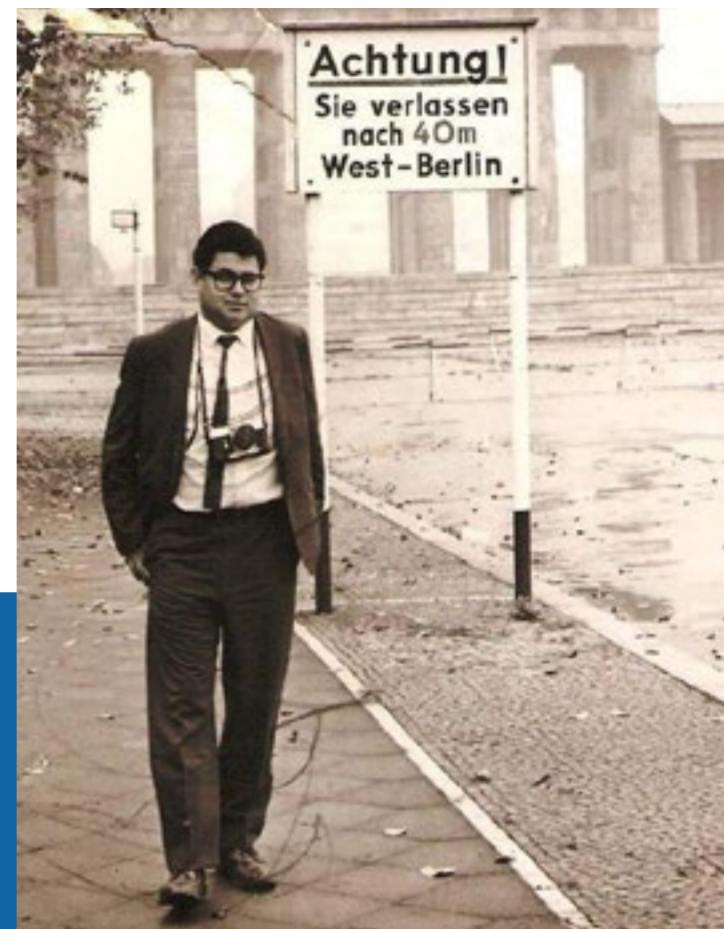


Alejandro Cabrera habla en el acto de conmemoración de los 40 años de la Escuela y de reinstalación del busto de Ramón Cortez Ponce, 20 de abril de 1994. (Fotografía del libro *Vendedores de Sol*)

## Eduardo Ted Córdova-Claure

### MI AMIGO TED

Por Abraham Santibáñez



El joven reportero Ted Córdova en el Muro de Berlín

32

Nos conocimos hace mucho más de medio siglo. Fue en la que Santiago del Campo bautizaría como “la guagua de fierro, cemento y cristal”, el entonces flamante edificio de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, en los confines del Instituto Pedagógico. Ted Córdova (más tarde optó por firmarse Córdova-Claure) venía de Bolivia, porque su padre insistía que estudiara Arquitectura. Yo venía de más cerca, de Vicuña Mackenna al llegar a Plaza Italia, donde había estudiado Química y Farmacia por un año.

Desde entonces, fuimos buenos amigos, aunque no coincidíamos en todo: en la amistad y en el matrimonio pensar siempre igual no ayuda mucho. Pero creíamos en el periodismo y mirábamos al mundo con sano escepticismo, dudando siempre de las verdades oficiales y las consignas partidistas.

En esos días, con apoyo de otros compañeros, creamos un diario mural: Sygma. Era una placa de madera terciada cortada como paleta de pintor. Era una manera práctica de aplicar nuestros conocimientos. Un día nos llegó una carta del director de la Escuela, Santiago del Campo. Hacía valer su derecho a rectificación para

aclarar algo que habíamos afirmado. En vez de imponer su autoridad, nuestro “colega” del Campo simplemente nos pedía publicar su carta.

Así lo hicimos.

Al terminar el primer período de clases estrenamos una mini-comedia musical del propio Ted: *Detrás de la puerta angosta*, repleta de alusiones a personajes y situaciones de la Escuela.

### Peripecias en el sur

Unas semanas después partimos mochileando al sur. A veces en micro, a veces en tren, a veces “haciendo dedo”, llegamos hasta orillas del lago Villarrica donde nos instalamos en una vetusta carpa de lona, desechada (con razón) por el Ejército. Leíamos, nos bañábamos en las frías aguas del lago junto al Toltén y conversamos largamente junto a improvisadas fogatas. Yo ya me había iniciado en Hemingway, pero con Ted lo aprecié más y –supongo– ambos nos identificábamos con su carrera de reportero de guerra y escritor. El viaje me enseñó de Chile mucho más de lo que sabía: anduvimos



a caballo en Villa Alegre; fuimos de Chillán a Concepción en un modesto vagón de tercera con mamás que daban pecho a sus hijos; estuvimos en la también nueva Escuela de Periodismo de la Universidad de Concepción; visitamos Huachipato y nos alojamos –a lo rico– en un modesto hotel cerca de la estación de Temuco. Llegamos hasta allí –gracias a una sugerencia del jefe de estación de Lautaro– en un tren de carga.



1957, Lautaro: en el tren de carga.

No diría que pasamos hambre. Tampoco sed, sobre todo en las tierras del Maule.

Seguramente nadie, o casi nadie, de las personas que conocimos (estudiantes de Periodismo, periodistas, familias cuyos hijos estudiaban en Santiago y nos servían de contacto en muchos lugares) se acuerda de nosotros. Pero los he recordado mucho a lo largo de los años, sobre todo después de saber en 2011 de la muerte de Ted en su último refugio, en Havelock. Carolina del Norte.

### **Dura encrucijada**

Nuestras carreras profesionales siguieron cursos diferentes. Como periodista rebelde e indomable por vocación, Ted cubrió noticias de todo tipo, incluyendo las guerras de Centroamérica, las dictaduras de Sudamérica. Aparte de su trabajo inicial en Prensa Latina en Chile y en otros medios locales donde colaboró desde los años de universidad, se desempeñó como comentarista y como reportero en Buenos Aires, Caracas y otros lugares. En Bolivia fue director de diarios y de la TV pública. Estaba en este último cargo en agosto de 1971 cuando fue derrocado el Presidente Juan José Torres. Esa noche Ted fue gravemente herido en un ataque contra su jeep. Recordó así el incidente:

“De pronto, en una oscurísima calle, justo frente a una curiosa casa, la del gran pintor Guzmán de Rojas que se había suicidado unos años antes, tronó el ratatat de una ametralladora. Siempre

me han preguntado que se siente cuando las balas hacen impacto en el cuerpo de uno. No es un gran, estridente dolor. Se siente –por lo menos en el calibre que me tocó–, como si uno estuviera siendo pinchado por muchas agujitas calientes... Eso era lo que yo sentía en el brazo derecho y en las piernas, de modo que instintivamente me agaché y me hice un ovillo, debajo del volante. Una segunda ráfaga raspó mi espalda. Si hubiera estado erguido, me atravesaban el pecho a la altura del corazón”.

Sobrevivió. Y para llegar a Chile a recuperarse con su familia, debió hacer un innecesario periplo por Uruguay. El nuevo gobierno de La Paz le negó la posibilidad de viajar directamente a Santiago, pese a su gravedad.

En las siguientes décadas, incluso después que su salud empezó a flaquear, continuó desarrollando sus comentarios llenos de reflexiones y datos interesantes y siempre atractivamente escritos.

### **“Al filo de la revolución”**

Hombre de izquierda, desde nuestros años en Periodismo mostró un duro rechazo a toda forma de totalitarismo. Juntos publicamos memorables comentarios cuando la Unión Soviética aplastó a los rebeldes húngaros en 1956. Hizo lo mismo en los años en que en nuestro continente florecían las dictaduras apadrinadas por Estados Unidos.



Estados Unidos, junio de 1964. Ted, María Cristina Sanhueza, su esposa, y sus hijos Luis y Pía, posan junto a Benjamin Franklin y George Washington.

En 1962, uno de sus primeros libros (*Al filo de la revolución*), fue definido por sus editores de La Paz, como un libro-reportaje “producto de sus experiencias”.

Y precisaban: “Pocos periodistas bolivianos han incursionado, en sus comentarios, en el difícil campo de las relaciones internacionales. T. Córdova, valientemente, encara los graves conflictos sociales que hoy afligen a la América Latina. En su obra se refleja la desorientación que sufren los pueblos y los gobernantes en esta hora en que los planes y proyectos tratan de resolver crisis sociales y económicas”.

Nadie, ni siquiera Ted, quien se define en este libro como “un periodista, ante todo”, podía anticipar lo que vendría en las décadas siguientes.

Su primera novela se llamó *Cita en Tierra Coraje*, basado en sus recuerdos del yacimiento minero de Catavi, la localidad donde nació. Años más tarde publicó *Testigo de la Crisis*, libro periodístico sobre el gobierno que estableció Hugo Banzer tras el golpe de estado de 1971. *Venganza del Che* es otra de sus obras. Otros libros-reportajes suyos recogieron sus análisis sobre Chile y Venezuela.

### Adiós de un sibarita

Su última producción es, en cierto modo, un buen resumen de su manera de enfrentar la vida. Ya condenado por un veredicto médico, escribió *Adiós al sibaritismo*. El mismo Ted lo describió al darlo a conocer:

“Este es un libro sobre la vida y la muerte. La buena vida y la absurda muerte. Este es un libro de reflexiones y anécdotas sobre la vida desordenada de los periodistas, sobre la buena comida y sobre el daño mortal que puede producir esta combinación de actividad profesional y hábitos alimentarios. Es un libro sobre la gula intelectual, una especie de suicidio racionalizado porque en fin de cuentas, conduce a la muerte prematura... Es más bien una advertencia, principalmente dirigida a muchos amigos y por supuesto resultará familiar para innumerables lectores. Pero también es una autoadvertencia, porque escribo sobre la gula todo el tiempo pensando en la muerte.

Y en que el fin de la vida puede venir en cualquier momento, después de una buena comilona, inclinado uno sobre la máquina de escribir”.

Insistió en el tema de la muerte poco antes de su despedida final. En una carta de innegable tono *hemingwayano* se dirigió a todos sus amigos repartidos por el mundo:

“Les escribo –señaló en el lead de la noticia– con mi memoria reforzada por los buenos momentos que pasamos juntos.

Los tengo muy cerca de mí ahora que me estoy muriendo. Es una agonía tranquila que me permite ciertas libertades, pero es una agonía inexorable. Cuando ocurra lo previsto, mi querida y abnegada esposa, Mary

(mcboylan@hotmail.com) que me acompañó en todo este período, junto a nuestra maravillosa hija Fiona, les enviará el dato final”.

Así fue.

Cuando se estableció en Estados Unidos para cuidar mejor su debilitada salud, reanudó un boletín que antes editó en Caracas (Orbita bip) esta vez en formato electrónico. Vino a Chile una vez más y estuvo, como antes en casa de mi madre, en nuestro hogar actual en San Miguel.

En 2006, la Asociación de Periodistas de La Paz, que es la máxima entidad gremial boliviana, le había otorgado el Premio Nacional de Periodismo.

Fue una verdadera sorpresa según reconoció: “En el pasado ya me habían dado una Mención Especial, pero en el 2006 me sorprendieron con el Premio Nacional; la verdad es que como por mi profesión, viajé y viví en diferentes países, yo pensaba que en Bolivia, mi propio país, yo era prácticamente un desconocido. Ha sido muy gratificante comprobar que no era así, de modo que este Premio renovó mis lazos con mi patria de nacimiento”.

Tras su muerte, me ha parecido que es su mejor epitafio.



Ted, con su hijo Luis y su nieto Adriano.





## *Agustín “Paco” Oyarzún* UN OFICIAL DE LA MEJOR MADERA VERDE

Por Toño Freire

A mediados de los 50 –como siempre ha ocurrido– se tenía desconfianza de los compañeros que luciendo trajes militares llegaban a estudiar a la Universidad de Chile. Utilizo el verbo “lucir” porque el corte perfecto de sus uniformes merecía tal evaluación. Sin arrugas, ajustado al cuerpo, gorra para aumentar estatura, galones estrellados, ancho cinturón por si poseían barriga, zapatos lustradísimos, les otorgaban una prestancia que imponía distancia e incluso temor en los más pruriginosos.

Fue lo que acaeció al ver entrar a nuestras primeras clases de Periodismo a Agustín Oyarzún Lemonier; quien, a su atuendo de oficial de Carabineros, sumaba una corpulencia respetable: entre macizo y gordo. Inquietud que sólo tendió a atenuarse cuando, sentado en la primera fila, giró su cabeza y empezó a esbozar una sonrisa y mirarnos con franqueza. Fue el instante en que se ganó el apodo de Paco y en que quedó depositado para siempre su grado de capitán en el fondo de su maletín negro.

Al poco tiempo de conocerlo, confirmé que aquella actitud inicial no había sido fruto de una conducta estudiada, dado el hecho de

que era un profesional, guardián del orden, que nos superaba en edad por más de diez años. Su comportamiento, simplemente obedecía al afán sincero de un hombre cabal dispuesto a convertirse en un amigo y compañero de estudios.

Rápidamente confraternizamos. Perfeccionista, durante los recreos, por iniciativa suya, para enriquecer el vocabulario, nos interrogábamos acerca de nuevas palabras y conceptos. Bromeando internalizamos perínclito, chirigota, ápside, mandala, deísmo, y los usamos en nuestros escritos. Empezamos a estudiar juntos en su casa de un condominio de Carabineros existente en Arturo Prat con Maule. Por igual, en compañía de Manolo Lisbona y Sergio Gutiérrez, su oficina en la comisaría de San Isidro con Santa Victoria se transformó en centro de nuestras tareas. Enseguida del aprendizaje pasábamos al Casino donde, escuchando sus anécdotas vividas mientras prestaba servicio en villorrios fronterizos con Bolivia, entre trago y comida, cruzábamos alegremente la medianoche. Quizás en esas veladas nació la fuerte ligazón que motivó que, cuando cursábamos el último año de la carrera, Agustín me promoviera para que en la escuela me eligieran el mejor compañero.

Aplicando los conocimientos periodísticos adquiridos, Oyarzún empezó a colaborar en la publicación institucional y en la década de los sesenta fue director de la Revista de Carabineros. Posteriormente, habiéndose acogido a retiro, optó definitivamente por el periodismo. Para su primer proyecto abrió oficina de redacción en calle Alonso Ovalle y con él trabajaron colegas como Josefa Aubá y María Inés Sáenz. Hombre inquieto por las letras, entregó para la posteridad su libro biográfico *La Muralla*. Más adelante, en su editorial e imprenta ubicada en calle Bascuñán Guerrero con Alameda, creó las publicaciones *Aquí Está* que cubría temas policiales y de actualidad y *Supermusicales*. Las dos obras colgaban en los quioscos y, en especial, en una estrategia inédita, un equipo especial de canillitas las vendía arriba de los buses asegurando su permanencia.

### La carta

A través de la revista dedicada al mundo artístico, Agustín una vez más dio muestra de su sincera lealtad. Debido a la persecución de la dictadura, después del Golpe me vi obligado a partir a Venezuela. Eran tiempos de muerte y tortura en que a la gente que hubiese pertenecido a la Unidad Popular se le cerraban las puertas laborales. Cuando mi esposa, la actriz Patricia Larraguibel, fue a Televisión Nacional a pedir trabajo para mí, un ex discípulo de Periodismo la rechazó aduciendo mi presencia en las temidas listas negras. Incluso a los allendistas se les perseguía estando en el extranjero. Ninguna de esas instrucciones importó para que él me contactara en Caracas. En emotiva carta, pagándome justos emolumentos, me designó corresponsal de *Supermusicales*.



Fernando Jaras, Lidia Baltra y Agustín Oyarzún

Desde allá enviaba una columna de opinión y realizaba entrevistas a chilenos que llegaban a actuar junto al río Guaire. Confieso que no le tomé el peso a la tarea desempeñada hasta la tarde de octubre de 1978 en que me tocó ir a conversar con Fernando Ubierno al hotel Anauco Hilton. El muchacho cursaba la carrera en nuestra Escuela y con sus creaciones se había transformado en la figura más brillante de su generación. En gira por el continente, procedente de Lima, lo aguardé al borde de la alberca acompañado del fotógrafo y camarógrafo Hernán Garrido, asimismo viviendo el exilio. Casi me caigo al agua cuando al verme lanza la exclamación:

*—No me diga que es el famoso corresponsal de la popular Supermusicales. Es un honor para mí ser entrevistado por usted.*

Achunchado por su inocente reacción, me deshice en explicaciones mientras su representante Jorge Mackenna exponía acerca de la sencillez del cantautor y yo, internamente, agradecía al Paco la oportunidad brindada en horas amargas para mantener contacto con Chile.

### El busto

Brinco ahora más atrás. Séptimo mes de 1974, pleno de pavor, sangre, incertidumbre, otorga a Oyarzún la oportunidad de demostrar el auténtico afecto que siente por el plantel en que se formó como reportero. Recibo su llamada:

*—Toño, por razones que son de dominio público, el año pasado no se celebraron los veinte años de la fundación de nuestra Escuela. Considero que, en condición de ex alumnos, deberíamos desarrollar una iniciativa. Estoy pensando en algo así como regalar un busto de Ramón Cortés para que luzca en el patio del edificio de Macul. Es evidente que para concretarlo tendríamos que realizar una colecta entre los ex compañeros. Su acto inaugural a fin de año, además nos serviría para un reencuentro de amigos después de los difíciles momentos vividos.*

No quisiera omitir nombres, si olvido alguno, perdónenme, sin embargo creo que en la Comisión pro Busto estuvimos Manolo Bravo, Werner Arias, Juan Rocha, quien escribe y Agustín. Él, por supuesto, confeccionó el listado con apellidos adinerados a quie-



nes ir a pedir dinero. Uno de los donantes fue su compadre Fernando Jaras Fleischmann, copropietario de *La Tercera* y que fuera nuestro compañero de curso. El resto del billete se juntó entre los ex alumnos. La empresa más cruenta consistió en ubicar el artista que esculpiera la pieza en piedra. Trajín intenso que culminó en el taller de un afamado escultor que trabajaba y vivía en las cercanías de plaza Chacabuco. Tal como deseaba Agustín, ese diciembre se descubrió el rostro pétreo de don Ramón que después fue trasladado a la sede de la Torre 15 en Portugal, de ahí al plantel de calle José Carrasco y hoy se yergue en el Campus Juan Gómez Millas.

Una vez más, gracias noble *Paco*: un oficial de la mejor madera verde. Y para saludarte, de nuevo retrocedo en el tiempo. Me congeló en la tarde del trágico 11 de septiembre de 1973 para agradecer la llamada telefónica que me diste al producirse el Golpe militar, en el instante en que el reloj marcaba las 16.00 horas. En el día más doloroso de la historia nacional del siglo XX, cuando la vida de los izquierdistas no valía nada para los bárbaros pinochetistas, serenamente me dijiste: *Toño, seré breve, vas a pasar momentos muy difíciles. Anota este teléfono. Cuídate. Voy a cortar.* Jamás olvidaré esas quince palabras que simbolizan una amistad de acero nacida en las aulas de nuestra querida Escuela de Periodismo.





# Érica Vexler

## PERIODISTA INOLVIDABLE

Por Lidia Baltra

38

Tenía una personalidad arrolladora. Donde llegaba atraía las miradas y despertaba de inmediato simpatías y odios. Con ella no había término medio. Pero nadie podía ignorarla.

Érica Vexler, periodista chilena de padres judíos rumanos, falleció en Tel Aviv el 30 de abril de 2011, víctima de un enfisema pulmonar que la tenía abatida desde hace muchos años.

Estudió en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile en 1954, formando parte del segundo curso de la Escuela. Luego viajó con sus padres a Israel, recorrió Europa, permaneciendo en París durante un tiempo. Se casó y se separó. Nunca quiso hablar de ese matrimonio.

Volvió a Santiago de Chile en 1957 con una hijita y se reincorporó a sus estudios de Periodismo en la flamante casa de estudios de calle Los Aromos, en Ñuñoa. Allí la conocí, pues llegó a mi curso.

Fuimos buenas amigas y compañeras, nos visitábamos en nuestros hogares y más de alguna vez estudiamos juntas. Érica era una en-

tretenida contertulia, con una cultura general amplia, buena labia y fumadora empedernida. Los visité muchas veces en su elegante departamento de la Avenida Bustamante, donde conocí también a su pequeña hija Mariana, que era celosamente cuidada por su madre y una niñera mientras Érica estudiaba o trabajaba. Iniciamos al mismo tiempo nuestro trabajo de aprendices de periodistas.

Éramos estudiantes de segundo o tercer año en la Escuela de Periodismo cuando se nos presentó la oportunidad de trabajar con otras compañeras como Raquel Correa y la brillante reportera ya profesional Licia Ballerino, en el programa “Apuntes” de Radio Minería, un programa escrito, leído y dirigido por mujeres. Lo dirigía Lenka y lo leían frente al micrófono Mireya Latorre, Elina Zuanic (hermana de Gina) y Eliana Bocca. Asistíamos a la reunión de pauta, escuchábamos las instrucciones de nuestra maestra Lenka y salíamos cada una por su lado a reportear para volver al cierre con nuestras carillas –seis copias mecanografiadas y copiadas con papel carbón–, para la revisión de la maestra.

Hacía poco que Érica me había confidenciado que ella se dedica-

ría a las Relaciones Públicas. Era lo único que tal vez sus padres, un matrimonio judío de mucho dinero, aceptaban como destino para su hija. No entendían qué hacía ella mezclada con periodistas, en espacios bohemios. El ambiente en las grandes empresas era aceptable para su nivel social y como relacionadora pública podría ganar más dinero que como reportera.

### **Meta: ser la mejor reportera**

Yo la entendí en ese contexto. Pero tras conocer a buenos periodistas entre sus maestros, y trabajar incluso con la que ella más admiraba, Lenka Franulic, tuve más argumento para convencerla de que la esencia del periodismo, si una lo ama, era la búsqueda de la verdad en los hechos que ocurrían en la sociedad, y estaba en los reportajes, las crónicas, las entrevistas. De pronto cambió de rumbo y se declaró orgullosa de tener como meta ser la mejor reportera de nuestro pequeño país.

Érica se dedicó en cuerpo y alma al periodismo y por su elegancia, buena conversación y personalidad, no tardó en destacar en los ambientes en que se movía. Muchos colegas la criticaban y otros no la soportaban justamente por eso. Le comenzaron a colgar aventuras con celebridades de la política chilena, como el canciller Gabriel Valdés y otros, porque ella lograba acercárseles y dialogar como una par. Y así consiguió golpes periodísticos en su primer medio, el semanario policial *Vea*.

Los chismes malintencionados se acallaron cuando entabló una larga relación con el periodista Humberto Malinarich, quien llegó a ser director del famoso semanario *Ercilla* y ella una de sus periodistas estrella.



Érica Vexler entrevista al primer ministro de Israel Shimon Peres

Cuando aún existía en el país la pena de muerte, narró la ejecución de los victimarios Luis Osorio y Francisco Cuadra, asesinos de las ancianas Rosario y Manuela Vera Romero y su empleada, Sara Álvarez, noticia que conmovió a la opinión pública en la década de los 60. La invitaron a presenciar el feroz castigo junto a otros dos periodistas, Raquel Correa y Patricia Guzmán. Anduvo mucho tiempo comentando esa estremecedora experiencia.

Fue la primera en denunciar por la prensa, a fines de los 60, el nido nazi que se ocultaba en Parral, en Colonia Dignidad, donde se había constituido un Estado dentro del Estado. Pasarían cuarenta años antes de que su jefe, el enfermero nazi Paul Schäfer pudiera ser capturado por pedófilo y colaborador de la DINA-CNI, policía secreta de Pinochet.

En lo político, Érica tuvo simpatías por la “revolución en libertad” de Eduardo Frei, pero la formación hogareña de padres judíos que debieron huir de la persecución nazi en Rumania, su tierra natal, la marcó profundamente. Y cuando la Unidad Popular ganó las elecciones de 1970, ella salió del país con ellos.

### **Periodista internacional**

A partir de entonces la perdí de vista, pero desde México me llega la información de la segunda etapa de su vida en la voz de su amiga Elsa Cárdenas, abogada mexicana a quien conoció en 1978 y quien seis años más tarde llegó a hacer un postgrado en Tel Aviv. Allí comenzaron a vivir y trabajar juntas. Tras el fallecimiento de Érica en 2011, ella nos contó la segunda parte de su historia:

“Érica llegó a Israel a fines de 1970 y a los pocos meses empezó a trabajar para Televisa, una de las grandes empresas de la tele-



visión mexicana, en el noticiero *24 Horas* conducido por Jacobo Zabłudovsky.

“Inmediatamente se destacó como la mejor corresponsal al entrevistar a muchas personalidades, como el Rey Hussein de Jordania, a los presidentes egipcios Anwar el Sadat y Hosni Mubarak, a toda la plana de la Organización para la Liberación Palestina (OLP) incluido Yasser Arafat, a los presidentes libaneses y a todos los políticos israelíes destacados. Pero no sólo se desarrolló como periodista de primera en el mundo político. También entrevistó a la Madre Teresa de Calcutta

“Pusimos una compañía productora de noticias en el Medio Oriente y nos fue muy bien económicamente. Viajamos para hacer reportajes especiales a Marruecos, Chipre, Jordania y Egipto, hicimos reportajes sobre la moda en Francia y entrevistó al Secretario General de la ONU en New York.

“Trabajó con colaboraciones escritas para dos periódicos mexicanos ya desaparecidos: *Novedades* y después *El Herald*o.

“Recibió el Premio Nacional de Periodismo de México en 1985. A partir de 1998 trabajamos para Organización Radio TV Fórmula en México, también de la familia Azcárraga, como Televisa. Érica cubrió la guerra del Líbano en 1982 y después cubrimos juntas el retiro del ejército israelí del sur libanés en 1985, la Primera Guerra del Golfo Pérsico en 1991 y las dos Intifadas.

“Viajamos a donde quisimos y disfrutamos de todo lo bueno que la vida puso a nuestra disposición. Estuvimos en Chile en marzo-abril del 2007. Fue la única vez que Érica regresó a su país, principalmente para visitar a Patricia Verdugo que ya estaba muy enferma del cáncer que la destruyó.

“En noviembre de ese mismo año nos encontramos con mis padres en París para asistir a un concierto de Charles Aznavour al que el mismo Aznavour nos invitó.

“En octubre del 2008 viajamos a Houston para estar junto a mi padre, gravemente enfermo, más bien para despedirnos de él, y al re-

gresar a Israel en noviembre Érica empezó a sentirse cansada pero seguía trabajando y con la cabeza muy lúcida y brillante.

“Al año siguiente enfermó de pulmonía y así empezó la disminución gradual de sus fuerzas. No quiso volver a salir a la calle para que los vecinos no vieran «la degradación de su cuerpo», como ella misma decía. El último viaje lo hicimos a París en junio del 2010 y allí sí aceptó ir en silla de ruedas y con el concentrador de oxígeno portátil que aliviaba su enfisema.

“La mala relación con su hija Mariana le minó la salud no sólo física sino emocionalmente, toda su vida. Mariana se casó con un israelí y tiene una hija que se llama Jenny. La nieta Jenny tiene 20 años, ya terminó su servicio en el ejército israelí y en octubre de 2011 empezaba los estudios universitarios. Quiere ser periodista, cosa que llenaba de orgullo a Érica.

“Lo que sí puedo decir con certeza es que Érica tuvo una vida plena, muy difícil pero llena de logros y éxitos. Todo aquel que la conocía se quedaba muy impactado con su arrolladora personalidad”.

Érica cruzó las fronteras en la tierra y al final, agotada, se elevó por sobre ella para descansar en paz.



Érica en su casa en México.





Gonzalo Bertrán. Referente fundamental de la TV chilena.

## Gonzalo Bertrán Martínez-Conde TENAZ Y PRECLARO COMO POCOS

Por Giacomo Marasso

La última vez que pude compartir unos gratos momentos con Gonzalo Bertrán Martínez-Conde fue en Madrid, entre el queso manchego curado, jamón ibérico y “de copas”. Estábamos celebrando el hecho de habernos encontrado en el Estadio Santiago Bernabeu: habíamos llegado al campo deportivo junto a mi amigo Gutenberg Martínez para ver jugar a Iván Zamorano, que brillaba en esos años vistiendo el uniforme merengue del “Madriz”, como se les oye a los españoles nombrar el Real Madrid. Eran los años del Canal 13 para Gonzalo.

Después de esa entretenida velada no supe más de él hasta que recibí el 30 de enero del 2001 la noticia en la voz de nuestra querida Tere Maluenda: Gonzalo había partido finalmente a la Casa del Padre, después de años de luchar tenazmente contra la leucemia.

### **Del mero Periodismo a las Comunicaciones**

Tenaz y preclaro como pocos, Gonzalo Bertrán, encabezó desde 1965 en nuestra querida Escuela de Los Aromos, donde llegaba en su FIAT 600 blanco, con el pleno respaldo de nuestro director Mario Planet, la gran transformación que situó a nuestra carrera en la

dimensión de las Artes y Técnicas de las Comunicaciones.

Anteriormente lo había hecho como integrante del grupo político-intelectual “Ariete”, colectivo integrado por estudiantes entonces demócrata cristianos –Oscar González Clarke, Rodrigo de Arteagabeitia, Oscar Saavedra, Nicolás Luco, Manfredo Mayol, Guillermo Osorio y Santiago Pavlovic– entre los que recuerdo.

Luego en 1968, cuando fuimos elegidos presidente, él, y vicepresidente, yo, del Centro de Alumnos, precipitamos la reforma definitiva con un Congreso Nacional de Estudiantes de Periodismo realizado en nuestra sede. Ahí fue cuando en todas las Escuelas del país pasamos de estudiar el “oficio” de periodista a licenciarnos en Comunicaciones Sociales, a la luz de las teorías reveladoras de Marshall Mac Luhan y su Aldea Global. Y eran los años de la Reforma Universitaria: 1966 la Católica de Valparaíso, 1967 la Católica de Santiago y 1968 nuestra Universidad de Chile. Dos meses pasamos en toma en la Casa Central, mayo y junio.

### **Activista de la Revolución en libertad**

Activo militante DC, Gonzalo situó su dimensión política en el rol



Pionero en el salto del Periodismo a la Comunicación.

de una vanguardia intelectual al servicio de la promoción del pueblo. Recordemos que en el aire se respiraba la Revolución en libertad con todas sus reformas y, como si fuera poco, las oleadas de aire fresco que entraron cuando se abrieron de par en par las ventanas del pensamiento político cristiano con el Concilio Vaticano II del Papa bueno, Juan XXIII.

Él mismo fue coordinador nacional de los Trabajos de Verano de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, FECH, bajo la dirección de la Democracia Cristiana Universitaria, experiencia pionera en voluntariado juvenil que profundizaba el compromiso de las nuevas generaciones con las causas solidarias y políticamente transformadoras que se pusieron en marcha con la “Patria Joven” durante la campaña de Eduardo Frei Montalva. Este modelo fue replicado después por la Unidad Popular en los Trabajos Volunta-

rios y también por los gremialistas de la FEUC, especialmente en Punitaqui.

Fue el mismo presidente Frei quien le confía la creación y puesta en marcha de Televisión Nacional a un grupo de 52 fundadores. Entre ellos Gonzalo, que asume la Dirección de Programas; Jorge Navarrete la Dirección General; Ángel Lara la Fiscalía; nuestro compañero de promoción Jorge Argomedo el área internacional de Prensa y mi primo hermano Marcos Salazar en la Producción.

### **Fundador de la Televisión Nacional**

Ahí Bertrán concentra todos sus empeños, apartándose de toda otra esfera de participación. Después de todo, la historia había puesto en sus manos la mejor herramienta para unir, informar y entretener a la “aldea global”.

Gonzalo Bertrán Martínez-Conde se convirtió en un modelador de la Televisión Nacional y un formador de generaciones de realizadores televisivos, a tal punto, que se construyó toda una mitología en torno a su gravitación en el poder del cálido medio de comunicación. Hubo, por supuesto, ridículas acusaciones en su contra: en 1970 el comando de la candidatura presidencial de Jorge Alessandri le atribuyó el “uso político” del temblor de las manos del anciano político en el programa de la franja presidencial que dirigía Gonzalo, imagen que quedó en las retinas de los televidentes durante su presentación en TVN. Aunque es cierto que algún comando adversario aprovechó con gran oportunismo esta situación, empapelando Santiago con un afiche de la versión temblorosa del logo AV (de Alessandri Volverá) pocos días después de la transmisión.

### **Solidaridad con los perseguidos**

Siendo opositor al gobierno de Salvador Allende y producido el golpe de Estado, Gonzalo acepta la gerencia del Canal nacional con el propósito explícito de impedir el desarme de la estación y la represión de los trabajadores.

Finalmente termina ganándose la antipatía de los directivos de TVN y emigra a la Corporación de Televisión de la Universidad Católica (hoy simplemente Canal 13).

De la misma forma, asume la dirección de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, que estaba cerrada desde septiembre de 1973, con el propósito de normalizar sus actividades y neutralizar a quienes querían clausurarla definitivamente.

“Fui a hablar con el rector (designado), general de Aviación César Ruiz Danyau, y le pedí que no cerrara (la Escuela). Le hablé de la necesidad de mantener el periodismo a nivel universitario. Dos días después me llamó el interventor de la sede oriente y me dijo que tenía el encargo del rector de nombrarme director de la Escuela de Periodismo y tenía que presentar un documento en el cual justificara que no se debía cerrar la Escuela. Ese año egresaron y se titularon 25 o treinta alumnos de la promoción del 73”, escribió Gonzalo en el libro *Vendedores de sol*.

El testimonio del periodista Nelson Sandoval patentiza lo dramático de este episodio. Él, junto a Braulio Olavarría, ambos militantes del MIR de entonces, y otros estudiantes, habían dedicado su Seminario de Título nada menos que a “El Militarismo Latinoamericano”. Advertido sobre el documento, Gonzalo lo quemó personalmente hasta reducirlo a cenizas. “No fue un acto bárbaro, fue una acción salvadora”, subrayó Sandoval. Bertrán había evitado que el archivo cayera en manos de los organismos de seguridad, eliminando el riesgo consiguiente para sus autores. Finalmente Sandoval se tituló con un Seminario sobre Periodismo Infantil en 1980.

Gonzalo deja la Escuela como profesor de televisión cuando los representantes de la dictadura que controlaban la Universidad de Chile deciden trasladar la sede, abandonando el edificio de Los Aromos. “Le dije (al director Eduardo Latorre) que eso no se debía hacer porque era una donación a la Escuela de Periodismo”. En efecto, el inmueble que hoy pertenece a la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, UMCE, fue una donación de la familia venezolana dueña del diario *El Nacional*, diseñado espe-

cialmente para una Escuela de Periodismo, con sala de máquinas de escribir y laboratorio fotográfico.

### **Lo mejor de la entretención televisiva**

Luego de ser despedido de TVN, fue recibido junto con el locutor César Antonio Santis en Corporación de Televisión de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Junto con él, se inició otra época de éxitos en los programas de entretención: en 1979 condujo *Lunes Gala* y *Esta noche Fiesta*; desde mediados de los años 1980 hasta 1995, *Martes 13*, considerado el último gran estelar de la televisión chilena.

También en esos años se le concedió la dirección de eventos, como la visita de Juan Pablo II a Chile y del programa político *De cara al país*. En 1995, empezó su último programa, *Viva el lunes*, con la conducción de Kike Morandé, Cecilia Bolocco y Álvaro Salas.

Desde 1986, Bertrán tuvo que conllevar su calidad de director más importante de Canal 13 con una leucemia que se trataba en los Estados Unidos.

Tras finalizar *Viva el lunes*, luego de la partida de Kike Morandé a Megavisión, Bertrán falleció en Santiago el 30 de enero de 2001. Tras su muerte, Canal 13 lo homenajeó con la participación de los ya ex animadores del programa estelar. En su funeral, su féretro fue conducido por las afueras de los estudios de Canal 13 y de Televisión Nacional de Chile. En la actualidad, el estudio donde realizó muchos de sus programas lleva su nombre.

El actual Instituto de Comunicación e Imagen, ICEI, de la Universidad de Chile tiene una deuda de honor y gratitud con este alumno que en sus 56 años de vida dio tanto brillo, en las buenas y en las malas, a la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile.



# Alexandra Barrientos

## MI HOMENAJE A UNA MUJER EXTRAORDINARIA

Por Horacio Marotta

*(Nota: Este texto recoge las palabras con que el periodista Horacio Marotta despidió los restos de Alexandra Barrientos, el 15 de agosto de 2013)*

44

Antes de leer esto que me salió del alma y escribí anoche hasta la madrugada, quiero pedirles disculpas... Se supondría que como colega, periodista, tendría que haber hecho una semblanza o un recuerdo de la vida profesional de la Alexa, que realmente fue muy meritoria, importante y agregaría brillante, privilegio mío de haber compartido gran parte de esa carrera en Chile y en Suecia...

Sin embargo decidí contar historias personales, un cuento, una novela, que retrata más profundamente lo que fue ella, precursora, valiente, única...

Alexandra, Cuqui, Mono, Lali, mujer total e irrecuperable, te fuiste así repentina e inesperadamente...

Pero no te has ido, no te irás nunca de nuestro recuerdo y nuestros corazones.

Es verdad que la pena y el dolor hoy son enormes porque tu pérdida es irreparable y te vamos a echar de menos, al menos yo, y sé que muchos más, mientras vivamos...

Vivirás en nuestros recuerdos, tantos recuerdos, tantas historias, tantos años, tantos triunfos, tantas derrotas, tantos mundos, tantas ilusiones, tantas luchas, tantas causas, todas justas e importantes, todas honestas a concho, todas sentidas y vividas a concho.

Cuando te conocí, teníamos la vida entera por delante y era lo único que teníamos, la vida por delante, las esperanzas, los sueños de gloria, las ganas, la juventud, la irresponsable juventud, las irresponsables ganas, los anhelos de plenitud, las contradicciones telúricas, los miedos.

Circulábamos precariamente, sin saberlo, por la hoja de la navaja, estábamos atados por mil cosas a un pasado que se deshacía en giros, que se caía a pedazos.

Intuíamos que éramos pioneros, que estábamos inventando caminos al andar, con miedos.

Nos pesaban la familia, las tradiciones, la educación, nos atraía la ruptura, lo nuevo que no sabíamos muy bien lo que era, igual queríamos cambiarlo todo, crecíamos sobre un volcán a punto de entrar en

erupción, nosotros mismos estábamos a milímetros, todos los días, de entrar en erupción, nuestros sentidos explotaban, pero los reprimíamos, porque eso nos habían enseñado.

Estábamos divididos, grotescamente rotos, partidos en dos, entre el desenfreno y la tradición, entre los consejos paternos, la familia, el ser buenos ciudadanos integrados, el mirar el futuro con esposa, hijos, casita Corvi, tal vez una *citrola*, hijos, gatos, perros, jardín... y la ruptura, la noche, la poesía, la bohemia, la rebeldía.

Kafka, Camus, Sartre, Ginsberg, Kerouac, De Sica, Fellini, Antonioni, Visconti... Acorralados entre las Doris Day y James Dean, entre Gandhi y el Che Guevara, aterrados entre Praga y Budapest, atrapados entre Santo Domingo, Argelia y Vietnam...

Sé que en alguna parte me estás escuchando, lo siento así, sin ser creyente de nada, pero si creyendo en ti y en tu capacidad enorme de seguir acá entre nosotros.

Tengo que confesarte, el Cufifo todavía me habla, me conversa, me aterriza, me trae noticias tuyas, se acuerda de la Rosita que fue, según él, su mejor interlocutora, sí, ya se, estoy tan loco como siempre, o un poco peor, pero igual lúcido, y lleno de recuerdos.

Y quiero sentirte de nuevo como entonces, volver al pasado y revivir, sentir que la derrota no pasó, que no nos perdimos, que seguimos enteros, únicos, vitales, que seguimos teniendo las mismas ganas, el mismo brillo en la mirada, ese brillo que tú me contaste, con el que me mirabas de lejos, allá en la remota sala de máquinas de la Escuela, cuando yo no te miraba, no te conocía, pero tú a mi sí me conocías, tú a mi sí me mirabas, a punto de casarte, con el destino ya hecho, caminando igual que yo por el filo de la navaja, en la orilla del precipicio, en las puertas del averno, en la contradicción total, dividida, rota, insegura, mucho antes de que los fósforos flotaran y revelaran la verdad, intuyendo que habían otras vidas posibles, que la ruptura no era el abismo, sino el comienzo...

Cometeré el pecado de confesar que no me acuerdo en que día, a qué hora, en qué lugar ni en qué circunstancias, ocurrió uno de los hechos más trascendentales que me han ocurrido en la vida.



Alexandra Barrientos

Un hecho que marcó mi vida para siempre, y la tuya, y que además marcaba un hito en lo que éramos, en la vida que vivíamos, en el entorno cultural en que habíamos sido criados, marcó la ruptura, la frontera entre dos épocas.

De ese momento símbolo conservo recuerdos muy nítidos, pero solo te veo a ti, veo tus ojos, tu mirada intensa, tu insegura seguridad, tu voz profunda salida del alma, del útero, de la médula de tus

huesos, de tus sentimientos más profundos y de tu racionalismo más profundo, de tu valiente femineidad, de tu incipiente liberación, de tu desgarradora ruptura con el pasado, de tu salto al vacío, de tu apuesta por la historia, por un futuro distinto, por tus ganas, por tus necesidades...

Rompiendo cadenas ancestrales, te lanzaste a mis brazos, me besaste apasionadamente y me declaraste tu amor, así, sin mediar provocación, tomaste la iniciativa, no aguantaste más, rompiste todos los tabús, te saltaste todas las inhibiciones y trancas, mandaste a la mierda todas las enseñanzas, religiones, filosofías, culturas, derrumbaste el muro centenario, hiciste que mil millones de abuelas y madres se revolvieran en sus tumbas, muchas para escandalizarse y pocas para aplaudirte, reivindicaste a todas las feministas del mundo, las que aullaban por las calles del mundo desarrollado ondeando sostenes y las calladas y sumisas del Tercer Mundo. Pasadita la mitad del siglo 20, pusiste la primera piedra del Tercer Milenio.



Horacio Marotta, Alexandra Barrientos y Miguel Davagnino

Esto que relato hoy, conteniendo mis lágrimas, es la Alexandra que conocí, que viví, que disfruté durante casi medio siglo de nuestras vidas, con alejamientos y cercanías, pero con un amor entrañable, mutuo, indestructible y eterno.

Esa es la Alexa maravillosa que dedicó su vida a las más grandes causas e ideales, sin claudicar jamás, la militante aguerrida, constante y consecuente que durante los tres años del gobierno popular, trabajando en el Ministerio de la Vivienda hacía trabajos voluntarios el fin de semana e iba a cargar sacos, o a palear barro en las poblaciones...

La solidaria con todos, la profesional acuciosa hasta la exasperación, la trasnochadora que podía trabajar hasta la madrugada. Cuántas noches pasamos juntos en Estocolmo editando programas radiales, cuando no había computadoras, cuando cortábamos cinta magnética centímetro a centímetro para armar una entrevista, un reportaje...

Ya, creo que ya es mucha mi lata, termino acá, con un párrafo de una carta entrañable que conservo y que me mandó hace ya muchos años... Son sus palabras, es su letra... La retrata tal y como era, o es, y me da vergüenza leerla, pero creo que es parte de esta novela, de esta semblanza, de este desentrañar a la Cuqui verdadera, valiente, sincera, transparente, eterna, entrañable, que conservaremos para siempre en nuestras almas y corazones...

*“Y aquí estoy, sola con mis gatos, para variar los gatos, me acuerdo del Cufifo y claro, de ti flaco, lindo el flaco, puchas que te quiero, y tenía que llamarte hoy, nos íbamos a juntar mañana, y no te llamé, me enredé en mi misma, en los miedos, en huevadas absurdas, igual tengo ganas de verte, tal vez de abrazarte, de sentirte, las mismas ganas que me han acompañado toda mi vida, entre maridos y sicólogos, te he echado tanto de menos, desde que yo me metí por el Pasaje España y tu seguiste de largo por Estado, desde entonces que te ando buscando por todas partes, he andando porfiando contigo, ahora para mí es un poco como hace mucho, cuando te quería decir tanto y todas las formas me parecían indignas de ti y no abría la boca...*

*¿Se me irá a quitar alguna vez?... Si, tú me salvaste la vida, cambiaste mi vida, rompiste el libreto, me impulsaste a ser libre, abriste mi jaula, y a lo mejor los fósforos nadando en la pileta son implacables, y al final nuestras vidas se van a unir, después de tanta historia, de tanto desencuentro, de tantos muertos, de tantas penas, de tantas lejanías, e igual me da miedo, igual me siento una lola ridícula frente a tu lucidez de siempre, a tu fuerza, a tu embrujo de mono de madera, de acuariano típico, de volado inconsciente, loco, poeta, anarco, lindo, y podría entregarme entera, pedirte que me quieras, que cargues conmigo y mis traumas ancestrales, cargar con las tuyas, con tus penas recónditas, con tus cicatrices que no muestras, empatar nuestras historias, completar nuestras historias, confundirlas, amasarlas, a lo mejor transmitir las, ojalá por radio, hacer un radioteatro, yo la Mireya Latorre y tú el Emilio Gaete, o transmitir de nuevo juntos el plesbicieto para Suecia, o besarnos apasionadamente arrodillados en el suelo escuchando al Pato Manns como en Akalla, o en tu cumpleaños en Hellenelund, cuando cumpliste 36, y yo me fui con mi marido de entonces pasado de copas y tú te quedaste a crear, a inventar a la Sonia Paulette Patricia, que salió igual a ti, hermosa como tú, o más hermosa que tú, y éramos tan locos, tan apasionadamente locos que pudo*



*ser de otra manera, flaquito lindo y entrañable, fue rico estar en tu cumpleaños número 60, y no te llamé hoy, y no sé muy bien por qué, espero que tu insistas, estoy sola, te sigo queriendo...”*

Y yo la sigo queriendo y la seguiré queriendo mientras viva...

Amigos queridos, que esta no sea una despedida, que sea el comienzo de un encuentro fraterno entre todos los que gozamos su vida, su presencia, su bondad, su amor, su solidaridad... Que su recuerdo nos una... Que su ejemplo nos una...

Que las lágrimas que hoy derramamos por su partida fertilicen la tierra y la hagan florecer, con sus ideas, con su fuerza, con su coraje...

Que su ejemplo de vida, de ruptura, de ansias de libertad, de igualdad, de fraternidad, nos unan y nos acompañen en las luchas que siguen vigentes, hoy, como antes y por siempre, hasta conquistar un mundo mejor, hasta concretar los sueños que ella mantuvo durante toda su incomparable vida...

Ella era una artista, de la palabra, de la información, del cariño, de la solidaridad a toda prueba...

Despidámosla con un aplauso que llegue hasta el cielo, hasta las estrellas y cantemos, todos juntos, moros y cristianos, más allá de nuestras posibles diferencias, La Internacional que creo que ella quisiera oír de nosotros.

# Wladimir Aguilera

## MI AMIGO Y MI JEFE

Por Elia Parra Domínguez

48

¿Me salvó Wladimir de algo peor, de la cárcel, o al menos del exilio? Me hago estas preguntas al recordar cuando se me acercó en La Moneda, con aire solemne, un año antes del golpe de Estado. “Tenemos que conversar”, dijo, muy serio.

En aquel tiempo él cubría Moneda para el diario Clarín, además de su jefatura en Comunicaciones del Servicio de Cooperación Técnica (Sercotec). Por mi parte, trabajaba en Comunicaciones del Departamento de Cultura de la Presidencia de la República. Nos veíamos a diario e intercambiábamos copuchas, con el patio de Los Naranjos como escenario. “Copuchas”, les decíamos entonces a lo que pasaba en el país, recién sospechando que esos rumores e informaciones eran más grave que eso.

Pero a Wladimir Aguilera lo conocí mucho antes, cuando él era dirigente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (FECH) y yo una simple alumna de Periodismo en esa misma casa de estudios y, como él, alucinaba con la política. Y Wladimir, en este plano, era ingenioso, inteligente y hábil en el arte de hacer coincidir posiciones que, a primera vista, parecían irreconciliables.

Pero también se mostraba firme con sus oponentes, defendiendo las convicciones que en ese tiempo lo habían llevado a militar en la Democracia Cristiana, pero que en las postrimerías del gobierno de Eduardo Frei Montalva lo harían reconocer filas en la naciente Izquierda Cristiana.

Creía Wladimir en la política como la única forma de transformar la sociedad, de hacer que los sueños de tantos dejaran de ser solo sueños; creía en las utopías como parte de la épica que en aquellos tiempos –hablamos de fines de los 60 e inicios de los 70– iluminaba y fortalecía la lucha estudiantil y juvenil, cuando la mayoría de los dirigentes a nivel nacional se dedicaban en cuerpo y alma a su afán, más allá de intereses personales; cuando dirigir no era solo ejercer el poder sino lograr que ese poder fuera la principal herramienta transformadora. Y así lo entendía Wlady, soñando, como tantos otros, en que solo el esfuerzo y las ganas harían de Chile un país más justo, equitativo y feliz.

Sí, quería en esos tiempos un país feliz, porque él era positivo y optimista, tanto en la política como en el trabajo. Contagiaba sus

estados de ánimo, muchas veces a pesar de sí mismo... Lo recuerdo llegando a cualquier lugar con un aire de misteriosa solemnidad que muy pronto, ante la más mínima provocación, se convertía en sonoras carcajadas .

### **Con el programa de la Unidad Popular**

Cuando se acercó a mí ese día en La Moneda, su actitud también era solemne. Con absoluta seriedad me pidió que habláramos y, como tantas otras veces, no confié en él y me quedé esperando lo que venía. Sin embargo, continuó serio y señaló que no le tincaba para nada que yo siguiera trabajando allí “porque el asunto se está poniendo cada vez peor”. Y me ofreció trabajo en Sercotec, como su segunda de a bordo. Incluso habló de horarios y de sueldo. Lo pensé pocos días y acepté: allá también estaría haciendo un aporte, tal vez más directo, al programa de la Unidad Popular al que ambos adheríamos.

Trabajar junto a Wladimir Aguilera fue una gran experiencia para mí. En un ambiente de gran y mutua confianza, trabajábamos duro. Quizás porque era su segunda de a bordo, cumplí misiones periódicas en diversas zonas del país donde Sercotec impulsaba a pequeños y medianos empresarios y él no podía ir. Orientada por “mi jefe” pero con una gran libertad para moverme según mis criterios.

Así era el Wlady, seguro de lo que quería pero capaz como pocos de delegar funciones, en definitiva, seguro de sí mismo y de su capacidad profesional: no necesitaba aplastar a otros para permanecer él; nunca, en ningún ámbito, advertí en él este tipo de actitudes. Todo lo contrario, a través del trabajo él enseñaba de manera permanente, aconsejaba, sugería, a veces sin proponérselo.

Durante esa corta etapa lo vi claramente como mi amigo, primero mi amigo, y también mi jefe. Muy sólido, capaz de calmarme con serenidad frente a un temblor en el octavo piso en el que trabajábamos. Y desde luego, con un claro ascendiente profesional sobre mí, ya lo mencioné antes: sus consejos y sus textos impecablemente escritos, frutos de excelentes reportes bastaban para otorgarle toda la autoridad necesaria para sentirme muy satisfecha en mi trabajo.

Lamentablemente –y todavía me duele– este tiempo se terminó. El golpe de Estado nos incomunicó totalmente, después de haber sido ambos despedidos de la institución, por razones políticas. Las sombras oscuras que impedían a muchos encontrarse, también nos cogieron entre sus redes. Poco después yo me fui del país y pasaron varios años antes de saber nuevamente del Wlady.

### **Años de la dictadura y del NO**

Los años de la dictadura fueron difíciles para Wladimir Aguilera. En *Vendedores de sol* dejó testimonio de que, una vez despedido de



Wladimir Aguilera, director del *Fortín*, junto al legendario Hernán “Chamullo” Ampuero.





En la tradicional ceremonia de cambio de folio en el *Fortín Mapocho*.

50 sus trabajos, se ganó la vida primero haciendo sándwiches y luego como distribuidor de comidas. “Aquí se me ocurrió convertirme en distribuidor de mariscos y pescados. Me fue bastante bien y amplí el rubro a productos de mar congelados. Gané plata. Compré un puesto en Lo Valledor, pero, con el tiempo, tuve problemas al cambiar el sistema de salarios. Yo pagué mucho y quebramos”, escribió.

“Finalmente, con mi mujer, vendimos la mitad de nuestro predio agrícola. En seis meses reventó y vendimos la otra parte de la chacra. Se acabó el chacarero y volví al periodismo en el Fortín Mapocho”, agregó.

Eran los años en que la prensa antidictatorial se abría paso y el “Fortín”, como se lo llamaba, hacía su gran contribución a la derrota de Augusto Pinochet en el plebiscito del 5 de octubre de 1988. Wladimir llegó a ser director del diario.

“Participé en la Franja del NO, mostrando los fraudes de las noticias que publicaban en la Franja del SÍ. Tuvimos un tiraje récord en la historia del diario. Después, se fue de espaldas. La empresa andaba muy mal y renuncié cuando empezaron a despedir periodistas”, recordó. El Fortín Mapocho se cerró definitivamente el 6 de julio de 1991, día en que lanzó su última edición.

Restablecida la democracia se trasladó a Iquique para dar vida como director a El Nortino, un diario regional de la empresa La Nación, que circulaba también en Arica. Después, retornó a la capital donde se hizo cargo del departamento de Relaciones Públicas en la Municipalidad de Santiago.

En *Vendedores de sol* Wladimir recordó su ingreso a la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile en 1965. Como ya tenía cuatro años de Pedagogía en Castellano pudo entrar al segundo curso y egresar en 1967.

“La Escuela fue para mí básica en cuanto a la formación y el adiestramiento. Nos permitían trabajar y estudiar, ya en segundo año. Había profesores que enseñaban y ayudaban mucho, como Mario Planet que era un gran amigo, Luis Domínguez, Antonio Skármeta, Manuel Eduardo Hübner, el señor Carrasco, que era tan sistemático”, señaló en *Vendedores de sol*. En junio de 1980 venía llegando del campo y se enteró por el diario La Segunda de la muerte de Mario Planet: “Lloré mucho”, escribió.

Por todos los años que compartimos con Wladimir Aguilera, por las “copuchas” intercambiadas, por coincidir en nuestros afanes de justicia social, por haberlo sentido siempre un gran amigo, fue muy duro enterarme de que estaba enfermo, grave, y que había sido sujeto de dos trasplantes de hígado que felizmente le salvaron la vida. Pero esto también duró poco.

Ya vivía yo en Chile cuando Wladimir nos dejó en agosto de 2014. Gran pérdida, para su familia, el periodismo y sus amigos, entre los que me honro de haber formado parte.

# Edmundo Villarroel Ilic

## UN AMIGO QUE VIVIÓ A SU MANERA

Por Doris Jiménez Villarroel

La última vez que vi a Edmundo fue en mi cumpleaños de 1998. Esa mañana me sorprendió una llamada de su hermano Leonardo, que en voz baja me susurró “*tu amiguito quiere verte, está en el Hospital Salvador*”.

—¿Por qué en el hospital?, pregunté.

Creía que se había repuesto de una larga enfermedad que lo tuvo postrado por más de un año, pero —al parecer— en las últimas semanas había recaído en la leucemia y debieron hospitalizarlo nuevamente. “Está con una fuerte depresión”, me explicó Leonardo.

Esa tarde, tal como me indicó Leo, me dirigí a un pabellón aislado de El Salvador. La enfermera me condujo hasta el fondo del estrecho pasillo a una habitación solitaria con un único paciente: Edmundo, pálido y somnoliento, que desde una grisácea cama de hospital me sonreía disculpándose.

Me dijo: “*Te mandé llamar porque hoy es tu cumpleaños y aquí no hay teléfono para saludarte*”.

La enfermera me advirtió que tenía permitida dos horas de visita y agregó, “*por favor, convérsele, no deje que se duerma y hágalo tomar agua*”. Y así, entre cabeceos, sorbos de agua y... “*No soporto mis olores*”... dijo. Entre conversaciones entrecortadas y muchos recuerdos transcurrió esa intensa tarde del 13 de octubre de 1998. Al día siguiente, el 14, volví a recibir una llamada de Leonardo. “*Tu amiguito falleció*”, me dijo.

### Del GUR al MSP

Corría la década de los sesenta cuando conocí a Edmundo. Ambos éramos alumnos de la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile, en una época en que a esta Facultad se la consideraba el semillero de la futura elite del país. Tanto docentes como alumnos convivíamos con cierta armonía, a pesar de las diversas ideologías del Chile republicano de aquel tiempo.

En las décadas previas, se había producido con gran fuerza el advenimiento de las clases medias impulsadas por los 14 años de gobiernos radicales anteriores a Jorge Alessandri (1958-1964) y el Grupo Universitario Radical (GUR) había desplazado del Centro



de Alumnos a los Larraínes, Errázuriz u Orregos del Partido Conservador, que ya estaba fraccionado y daba paso a la Revolución en Libertad demócrata cristiana, mientras en el horizonte se instalaban los ideales marxistas de la Revolución Cubana.

Para quienes recién ingresábamos a la Universidad, adolescentes que en su mayoría proveníamos de liceos laicos y gratuitos, este crisol de ideas, conocimientos y debates al que nos enfrentábamos, constituyó un proceso iniciático que definió el camino futuro de nuestras vidas.



Edmundo Villarroel y Doris Jiménez, 1964.

El caso de Edmundo fue diferente. Hijo de una familia radical, su madre de origen yugoslavo, doña Dinka Ilic, dramaturga e intelectual, feminista y progresista, mantuvo un fuerte lazo umbilical con su vástago y su influencia fue decisiva en el derrotero que asumió Edmundo. El padre, don José Villarroel, amable y cariñoso, durante muchos años se desempeñó como ejecutivo en el mineral de carbón de Lota, circunstancia que obligó al traslado de sus dos hijos a Santiago a estudiar en el Internado Nacional Barros Arana (INBA). En esa institución Edmundo comenzó a perfilarse como dirigente estudiantil. Siendo militante de los secundarios radicales, en 1956 fue presidente del Centro de Alumnos del INBA y al año siguiente, 1957, fue elegido para presidir la FESES (Federación de Estudiantes Secundarios de Santiago) donde le cupo una activa participación en las protestas populares contra la carestía del 2 y 3 de abril, fuertemente reprimidas por el gobierno del entonces presidente Carlos Ibáñez del Campo.

Cuando ingresó a la Escuela de Derecho, Edmundo ya se erigía como un destacado dirigente del mayoritario Grupo Universitario

Radical (GUR), cuyo ideólogo era el entonces destacado académico Alberto Baltra (aunque misógino, pues sostenía que las mujeres íbamos a la universidad a buscar marido), economista de sesgo izquierdista y crítico a la concentración de poder del empresariado nacional, ideas que influyeron y se plasmaron en la memoria de grado de su ayudante, el entonces joven Ricardo Lagos Escobar: *La Concentración del Poder Económico*.

Un hecho de la macro política cambió la correlación de fuerzas en la Escuela de Derecho: a fines de 1961, la incorporación como ministro de Relaciones Exteriores de Alessandri del dirigente radical Carlos Martínez Sotomayor (conocido como “Chicharrita Sotomayor”) motivó a Ricardo Lagos a impulsar el quiebre de la Juventud Radical. En mi recuerdo surgen los nombres de Sergio Gutiérrez Olivos, Jorge Arrate, Edmundo Villarroel y Juan Facuse como los últimos presidentes radicales del Centro de Alumnos, cuando la supremacía de un fraccionado GUR fue desplazada por los emergentes candidatos demócrata-cristianos, entre otros, Luis Maira, Juan Enrique Miquel o José Miguel Insulza, mientras en el país ya se vislumbraba el arrollador triunfo de Eduardo Frei Montalva en las presidenciales de 1964.

Para entonces, la disidencia de la Juventud Radical creaba un nuevo movimiento político, el MSP (Movimiento Social Progresista) de efímera duración y disuelto al poco tiempo a consecuencia de un desgraciado incidente: dos integrantes del movimiento, Bolívar Aparicio y Gaspar Gómez Ortún, intentaron fabricar en un departamento de la calle Tenderini una bomba para hacerla estallar en la embajada de Estados Unidos, en protesta por el bloqueo a Cuba, durante lo que en 1962 se conoció como la *Crisis de los Misiles*. Desgraciadamente, cuando lo manipulaban, el artefacto les estalló en las manos y Gaspar, un joven trabajador de la Compañía de Teléfonos, o de Electricidad, perdió su brazo derecho. Muchos años después, en mi exilio en Venezuela, encontré a Gaspar por casualidad y me enteré que en Alemania le habían fabricado un brazo ortopédico y que después del *golpe* regresó a Chile donde fue preso y torturado en las cárceles de Pinochet.

Como consecuencia del fallido Social Progresismo, los jóvenes radicales buscaron nuevas opciones. Algunos, como Edmundo Villarroel, Jorge Arrate y Eduardo Trabucco ingresaron al Partido So-





Encuentro de exalumnos de Periodismo con el profesor y senador Anselmo Sule. Edmundo Villarroel es el segundo de izquierda a derecha en la última fila.

cialista. Otros se fueron al PC, que dirigía en la Escuela de Derecho Carlos Berger, el más abnegado y consecuente militante de ese partido que he tenido oportunidad de conocer. Alguno, como Genaro Arriagada, dijo haber tenido ... un encuentro con Dios, y se integró a la DC, y otros, como en mi caso, ingresamos al MIR.

### Nuevas búsquedas

Creo que mi acercamiento a Edmundo se produjo mientras él ejercía la presidencia del Centro de Alumnos en la Escuela de Derecho, cuando un grupo de compañeras decidimos apoyarlo en la producción de la *Semana Mechona*. Fue un arduo y divertido trabajo que nos obligó a compartir muchas horas para organizar, entre otras actividades, las regatas del Mapocho, el paseo de los alumnos, la velada buffa, la fiesta del sábado... Recuerdo que un día raptamos a nuestro ídolo, Leonel Sánchez, el famoso futbolista de la "U", que con buen humor aceptó permanecer varias horas en nuestro casino. Conseguimos con Rodolfo Soto, que organizaba los clásicos universitarios, una jirafa enorme que ubicamos en la entrada de la Escuela, que nos fue robada por los estudiantes de Ingeniería y cuya recuperación requirió una gran pelea. En definitiva, la semana fue un éxito y así, poco a poco, sin darnos cuenta, surgió entre nosotros un afecto, que pronto se transformó en un ingenuo pololeo de varios años.

Vivimos buenos momentos. Para los jóvenes chilenos de esa época el porvenir se proyectaba feliz. Creíamos firmemente que participaríamos en la construcción de un mundo mejor. El país bullía de utopías y proyectos. Con poco dinero accedíamos al cine, al teatro, a la lectura, a la música, al baile. Nos intercambiábamos libros, leíamos a Marx, a Sartre, a Ionesco, Brecht, la Beauvoir o a los latinoame-

ricanos, que ya surgían como un *boom*. Soñábamos que seríamos Cortázar o la Sagan. Los fines de semana nos juntábamos en alguna casa con un vino caliente y una guitarra y cantábamos zambas y canciones de la revolución española o simplemente escuchábamos a oscuras a la Piaf, a Joan Baez, a Piazzolla o los poemas de Guillén.

Con Edmundo empezamos a frecuentar Il Bosco, el lugar de reunión de la bohemia capitalina. Yo tomaba un té ruso y él una cerveza y, poco a poco, nos fuimos relacionando con un mundo nuevo que a nosotros, estudiantes de derecho, nos fascinó. Conocimos gente distinta, nos empezamos a codear con Jorge Teillier, Stela Díaz Varín, Tito Mundt y el sinfín de personajes que poblaban la noche santiaguina, incluidas otras sensibilidades que nos perturbaban y cuestionaban nuestra formación pequeño burguesa de clase media.

Resultaba fácil enamorarse de Edmundo, pero creo que lo que más atraía era su inagotable curiosidad intelectual, la mordacidad de su humor y la enigmática sensación de dolor que solía proyectar. Nuestra relación sentimental tuvo altibajos dolorosos, siempre hubo algo indefinible que se interponía y que yo no lograba detectar. Los rumores de su doble vida llegaron a mi madre que intervino en forma poco sutil y provocó mucho sufrimiento en los dos.

Yo me alejé de Derecho al inicio de mi cuarto año. Me fui a la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile. Por eso, mi sorpresa fue mayúscula cuando al año siguiente supe que Edmundo también se había incorporado a Periodismo y al igual que en Derecho fue elegido presidente del Centro de Alumnos. Ambos egresamos en 1969 y formamos parte de la generación Mario Planet. Cuando salimos de Periodismo yo entré a la televisión y pronto me enamoré y me casé. Hoy tengo hijos y nietos. Ambos salimos exiliados por el golpe de estado y nos reencontramos en Venezuela.

Edmundo tuvo varias relaciones amorosas con estupendas mujeres, ninguna prosperó. Siguió los pasos de su madre y se dedicó a su gran pasión, el teatro. Obtuvo numerosos éxitos como dramaturgo. Por fin venció sus demonios y decidió vivir a su manera. Nunca dejó de saludarme para mi cumpleaños, hasta el 13 de octubre de 1998.

Santiago, octubre 2013

## *Myriam Sáa Contreras* **¡QUÉ LINDA ERA LA NEGRITA!**

Por María Verónica Martínez Rogers



Myriam Sáa, 31 de enero de 2010

— 54

Myriam Saá Contreras era hermosa por dentro y buenamoza y graciosa por fuera. Y muy inteligente, vital, valiente, luchadora y de gran fortaleza. Una mujer excepcional, alegre y sabia, de simpatía desbordante, cálida y acogedora, con una solidaridad a toda prueba. Optimista, fue una apasionada amante de la vida, su familia, la justicia, la democracia, las comunicaciones, la amistad y también el baile.

Desde la pubertad destacaron sus dotes de lideresa, primero como presidenta del Centro de Alumnas del Liceo 8, donde estudió, y luego como dirigente en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, a la que ingresó con solo 16 años, en los albores de los 60.

Durante la dictadura colaboró sin desmayos por recuperar la libertad de expresión y el Colegio de Periodistas, participando en la organización de encuentros y preparación de documentos para seminarios que con tal objetivo realizaban los comunicadores. Mientras que desde su lugar de trabajo oficial, el cooperativismo, dio vida y dirigió proyectos que buscaban,

mediante la utilización de diversos medios de comunicación, mantener la esperanza en los golpeados campesinos e indígenas de nuestro país, aplastados por la contrarreforma agraria. Abogando por la importancia de trabajar unidos, cuando el gobierno autoritario predicaba la atomización y el individualismo de su modelo neoliberal.

### **Jefa de los periodistas de la Izquierda Cristiana**

Al mismo tiempo, Myriam luchó por la vida cuando en Chile hacerlo era ponerse en riesgo, frente a los fusiles y la barbarie. Como jefa de los periodistas de la Izquierda Cristiana, la “Negrita” asumió sin dudar su misión como tarea cotidiana, venciendo el temor y la inseguridad, pero convencida que así cumplía su deber de mujer, de madre, de compañera. Y demócrata cabal.

Con su proverbial responsabilidad y la entrega, con las que actuó en todos los ámbitos de su vida, cumplió también esta tarea clandestina que abrazó, con valentía, sin estridencias ni protagonismos. Día a día arriesgándose, pero repartiendo alegría, amor, esperanzas y confianza en una luz al final del camino.

Ella siempre supo enfrentar con sabiduría los propios problemas y los de quienes le confiaban los suyos, tranquila y racionalmente, para encontrar alivio y la mejor solución. Con buen criterio y esa inmensa ternura que sabía entregar en gestos y en palabras de comprensión por los sentimientos y decisiones del otro. Fue generosa para prodigar amor y amistad.

Al término de la dictadura esta mujer emprendedora levantó una pequeña empresa de comunicaciones a la que imprimió la misma calidad y rigurosidad con la que ella siempre laboró. Le gustaba el trabajo en equipo, sabía lo importante que es concitar voluntades, buscar criterios comunes, crear espacios de encuentro. Todo ello, sin predicar, solo con su ejemplo.

Su compromiso era a toda prueba, sin confrontación, sino con claridad y calidad.

Myriam fue una profesional responsable y democrática, extraordinariamente trabajadora, “tejedora” de relaciones profesionales y políticas fructíferas aún en condiciones muy adversas.

Cuando parecía que le había llegado el tiempo de disfrutar plenamente de la vida en su amada parcela de Paine, junto a sus hijos, sus nietas y al “mejor amor de toda su vida”, con quien tenía planes matrimoniales, le sobrevino el mal del siglo en el 2011.

Con su entereza habitual, apenas supo de su enfermedad, la Negrita tomó como un trabajo seguir todas las indicaciones y tratamientos para erradicarla.

Repetía: *Lo que vale la pena es disfrutar de la amistad y el amor y todas las cosas buenas y lindas que nos rodean. Ese es mi mayor y mejor aprendizaje 2011. He aprendido a disfrutar la vida, quizás como nunca lo había hecho, gozando las pequeñas cosas, el nacimiento de mis flores en la parcela, ver correr a mis nietas, los pequeños gestos de amistad y de amor.*

No fue extraño, entonces, que familiares, amigos, compañeros y colegas, hayan copado el teatro Camilo Henríquez para despedirla y testimoniarle en el último adiós su cariño, respeto y admiración por una mujer de excepción.

*(Esta semblanza, aparte del conocimiento directo de la autora, es una síntesis de lo expresado por diversos compañeros y amigos con motivo de la partida de Myriam).*



# ELEGIA PARA UNA AMIGA ENTRAÑABLE, IRREMPLAZABLE, HERMOSA Y QUERIBLE

Por Horacio Marotta

56

Estupor, incredulidad, pena enorme, golpe en el alma... Me corren lágrimas por la cara al intentar escribir estas líneas...

¿Cómo enfrentar tu pérdida, tu ausencia infinita?

Tal vez recordando y atesorando tantos recuerdos, tantos minutos cálidos y hermosos vividos contigo, desde que éramos lolos, aprendices de comunicadores en esa escuela histórica en que nos tocó convivir.

Myriam, negra linda, te has ido a volar por el infinito en día de casi luna llena, con tu cara y sonrisa de luna llena, con tus ojos de estrellas, con tu fuerza de cometa, con tus convicciones de vida, con tu entereza y fuerza, ejemplo para todos... Con tu belleza física y de alma, con tu alegría, con tu solidaridad a toda prueba, con tu inteligencia, con tu vivacidad, con tus ganas infinitas de vivir a concho, todo y en cada momento de tu vida, ganas contagiosas, hermosas...

A lo largo de nuestra historia común, tantas veces, nos encontrábamos y nos desencontrábamos... Una historia cíclica de encuentro hermosos y lejanías insondables, cada cual en lo suyo, pero mante-

niendo un lazo, eléctrico, telúrico, mágico, que siempre terminaba en algún reencuentro placentero y profundo, en el rellenar historia de los tiempos en que no nos habíamos visto ni hablado...

Tantas coincidencias, profundas. Tanto cariño compartido. Tantas aventuras. Tantos exitosos proyectos profesionales que hicimos juntos...

Seguro, también compartimos fracasos y derrotas, más de una, pero los dos éramos capaces de sobreponernos y seguir adelante, seguir intentándolo siempre.

Te encantaban las ostras, y ojalá con champaña, y eso lo compartimos tantas veces, en locales "pulentos" cuando las vacas estaban gordas o en clandestinos cuando estaban flacas...

Conversaciones profundas e inteligentes, análisis desapasionados de la realidad nacional, humor, mucho humor, cariño por los amigos comunes, proyectos, ideas, poesía, música, luna llena, estrellas, tu cara, tus ojos, tu sonrisa permanente.

A seres tan hermosos como tú, nadie los puede olvidar nunca.

Llevaré tu recuerdo en el alma hasta que nos encontremos, tarde o temprano en el otro lado de la luna... Y tu estarás ahí, fundida con la luminosidad de la luna, con tu cara sonriente perpetua, tus ojos de estrellas, tu alma transparente, tu aura luminosa, tu pelo negro, tu mirada penetrante, tu feminidad arrolladora y provocadora.

Puchas que tengo pena, dolor que me llega hasta la médula de mis huesos.

Estupor, incredulidad, pena enorme, golpe en el alma... Me corren lágrimas por la cara al intentar escribir estas líneas.

Ninguno de los que te conocimos te vamos a olvidar nunca, vamos todos a sacar fuerza de tu legado para recordarte, en tu alegría, en tu sonrisa permanente, en los entrañables momentos que nos toco, a cada cual, convivir contigo.

Yo, agnóstico militante (no como tú, que fuiste cristiana militante toda tu vida), tengo la esperanza de que nos reencontraremos algún día, en cualquier remoto lugar del universo, que ojalá se parezca a una isla paradisíaca, en que podamos seguir compartiendo ostras, champaña y profundas conversaciones.



Julio Fuentes Molina, Myriam Saa y Alejandro Arellano

# *Juan Bastidas*

## UN ALMA GENEROSA Y SOLIDARIA

Por Alipio Vera

58

Juntos entramos a la escuela de Periodismo de la Universidad de Chile en 1969. Juan Bastidas era entonces capitán de Carabineros de Chile. Aunque muy pocas veces lo vimos de uniforme, su imagen de hombre afable, amigable y bonachón no cambiaba cuando vestía de oficial. Asumía con orgullo su condición de uniformado y estaba siempre presto a colaborar con causas justas o a contribuir en la solución de problemas sociales, algunos de los cuales yo mismo lo insté a resolver. Tal vez por eso eligió para su tesis de titulación como periodista el tema de “Carabineros frente al desarrollo socio político de Chile 1927-1966”.

Tuve la fortuna de ser su amigo. Y mediante esa amistad demostró la magnitud de su alma generosa y solidaria. Por entonces, era yo un estudiante provinciano que debía trabajar por las noches para mantenerme en la capital y poder seguir estudiando. No siempre contaba yo con los recursos que necesitaba. Juan Bastidas era uno de los escasos compañeros que lo sabía. Y nunca tuvo dudas para brindarme un apoyo incondicional y permanente. Incluso, internado una vez en el servicio médico de los alumnos en el hospital J.J. Aguirre, Juan se daba tiempo para visitarme en mi lecho de

enfermo y de ponerme al día de las últimas materias, en las diferentes cátedras, facilitándome, además, la entrega de los trabajos pendientes. El venezolano Miguel Mata y Marcela Calvo acompañaban a Juan en estas visitas.

De vuelta en la escuela, no había día en que el “paquito” Bastidas no me invitara a tomar un café o un desayuno en el casino de don Alfredo.

Luego de egresar, el año 1969, nos encontramos algunas veces, mientras él servía como oficial de intendencia y yo como debutante reportero en la naciente Televisión Nacional de Chile.

### **Un servidor público**

Para José Blanco Jiménez, compañero de aquellos años en la Escuela de Periodismo, Juan Bastidas fue el prototipo del servidor público.

*“Se veía mayor que nosotros y lo era: había cumplido hacía poco los 35 años. Sabíamos que era capitán de Carabineros de Chile, pero*



vestía de civil y no hacía notar su condición. Con el sistema de escalafón de ese tiempo, para llegar a ese grado se necesitaba haber estado por lo menos unos 14 años en la institución y los tenía. De allí su actitud reposada, su participación restringida en los debates y su escasa vehemencia cuando le pedían hacer uso de la palabra” recuerda Blanco.

Continúa: “Tengo tres recuerdos: cuando el profesor Luis Fernández Navas le pidió que leyera su trabajo sobre la Exposición dedicada a la presidencia de Manuel Montt; cuando mostró al profesor Sergio Carrasco una propuesta de afiches para una campaña de autoprotección ciudadana; y cuando –como un ejercicio en la clase de Ariel Dorfman– se entrevistó recíprocamente con Marcela Otero acerca de la infidelidad y se defendió diciendo «No soy casado».”

“Eran tiempos –agrega José Blanco– en que un carabinero se sentía por sobre todo un servidor público. Y no cabía duda, porque los sueldos de los pacos estaban lejos de ser reguleques”.

### **Brutalmente torturado**

Tras el golpe del 1973 perdimos contacto por un tiempo. Injustamente acusado de participar en el “Plan Zeta”, un montaje de la dictadura, fue despojado de su uniforme y luego brutalmente torturado, casi hasta la muerte. A veces, él me lo contaba más tarde, hacia esfuerzos sobrehumanos para asomarse a una ventana en el recinto de la Fuerza Aérea de Chile, en el Bosque, para que lo vieran de lejos su esposa y sus hijos, y sonreía para que creyeran que estaba bien.

El propio Juan rememoró así esos terribles días en el texto que escribió para el libro *Vendedores de sol*:

“El 11 de septiembre de 1973 me sorprendió cuando ya era mayor de Carabineros y ejercía el cargo de fiscal administrativo en la Pre-

fectura General de Santiago. Al día siguiente presenté mi renuncia a la institución por no estar de acuerdo con la usurpación del poder legítimo. Una semana más tarde me detuvieron en mi domicilio y me encerraron en la Academia de Guerra de la Fuerza Aérea. Se me involucró en el proceso caratulado «Bachelet y otros» y fui sometido a torturas. Carabineros entabló juicio de competencia y, al ganarlo, logré mi traslado a otro sitio de detención para someterme a un «proceso en tiempo de guerra» por «graves delitos». El 7 de enero de 1974 fui sobreseído de todas las acusaciones en mi contra.”

Finalmente, liberado de las falsas acusaciones, no quiso volver a vestir el uniforme. Por corto tiempo trabajó en la Vega Central de Santiago vendiendo frutas y primores. Su temple de hombre aguerrido lo estimulaba a luchar por los suyos, en cualquiera tarea que dignificara su persona. Así, con algunos pocos recursos, se aventuró en Arica, en negocios de importaciones y exportaciones. Ahí sumó algunos recursos para alcanzar su meta que era la vida apacible del campo sureño.

Compró un fundo en Paillaco, cerca de Osorno. Pero se quedó sin capital para hacerlo producir, mientras le urgía responder a las necesidades de su familia. Entonces las vueltas de la vida nos vuelven a reunir. Era el año 1979. Yo era director de El Diario Austral de Temuco y tenía fuerte influencia en una pequeña cadena que conformaban el Correo de Valdivia y La Prensa de Osorno.

Juanito tocó un día la puerta de mi casa, en Temuco. La alegría del reencuentro fue inmensa, tremendamente emotiva, más todavía cuando mi familia conocía la historia de la amistad universitaria y del drama que él había vivido. Ahora él necesitaba un trabajo con urgencia. Y yo podía devolver la mano a quien tanto me había ayudado.

Volvió a Paillaco con la felicidad de tener trabajo en La Prensa de Osorno, que le quedaba a un paso de su predio.



El capitán Juan Bastidas de civil (Fotografía del libro *Vendedores de Sol*).

Después, la historia fue más simple y feliz por un buen tiempo. Con el retorno de la democracia se convirtió en el brazo derecho del nuevo intendente de la décima región de Los Lagos, Rabindranath Quinteros, hoy senador de la república.

José Blanco apunta:

*“Supe que lo torturaron en la FACH por no estar de acuerdo con el golpe de Estado. Volví a verlo ya sesentón en Puerto Montt, como asesor de prensa del intendente Rabindranath Quinteros. Entre tantas cosas de las que hablamos, me confesó que haber sido oficial era lo mejor que le había pasado en su vida.*

*Y, por su labor, confirmé que seguía siendo lo que siempre fue: un servidor público”,* concluye Blanco.

En esa etapa de restablecimiento democrático, con su vida ya reconstruida, Juan Bastidas, periodista universitario, ex mayor de Carabineros de Chile, nos dejó para siempre, tras sufrir un accidente carretero cuando viajaba ente Puerto Montt y Paillaco.

Había partido un gran amigo, un profesional de las comunicaciones, generoso como pocos, un compañero de aquellos que han dejado huella por su inteligencia, su bondad, su gentileza, su entereza frente a la adversidad y por su grandeza humana.



El joven capitán, de uniforme, saluda al presidente Eduardo Frei Montalva (Fotografía del libro Vendedores de Sol).

# *Patricio Muñoz Madariaga* POR SOBRE TODO, LA AMISTAD

Por Federico Gana Johnson

El Pato Muñoz iba por el mundo creyendo que la amistad es una necesidad biológica. No podía estar sin sus amigos, ellas y ellos. Desde sus primeros años en la Escuela de Periodismo sólo tenía tiempo para conversar con los compañeros, para reírse porque sí nomás, narrando las experiencias que le iban ocurriendo. Y eran muchas.

El Pato luchaba incansablemente por mantener la buena salud anímica, la defendía a ultranza con el sentido de la amistad. Para él ser buen amigo era una obligación y estar preocupado de cada uno de sus compañeros en todos los momentos, era algo más que normal. Era indispensable. Y traspasaba esa manera de ser a todas las circunstancias de la vida diaria, ya fuera en lo laboral o en lo familiar o durante aquellas otrora noches bohemias de verdad y cuando con avidez y entusiasmo desbordado esperaba –esperábamos, porque me incluyo con orgullo y grandes dosis de nostalgia– las amanecidas en los bares del centro de la capital. El parecido físico del Pato con su padre Osvaldo Muñoz Romero, Rakatán, le abría todas las puertas de las noches, era recibido con enorme beneplácito al visitar rincones que de día costaba visualizar pero que, al

caer las tardes, se iluminaban como estrellas perennes reuniendo personajes de la política, de los espectáculos (que era importante, no se llamaba farándula aún) y de la vida cultural en todas sus manifestaciones. Eran aquellos tiempos en que nosotros los jóvenes nos codeábamos naturalmente con lo más selecto de la vida y de la noche metropolitanas.

El Pato Muñoz era, en lo profesional, un reportero-guionista-escritor-romántico-poeta y bohemio encarnizado, cuya principal meta siempre la buscó en las relaciones humanas suavizadas con la sonrisa y el buen humor, entendido éste no como el mero reventador de una simple risotada sino como el más fino aliciente del buen pasar y la simpatía. Yo, humildemente confieso que conozco muy pocas personas (y tal vez ninguna como Patricio) para las cuales la cordialidad constituya la principal condición de la vida. El Pato Muñoz no sólo fue una de ellas sino que entregó ejemplos de esa cordialidad a cada instante de los muchos verdaderamente épicos que vivió. Lo hizo sin titubeos en todas partes, incluso en aquellos lugares donde nadie lo conocía y, en este caso que paso a narrar, donde tampoco tenían la menor intención de conocerlo. Ocurrió en una comisaría



de Recoleta cerca del Cementerio General y donde llegó en carácter de detenido por no portar documentos de conducir.

La historia, que tenía celosamente guardada en los primeros días después de ocurrida, me la contó él mismo, una noche en que me invitó a la mesa que compartía con dos personas a las cuales yo no había visto nunca:

*“Te presento a mis carceleros”, me dijo.*

Apenas transcurridos unos minutos esos carabineros, que vestían de civil sólo para charlar libremente con el ex detenido, me contaron con lujo de detalles (en eso el Pato los contagió pues era



En plena labor profesional, el “piloto” Patricio Muñoz

tremendamente detallista y demoraba horas en narrar un simple hecho), que la tarde de la detención “el detenido se había quedado conversando” con los policías y, bueno, después fueron amigos y esa noche estaban recordando, nada más.

Por mucho tiempo Patricio aseguró no necesitar licencia de conducir pues tenía amigos en la Comisaría y no le gustaba perder el tiempo haciendo trámites.

Pasear con Patricio por las calles céntricas era siempre insopor- table, porque no se avanzaba ya que el Pato (bajo, gordo, con una

chaqueta que le cruzaba apenas, desinhibido, siempre caminando rápido y a veces con una gruesa barba que más lo achicaba) se dedicaba a saludar e iba presentándonos personas a las que abraza- ba al pasar. Siempre alguien tenía algo que conversar con él y se encargaba de presentar amistosamente a quien uno no volvería a ver nunca más, aunque quedásemos perfectamente presentados. Y, como andábamos siempre apurados porque Pato andaba de un trabajo en otro...

Podría decirse que oficina principal de Patricio era cualquier es- quina...su gran oficina eran las cuatro tradicionales manzanas del centro de Santiago y ya atendía en el Rápido (como lo recuerda más adelante María Eugenia Borel), como en el Café Haití o recibía visi- tas ajenas al ajetreo periodístico en su propio escritorio del diario. Yo no sabía cómo lograba pasar todo el día conversando con tanta gente y, sin embargo, cumplía con su trabajo impecablemente.

A propósito del párrafo anterior, Manuel Soto recuerda algo que muchos otros, cada uno a su manera, también recordarán:

*“Fue una noche, a principios de los 70. Yo colaboraba con el padre de Patricio, Rakatán, en un programa en la Radio Pacífico donde repetía su consabida frase «Hay ambiente», sobre la noche santiaguina. Terminado el espacio radial fuimos a tomar un trago al bar de calle Huérfanos frente al Bim Bam Bum. Al poco rato se nos unió Patricio hijo y después el entonces líder estudiantil Jaime Ravinet. Conversamos como se hacía en esos tiempos, sin censura y de variados temas de actualidad, en especial asuntos relacionados con el mundo artístico, donde Rakatán era una autoridad indiscutible y daba gusto escucharlo. Patricio también dominaba el tema y dejaba muy en claro que, al igual que su progenitor, ya iba en camino y con bastante recorrido para convertirse en una destacada figura en ese campo como un clon de su padre y con un sentido del humor envidiable. Así, estuvimos arreglando el mundo, como era natural y siempre tan necesario hacerlo.”*

El material del reporte diario del Pato era la gente común y corriente y sus experiencias y comentarios sencillos, que recibía con- versando con la calma y tranquilidad que irradiaba hasta en los peores momentos, que los tuvo. Y tuvo varios.

Una gran amiga del Pato, Mónica Iradi, compañera de curso en Periodismo, anota:

*“Pato tenía una profunda habilidad, era mágico para escribir guiones con envidiables toques de humor. En algún período de nuestras vidas profesionales en televisión estuvimos a cargo de producir un programa llamado Trepo y Trepa. Patricio era un verdadero artista para combinar actividades o noticias del quehacer diario con ingredientes humorísticos, hablábamos de lo humano y lo divino, tomaba un papel y garabateaba palabras que surgían de la conversación y después, con ese papelito en las oficinas del Canal (que por lo demás eran verdaderos sucuchos y no elegantes oficinas como las de hoy), comenzaba a escribir a toda velocidad en una vieja máquina manual, hasta crear un libreto con estilo coloquial y con el humor que se le desbordaba por los poros. No podía escribir de otra manera, las cosas no le podían salir serias..., ¡ni siquiera cuando tenían que ser serias!. Era un agrado trabajar con Patricio, siempre estaba dispuesto a hacer del trabajo un placer y no un mero deber. Hicimos muchos programas hasta el último día que emitió sus transmisiones el Canal 9 de Televisión, el 11 de septiembre de 1973.”*

### **Mi compadre**

Demasiado temprano, en lo que fue la plenitud de nuestras vidas, el Pato falleció. Se lo llevó un cáncer contra el cual peleó de todas las maneras posibles, sobre todo la fórmula más eficaz y que él manejaba a la perfección: la del buen humor y que nos permitió a muchos de sus amigos ahuyentar la pena y el dolor de ir viéndolo como se acercaba al final, aunque intentara disfrazarlo. Creo que así nos hizo un regalo. Hasta muy poco tiempo antes del desenlace, visitábamos su casa en Bilbao Oriente de Santiago y ahí hasta cuando no se pudo más, hubo buen ánimo. Jamás olvidaré esa circunstancia y ojalá otras personas (y yo también incluido) pudiésemos, si llegara un instante así parecido, actuar de la misma ejemplar manera. Es que nunca faltó la mesa bien servida, el ajetreo familiar y las risas, en un entretenido ambiente familiar dónde no faltaban los asados y, en verano, una piscina de buen tamaño en el reducido espacio del jardín.

El Pato y yo fuimos compadres pues soy el padrino de su hija Amparo. Padrino “cacho” seré, pero compadres fuimos. Y así nos

tratamos ahora con mi comadre Luz María, a la cual también habría que levantarle un monumento pues, como recuerda la periodista María Teresa Maluenda, siempre Luz María y Pato se amaron profundamente:

Dice María Teresa:

*“Tengo dos recuerdos. Lo primero y lo principal en mi memoria es ese halo de amor apasionado y de gran complicidad que envolvía a Pato y a mi amiga Luz María, en cuya casa estuvimos juntos muchas veces. En esos años de pololeo todos éramos muy jóvenes pero yo sentía que ellos vivían ya un amor definitivo que difícilmente podía romperse. El otro recuerdo es de luz y de sombra porque creo que fue la última vez que lo vi: Patricio estaba muy enfermo pero con el mismo ánimo y el buen humor de siempre para recibir a sus amigos. Lo fui a ver y le llevé un cajón de frambuesas. Recuerdo con especial cariño esa conversación de los dos, sentí que le había dado una pequeña alegría con algo tan simple. Le encantaban las frambuesas...”*

Antes de enfermar y porque los verdaderos amigos nos cuidábamos mutuamente, nos veíamos a diario y nos encantaba vagar. Con el paso de los años desempeñamos labores periodísticas en varios medios. Alrededor de los ochenta trabajábamos en diversas publicaciones de la empresa El Mercurio y muchas veces las horas de almuerzo nos encontraban en cualquier barrio alejado de la zona céntrica, donde buscábamos realidades de la gente que Pato pudiéramos reflejar en nuestras crónicas. Sosteníamos diálogos infinitos, caminábamos cuadras y cuadras, nos sentábamos en cualquier bar o restaurante a divagar un poco más... y nos pasaban muchas cosas que quizás no sean perfectamente dignas de contarse, pero...

En cierta ocasión fuimos invitados a participar como jurados en el concurso de belleza que anualmente se llevaba a cabo en la Hostería y Centro de Eventos La Ponderosa, cerca de Colina. Una de las candidatas era la hija del dueño. Fuimos excelentemente atendidos y, al momento de definir cuál de las competidoras se llevaría la corona, elegimos a la que nos pareció más bella, más hermosa, más simpática y más inteligente. A los breves instantes recibimos toda la ira del dueño de casa, porque no habíamos seleccionado a su hija. Obviamente, regresamos a Santiago esa misma noche, an-



tes de la cena con que se celebraría a la reina. Sin embargo, como jurado habíamos apelado a la máxima honestidad y sinceridad de nuestros entusiastas corazones.

Apenas ocurrido el golpe de Estado de 1973, sorpresivamente me ofrecieron hacerme cargo de la oficina en Santiago del Diario Color, de Concepción. Llevé a Patricio como ayudante. Exactamente al tercer día de estar desarrollando nuestra labor periodística con toda la seriedad del caso, se nos avisó que debíamos abandonar el diario, por órdenes superiores. Fue nuestra primera actividad profesional en dictadura.

Y una de las mejores confidentes de Patricio fue mi propia madre, Perla Johnson, recientemente fallecida. Pato vivió en casa de ella durante algunos meses en que él y Luz María estuvieron alejados. Muchísimos años después, ya Pato fallecido, mi madre con su débil memoria esfumándose, lo incluyó siempre en sus más bellos y fuertes recuerdos.

### **Pato, mil anécdotas**

Quizás sean más de mil las historias que sobre Pato Muñoz Madariaga pudieran contarse. Una de ellas es su cercana amistad con Violeta Parra, que lo recibía alegremente en su carpa de La Reina según lo constata el periodista José Luis Córdova:

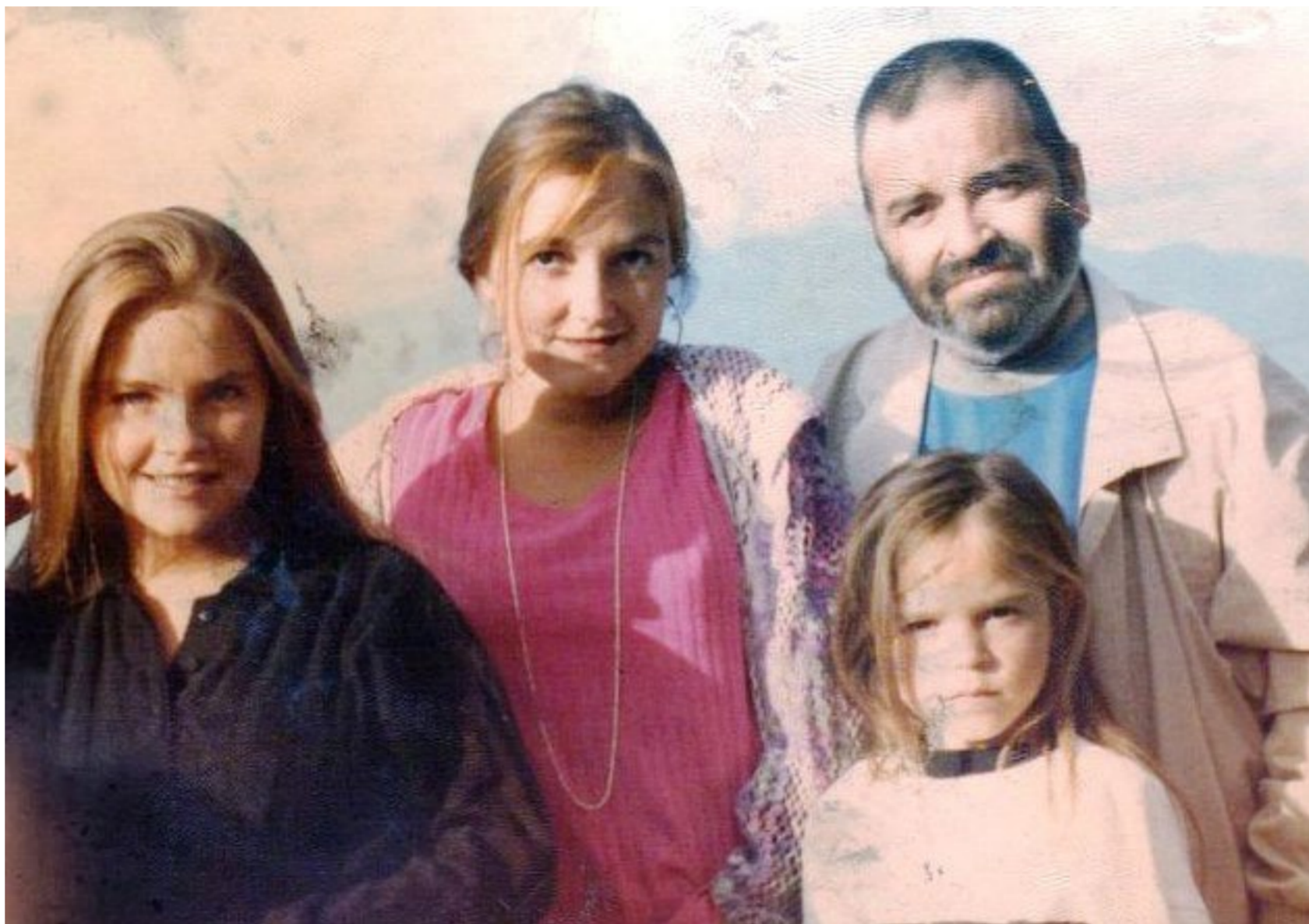
*“Fuimos exactamente una semana antes de que ella se quitara la vida y no se le notaba tristeza alguna. O quizás se puso contenta de verlo”, señala Córdova.*

A Ximena González, para quien Pato *“fue siempre el hermano chico de la Ivonne, mi gran amiga en los años de Universidad”,* la vida qui-

so después que lo reencontrara como el gran amigo de Jorge Uribe y convertido ya en un profesional del periodismo.

Subraya Ximena:

*“Me llamaba extremadamente la atención lo parecido que era a su padre, tanto en lo físico como en su carácter, eran dos seres absolutamente iguales”.*



Pato Muñoz con sus tres hijas: Consuelo, Paula y Amparo

Aprovecho de André Jouffé su pródiga memoria:

*“Yo había renunciado recién a la revista Novedades y estaba cesante con mi mujer, Tatiana, embarazada. Pato me llama y me dice: te prometí que cuando se produjera una vacante en revista Onda, me iba acordar de ti. Entré a trabajar con Ximena Ortúzar, Francisco Leal y el propio Pato, hasta que nos pilló el Once. En la portada que no alcanzó a distribuirse aparecíamos todos los periodistas sentados*



*en el techo de una casa en Colón 8000, con las piernas colgando y el ministro Aníbal Palma al centro. Otra historia es que en noviembre de ese mismo año fuimos con Luz María, Pato, Tatiana y yo a Algarrobo y Tatiana tuvo en la noche los síntomas del parto de Andrea y no podíamos salir por el toque de queda. Fue una tortura, a las seis de la mañana finalmente rajamos a Santiago, perdimos una rueda en el camino y un auto que emergió de los campos aledaños se llevó a Tati al hospital. En una tercera oportunidad Patricio entrevistó en el sauna a Pedro Carcuro, fue genial. Hizo en general muy buenas entrevistas, innovadoras sobre todo”*

María Eugenia Borel relaciona a Pato Muñoz con las empanadas de queso de El Rápido, en calle Bandera:

*“En el diario teníamos poco tiempo para almorzar, éramos habitúes de las empanadas. La costumbre allí es que apenas se ingresa, los mozos desde el mesón preguntan ¿Tres de queso? Y con sólo afirmar con la cabeza... ya están servidas. Siempre compartíamos los gastos. Un día Patricio me pregunta...¿y cuánto salió la cuenta?. «No tengo idea, ¿no pagaste tú...?». Muertos de vergüenza, nos dimos cuenta de que habíamos hecho perro muerto sin querer... Durante mucho tiempo dejamos de ir a comer empanaditas fritas al Rápido, ni siquiera pasábamos por la calle Bandera... “*

Otra anécdota, que también recuerda María Eugenia Borel, es de puro amor y ocurrió en la Sala de Ediciones Especiales, que funcionaba en el edificio de la Facultad de Música de la Universidad de Chile:

*“Pato y Luz María se habían separado hacía ya unos meses. Esta decisión conyugal lo remeció de tal manera, que cada cinco minutos declaraba lo mucho que amaba a la Luzma, que estaba arrepentido, que la había embarrado, que no podía vivir sin ella y sin sus hijas, en fin, las típicas reacciones tardías que afloran frente a una separación. Había adelgazado, casi no comía de puro amor y tampoco trabajaba mucho por falta de concentración. Todos los días se instalaba frente al enorme ventanal abierto del noveno piso, a cantar románticas canciones de Roberto Carlos. Se las sabía todas. Y era bien entonado. El jefe, Guillermo Trejo, le dijo un día: «¡Ya pues Patricio, córtala con estas cancioncitas, estamos aburridos de escucharlas durante meses...!» A lo que Pato respondió: «¡Entonces me tiro ventana abajo!...» Todos nos quedamos mudos de espanto, estaba muy deprimido y podía pasar cualquier cosa, venía llegando de unas vacaciones en Brasil que de nada lo habían ayudado a subir su ánimo. Después de esta breve y contundente respuesta todos los periodistas, incluido el jefe Guillermo Trejo, le rogábamos a cada rato: «Ya pus Pato, cántate algo de Roberto Carlos»...”*

Un par de años después volvieron a juntarse Patricio y Luz María. Y nació Amparo, la tercera hija. Mi ahijada. Y todos volvieron a ser felices.

Hoy, años después de que Pato falleciera y cuando la vida ha continuado, al estar escribiendo estas líneas estoy seguro de que Patricio habría hecho lo mismo, si hubiese sido yo el primero en partir. Eso sí, escribiría con más humor y con envidiable buen ánimo, que eran sus más tenaces herramientas para enfrentar las cuestiones de la vida.

# HIJO, AMIGO Y COMPAÑERO

Por Luz María de la Vega

66

*–Patricio qué serás cuando grande?*

*–Médico mamá! Así te podré curar cuando te enfermes, para que nunca tengas problemas ni te mueras.*

Anita miraba con orgullo a su hijo menor, quien a los cuatro años leía correctamente y recitaba con gracia las poesías del cubano Nicolás Guillén que su madre tanto amaba. *Sensemaya, la culebra, sensemaya. ¡Mayombe-bombe--mayombé!* Los alumnos de la escuela de Doctor Johow con Dublé Almeyda, donde ella enseñaba castellano, también repetían *¡Mayombe--bombe--mayombé!*

Años después el amigo de su padre (y compañero de trabajo de quien sería su esposa), el periodista y director de TV Toño Freire y su mujer la actriz Paty Larraguibel, también recitarían lo mismo, moviendo con armonía sus caderas, en alguna reunión social.

*“La culebra tiene los ojos de vidrio;  
la culebra viene y se enreda en un palo;  
con sus ojos de vidrio, en un palo,  
con sus ojos de vidrio.*

*La culebra camina sin patas;  
la culebra se esconde en la yerba;  
caminando se esconde en la yerba,  
caminando sin patas.  
¡Mayombe-bombe--mayombé!”*

Esa repetición cacofónica le resultaba atractiva a Patricio. La recitaba sin siquiera pensarlo mientras corría por el segundo piso de su casa en Los Talaveras, la misma que su madre compró con esfuerzo, guardando mes a mes los ahorros de su sueldo de maestra y de periodista de su marido.

*“Osvaldo me entrega todo el sueldo a mí, porque sabe que soy buena administradora”,* decía ella con orgullo. Fue tan bueno su método para ahorrar que le valió un premio al esfuerzo en el Banco del Estado, con lo que pudo comprar su casa, con grandes columnas y una amplia terraza en el segundo piso, similar a las de El Golf, pero en Ñuñoa.

Patricio era feliz en ese lugar, salvo cuando su hermana Ivonne quería que se tirara del balcón, mientras él se aferraba a los labrados

barrotes, colgando con sus pies hacia abajo. Meli, Emelina Saavedra Ramírez, como él graciosamente la nombró siempre con sus dos apellidos, gritaba como loca, porque *“se iba a matar el niño”*. No existían los celulares entonces y no había como avisarle a la señora, que en ese momento estaba a dos cuadras haciendo clases en la Escuela o andaba viendo como su marido se perdía entre las chicas del Bim Bam Bum, so pretexto de hacerle alguna entrevista para el *Veá* o el *Ecran*.

### Los hijos de Rakatán

*“Jamás se te ocurra ser periodista Patricio, porque esa profesión puede traerte gratitudes, pero destruye a las familias; es muy absorbente”*, decía Anita Madariaga Letelier cuando pensaba en el futuro de su hijo. Sin embargo no podía dejar de reconocer que ella se había enamorado justamente de la multifacética cultura de Osvaldo Muñoz Romero, cuando terminó de estudiar Economía y se fue a hacer la práctica en Zigzag. Ahí dejó de lado los números para dedicarse de pleno a las letras y predicar donde pudiera estar su grito de guerra *“Hay ambiente, Rakatán”*, que terminó siendo su seudónimo.

Y, finalmente, los dos únicos hijos de Anita y Osvaldo terminaron siendo periodistas. El moderno edificio que amparaba a la Escuela



Patricio Muñoz y su padre, el legendario periodista Osvaldo Muñoz Romero, Rakatán. Al centro Luz María de la Vega.

de Periodismo, ubicado en calle Los Aromos con Máximo Jeria, quedaba muy cerca de su casa en Los Talaveras. Primero Ana Emilia Ivonne y cinco años más tarde Osvaldo Patricio, tomaron el mismo camino que Anita no soñó para sus hijos... estudiar periodismo.

La vida bohemia en casa no paraba, siempre había amigos de los hijos o del padre, o de la extensa familia de Anita. Se sucedían los embajadores, los periodistas, los políticos, los artistas: Marilú Marmentini, los Navasal, Tito Mundt, el director de TV9 Enrique Sepúlveda, el periodista Luis Hernández Parker con su mujer María Inés Solimano, y Yolanda Montecinos con Hans Hermann, o su segundo marido

Arístides Aguirre y luego Enrique Ernani. También Gladys del Río con Jorge Pedreros, Enrique Maluenda y Don Francisco. Todos disfrutaban los guisos de Meli: empanadas hechas en casa, plateada o pejerreyes fritos y huesillos con mote, junto a un amplio picoteo traído de Constitución, las tierras de Anita. La reunión dominical no fue abandonada por años en la casa de Los Talaveras, ni las vacaciones junto al río Maule con todos los primos de la extensa familia materna Madariaga Letelier.

*“¡Mayombe-bombe--mayombé!  
Sensemayá, la culebra,  
sensemayá.  
Sensemayá, con sus ojos,  
sensemayá.  
Sensemayá, con su lengua,  
sensemayá.  
Sensemayá, con su boca,  
sensemayá ...”*

Me gusta ese poema, decía Patricio, pero también le atraían entre otros Rilke, Neruda, Borges, Martí y Benedetti. Pero siempre aparecía en su mente *“¡La culebra muerta no puede comer/la culebra muerta no puede silbar/no puede caminar, no puede correr!/¡La culebra muerta no puede mirar/la culebra muerta no puede beber/ no puede respirar/no puede morder!/¡Mayombe—bombe--mayombé!”*

Patricio gozaba de la farándula de entonces, diferente a la que hoy existe, quizás porque consideraba que la de antes era más intelectual y bohemia. Su trabajo en los canales de televisión 13, 9 y 7 se combinaba con los de las revistas *Ecran* y *Veá*, como periodista innato, por lo que no siempre asistía a clases a la universidad. Por ello sólo fue ante la presión de la madre que decidió seguir estudiando, hasta que el título se lo pudiera *“meter por donde quisiera”*, a lo que ella con una dignidad de dama herida, pero con humor le respondería *“te estaré esperando con vaselina”*.

Patricio se había incorporado a la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, cuando ya las clases habían comenzado hacía rato, aproximadamente en mayo de 1966. Y no dejó de llamar la atención con sus cultas acotaciones en clases y con su interpreta-



ción del Patito, imitando a Jorge Romero Donoso “Firulete”, un destacado humorista de radio y televisión, que había inventado este personaje de un inteligente y tierno niño.

Fue entonces cuando su compañera de curso, Luz María de la Vega Prat, lo vio por primera vez. Arriba del escenario se veía dulce, desvalido, pero inteligente. No fue hasta unos dos meses después cuando conversó con él, supo que sería el hombre de su vida, con quien tendría tres hijas (Consuelo, Paula y Amparo) y lo acompañaría hasta su muerte, pese a todas las dificultades que se les presentarían en su vida.

Desde entonces ella se preocupó por ayudarlo y sacarlo adelante, incluyendo tratar de que cumpliera la promesa que le había hecho a su madre de sacar su título.

Lo logró años después, a pesar de sus trasnochadas y amistades. Con ellos no sólo se juntaba en los bares y restaurantes más conocidos como la Casa de Cena y el Tip y Tap, el Arriero, el Congreso y tantos otros, sino que también muchos terminaban durmiendo en su casa. Le resultaban demasiado atractivas la manera en que se dialogaba con Edmundo Villarroel, Fernando Herrera, Guillermo Torres, Max Lauhié, Carlos Rojas, Gustavo González, José Luis Córdova, Pepe Blanco, Miguel Mata, Víctor Pérez, Juan Araya, Hugo Murialdo, Ricardo Rementería y los propios profesores de lujo que tenía en la época: Mario Planet, Poli Délano, Ariel Dorfman, Armando Herrera y tantos otros de los que llegó además a ser amigos.

Jorge Uribe, otro de sus compañeros de curso, fue un gran amigo de Patricio. Se paseaba en calzoncillos por el extenso jardín después de una noche de tragos, o de juntarse en El Bosco a discutir de política y recitar poemas.

Molestaban a Meli, quien los incitaba a vestirse, para que “no agarraran un resfrío” en vez de confesar el pudor que le daba verlos piluchos. Después se sucedieron los amigos del Partido Socialista, y aquellos con que tuviera hasta la más mínima afinidad.

Su hermana mayor ya se había casado y tenía la casa para él y dos dormitorios disponibles, para lo que quisiera, salvo que ella viniera desde Arica primero y luego desde La Serena, con su marido Intendente.

## **Simplemente infatigable**

La Sirena, el Tap Room, y la Taberna Capri eran parte de su vida. Pero también las discusiones políticas hasta altas horas de la noche. Ya casado, no disminuyó ese tren de vida. Por ello al día siguiente de una de estas veladas, su mujer no podía entender como era capaz de ir a trabajar a todos los lugares donde tenía que cumplir. Era simplemente infatigable, con un humor y una inteligencia sin igual. Siempre tenía a flor de piel una respuesta y un conocimiento de la historia que dejaba atónitos a los demás.

Dio prueba de ello siempre. A los diecisiete años, estando en primero de la escuela Escuela de Periodismo, durante un examen de Historia, la comisión “rajó” a mucho de sus compañeros luego de preguntarles qué eran los “carritos de sangre”. Él sin titubear contestó que era la movilización colectiva que existía a mediados del 1800, con lo que aprobó el ramo. A la salida del examen los alumnos le preguntaron donde había leído eso, que no era parte de la materia enseñada por el profesor, y él contestó que fue meramente deducción “carros, transporte; sangre, animal”. Efectivamente los caballos con victorias eran el medio de movilización del siglo 19.

Otra anécdota divertida fue la ocurrida con el profesor Elio Varela, quien enseñaba Economía, y que era correligionario de Patricio. Él tenía la costumbre de eximir a sus alumnos que superaban la nota seis, por lo que la gran mayoría se esmeraba en no llegar al examen final, porque sabían que era extremadamente difícil. Patricio había faltado muchas veces a clase por sus obligaciones en la televisión, por lo que no pudo eximirse. Al dar examen obtuvo una nota inferior a cuatro, sin embargo con su simpatía habitual fue a disuadir al profesor para que lo dejara pasar porque su 3,8 era la nota más alta de los que habían dado examen. A lo que el profesor asintió. Enrique Canelo, envalentonado con esta iniciativa fue donde Varela y le dijo que era la segunda nota más alta del curso. Varela simplemente se rió porque alcanzaba casi a un tres, pero les dio a varios la oportunidad de un nuevo trabajo para lograr la meta necesaria para cursar el ramo.

La Plaza Ñuñoa, la Parroquia Nuestra Señora del Carmen, y Las Lanzas fueron muchas veces motivo de reuniones de diferentes grupos de la Escuela. Algunos paseaban por las arboledas o en la

glorieta, otros iban a encomendarse a la iglesia para sus exámenes o solazarse con algún sándwich. La terraza de la Escuela de Los Aromos era también motivo de encuentro, desde allí se podía apreciar a las chicas más hermosas y de buena situación económica llegando en auto, cuando la mayoría se movilizaba en bus. Allí algunas chicas contaban sus romances, otras ya casadas o separadas incitaban a las más novatas a “lanzarse a la vida”. Beatriz Undurraga, Marcela Otero y Blanca Edwards llevaban el pandero, cada una en su estilo, con distintas formas de enfrentar la vida. Patricio gozaba con cada una de sus acotaciones. En especial con Marcela con quien tuvo una importante complicidad; fue ella quien años más tarde –regresando de Cuba– le aconsejó que debía irse de su casa y separarse de Luz María porque no había que someter a las mujeres sino dejarlas libres “para que pudieran volar”.

También en la terraza de la Escuela se conversaba de los últimos partidos de fútbol, se contaban los capítulos de alguna telenovela, se “calentaba” la materia de la prueba que se daría a última hora rogando por que el profesor no alcanzara a llegar o se disfrutaba de los rayitos de sol. El director Mario Planet, arriaba a “sus chiquillos” incitándolos a que se portaran bien, mientras que el diario mural “El Loro Hoción”, con Samy Urzúa a la cabeza, daba cuenta de lo que pasaba fuera y dentro de las aulas.

No faltaban las elecciones dentro de la Escuela ni los grupos haciendo proselitismo político para convencer a alguno que no estuviera muy decidido o no presentara ninguna bandera. Tampoco estuvieron ausentes las fiestas en el subterráneo, donde se guardaban los equipos del laboratorio fotográfico. Era el momento de olvidar las fotos “santas y non santas” que allí se revelaron, para dejar cabida a las canciones de los entonces incipientes artistas Pollo Fuentes y Fernando Ubierno. Se invitaba también a los alumnos del Pedagógico, comenzaba el baile y la fiesta ardía.

Patricio disfrutaba de esas convivencias porque le encantaba bailar rock y twist, y Luz María lo acompañaba a la perfección. Las hermanas Jiménez formaban un dúo precioso con sus vocalizaciones; e Ivonne Collinet “le seguía la corriente” cuando tomaba su guitarra y no dejaba de cantar. La música fue una de las grandes pasiones de Patricio, no paraba de escuchar e imitar a Mercedes

Sosa, al Temucano, a Víctor Jara, a Patricio Manns y a la propia Violeta Parra, que se transformó en su amiga gracias a su padre. Los conjuntos Quilapayún, Inti Illimani e Illapu sonaban constantemente en su tocadiscos. Especialmente esto le apasionó cuando descubrió a los grandes de la trova cubana, como Silvio Rodríguez y Pablo Milanés y pudo comprobar “in situ” lo que era ese país, para que nadie “le contara el cuento del velo gris que lo cubría”.

Desgraciadamente ya sentía que era demasiado tarde para él. Un cáncer al pulmón lo estaba consumiendo, y aunque su suegra le pagó el viaje a La Habana, para hacerse tratamiento con renombrados doctores, él sintió que no podía perder el tiempo en eso y que como decía Guillen si la muerte, que era “una puta caliente”, se lo quería llevar, que así fuera, pero le no iba a perder tiempo en huevadas si podía conocer al pueblo y conversar con su gente.

### **El porfiado sobreviviente**

Llevaba dentro de sí el peso de la tristeza de tantos años. De haber “perdido el tiempo en tanta juerga, en vez de estar con la familia, que son los que están contigo hasta el final”, como lo decía con pena al comprobar el alejamiento de alguno de sus amigos cuando se enfermó y ya no podía ni caminar. De haber sufrido el desaparecimiento de tantos de sus amigos de partido y haber soportado con impotencia como sus sueños de un Chile mejor y más justo para todos se vinieron abajo. De haber tenido que “mamarse” un trabajo que no le gustaba en El Mercurio, por tener que sacar a su familia adelante y haber perdido su carrera como libretista y animador en televisión, porque a los ojos del medio periodístico tenía una “estrella roja en la frente”, como le dijo seriamente alguna vez el tío de su mujer Ramiro de la Vega, quien fue el único capaz de darle una mano con un trabajo como periodista junto a un amigo de él, Eduardo Latorre en el Departamento de Comunicaciones de la Universidad de Chile.

Ya llevaba casi dos años vendiendo quesos, medias y sándwiches envasados puerta a puerta. Y había cargado hasta sacos en la Vega, con su cuñado, para poderse ganar el pan. Ese era tu tesón para salir adelante y no dejarse vencer. Así se lo hizo saber a los amigos que también supo hacerse en el medio “momio”, sus compañeras de Ediciones Especiales María Eugenia Borel, Gabriela Piderit y Ma-

rieta Radnic, y los colegas de La Segunda Rodolfo Sesnic y de las Últimas Noticias Juan Gana, estos dos últimos murieron de cáncer el mismo año que él. Así lo conversó con su fiel amigo André Jouffé y su esposa de entonces Tatiana, cuando viajaban los fines de semana a la casa de Algarrobo de su suegra o partían a la Fuente Alemana a disfrutar un lomito. O fueron motivo de grandes divagaciones con Ivonne Collinet y sus hermanas, en su departamento de Antonio Varas donde conversaban hasta el amanecer, si es que Patricio no se perdía con Sandra Solimano, su compañera de Canal 13 y amiga de toda su vida.

Cuando operaron a Patricio y descubrieron que tenía un tumor alojado en la arteria aorta pulmonar –y lo cerraron porque si no se moría en la operación– le dijeron que sólo tendría tres meses de vida. Se acordó nuevamente de Guillén y de su visión de la muerte, y le dijo como hablando hacia el universo o las galaxias infinitas *“a mí ésta no me la gana”*. Los médicos oncólogos de la Clínica Ale-

mana, iban a ver extrañados a este sobreviviente y no se explicaban cómo podía vivir aún dos años después del diagnóstico. *“Es que yo tengo que ver crecer a mis hijas, y están demasiado chicas”*.

Al día siguiente de su entierro, Consuelo Muñoz, titulada hacía pocos meses de actriz, rendía un homenaje a su padre después de representar, como la protagonista más importante, la obra “Mamá me tragué un avión”. Su hija Paula, a fines de ese año 1993, con 17 años egresaba del Colegio Las Teresianas y Amparo sólo cumplió ocho años un mes antes de que el murió. Cada una en lo suyo, al paso del tiempo, tanto la actriz-terapeuta, ingeniero comercial y diseñadora gráfica, heredaron de él su pasión frente a las cosas, el sentido de la amistad, su forma de ser soñadoras, dispuestas a tomar riesgos y ser jugadas en la vida, y por supuesto el ser sociables y buenas amigas. Una manera de ser que hasta hoy comparten con su madre y los cuatro nietos que no alcanzaron a saber de él sino a través de las anécdotas que sus hijas mayores les han ido contando a los niños.





Jorge Silva arrestado en 1969

## *Jorge Silva Luvecce* ANGEL Y DEMONIO

Por Gustavo González Rodríguez

Quizás tenía todo para ser una especie de ángel en aquellos años en que queríamos tomar el cielo por asalto. Pero la utopía sesentera que nos fue arrebatada por el terrorismo de Estado o por la traición de los políticos profesionales, se fue diluyendo en su caso también por obra de sus demonios internos. Jorge Silva Luvecce, brillante periodista, intelectual avanzado y combatiente revolucionario, fue también un narcisista megalómano y un marido machista y maltratador que murió como indigente, consumido por la demencia y una desnutrición avanzada.

¿Por qué recordarlo? Porque escribir sobre el Chico Silva es más que reconstruir aquellos años universitarios mágicos y de plomo que transcurrieron desde mediados de los 60 hasta el gobierno de la Unidad Popular, es más que recordar las pellejerías y bondades del exilio y es más que condolerse por las decepciones de la restauración democrática. Escribir sobre el Chico Silva es todo eso y mucho más: es un ejercicio doloroso y necesario que interpela a nuestra época y desafía lo que quisimos ser y terminamos siendo, para bien o para mal, todos nosotros.

Esquelético y extrovertido, con un look que remite a Mick Jagger, apareció un día de 1966 por el ahora mítico local de la Escuela de Periodismo de la calle Los Aromos. Venía de Valparaíso, donde había iniciado sus estudios universitarios. Se destacó de inmediato en el masivo universo de nuestro curso con su cabello castaño claro liso, pómulos hundidos y ojos oscuros que transitaban fácilmente de la picardía a la furia incontrolable.

### **Hiperkinético, divertido y grandilocuente**

Era hiperkinético y divertido, pero igualmente profundo, sobre todo en las discusiones políticas y literarias. Grandilocuente, al llegar a la Escuela proclamaba su identificación con el Partido Socialista por la vocación latinoamericana e indigenista de su emblema. Se destacaba como un buen orador en las asambleas, donde la izquierda se confrontaba con la Democracia Cristiana en la conducción del movimiento estudiantil. Al mismo tiempo apreciaban los debates en el campo marxista entre “ultras” y “revisionistas”, con disputas irreconciliables entre castristas, maoístas y moscovitas.

Sin embargo fue el propio Jorge quien gatilló una singular acción unitaria de todos los grupos de izquierda hacia fines de 1967. Un paro de la Central Única de Trabajadores en noviembre de ese año culminó con siete muertos. Hicimos un diario mural en el hall de Periodismo sobre “Los crímenes del gobierno de Eduardo Frei Montalva”, en que se recordaba además la represión en marzo de 1966 de la huelga de mineros de El Salvador con un resultado de ocho muertos y 60 heridos.

René Divin y Enrique Bruna, estudiantes demócratacristianos de Periodismo, fueron sorprendidos destruyendo el diario mural por Jorge Silva, quien de inmediato corrió a buscar apoyo en el vecino Pedagógico. Llegaron comunistas, socialistas y miristas y se armó una gran gresca. Divin y Bruna huyeron por una calle aledaña y trataron de intimidar con un arma de fuego al grupo que los perseguía. En un acto temerario, Jorge avanzó y los desafió a disparar. No se atrevieron y siguieron huyendo hasta que sus perseguidores les dieron alcance, los golpearon y llevaron, bastante maltrechos, hasta la sede del Centro de Estudiantes del Pedagógico como virtuales prisioneros.

Se constituyó allí una especie de tribunal popular. Yo militaba entonces en la Juventud Comunista y era secretario general del Centro de Estudiantes de Periodismo. En esa condición les tomé a ambos extensas declaraciones que transcribí casi textuales. Divin y Bruna fueron liberados algunas horas después tras una suerte de negociación entre la policía civil y las autoridades de la Facultad de Filosofía y Educación. La Universidad de Chile abrió un sumario y designó como fiscal a un joven profesor de Leyes llamado Ricardo Lagos Escobar. Comparecí ante él y además de prestar declaración como testigo de los hechos le di copia de las declaraciones. Divin y Bruna fueron expulsados de la universidad.

Jorge Silva se mostraba ya entonces como impulsivo y hasta descontrolado. Pero al mismo tiempo se distinguía por sus inquietudes intelectuales. Lo recuerdo como un gran lector en aquellos años de Julio Cortázar. En las traspasadas interminables con Eduardo Marín, Guillermo Torres, Enrique Canelo y Rolando Gabrielli disertaba hasta el cansancio sobre la estructura jazzística de *El perseguidor*. Arrendaba una pequeña pieza donde tenía como su

bien máspreciado un tocadiscos portátil. Allí nos hacía escuchar a Charlie Parker o a Coltrane mientras se explayaba sobre la secuencia tema-improvisación, característica del jazz que Cortázar llevó al relato escrito. (Una secuencia, sabría yo más tarde, que también es propia del son y de la salsa, pero esa es otra historia...).

Fuimos una buena pandilla de bohemios universitarios. Eduardo Marín, nuestro compañero colombiano, gran bebedor y bailarín, pero siempre compuesto y profundo, desarrolló un gran aprecio por Jorge, al punto que le puso ese nombre a su hijo nacido en 1970, cuando el Chico Silva estaba recluido en la Penitenciaría.

### **El asalto al Portofino**

Cayó preso el 25 de agosto de 1969, a raíz del frustrado asalto (o expropiación) del Supermercado Portofino, en la comuna de Ñuñoa, frente a la plaza Los Guindos.

Creo que fue en 1967 cuando Jorge se me acercó un día en la Escuela para contarme que había ingresado al Movimiento de Izquierda Revolucionaria. Influenciado sin duda por el ejemplo de Ernesto Che Guevara, citó aquella frase ya antológica de que “el deber de todo revolucionario es hacer la revolución”, para añadir que a su juicio la única organización revolucionaria en Chile era el MIR.

Le dijo adiós así al PS, pero su militancia mirista no fue muy prolongada. En junio de 1969, junto a Rafael Ruiz Moscatelli y otros jóvenes, se marginó de la organización encabezada por Miguel Enríquez para crear el MR-2 (Movimiento Revolucionario Manuel Rodríguez), grupo que llevó a cabo el asalto al Portofino. La resistencia de un cajero frustró la operación y el grupo huyó en un automóvil, pero Jorge quedó atrás y fue capturado en las cercanías. En los cuarteles de la Policía de Investigaciones fue salvajemente torturado por detectives antes de ser llevado, en vilo y casi desfalleciente, ante el juez, según testimonios fotográficos de la época.

En la política chilena se daban hechos cruciales. Se avanzaba en la gestación de la Unidad Popular con vistas a las elecciones presidenciales de 1970. Salvador Allende fue proclamado precandidato del PS en una dura pugna interna que requirió de dos votaciones en el Comité Central. El Partido Comunista postulaba a su vez a

Pablo Neruda y denostaba al MIR que, escéptico ante la vía electoral, había iniciado las “expropiaciones” de bancos. Toda la cúpula del MIR fue encausada por la justicia a solicitud del gobierno y debió ocultarse tras los arrestos de Sergio Pérez y Sergio Zorri-lla. El asalto al “Portofino” fue atribuido inicialmente al MIR, hasta que Ruiz Moscatelli reveló desde la clandestinidad la existencia del MR-2, que también pasó a ser descalificado como ultraizquierdista y provocador por Orlando Millas y otros dirigentes comunistas.

Desde la cárcel, Jorge Silva admitió a través de la revista Punto Final en septiembre de 1970 la corrección de la política de la UP que llevó al triunfo en las presidenciales. En uno de sus primeros actos como



El asalto al Portofino en la prensa

mandatario, a fines de ese año, Allende indultó a los presos del MIR y el MR-2. En 1971 ambos grupos emprendieron una efímera reunificación, hasta que Silva, Ruiz Moscatelli y otros cuadros resolvieron ingresar al PS.

El golpe de Estado sorprendió a Jorge Silva como colaborador de Chile Nuevo, una revista de la Subsecretaría

de Economía para los trabajadores del Área de Propiedad Social. También escribía columnas en Punto Final y alguna vez publicó un artículo en Chile Hoy, donde yo era editor de Economía. A comienzos de 1969 se había casado con Cecilia Izquierdo, estudiante de Sociología. Con su pequeño hijo, Emiliano –apodado Lobito–, salieron al exilio y tras algunos años en Austria optaron por viajar a Ecuador donde los acogimos. Compartimos casa algún tiempo. La convivencia fue cada vez más difícil por sus síntomas

de inestabilidad psicológica y los arrestos de violencia que Jorge descargaba en Cecilia y Emiliano. Al mismo tiempo alcanzaba en 1976 su instante de gloria como triunfador en un concurso de ensayos de la Universidad Central de Quito con su obra *Nacionalismo y petróleo en el Ecuador actual*.

Maruja Bañados, periodista chilena exiliada también en aquellos años en Ecuador, da cuenta de esta parte de la historia del Chico Silva en el siguiente texto de este libro.

### Demencia progresiva y muerte

Los años finales de la dictadura encontraron a Jorge Silva deambulando internacionalmente por Panamá y Alemania. Un buen día, a comienzos de los 90, apareció por la oficina de Inter Press Service (IPS) en Santiago. Ya sea había producido la trágica muerte de Cecilia en la frontera de Tacna y Arica (ver siguiente texto de Maruja Bañados). Él venía repatriado con un diagnóstico de enfermedad mental. Comenzó a ser tratado por Luis Peebles, médico siquiatra torturado tras el golpe de 1973 en Colonia Dignidad que lo conocía desde 1971 en Concepción, cuando ambos militaban en el MIR.

“Nuestro reencuentro en Chile fue fortuito. Me di cuenta que Jorge estaba muy perturbado y lo llevé al Sanatorio El Peral. Tenía una enfermedad siquiátrica no reversible. Los avances en el tratamiento fueron muy precarios, entre otras razones porque las más de las veces no quería admitir que estaba enfermo”, me contó el médico en una conversación a fines del año 2013.

Había señales ostensibles de su empeoramiento, que se traducían en megalomanías sobre libros que había escrito, contactos con altas personalidades internacionales e incluso planes delirantes de asaltar bancos para solucionar su situación económica. Con ese fin llegó una vez a mi oficina en IPS para pedirme que le proporcionara una pistola y después se quejaba ante amigos comunes por mi negativa.

Su enfermedad era una psicosis esquizofrénica. Estaba en la etapa defectual, última fase en que el mal comienza a juntarse con la demencia. Su enfermedad, que podía responder a factores genéticos, pudo haberse agravado por las torturas que sufrió en 1969 tras el



asalto al Portofino, pero también empeoraba por su negativa a admitirse como enfermo. Así, evolucionó hacia una psicosis maniaco-depresiva, en que los estados de depresión se alternaban con delirios de grandeza.

Luis Peebles cuenta que se marchó por su propia voluntad del sanatorio. No dejó datos de domicilio ni otras señas, pero al tiempo se supo que retomaba contactos con ex dirigentes del MIR y antiguos amigos, a los cuales fue acosando crecientemente en una mendicidad a veces agresiva.

Se le veía a menudo en la Escuela de Periodismo en la calle Belgrado, donde la señora Carmen, administradora del casino, le regalaba comida. Llamaba la atención de los estudiantes, que lo veían como un indigente en avanzado deterioro.

Los esfuerzos de numerosos excompañeros de Periodismo por ayudarlo fueron estériles. A veces lo veíamos vagabundear por calles de Santiago y pasábamos a su lado sin que nos reconociera, con rasgos ya evidentes de una demencia progresiva.

Terminamos perdiéndolo de vista, hasta que nos enteramos de que había muerto. El certificado de defunción del Registro Civil indica que falleció en la calle en la comuna de Providencia, el 14 de octubre de 2002 a las 6:35 horas. La inscripción la hizo el Hogar de Cristo y la autopsia en el Hospital de El Salvador detalla que murió a causa de una bronconeumonía bilateral y una caquexia, término este último que significa extrema desnutrición.

Nacido el 10 de septiembre de 1944, tenía 58 años.



Llevado ante los tribunales con evidentes señales de torturas.

*Auge y caída*

## EL “CHICO” SILVA EN ECUADOR

Por Maruja Bañados Contador

Lo reconocí casi de inmediato. Fue en Quito, la bella capital ecuatoriana donde viví mi exilio como tantos otros chilenos. Volver a ver la figura menuda de Jorge Silva Luvecce me hizo revivir el Chile de 1969 y los años que vendrían. Recordé como lo había mostrado la prensa de la época, brutalmente torturado por la policía, tras el frustrado asalto al supermercado Portofino, que él protagonizó junto a otros de sus jóvenes camaradas del MR-2 para financiar sus acciones revolucionarias.

Ya habían transcurrido seis años desde ese suceso.

Él había llegado a Ecuador procedente de Viena, Austria, donde vivía con su pequeña familia como refugiado de las Naciones Unidas. Nos había ido a visitar a las oficinas del semanario *El Mundo*, medio periodístico recientemente fundado con el velado auspicio del gobierno militar. Hasta ese momento éramos un pequeño equipo profesional de periodistas ecuatorianos y chilenos encabezado por el colega Wilson Tapia Villalobos y dirigido por el escritor de izquierda Pedro Jorge Vera. La publicación estaba destinada a difundir y defender la obra del gobierno de

corte militar progresista del general Guillermo Rodríguez Lara, el *Bombita*.

En su siguiente visita a la revista el Chico Silva confesaría abiertamente sus intenciones de quedarse a vivir en Ecuador con su mujer Cecilia Izquierdo Yáñez y el pequeño hijo de ambos, Emiliano (llamado así en honor al líder de la revolución mexicana, Emiliano Zapata). Nos confidenció su sentimiento de rechazo hacia la fría sociedad vienesa a pesar de que allí tenían un buen pasar económico. Trabajaba en un banco y ella lo hacía como secretaria bilingüe español-inglés en una entidad internacional. Gozaban de una situación laboral privilegiada frente a la de otros exiliados chilenos.

### La “Chica” Izquierdo

La “Chica” Izquierdo, como empezamos a llamarla, era de “buena cuna”, una menuda y bonita rubia de intensos ojos azules. Su padre, Jorge Izquierdo Edwards, había ocupado el cargo de vicepresidente de Lan-Chile en los tiempos de Jorge Alessandri. Por el lado de su madre era nieta del político liberal Eliodoro Yáñez, fundador del diario La Nación.

Lo que finalmente precipitó la irrevocable decisión del Chico de abandonar ese desarrollado país para quedarse en Ecuador fue la crónica enfermedad bronquial de su hijo, al que apodaban Lobito. El continuo llanto nocturno del pequeño había alterado la tranquila y normada vecindad vienesa del matrimonio. Los reclamos apuntaron duramente contra estos exiliados chilenos.

Tras su decisión de no volver a Viena, Jorge pasó a formar parte de *El Mundo* como reportero del sector Económico y Político. Muy pronto manifestó su fuerte y agresivo carácter que descargaba con mucha frecuencia contra los colegas ecuatorianos a los que denostaba por parecerles lentos. Sin embargo, nosotros lo acogimos con solidario afecto.

Tenía una inteligencia sobre el promedio y hacía gala de una arrogancia que a todos nos impresionaba. Era además un talentoso redactor. Sus artículos publicados en *El Mundo* llamaron la atención de las autoridades de la Secretaría Nacional de Información Pública a cargo del abogado y político Milton Alava. También se fijaron en mis notas periodísticas gremiales y misceláneas.

Como consecuencia de este reconocimiento, ambos fuimos llamados para elaborar la Memoria de los cuatro años del Gobierno Militar. Una vez que llegamos a acuerdo, nos dividimos el trabajo por partes iguales, eligiendo yo los temas del área social y Jorge los del sector económico. Trabajamos intensamente durante algunos meses, tiempo suficiente para profundizar la amistad entre él y yo. Me confidenció algunos dolorosos y traumáticos episodios de su niñez. Más de alguna vez he reflexionado sobre el triste final del Chico. Hoy concluyo que éstos influirían en su trastornada personalidad. Siendo niño, por ejemplo, presencié relaciones íntimas de su madre.

Una vez que entregamos el texto definitivo fuimos muy bien remunerados. No dejaba de ser paradójico que dos periodistas chilenos exiliados por la feroz dictadura militar de Pinochet hubiéramos sido distinguidos con su confianza por otro gobierno, también militar, pero de otro corte.

Un año después, en 1976, Quito fue la sede de un congreso latinoamericano de escritores, organizado por la Universidad Central del

Ecuador, la más importante de ese país, que congregó a destacadas figuras de las letras, entre ellos los uruguayos Eduardo Galeano y Mario Benedetti y el chileno Fernando Alegría. El evento dio lugar a un concurso en los géneros de novela, poesía y ensayo.

Esta fue la oportunidad para que el Chico rescatara los antecedentes recopilados para la Memoria y los convirtiera en un excelente trabajo de investigación que tituló *Nacionalismo y petróleo en el Ecuador actual*, con el cual obtuvo el Primer Premio en ensayo. Se trataba de un análisis crítico de la próspera realidad de ese nuevo país petrolero, miembro de la OPEP.

No puedo dejar de recordar algunas circunstancias reveladoras de la personalidad que rodearon esta premiación. Jorge trabajó día y noche en su ensayo, involucrando a Cecilia como dactilógrafa. A él ni siquiera le importó que la delicada yema de los dedos de su mujer llegaran al extremo de sangrar por el intenso tecleo.

### Sueños de grandeza

Silva tomó muy en serio su nuevo rol de escritor. Se compró una *robe de chambre* que lucía mientras dictaba su trabajo y una boina, estilo bolchevique, que lucía cuando salía a la calle.

La vida del exilio nos había unido muy estrechamente a los Silva-Izquierdo y a nosotros, los Vásquez -Bañados (en esa época estaba unida sentimentalmente al hoy fallecido periodista Oscar Vásquez). Nos reuníamos a almorzar los fines de semanas al más puro estilo chileno: con empanadas de horno y vino tinto, productos de los que nos surtíamos en una “picada” de compatriotas también exiliados igual que nosotros. Entre brindis y risas discutíamos el texto y también el seudónimo que debería usar el autor.



Jorge Silva y Cecilia Izquierdo en Quito, septiembre de 1977.



A Oscar y a mí se nos ocurrió que debía ser el de *Bolívar Yaguar-cocha*. Jorge aceptó la idea ya que conformaba un acertado simbolismo: el nombre del Libertador unido a un vocablo quichua que significa *lago de sangre*.

Pero en nuestra última reunión caímos en cuenta que el plazo de inscripción de postulantes al concurso había vencido un día antes. Este serio inconveniente lo salvó Oscar, quien como periodista funcionario de la Universidad Central era el encargado de recibir las inscripciones de los autores.

Obtenido el premio, el Chico Silva manifestó sus intenciones de viajar a París, allí –dijo– estaba su nuevo destino ya que se sentía en condiciones de emular a intelectuales de la talla del argentino



Maruja Bañados y Cecilia Izquierdo en Ecuador.

Julio Cortázar y del colombiano Gabriel García Márquez. ¿Eran ya los primeros síntomas de su desconexión con la realidad? Se puso entonces en campaña y dirigió sus pasos hacia su suegro Izquierdo Edwards, quien le proporcionó el pasaje aéreo a Francia.

Pasaron unos cuantos meses sin que nadie, ni siquiera su esposa ni nosotros supiéramos de él. Un día retornó, pero sus conflictos con Cecilia llevaron a que separaran casas. Un atardecer quiteño, cuando Cecilia regresaba del cine acompañada de su buen amigo, el periodista chileno Gustavo González, jefe de redacción de la revista Nueva, otra publicación ecuatoriana donde yo también había trabajado, Silva saltó de entre las sombras y se abalanzó lleno de celos sobre González con intenciones de agredirlo. A raíz de este

incidente Oscar y yo auxiliamos a la “Chica”, ayudándola a mudarse de casa con su pequeño Lobito. El matrimonio estaba irremediablemente roto.

El Chico volvería irse una vez más de Ecuador. Estuvo en Panamá trabajando como periodista en la UPEB (Unión de Países Exportadores de Banano) y luego viajó a Alemania donde emparejó con una enfermera de esa nacionalidad. La azarosa vida que le dio a su nueva mujer motivó a su suegro alemán a pagarle un pasaje de vuelta a Latinoamérica. Al tiempo llegó el rumor a nuestros círculos de exiliados que él se hallaba en Perú y que había empezado a mendigar y a dormir en las calles de Lima.

Yo regresé a Chile en 1988. Me conecté con Cecilia en uno de los viajes que ella hizo a Santiago ya con planes de regresar definitivamente con su nueva pareja, un periodista colombiano ex miembro del M-19.

Al año siguiente, la “Chica” viajó desde Quito con la intención de radicarse en Chile, donde ya vivía *Lobito* bajo el cuidado de una de sus compañeras de partido. Venía con su segundo hijo, fruto de su nueva relación sentimental. Hizo escala en Tacna con la intención de dirigirse a Arica para visitar a su padre que acostumbraba a veranear en esa limítrofe ciudad. Tomó un taxi colectivo y cuando cruzaron la frontera, el automóvil se estrelló muriendo en forma instantánea ella y el niño.

También el Chico apareció tiempo después viviendo en Santiago. En los círculos de amigos se comentaba que su vida había tocado fondo, sin embargo continuó escribiendo. Un día llegó a presentarnos a nuestra casa en Nuñoa un delirante, aunque coherente novelón, sobre extraterrestres que vendrían atacar a nuestro país.

Las numerosas y escabrosas historias sobre la vida del Chico en Santiago y sus escándalos se multiplicaron. Más de alguna vez “se tomó” la sede del Colegio de Periodistas, donde protagonizó alborotos de diversa índole.

Después no supe más de él, hasta que me enteré de su muerte como indigente.

# Jorge Uribe Navarrete

## SOLO TÚ PODÍAS PONER FIN A TU VIDA

Por José Blanco Jiménez

78

No te mataron en la Moneda  
No te mataron en el Medio Oriente  
Sólo tú podías poner fin a tu vida, querido compañero.

Uso el vocablo “compañero” en su original significado etimológico: “el que comparte su pan conmigo”. Y aclaro en inmediato el concepto, porque no pertenecíamos a la misma tienda política, pero fue una persona que siempre compartió sus logros conmigo y con los demás.

La nuestra no fue una amistad de parrandas o de estudio. Fue simplemente el acercamiento de dos personas que se respetaban y compartían momentos de vida en común. Como cuando me pidió que lo acompañara a comprar el disco “*Toi, mon ami, mon amour*”, que quería regalar a su polola, Cecilia Tormo.

Me acuerdo que la primera vez que oí su nombre en nuestra Escuela de Periodismo fue cuando me señalaron que él estaba inscribiendo a los que tenían que seguir el curso de Cultura Chilena, que dictaba Wilson Tapia. Y después el que vendió apuntes del curso de Historia

de Chile, que dictaba Mario Céspedes, “editando” los cuadernos de algunas de nuestras colegas.

### Socialista desde la cuna

Gustavo González Rodríguez recuerda que Jorge era un poco mayor que la mayoría de los que ingresamos a la Escuela de Periodismo en 1966 y para costearse los estudios manejaba un taxi. También que “*tenía algo de seductor y se llevaba muy bien con todas las chicas del curso*”, citando el “*especial afecto que le guardan hasta hoy Pilar Errázuriz y Kitty Oyarzún. Por esas malas bromas de la vida, fui yo quien les informó del suicidio de Jorge, que las golpeó profundamente.*”

Y agrega Gustavo: “*Socialista desde la cuna, Jorge tuvo condiciones de liderazgo que desplegó en muchas ocasiones, algunas que ahora pueden parecer banales. Recuerdo que al inicio de las vacaciones de invierno en 1966, el profesor Alejandro Cabrera nos dio la colosal tarea de revisar la prensa día a día y elaborar un informe que debía entregarse también cotidianamente en la secretaría de la Escuela, con hora de cierre. Más de la mitad de nuestro numeroso curso se sintió maltratado y Jorge fue el catalizador del descontento interpelando a*

*Cabrera y sus ayudantes con la frase «Ustedes nos están quitando el sagrado derecho a las vacaciones», respaldada con aplausos.»*

*Pero, “como los chilenos solemos ser de pasiones largas y rencores cortos, fue Jorge Uribe precisamente quien años más tarde invitó al profesor Alejandro Cabrera al cuerpo de docentes de la Universidad de Santiago para un curso de regularización de periodistas que se inició en 1993.”*

Hasta allá me llevó también a mí, porque me estimaba y reconocía la calidad de mi formación académica y profesional. Apenas se enteró de mi precariedad económica, me ofreció trabajo, no como otros que me dieron teléfonos que no contestaban o se hacían negar por parientes o secretarías. Yo nunca le pedí nada, pero Jorge era así.

Vuelvo al testimonio de Gustavo: *“Con Jorge no solo compartimos la actividad académica en la Universidad de Santiago, sino también gran parte de la vida profesional desde 1987. Yo trabajaba en la Agencia Inter Press Service, que arrendaba un piso en la calle Phillips, donde Jorge a su vez subarrendaba una oficina como corresponsal de Excelsior. Así, seguimos juntos los acontecimientos del fin de la dictadura, la visita del Papa, las ruedas de prensa clandestinas del Frente Patriótico Manuel Rodríguez y el Plebiscito de octubre de 1988. Fuimos activos socios de la Agrupación de Corresponsales y a la vez sumamos esfuerzos en esos años con Norma Berroeta, Víctor Pérez, Ana María Ortiz, Giacomo Marasso y tantos más en el reencuentro de la Generación Mario Planet.”*

El diario Excelsior fue la gran plataforma profesional de Jorge Uribe. Tanto en México como más tarde en Chile brilló como un gran corresponsal de guerra, con misiones en Centroamérica y luego en el Medio Oriente. En la última Guerra del Golfo estuvo a punto de ser fusilado por un grupo irregular cuando abandonaba Irak e intentaba llegar a Jordania.

## Nuestro cuate Jorge

Con respecto a su exilio, resultan iluminantes los recuerdos que me entregan dos compañeros que lo compartieron en México.

El primero es el de Franciso Leal:

*“Durante nuestros años de estudios en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, mantuve con Jorge Uribe Navarrete una enriquecedora amistad. Solíamos estudiar y parrandear juntos. En el Gobierno de Salvador Allende intercambiamos permanente información: él como subdirector de la OIR en la Presidencia; y yo, como director de la revista juvenil Onda, que producíamos en Editorial Quimantú.*

*Tras el golpe cívico-militar del 11 de septiembre de 1973 perdimos contacto, aunque luego me enteraría que él junto a Víctor Pérez Villanelo habían logrado salir de La Moneda, en medio del bombardeo y una nutrida balacera.*

*A comienzos de 1974 nos reencontramos en Ciudad de México. Jorge se había convertido en un gran conocedor de esta gigantesca urbe, y se sintió complacido al enseñarme cómo debía desenvolverme en esta formidable ciudad. Me reiteraba que la Avenida Insurgentes y la Avenida Reforma eran las arterias más transitadas.*



Jorge Uribe Navarrete, profesor en la USACH.

*A mí me costó acostumbrarme, al comienzo, a tan intenso ajeteo, extrañando cada día a mi familia que había quedado en Chile, particularmente a mi hija Daniela Andrea, entonces de siete meses de edad. Jorge me conformaba: “Ya vendrán, no te aflijas.”*

*Fue precisamente mi cuate Jorge Uribe quien me advirtió de las precauciones que debía adoptar al consumir agua o al engullir los famosos taquitos. “Ten mucho cuidado —me decía—, pues el agua puede estar contaminada; y los taquitos te pueden causar infección estomacal.”*



*Así que aprendí a beber sólo agua envasada y a evitar consumir tacos mexicanos en cualquier changarro callejero, por mucho apetito que tuviese.*

*Jorge se incorporó entonces al diario Excelsior y yo comencé a colaborar en la revista Mañana. Al año arribaron a Ciudad de México mi hija Daniela y su mami, Ana Luisa, maravilladas ante la imponente capital mexicana. Y Jorge reiteraba sus sabios consejos: “No deben beber agua de la llave, ni comer taquitos callejeros...”*

*Así de afectivo fue siempre mi dilecto colega. Apacibles recuerdos, perennes, afloran hoy en mi mente de este entrañable y perpetuo amigo de toda una vida... ¡mi apreciado cuate Jorge Uribe Navarrete!”, remata Francisco Leal.*

Y el segundo testimonio –y tal vez definitivo– es el de Hugo Murialdo:

*“Mi relación con mi amigo Jorge la podría explicar en tres etapas de nuestras vidas: la primera se refiere, obviamente, a la que vivimos en la Escuela de Periodismo, donde, además de compañeros de curso (Generación Mario Planet) establecimos una gran amistad, tanto académica como “extracurricular”. Cabe mencionar, por otra parte, que con Jorge éramos camaradas de partido.*

*La segunda etapa la podría contextualizar a partir del triunfo del doctor Salvador Allende en las elecciones de septiembre de 1970. Una vez que Allende asume la presidencia, Jorge es nombrado subdirector de la OIR (Oficina de Informaciones y Radiodifusión de la Presidencia de la República). Al año siguiente, yo entro a trabajar al Departamento de Comunicaciones de INDAP (Instituto Nacional de Desarrollo Agropecuario), motivo por el cual establecimos un nexo profesional como las circunstancias lo ameritaba. En 1972 soy designado secretario de prensa del Ministro de Economía, compañero Carlos Matus, por lo que la relación con la OIR y particularmente con Jorge, se hacían mucho más urgentes.*

*Dentro del contexto de esta segunda etapa, es necesario incluir, por supuesto, el golpe de Estado. Menciono esta situación debido a que nos llevó a ambos a vernos en la necesidad de partir al exilio. El destino nos vuelve a juntar, pues coincidimos –sin acuerdo previo– en la*



Noche de fiesta (1986). Jorge Uribe, Juan Guillermo Mellado y Basko Asún.

*Embajada de México. Creo que Jorge me precedió en el arribo a dicha legación diplomática y lo hizo acompañado de su compañera Ximena González y las dos hijas de ella. A los pocos días de estar en la embajada, mi madre logra introducir una maleta con ropa. Recuerdo esta anécdota, porque este hecho me permitió obsequiarle una camisa a mi colega, amigo y camarada que me la recibió con un gran regocijo y un desproporcionado agradecimiento. Cuando Ximena y sus hijas partían al exilio, al dejar la embajada, recuerdo haber visto a Jorge que las despedía muy emocionado, incluso con un incontenible sollozo.*

*La tercera etapa, la ubico en el escenario de retorno a nuestra patria. Yo regresé a principios de 1989 y Jorge ya estaba radicado en Chile. Nuevamente mantuvimos una fuerte relación de amistad. A fines de 1993, mientras yo me desempeñaba como jefe del Área de Estudios de la Oficina de Informaciones de la Cámara de Diputados, recibo una llamada de Jorge para invitarme a formar parte del cuerpo docente de la Escuela de Periodismo de la USACH, un hermoso proyecto que daba sus primeros pasos. Además de colegas docentes, fuimos compañeros en el magíster de Filosofía Política en la misma USACH.”*

¿Qué podría agregar?

Fue sobre todo un buen amigo, que nunca pidió nada a cambio. Y se fue calladamente, sin aspavientos, sin molestar a nadie. Se quitó la vida en enero de 2008. Sobreviven no sólo sus escritos y sus buenas obras, sino también (y tal vez sobre todo) los apodosos que nos puso a cada uno de nosotros.



Jorge Uribe en el lago Colbún.

## NINGÚN ESTADIO LLEVARÁ TU NOMBRE, JORGE

Por Enrique Fernández

(Nota: Enrique Fernández, periodista y académico universitario, ex subdirector de la Agencia France Presse en Chile, publicó este texto a los pocos días de la muerte de Jorge Uribe)

Una antigua leyenda dice que los periodistas mueren de a tres.

Por eso, ocho días después de la partida de Julio Martínez, gran comentarista deportivo, se fue Jorge Uribe Navarrete. ¿Y quién era él, se preguntará usted? Fue un gran corresponsal internacional. Ni más ni menos.

--*Pero tengo que decirte algo, Jorge.*

--*Soy todo oídos... para escuchar una nueva lección de tan insigne colega*-- responderías con tu habitual tono, mezcla de oculta caballerosidad y abierta ironía.

--*¿Sabes una cosa? Ningún estadio llevará tu nombre, Jorge.*

La idea de bautizar al coliseo de Ñuñoa como Estadio Julio Martínez surgió desde la derecha. La hizo suya el oficialismo a través del secretario general de Gobierno, Francisco Vidal. Pero nadie ha propuesto el nombre tuyo, porque no te conocieron, Jorge Uribe Navarrete.

Cuando murió el cronista deportivo, la cobertura en televisión y los demás medios informativos fue digna de un funeral de Estado. Los reporteros y columnistas entraron en una febril competencia de florilegios para el viejo comentarista que emocionó a generaciones con su verba. Alguien lo recordó como “el poeta de las cosas simples” y olvidó que ese apodo le perteneció al argentino Héctor Gagliardi, en la década de los años 50. Otros lo evocaron como “el caballero del deporte” y olvidaron que ese calificativo distinguió en los años 60 al comentarista radial Raimundo Loézar Moreno.

No te conocieron, Jorge, porque tú sólo eras un corresponsal.

Antes de la dictadura de Augusto Pinochet fuiste subdirector de la Oficina de Información y Radiodifusión de la Presidencia de la República (OIR). Durante tu exilio en México, a partir de 1974, pusiste tu pluma al servicio del diario Excelsior. Cubriste la Guerra del Golfo, en 1990, la tensión del Medio Oriente entre árabes e israelíes, los conflictos fratricidas en América Central... Viajaste por diferentes países cumpliendo tus funciones al servicio de la noticia.

Pero en Chile nunca nadie te vio en los televisores, haciendo gala de tu audacia.

Cuando regresaste a tu país, te convertiste en uno de los profesores fundadores de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Santiago, en 1992. Pusiste en ese trabajo todo lo que aprendiste desde tus jóvenes comienzos, allá en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile. Ahora, como profesor, ante los futuros profesionales de la prensa, insistías en que “la neutralidad no existe”. Ellos te escucharon decir que no se puede ser neutral frente a las violaciones de los derechos humanos, recibieron tus enseñanzas y hoy las aplican en los medios de comunicación. Pero esa tarea tuya tampoco la conoció la opinión pública.

Los lectores, auditores de radio y televidentes, no supieron del silencioso entusiasmo que ponías en cada nueva tarea. No conocie-

ron tus sutiles bromas o tus indignadas palabrotas, cuando era necesario indignarse frente a la prepotencia y la injusticia social.

El público, el gran público, alguna vez leyó un artículo tuyo en *La Nación*. O aquella magistral entrevista al ex presidente Patricio Aylwin, publicada en el *Excelsior* de México y reproducida en la prensa chilena. En ella Aylwin revelaba inéditos entretelones de sus tirantes vínculos con Pinochet, que pensaba recuperar el poder en 1994. ¿Te acuerdas, Jorge?

Tenías 68 años cuando decidiste partir. Y, sin embargo, no habrá un estadio que lleve tu nombre.

—¿Y a mí qué me importa?— sería tu lógica respuesta.

De acuerdo, Jorge. Descansa en paz.





## *Hernán Barahona* HERNÁN, ACUSA Y ADVIERTE... (1937-2008)

Por Raúl Rodríguez

*Carismático, militante y comprometido con las luchas sociales. Este es Hernán Barahona, un hombre de radio y un hombre de partido.*

Entraba a la sala de clases con su cigarro en la mano; era de largas conversas con sus alumnos sobre el periodismo nacional; no faltaban tampoco unas buenas cervezas cerca de Radio Nuevo Mundo; historias de cantina donde tejía el mejor análisis de la jornada como en los mejores tiempos de la bohemia reporteril santiaguina.

Es la otra imagen del periodista: no del extrovertido, canchero, incisivo o parlanchín, sino de un carácter flemático y de paso cansino, que supo cultivar la templanza como hábito para ejercer liderazgo.

De indicaciones precisas, y generoso en las oportunidades a quienes trabajaban o colaboraban con él, Hernán Barahona se convirtió en formador de varias generaciones de alumnos y periodistas.

Supo sostener un proyecto de radio partidista, de esas que voló la dictadura después del golpe de Estado, con escasez de recursos, sobre la base de un equipo comprometido y con la convicción de que los trabajadores son los protagonistas de las luchas sociales.

*“Era un profe a tiempo completo. Era una persona que, junto con*

*demostrar su adhesión a la ideología comunista, sentía una gran pasión por el periodismo apuntando al cambio de la sociedad para generar mejor democracia. Cuando departíamos, de alguna manera él se encargaba de ir formando, con un carisma que lo hacía una persona muy atractiva”, cuenta Juan Pablo Aranda, Papiro, camarógrafo y ex reportero de Radio Nuevo Mundo (1997-2011).*

Uno de los amigos más entrañables de Hernán fue José Luis Córdova con quien compartió estudios de Derecho y Periodismo, el exilio y la transición democrática: *“Era una persona excepcional, de mucho carisma, muy pedagogo. Tenía un magnetismo especial y un conocimiento bastante sólido de lo que es el periodismo y las comunicaciones”.*

José Luis, jefe de prensa del Partido Comunista, lo define como *“un gran conversador, muy fumador y, por qué no decirlo, le gustaba la conversación con una cerveza, bebida que aprendió a querer en Praga. Dejó huella tanto para el periodismo como para sus camaradas del partido”.*

## Desde la Escuela hasta el exilio

Hernán Barahona entró a la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile en 1966, luego de su paso por Leyes en la misma casa de Bello. En *Vendedores de sol*, publicado en 1994, con ocasión de los 40 años de la Escuela, el mismo Hernán recuerda su paso por la sede de Los Aromos, ubicada en el ex Pedagógico, antes de ser cerrada y trasladada por los militares golpistas, quienes veían en todas las carreras del área social un foco de conflicto para el régimen: *“Tuve excelentes amigos, muy buenos compañeros. Un rasgo especial era estudiar en grupo, ayudarse. Había un trabajo social, colectivo, que generó un tipo de profesional solidario en contraste con el periodismo de hoy, impersonal, competitivo (...) que es otra forma de enfrentar y practicar la profesión. Éramos gente con muchas inquietudes sociales, culturales y políticas. Se trató de la generación que se formó con la revolución cubana”*.

En este contexto conoció a uno de sus amigos y compañeros de curso, Gustavo González, quien fuera entre 2003 y 2007 director de la Escuela de Periodismo: *“Conocí a Hernán Barahona el año 1966, cuando ambos ingresamos a la Escuela de Periodismo. Él venía de cursar algunos años en Leyes y, por tanto, era mayor que muchos de los mechones. Incluso ya estaba casado, con una hija del profesor Astolfo Tapia, un exdiputado socialista, que en aquella época era secretario general de la Facultad de Filosofía y Educación (de la cual dependía Periodismo). Le hacíamos bromas por este vínculo, diciéndole que estaba bien apitutado, aunque en rigor nunca lo vi aprovecharse de esta situación. Era relativamente quitado de bulla; no participaba en asambleas ni tenía una militancia activa en Periodismo, aun cuando sabíamos de su postura de izquierda, que fue ratificada más tarde como militante del Partido Comunista y su trabajo en Radio Magallanes al momento del golpe de Estado”*.

Su facha, su carácter y su disposición al diálogo marcaron desde joven la impronta de Hernán, tanto dentro como fuera de las aulas, recuerda Gustavo: *“Sus participaciones en clases eran siempre acertadas y en el trato más personal era un gran conversador, con un fino sentido del humor. Vestía siempre de terno, tal vez por la influencia de la Escuela de Derecho, cuyos alumnos en ese entonces jamás se sacaban la corbata. Fuimos grandes amigos, de largas conversaciones en el casino de Periodismo o en algún bar de reuniones bohemias”*.

Barahona egresó en 1969 de la Escuela de Periodismo más antigua del país, fundada en 1953, cuyo sello marcó su desarrollo profesional en los tiempos convulsos de la “Patria Joven” y de los cambios sociales que demandaba el país en medio del ascenso de la clase popular: *“la universidad jugó un rol muy importante en el conflicto social y político, en la época de la reforma universitaria. La universidad era abierta, accesible, autónoma, un foco cultural, y en especial en la Escuela se acentuaba esta libertad”*.

Ese espíritu imprimió en su paso por el comando presidencial de Salvador Allende y luego en Radio Magallanes donde ocupó el cargo de redactor político.

*“Trabajamos en radio durante la Unidad Popular. Él trabajaba en la Magallanes y yo en la Portales, que eran las radios de izquierda que más se escuchaban en ese momento”*, relata



Gran periodista radial

José Luis Córdova, quien detalla el cambio que provocó en sus vidas personales y profesionales el 11 de septiembre de 1973: *“En vísperas del golpe de Estado, julio del 73, Hernán viajó a Berlín al Festival Mundial de la Juventud. A su regreso lo sobrevino el golpe. Por los contactos que había hecho en Alemania, él salió del país y no tuvo que sufrir los rigores de los inicios de la dictadura militar. Después de que yo estuve detenido en el estadio Nacional, salí a Argentina, mientras Hernán ya se había instalado en Praga, Checoslovaquia, donde estuvo a cargo de un programa de radio Praga Internacional, en español, que se llamaba Chile, acusa y advierte. Él hizo algunos contactos para saber de mí cuando yo estaba en Buenos Aires, en vísperas del golpe de Estado de 1976. Conseguí salir y trasladarme a Praga donde empezamos a trabajar juntos. Yo colaborando en la radio y trabajando para la agencia de noticias CTK. Compartimos muchísimo diariamente, hasta que, en 1985, Hernán fue autorizado para volver a Chile, no así yo que no pude volver hasta que concluyó el exilio”*.



Tiempos de periodismo militante, solidario, de denuncia, de expresión de los exiliados, desarraigados y trasplantados en la Europa del Este.

*“Vivió gran parte de su exilio en Checoslovaquia. Una vez, de paso por esa linda ciudad, lo visité e hicimos un largo tour nocturno por bares, en compañía de un periodista portugués cuyo nombre no recuerdo. De vuelta en Chile, al fin de la dictadura, nos seguimos viendo con frecuencia, tanto en reuniones de periodistas, como en su oficina en Radio Nuevo Mundo, o en la sede de la Agencia Inter Press Service, donde trabajaba yo,”* recuerda Gustavo González.

Así en el 89-90, incluso con Pinochet como dictador y luego como



El profesor Barahona

comandante en jefe del Ejército, Hernán volvió a encontrarse con su amigo José Luis en radio Nuevo Mundo. Aquí pasó la última parte de su vida, entre el periodismo de la izquierda *extra parlamentaria* y de la clase trabajadora, sus clases en la Universidad de Chile y su rol en el Comité Central del partido.

## Radio Nuevo Mundo

*“Su paso por radio Nuevo Mundo fue histórico, en los momentos más difíciles de la radio, cuando no había financiamiento. Sin embargo, imprimió mística al medio como también a todas las personas que trabajaban con él. Hacían incluso ollas comunes para comer, pues trabajaban todo el día en la radio”* destaca José Luis.

Para Papiro *“había una vocación que estaba siendo entregada en cada momento ya que tenía una entrega total por el trabajo que hacía. Nos podíamos acostar a las 4 de la mañana pero a la 6 estaba al pie del cañón; era el primero en estar. La calidad de su trabajo nos permitió*

*tomar en cuenta el trabajo sindical. Ahí estábamos con la CUT, la ANEF, con los trabajadores en general. Esto nos inculcó Hernán”*

Sus clases, sus alumnos, su radio abierta a los estudiantes, fueron su espacio natural para sugerir el debate y la práctica por la radio, hasta que a mediados de la década del 2000 comenzó a empeorar su salud.

*“Cuando yo era director de la Escuela de Periodismo y se necesitó llenar una plaza de profesor de Periodismo Radiofónico no dudé en contactarlo para ofrecerle el puesto. Fue una decisión muy acertada, como quedó demostrado en sucesivas evaluaciones estudiantiles. Fumador empedernido, un cáncer le pasó la cuenta y tuvo que abandonar la actividad laboral. Varias veces lo llamé por teléfono, pero creo que me faltó valor para visitarlo. Lo acompañé en su funeral, con su ataúd cubierto por dos banderas: la del Partido Comunista y la del Audax Italiano,”* cuenta Gustavo.

Canal 9, Sábados Gigantes, el comando de prensa de Salvador Allende, radio Magallanes, radio Praga Internacional, revista Ahora, agencia Prensa Latina y radio Nuevo Mundo tienen su huella hasta que el 15 de junio de 2008, después de 2 años de padecer cáncer, fallece Hernán Barahona.

71 años, que se llevan gran parte de su legado, de historias de partido y resistencia; de clases universitarias y de mucha radio; y con el peso a costas de ser uno de los que rescató y difundió el último discurso del Presidente Allende por Radio Magallanes.

El ayer y el hoy del “nuevo periodismo” de cambio de siglo, Hernán lo comprendió a cabalidad: *“Creo que la misión principal de un periodista sigue siendo informar y eso no es cuestión de poner varios datos o contar las cosas como uno cree, es toda una técnica. Creo que en Chile hoy tenemos un periodismo chato, uniforme, contemplativo, autorreferente. Espero que eso sea secuela de la dictadura. Los periodistas jóvenes son profesionales ocho horas al día. Antes uno era reportero las 24 horas. Ha desaparecido un poco la mística, el amor por el periodismo en sí. Hoy día se ama más lo que deja el ejercicio profesional, o se cree que da, desde la fama hasta el dinero. Este es un problema a resolver”*



# José Miguel Zambrano

## ETERNO IDILIO CON CARTAGENA

Por sus compañeros/as de la Generación Mario Planet

86

*“¡Ahhhh, Cartagena...Huidobro, Zambrano, Délano!”*

El comentario brota espontáneo de la boca de un cartagenino al pedírsele asociar apellidos de famosos al popular balneario del litoral central. Es un acto reflejo que hunde sus raíces en la identidad que los tres personajes –un poeta, un periodista y un escritor– lograron fundir con su amada Cartagena.

José Miguel Zambrano, miembro de la generación Mario Planet de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, inició su idilio con la ciudad costera en su niñez cuando, estimulado por su padre, descendía por un acantilado que estaba a los pies de su casa para ir a mariscar en las frías aguas del Pacífico. En ese descenso quedaba deslumbrado al observar la inmensidad del Océano y el choque de las blancas y espumosas olas sobre las rocas.

Era un admirador incondicional del poeta Vicente Huidobro, y por eso cuando sus amigos lo visitaban en su casa de Cartagena, el paseo obligado era visitar su tumba en el cementerio de la ciudad. Una vez en el lugar, lo primero que hacía era leer en voz alta el epi-

tafio que los hijos del poeta colocaron sobre la lápida: *“Aquí yace el poeta Vicente Huidobro / Abrid la tumba / Al fondo de esta tumba se ve el mar”*.

Para hablar de la vida y personalidad de José Miguel Zambrano hemos escogido varios testimonios de quienes compartieron estudios y trabajo con el periodista cartagenino.

### “Nuestro hombre en Europa”

Por Juan Araya Díaz

En la segunda mitad de la década de los 70, compartía en Buenos Aires mis labores de periodista de las agencias Latin Reuters y Noticias Argentinas, con las de colaborador en el semanario Somos, de la prestigiosa Editorial Atlántida.

Una noche de domingo, en uno de los pisos del edificio de calle Azopardo, escuché a uno de los editores de la revista El Gráfico impartir frenéticas instrucciones a sus subalternos:

*“Llamá al chileno... Estoy seguro que lo consigue...”*

La adrenalina estaba en su punto más alto porque era la hora de cierre (dead line) del entonces popular semanario, una verdadera biblia del deporte para los latinoamericanos hasta la década de los 90.

Carlos “Lole” Reuteman venía de ganar, de manera brillante, el Gran Premio de Fórmula Uno en el circuito de Brands Hatch, en el distrito de Kent, y la instrucción del editor de El Gráfico, Osvaldo Orcasitas, era perentoria para que ubicaran en Londres a José Miguel Zambrano, el corresponsal chileno de las revistas de editorial Atlántida, donde se publicaba El Gráfico.



Histórica foto en Cartagena de parte del curso de la Generación Mario Planet. Año 1966. José Miguel Zambrano, anfitrión del encuentro, aparece en primera fila con el torso desnudo.

Orcasitas conocía bien a Zambrano porque semanalmente requería de sus servicios para seguir a los deportistas argentinos que triunfaban en el viejo continente. José Miguel era pieza clave de las principales revistas de la editorial, como El Gráfico, Gente y Somos, pero también de otras publicaciones del continente y de España.

Su multifacético profesionalismo le permitía manejarse desde los ámbitos de la realeza hasta los de la política, el deporte y el espectáculo.

Me reencontré con José Miguel en Londres en el verano de 1982, cuando ya había terminado la Guerra de las Malvinas, y de boca de él supe lo fundamental que había sido como corresponsal para las publicaciones argentinas, una de las cuales lo envió a las lejanas islas en el Atlántico Sur en las cruciales semanas previas al inicio del conflicto, el 1 de mayo de 1982.

¡Y qué mejor relajo de esos calientes meses que invitarme a jugar una pichanga en uno de los amplios parques cercanos a su residencia en Londres, para compartir con residentes de varias nacionalidades latinoamericanas”

## **De mariscador a corresponsal en Europa** **Por Luz María de la Vega**

La vida de José Miguel en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile estuvo unida a un velo de misterio y a su halo de conquistador. Tenía un imán especial con las mujeres. Quizás porque siempre estaba contando alguna anécdota, quizás por sus profundos ojos azules y su espontánea sonrisa alba.

Venía de Cartagena y se decía que su padre era pescador y él buzo. Su atlético porte hacía pensar que esto era una realidad; sin embargo, años más tarde supimos que su padre era funcionario municipal y José Miguel se dedicaba a mariscar sólo por afición.

Era tan amigo de sus amigos, como mi propio novio de entonces, Patricio Muñoz Madariaga, otro de nuestros compañeros. Por ello no fue extraño que se frecuentaran constantemente y que terminara alojando en su casa, como Jorge Uribe, Enrique Canelo y Federico Gana, éste de un curso superior.

Los unía además la pasión por la política. Eran del mismo bando, y no era extraño que se quedaran en el legendario restaurant Il Bosco hasta la madrugada, discutiendo el tema del momento. En más de alguna ocasión llegaron a dar pruebas directamente desde ese establecimiento a las aulas de Los Aromos con Máximo Jeria.

Un día supe que se había ido al exilio, lo mismo que le aconsejaron todos a Patricio que hiciera, y que él con testarudez se negó a hacer, *“porque nadie lo iba a echar de su país”*, decía Patricio sin dimensionar el peligro de sus palabras.

Londres fue una buena plaza para José Miguel. Pese a las dificultades del idioma y la tristeza del exilio, logró poder subsistir con su mujer y sus hijos. Fue tanta su incorporación al medio que terminó sien-





Con los futbolistas argentinos Julio César Villa y Osvaldo Ardiles y el periodista Oscar Vega Onesime.

do corresponsal de El Mercurio en Inglaterra. Yo tenía noticias de él constantemente y hablábamos por teléfono con alegría porque mi hermana Ximena de la Vega era la secretaria de los Editores de Crónica de El Mercurio. Ximena le tenía mucho aprecio ya que lo había conocido en las fiestas de la escuela, cuando ella salía con Francisco Palma y después Max Laulié, y luego ella lo vio constantemente en nuestra casa, cuando nos casamos con Patricio.

Por eso no era extraño que cuando venía a Chile, pasara a visitarme a mi oficina y me contara detalles de su vida.

De regreso al país, se instaló en Viña con su mujer, a quien me presentó pues era decoradora y quería que yo le hiciera una entrevista

en la revista VD donde yo trabajaba. Al poco tiempo supe que se habían separado, y que combinaba sus quehaceres como la cara visible del congreso ante la prensa.

Un día, mientras almorzaba con Patricia Rodríguez, la agrónoma a cargo de los jardines del Congreso, en un pequeño negocio junto al edificio del parlamento, reconocí una de sus risotadas que venía desde uno de los apartados del lugar. No me equivocaba. Era él. Terminó compartiendo con Homero Monsalves, el fotógrafo que me acompañaba, mientras yo seguía entrevistando a Patricia.

Tiempo después nos invitó a un grupo de compañeros a conocer su refugio en Cartagena. Una casa con maravillosa vista a toda la bahía y



un recorrido por todo el entorno que se quisiera cualquiera tener diariamente. Sus últimos días los pasó allí, y hasta ahí fuimos varios de los más allegados, luego de la misa que se realizó el día de su funeral.

No me cabe la menor duda que el espíritu de José Miguel ronda por todos esos lugares que tanto amaba y defendía con pasión, porque *“es un patrimonio que no podemos perder”*, como decía con ahínco.

También está en nuestros corazones, porque no recordamos al hombre cansado y sin fuerza que vimos en las últimas reuniones de la Generación Mario Planet, sino al de la sonrisa soñadora y pelo rizado rubio, que buscaba conquistar la capital.

## “Jamás olvidó mi bikini naranja”

Por Oriana Zorrilla

Conocí a José Miguel Zambrano y a su hermana el año en que dimos Bachillerato en el Liceo Manuel de Salas.

Yolanda era una hermosa niña de larga y gruesa trenza rubia que dio la famosa prueba para ingresar a la Universidad ese mismo año; no sé cuál de los dos estaba un poco atrasado...también cerca de nosotros se sentó Ricardo Yocelovsky, quien luego ingresó a estudiar sociología. Él era un estupendo músico que formó parte del grupo Los Curacas con Alberto Zapicán, Carlos y Mario Necochea y Pedro Aceituno... grupo muy interesante en los años 70, que dirigió Ángel Parra y que forma parte de otra interesante historia. José Miguel y Ricardo continuarían su amistad, más tarde en la misma trinchera política, pues ambos fueron militantes del MIR.

José Miguel y yo nos hicimos amigos y durante esos días –cuatro o cinco– en los cuales debíamos dar las pruebas de comprensión y redacción, castellano, filosofía, historia, idioma y otras que no recuerdo; compartimos felices esa etapa que concluía con nuestra adolescencia. Estábamos a un paso de la Universidad, y en marzo nos encontraríamos estudiando Periodismo.

Previamente, ese verano nos volvimos a ver en Cartagena, la hermosa y popular playa del litoral de los poetas. José Miguel era hijo



16 de abril de 2011. Caleta de Cartagena. Angélica Sáez y sus tres hijos con las cenizas de José Miguel.

de un pescador (después supimos que en realidad era funcionario municipal) y oficiaba de “salvavidas” en la Playa Chica durante el verano. Su figura bronceada, sus preciosos ojos verdes y sus cabellos rizos y dorados hacían suspirar a las jóvenes cartageninas y a las veraneantes. Me acuerdo que hacía unos valientes y audaces saltos desde el Atún Club hasta la orilla de la Playa para impactar más aún a sus admiradoras. En aquel tiempo me parecían saltos desde una altura increíble y los asociaba con los famosos clavadistas de Acapulco.

Muchas veces me invitó a pasear por los roqueríos o por esas románticas escaleras de Cartagena, y siempre detrás aparecía mi padre quien confiaba poco en el pretendiente. Fue un verano estupendo y lleno de emociones porque José Miguel disputaba mi atención con Diego Rodríguez Dip, hijo de una diputada demócrata cristiana y de un comerciante de la zona.

La universidad, la política –mi vínculo con las Juventudes Comunistas– me impedían tener amores con un “ultra”, y luego el golpe de Estado nos separó por muchos años. Una vez normalizada la vida del país nos reencontramos en el Colegio de Periodistas. Me acuerdo, como si fuera ayer, cuando me dijo que jamás olvidó mi bikini naranja...

## Lentejas en el exilio

Por Ana María Ortiz

El cariñoso José Miguel tenía siempre alrededor a hombres, mujeres, amigos, amigas con los que compartía su casa, música, vino, alegría.

José Miguel cocinero. En un minuto preparaba pebres, picadillos, cosas ricas y su famoso postre de peras calientes con helado arriba. Aunque fuéramos 30 o más en la mesa. Tenía en su casa un quincho, con bar y terraza frente a ese mar que grandioso te baña. Ahí, en las balustradas le ponía pedacitos de carne a unas enormes gaviotas. Eran sus mascotas y les tenía nombre.

José Miguel, cartaginense o cartagenino hasta la médula. Allá frente al mar de Cartagena levantó su casa vecina a la de Poli Délano, su gran amigo, en el barrio de la Caleta. Y frente a esa casa, en el mar también dejamos sus cenizas. Donde él mismo se metía siempre a bucear. Era como un Neptuno.

Por Cartagena organizó uno y otro festival, de arte, de pintura, de música. En las plazas, en las calles, conciertos en la iglesia, óperas; tenía dos pianos en su casa, unas antigüedades para que tocaran sus amigos barítonos y sopranos, hizo jornadas de pintura con arena, en la playa Chica o en la playa Grande. Logró que se limpiara la



Con el rey Juan Carlos de España.

Laguna de Cartagena, que ahora es una reserva, un humedal, con cisnes y todo tipo de aves. Está al final de la Playa Grande casi en el límite con San Sebastián. Logró que se reconstruyera la antigua estación de Cartagena, que hace muchos años se había quemado. Se la jugó por su balneario, donde se quedó hasta el final.

José Miguel después del 11 de septiembre de 1973 se fue a Londres, donde vivía con Angélica y los tres niños en una casa en las afueras de la capital inglesa. Allá llegamos a verlos con Ivonne Collinet, a quedarnos con ellos unos días. Al reencuentro. Yo con dos guaguas: Camilo y Lautaro, la Ivonne con una, la Paula, y ellos tenían tres. Vivimos al más puro estilo refugiados. Todos durmiendo en el suelo o como fuera. En más de alguna ocasión, cocinamos lentejas. En Londres eran para nosotros un manjar.

José Miguel, amó, amó y amó. Le gustaba tanto organizar encuentros. Y siempre te abrazaba fuerte y algo te regalaba. Yo tengo un gorro bolchevique que me dio. Él era coleccionista de gorros. Tengo una lámpara con opalina y bronce, antigüedades que cachureaba. Su casa estaba llena de antigüedades. También nos dio un remo y uno de los cuadros hechos con arena. ¿Se acuerdan cuando llegaba a la Escuela con una bolsa de mariscos de regalo?

No sé si será feo decirlo pero para su funeral fueron a despedirlo tres de sus esposas. ¡Qué símbolo de lo cariñoso que era!

## En el corazón del jet set europeo

*“Cartagena llora la muerte de su periodista de talla mundial”*, tituló el diario El Litoral de San Antonio cuando falleció José Miguel.

La frase no era exagerada porque reflejaba fielmente la que había sido la trayectoria profesional de Zambrano en su estadía en Londres, donde partió con su familia después del golpe.

Entrevistó a reyes europeos como quien entrevista a los alcaldes del litoral chileno. Trabajó en la BBC de Londres, en la agencia Reuters, en Play Boy y en medios argentinos, chilenos y del viejo mundo. Fue amigo de Peter Gabriel, Yoko Ono, Sting y entrevistó a



directores y actores de Hollywood. Cubrió la Guerra de Las Malvinas y se refugió en su amada Cartagena.

Fue periodista, intelectual, aficionado a la pintura, aventurero, sa-gaz y amante de Cartagena, pero por sobre todo un hombre sencillo y de buen corazón.

Muchos no sabían que este hombre de boina española que caminaba tranquilo y seguro por las calles cartageninas era un cofre henchido de experiencias, historias y grandes triunfos, terminó el diario El Litoral en su semblanza.

## El recuerdo de su viuda

Angélica Sáez, la primera esposa de José Miguel y madre de sus únicos hijos, compartió con él sus años en Londres, donde desempeñó su labor profesional más prolífica, porque mostró su versatilidad para abordar una amplia variedad de temas, desde el deporte hasta la alta política y el espectáculo.

Angélica, residente actualmente en Viña del Mar, narró un fragmento de esa experiencia:

De las entrevistas que más recuerdo fue la que le hizo a Yoko Ono, la viuda de John Lennon. Fue una conversación muy larga y relajada y, casi al final, Yoko le prometió a José Miguel que vendría a Chile y, por supuesto, a Cartagena. Lo mismo con Glenda Jackson, vecina del barrio de Greenwich, y a Ed Easner, en un reportaje para Playboy.

Con Julie Christie, la inolvidable actriz de Doctor Zhivago, la entrevista fue tan amena y entretenida que hablaron de lo humano y lo divino. Ella le comentó que era vegetariana y, por supuesto, José Miguel la invitó a casa a comer nuestra comida muy chilena, el pastel de choclos (sin la carne) y un paté de huevos de pescados, que a Julie le encantó tanto que llamó varias veces para pedir la receta.

La entrevista que lo dejó nervioso fue al Doctor Wilson, creador de la Oveja Dolly. La conversación se realizó por teléfono y, en-

tre tantas preguntas, lo comparó con los experimentos del médico nazi Joseph Mengele. El doctor Wilson casi le corta la comunicación, muy molesto le dijo que él era judío y que no aceptaba esta comparación.

Fueron muchos los reportajes. Basta recordar que José Miguel era corresponsal de todas las revistas de la Editorial Atlántida de Buenos Aires, Gente, Para Ti, Somos, El Gráfico. Colaboró también con Manchete de Brasil y Cosas de Chile.

Uno de los acontecimientos que más recuerdo fue la cobertura que hizo para el canal 13 de México de la boda de Diana con el Príncipe Carlos. Nos fuimos toda la familia a Gales a la presentación de Diana como Princesa de Gales. Fueron tres días muy entretenidos y José Miguel mandaba sus despachos a México desde teléfonos públicos en cada pueblito de la campiña británica.

Para El Gráfico las notas eran desde el tenis en Wimbledon hasta los grandes premios de Fórmula Uno, pasando por el seguimiento de los astros del fútbol argentino, como Osvaldo Ardiles y Julio César Villa, de los que José Miguel se hizo grandes amigos.

Una de las anécdotas más bonitas fue el vínculo profesional que estableció con el desaparecido piloto brasileño, Ayrton Senna.

Senna llegó muy joven a Europa y le pidió a José Miguel que le sacara fotos a su flamante auto de fórmula uno, con el que pretendía obtener los primeros triunfos que lo catapultaran a la fama en la categoría estrella del automovilismo.

El corresponsal chileno accedió de inmediato fotografiar al auto “branco” de Senna. Cuando éste pretendió pagarle sus servicios, José Miguel le respondió: *“no me debes nada, pero cuando seas famoso quiero que la primera entrevista exclusiva me la concedas a mí”*.

El que sería uno de los máximos ídolos del deporte brasileño cumplió su palabra y Zambrano se luciría con una las primeras grandes entrevistas al piloto de Fórmula Uno.



## *Enrique Canelo Córdova* TENÍA NOMBRE DE ÁRBOL FUERTE

Por Federico Gana Johnson



Enrique Canelo, con su perfecto bigote de trapecio.

92

Su bigote era, geoméricamente, una perfecta figura de trapecio. La intensidad de la navaja hacía que la figura variara según el pulso de cuando manejase el adminículo. O del eventual corte que (quizás, nunca se supo), le confiara a un peluquero de barrio. Quisiera, al comenzar a escribir estas líneas, conocer a ese peluquero pues hay diálogos que se convierten en tesoros. Y a Canelo le gustaba conversar. La verdad, hablar, reír, discurrir. Escuchaba poco, debido a la porfía que lo caracterizaba, esa característica del ser humano (lo que se llama humano), que en él era ineludible, pero aceptada por todos.

Meritoria, además.

A Canelo le habrían dado la Medalla al Mérito, si ella fuese permitida para aquella parte de la existencia que no se mide en éxitos comerciales, en buenos pasares económicos ni en “felicidades de la vida”, vaya uno a saber lo que eso significa. En cambio, se la hubieran otorgado por todos los motivos que tienen que ver con la amistad, el ejemplarizado ejercicio de la profesión de periodista, el compañerismo laboral, la acuciosidad del detalle informativo que

en Economía vale como el oro, su entrega de hecho y de corazón a las mil y una horas de cierre que conoció en los días y las noches, sobre todo las noches, de su vida. Y por el buen humor, claro está.

Es que, en aquello de cumplir, Enrique Canelo fue, de verdad, ineludible. Cumplió con todo, y también con él mismo. Yo aquí confieso un ejemplo que me fascina, de su libertad de decisión. Es una breve e inofensiva historia en la que Enrique demostró no sólo su personalidad, sino también que a él no le venían con huevadas. Así, tal cual, aunque alguien se enoje.

Estábamos en el día final de la APEC 2004, la jornada de cierre en que nacen (y luego se olvidan) los acuerdos trascendentales entre los presidentes y principales representantes del mundo. Corrían trescientos, cuatrocientos, quinientos periodistas buscando las noticias fundamentales para Oriente y Occidente. Yo estaba a cargo de la Sala de Prensa bajo aquella inmensa, aplastadora carpa en la Ciudad Empresarial de Santiago y desde dónde, oficialmente, se dictaban los caminos a recorrer por las potencias y sus dignatarios. Todos los sistemas, todos los computadores, todos los teléfonos,

todos los faxes despachaban. Yo nunca había visto efervescencia igual y era, de alguna manera ahí, el jefe del buque informativo. Entonces, se me acercó Canelo, con esa cara sonriente y moviendo los bigotes escalenos o isósceles y me entregó su crónica para ser distribuida entre los periodistas del mundo:

Título: AQUÍ NO HA PASADO NADA

Texto: No hay (porque no ha pasado nada).

Por Enrique Canelo Córdova, Enviado Especial a APEC 2004

Miré alrededor. No sé si sonreí o me enojé. O ambas reacciones, que sería lo obvio. Y, por supuesto, no me atreví a introducirlas en los teletipos que abrazaban a todos los continentes ni mucho menos a que ello fuera la crónica oficial del Departamento de Comunicaciones de la APEC 2004.

Pero Canelo tenía razón. Hoy, a once años de aquella APEC, las cuestiones no han cambiado mucho. Mejor dicho, nada. Tal cual. Y lo había manifestado aquella libertad absolutamente irresponsable de Enrique Canelo. Eso sí, en el momento impreciso. No muchas personas lo saben y que me perdone ahora Rose Marie Graepp, nuestra jefa máxima en Comunicaciones de aquella APEC: no hubo crónica, Rosa. Y no te enojés.

Brindemos, mejor.

Es que Canelo era como los periodistas de antes. Como lo fuimos varios y cómo nos gustaría que las generaciones futuras (las presentes, digamos) fueran también así. Nunca supe si Canelo tuvo celular y, si lo hubiera tenido, no lo cambiaría cada tres meses ni andaría tras el aparato último modelo. Es que a Canelo las cosas nunca le fueron fáciles y por eso valoraba cada instante. Como la amistad, bello ejemplo. Conservaba los datos de sus amigos para siempre. Era, a propósito, amigo del zapatero remendón de su barrio (y vivió en tantos barrios, remendó tanto sus zapatos andarines). Por otra parte, Canelo (le gustaba que lo llamaran Canelo, no Enrique ni “guatón”) fue un tenaz defensor de la identidad de país, de la personalidad llana y abierta de su gente y que parece que se va perdiendo, de la memoria colectiva que se va tirando. Le gustaba el recuerdo imperecedero del pasado común y corriente,

la anécdota efímera y total. Era amigo fiel de la moral que a veces se desecha si de ganar dinero se trata. Canelo, en cuatro palabras, era de los buenos. Y, como tal, la biografía de este colega nuestro que también pudo ser músico percusionista, humorista de irónica chispa espontánea en el momento exacto pero que, sobre todo fue un dedicado trabajador de la palabra periodística amén de gozador de las noches capitalinas, no es una biografía fácil. En todo caso, comencemos con la verdad oficial, un poco de formalidad biográfica, aunque Canelo diría “para qué”. Así supimos de su despedida:

*(Radio Universidad de Chile, 1 de agosto de 2014). Tras una larga enfermedad, falleció en Santiago el destacado periodista, Enrique Canelo Córdova (68), quien durante su carrera profesional realizó un valioso aporte al desarrollo de la actividad informativa, trabajando en importantes medios nacionales e internacionales. Nacido en Santiago, estudió Periodismo en la Universidad de Chile, donde se graduó hacia fines de la década de los 60, iniciando su carrera laboral en el Canal 9 de TV y Radio Portales, para luego desempeñarse en la agencia de noticias United Press International (UPI) y en medios de circulación nacional como La Nación, Las Últimas Noticias (LUN) y el Diario Financiero, donde participó como uno de sus periodistas fundadores. También fue colaborador columnista del diario electrónico de Radio Universidad de Chile. Ya jubilado oficialmente, continuó su actividad profesional trabajando en Comunicaciones del Servicio Nacional de la Mujer (Sernam). Sus funerales se realizaron en el Cementerio General, hasta donde concurrió más de un centenar de amigos, colegas y familiares, que le brindaron un sentido y cariñoso último adiós.*

Último adiós que no es verdad porque por ahí anda Canelo, tan presente como siempre.

### “Cuando jugábamos a la trascendencia”

Gracias a la memoria, la acuciosidad reporteril entregada y el sentimiento de amistad del periodista Gustavo González, vaya este tronco central con multifacéticos datos de los inicios de Canelo y, párrafo a párrafo, de casi toda su vida.

Canelo era un joven travieso común y corriente que egresó del Liceo 7 de Hombres de Ñuñoa José Toribio Medina. Luego, ingresó

en 1966 a la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile. Venían con él algunos compañeros de liceo. No eran del mismo curso José Blanco, Patricio Caldichoury, Carlos Araya ni el propio Gustavo, pero conocían ya de la fama que lo acompañaba, por aquella mezcla maravillosa de la música de percusión y el sentido del humor a toda prueba. Como “mechón”, fue integrante inmediato del equipo de productores del diario mural en apoyo a la candidata a reina de la Escuela de Loreto Herman y que llamaron Guirigay. El mentor del diario era Benigno Ramos. Todo calzaba pues “*guirigay*”, según la RAE, significa “lenguaje oscuro y de dificultosa inteligencia”. O, también, “gritería o confusión que resulta cuando varios hablan a la vez o cantan desordenadamente”. Era justamente lo que sucedía. Benigno pauteaba, tecleaba los textos con una velocidad admirable, era el padre-editor. Cuando Canelo cubrió la derrota del plantel “mechón” de baby-fútbol femenino a manos del segundo año, escribió: *Nuestro equipo inteligentemente se dejó ganar...*

Rescatamos de la memoria de Gustavo:

“A las pocas semanas, nuestro periódico pasó a ser propiamente un diario mural, exhibido en un panel que nos agenció don Alfredo García, el querido «Viejo Alfredo», aunque el nombre cambió a *Guirigay*, por un descuido del que pintó el logotipo. A todo esto, Canelo ya había sido reclutado por El Loro Hoción, popular periódico mural que editaban Toño Márquez, Samuel Urzúa y Félix Castro. Apenas iniciados en el periodismo universitario, fuimos testigos y víctimas de una «operación grúa» que se llevó a nuestro genial redactor...”

En aquellos años primerizos de la Escuela ya era popular el “gua-tón” Canelo, con una estampa gruesa y acogedora, coronada por una cabellera rizada y su perfecto bigote negro, complementos físicos de un carácter que desbordaba simpatía. (¿Desde cuándo tuvo esos bigotes geométricos Canelo?). Vivía en un permanente ritmo de sonrisas y acotaciones humorísticas, a menudo irónicas



Siempre alegre, histriónico, inagotable.

pero nunca agresivas ni malintencionadas. Y también lo rodeaba un permanente ritmo musical, su peculiar chasqueo de dedos en onda de cumbia o cueca. Luego supimos de qué sangre venía aquello. Es que el padre de Canelo, don Jorge, fue primer timbal de la Orquesta Sinfónica de Chile, había integrado bandas militares y, una vez ingresado al mundo de la música “cult”, el afamado maestro Erich Klaiber quiso llevárselo a Alemania. Canelo entonces, pudo perfectamente ser también músico, pero cuando don Jorge quiso enseñarle de las corcheas, de los silencios, de los rulos y de las cuartinas, abandonó sin ton ni son el arte musical para dedicarse al periodismo. Sin embargo, como llevaba aquella rítmica sangre en las venas, perfeccionó los dotes de percusionista con golpes de excelencia.

### “Quemaba los cueros”

“Vibraba con la salsa y la música tropical de los orígenes. Sabía en el bongó los toques del son, de la rumba, del danzón, y si escuchaba una plena puertorriqueña, también quemaba los cueros. En 1985, una vez formado el Club de Salsa Chile, nunca faltaba a las rumbas y, si me lo permiten, fue un personaje indispensable. Bailador, de un humor chispeante. Con sus bigotes de escobillón, que servían para disimular el mal estado de su dentadura, atraía a las muchachas que estaban por ingresar al mundo de la salsa y que requerían de maestros como él”, asegura su amigo y colega Víctor Manuel Mandujano.

Gustavo regresa a la Escuela:

“...No fue un alumno brillante. Era una época en que pensábamos que no valía la pena serlo. Era más importante en esa histórica transición de los años 60 a los 70 bañarse de futuro y de utopía. Así, jugábamos a la trascendencia sin perder la oportunidad del goce diario, la travesía bohemia por Il Bosco y el Black and White. Compartíamos entre tragos los más sesudos análisis de la situación nacional e internacional. Comentábamos los últimos libros de García Márquez y Julio Cortázar. Amábamos nuestra Escuela (1). Nos



reíamos irreverentemente de los políticos chilenos. En esos ejercicios Canelo era uno de los tantos que evidenciaba su identidad con la izquierda socialista, con inclinaciones hacia el MIR. Y creo que en el terreno sentimental y afectivo no fue un conquistador ni un mujeriego audaz. En los prados de la Facultad de Filosofía y Educación profundizó el pololeo que venía desde la secundaria con Alicia Páez, estudiante de Pedagogía en Francés, gran amiga a la vez de Patricia Grogg, alumna de Literatura que iniciaría en esos años un romance de largo aliento con Eduardo Marín Gavi-ria, el circunspecto y talentoso ciudadano colombiano que tuvimos como compañero de curso en Periodismo. Enrique y Alicia se casaron el 3 de septiembre de 1971 y permanecieron juntos unos diez años. Tuvieron dos hijos: Pablo y Patricia. Patricia les dio dos nietas, Amapola, hoy de 17 años, y Magdalena, de 10”. (2)

Más de los años 70. Las reminiscencias del entusiasta inicio del gobierno de la Unidad Popular los plasma textualmente Gustavo González en el ambiente acostumbrado de repetidos e insistentes asados parrilleros:

“...Departíamos con tres jóvenes parejas: Enrique y Alicia, Eduardo Marín y Patricia Grogg y Jorge Silva (recién indultado por el presidente Salvador Allende) y Cecilia Izquierdo. Los «solterones» de esos encuentros éramos Rolando Gabrielli, el «poeta maldito» vecindado desde hace muchos años en Panamá, y yo. El tiempo, el trabajo y sobre todo el golpe del 11 de septiembre de 1973 se encargarían de separarnos, en algunos casos temporalmente y en otros tal vez para siempre. Y fue recién a comienzos de 1986, en los preparativos del retorno a Chile, que me reencontré con Enrique y otros entrañables amigos, ex compañeros y ex alumnos de la Escuela de Periodismo. Con su proverbial buen humor, influido pero no sometido por la dictadura, Canelo me resumió sus años de sobrevivencia bajo el pinochetismo con la siguiente frase: *Saqué un Magíster en pellejerías...*”

Y es que con su personalidad desbordante e histriónica, Enrique Canelo fue un periodista de ley, más cerca de los padres fundadores de la vieja guardia que del periodismo adocenado y domesticado que se implantó en Chile en las últimas décadas. Por eso Canelo pasó por una gran “movilidad laboral”. Tras el Golpe del 73 salió

del Canal 9 de la Universidad de Chile. Entre obligadas cesantías temporales pasó, como se dijo más arriba, por la agencia UPI, la Radio Portales y Las Últimas Noticias (en al menos dos períodos). Restablecida la democracia trabajó en La Nación y fue miembro del equipo fundador de El Diario Financiero (3), para volver alguna vez a La Nación, siempre manifestándose como un reportero de tomo y lomo y eximio redactor, preciso en los detalles mínimos de la información, serio en la veracidad de lo comunicado. Pero también una persona con la cual nunca las risas estaban exentas del trabajo diario, aún en los momentos más tensos del despacho en los medios establecidos y en los innumerables “pitutos”, como lo de aquella APEC donde reportó seriamente que “no había pasado nada”. Como lo recuerda el colega Gonzalo Mizala, fue también la época en que creó imaginariamente al personaje “Chapulín de los Consumidores”. Claramente, Canelo era un tipo visionario a como diera lugar.

Fue hace poco tiempo, el año 2014, cuando sufrió un cáncer al colon, complicado por una posterior infección que le causaría la muerte (4). Y nos quedamos muy tristes. Murió arropado por el afecto de sus colegas y compañeros de la Generación Mario Planet de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, en especial María Teresa Maluenda que, literalmente, removié cielo y tierra para asegurarle buena atención médica. En su lecho de moribundo al interior del malamente iluminado sótano de un Consultorio público de calle Nataniel en el centro de la capital y desprovisto de



Encuentro musical en la cumbre. El percusionista Enrique Canelo y el salsero Víctor Manuel Mandujano.

su corpulencia y sus kilos, lució hasta el final su imponente bigote, ya blanco pero siempre geométrico. Algunas de las últimas frases suyas fueron para comentar, con la serenidad y el humor que nunca le abandonaron, las características de la bacteria que se lo estaba llevando, con tan desmedido apuro. Fue su forma de despedirse, ahí en aquel vetusto consultorio de Salud al cual uno nunca quisiera ingresar. “Es lo que hay –acota Mandujano– pero es la realidad de muchos de los que llenos de ilusiones, abrazamos esta bella, noble y mal pagada profesión”.

Las cenizas de Enrique Canelo, que recuerdan un interminable anecdotario y que de seguro contienen silentes los sonidos de percusión salsera de su propia mano y de cuecas como música de fondo, reposan en el restaurante La Casa de Cena, tal vez el último escenario de sus escapadas bohemias, que tan bien reflejó con su eterna, avizora mirada periodística.

### **Entre el Pit Bar y la Casa de Cena**

Extractamos algunos párrafos de aquella personalísima crónica que un día (una noche, quizás) le salió del alma a Canelo para mostrar la realidad que se vivía al interior de esas paredes que encerraban mesas de mantel blanco y un bar de espejos, suerte de santuario de los bohemios que resistieron a vaso firme los avatares en los peores años del régimen militar, amparados en el mismísimo toque de queda. Y que eran su casa, como que ahí están sus cenizas. Tanto así, que en cierta oportunidad Hernán René Cardemil Copelli hizo gala de su espíritu de servicio cuando el Pit Bar cercano cerró una semana por remodelación. René colgó en la reja, ahí en plena Alameda al llegar a Vicuña Mackenna, una nota que informaba: “A quien necesite comunicarse con el señor Enrique Canelo, tenga la bondad de dirigirse a Simpson 20, la Casa de Cena, donde atenderá transitoriamente, por reparaciones”.

Otro ejemplo de lo que ocurría en aquella morada, de finas líneas arquitectónicas: otra noche el propio René junto con Octavio “Negro” Cavada le explicaron a un joven subteniente de Carabineros al mando de una patrulla que ingresó una noche al PIT a pedir “los carneses”, que por favor no molestaran a un señor que yacía doblado sobre el mesón, bajo el argumento de que pretender sacar un curado de un bar era lo mismo que ingresar a una iglesia y detener

a alguien que estuviera rezando. La sentencia dio resultado.

Escribió Canelo, en *La Nación Domingo*:

“Este santuario de la bohemia es considerado una suerte de monumento nacional que preserva las vivencias y recuerdos de quienes militamos en la juventud del siglo pasado. En los duros años del toque de queda no sólo constituyó el refugio fraterno de quienes se resistían a adecuarse al nuevo orden en materia de horarios, también incubó un microclima que echó sólidas bases para amistades que superaron las pruebas de la desconfianza y mantuvieron vivo el respeto democrático entre quienes pensaban distinto. Ahí también lloramos todos juntos cuando se leyó una carta de Mario Gómez López (4), quien se aprontaba a retornar al país tras un largo exilio y con su vehemencia famosa indicaba que lo que más echaba de menos de Chile era entrar a un boliche, pedir un lomito con palta y chorrearse hasta el codo”.

Y terminó con esta anécdota:

“La fábula con que cerramos este breve recuento se remonta cuando el terreno que alberga al edificio de Telefónica era un sitio eriazado que ocupaba un circo en la temporada de primavera. Entonces, un joven reportero que estaba de novio, fue objeto por parte de sus compañeros de trabajo, de un almuerzo despedida de soltero en la Casa de Cena. Era una tarde de sábado. Pasadas las horas, un parroquiano que estaba en la barra, pide la cuenta, paga, se despide y se va. Al cabo de un rato la persona regresa incómodo. Recuerdo que estábamos el Negro Cavada, parece que Cardemil y alguna otra persona, y el compungido parroquiano nos mira y nos suplica: «No me vayan a tomar para el chuleteo, no estoy mal, pero no puedo salir porque en la puerta está echado un camello». Lo acompañamos a la puerta y, en efecto, había un camélido que, ejerciendo su atávica costumbre de rumiar, parecía sumido en profundas reflexiones... Sucedió que los festejantes del segundo piso, al pasar por el circo “arrendaron” un camello con su chofer, que cayó víctima de las muestras de cariño al contar sus anécdotas circenses y ello, unido a las profusas libaciones “se arrebató” y cayó dormido debajo de una mesa. Cuánto se tardó en revivir al domador, da para otra crónica”.



Y la última humorada de Canelo permanece aún en su muro de Facebook, escrita con fecha 2 de agosto de 2014, (todos preferimos suponer que desde el Más Allá), tras la misa oficiada en su homenaje: “Gracias a todos los que me acompañaron a mí y mi familia el día de hoy”.

Es que, como ya escribimos más arriba, se trató de un último adiós que no es verdad porque por ahí anda Canelo, tan presente como un árbol fuerte, siempre en el corazón de sus amigos, sus camaradas y tanta gente que supo de él.

### **Anotaciones al margen:**

(1) “Amábamos a nuestra Escuela...” Un tiempo antes de morir, Canelo escribió: Recuerdo a Mario Planet Rojas abriendo una botella de pisco sour, que él mismo preparaba, en su casona esquina de una calle de Ñuñoa, la misma que cuando se abría la puerta de entrada, tenías que dar un rodeo para no tropezar con los libros que no habían alcanzado lugar en algún anaquel. Don Mario alentaba a sus alumnos, a los que luego convertía en verdaderos compinches, para seguir la aventura del conocimiento y hacer de nuestro noble oficio de periodistas, una carrera. Bajo el alero de su amigo y secretario general de la Facultad de Filosofía y Educación, Astolfo Tapia, Planet lideraba a un grupo de académicos cuyo mayor mérito, a mi modesto juicio, era constituir una manga de provocadores que nos estimulaban a pensar, a investigar para dar sustento a los sueños de cada cual... Cuesta escribir una historia de nuestra escuela. Aquella situada en calle Los Aromos, edificación adecuada y adosada a la parte oriente del que fuera el glorioso Instituto Pedagógico. Con todo, dejando a un lado la nostalgia, siento que lo importante es tratar de trasladar esa épica de quienes pasamos por sus aulas y pasillos a nuestras generaciones de recambio... Hoy enfrentamos nuevos desafíos, y de eso nos darán cuenta quienes se han mantenido unidos a la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile que, desde mi particular punto de vista, está cumpliendo muchos menos años de los que yo tengo”.

(2) Fue el 8 de mayo de 2003 cuando Amapola, con apenas cinco años, llegó con su madre a un desbordado auditorium José Carrasco Tapia en la Escuela de Periodismo, a la ceremonia en que la Universidad de Chile condecoró al flamante ministro de Cultura

de Brasil, Gilberto Gil. El famoso cantante, que pronunció un bello discurso antes de cantar acompañado por una guitarra prestada por el público, recibió una flor de manos de Amapola y abrazó y besó con cariño a la nieta de Enrique Canelo.

(3) Acotación de Víctor Manuel Mandujano: Durante nuestra época en el Diario Financiero, uno de los pocos diarios modernos que se armaban en un bar (el City), Canelo escribía como un mecanógrafo, con los diez dedos. Ni miraba el teclado, y despachaba unas cuantas carillas en unos minutos, casi sin corregir. Era sorprendente, porque en nuestra Escuela de Periodismo de la Universidad Chile, nadie nos enseñó a escribir a máquina. Nos tiraban a los leones. Por eso, casi todos escribimos con dos dedos, perdiendo tiempo y generando deformaciones profesionales que se convierten con los años en malestares al cuello, a la espalda y a la columna vertebral.

(4) Enrique Canelo Córdova y Mario Gómez López murieron con menos de 24 horas de diferencia, Enrique el 1 de agosto de 2014 y Mario al día siguiente.



Con su amigo y colega Gonzalo Mizala. Fundadores del *Diario Financiero*.



# *Alejandro Villalobos Muñoz*

## VIVIR Y MORIR DE SUEÑOS

Por Carlos Araya Cortés



Alejandro Villalobos, creativo y soñador empedernido.

98

Seguro que no quería partir. Imposible, para la tarea de padre que cumplió con devoción hasta el último aliento. Sólo la muerte inesperada, unos pocos meses antes, de su esposa Irene Bravo, a la que conoció en sus andanzas juveniles por el barrio de las calles y pasajes de Coquimbo y Avenida Matta, aflojó su deseo de vivir. La había conocido cuando ella tenía apenas 14 años y él 17. Un breve pololeo y muy luego, en diciembre de 1962, se casaron. Pronto, en mayo del 63, nació el primero de sus hijos: Marcos. Después, como en un torrente, llegaron otros ocho. Si algo lo hizo feliz en su paso por esta tierra, no fue otra cosa que su numerosa familia. Por eso, cuando se quedó sin su gran pilar, no tuvo más fuerzas para seguir viviendo.

Así, definitivamente, a mediados de septiembre de 2014, a los 72 años, se fue Alejandro Villalobos Muñoz. Y lo hizo como el gran soñador que siempre fue, imaginando quizá qué paraíso grandioso. Creyendo en aguas de cristal, cielos azulados y transparentes, montañas y bosques tan verdes como agrestes. Seguramente escuchando trinos deavecillas traviesas y de vuelos infinitos.

Cuando hablaba del aire, lo veía deslizándose entre gigantes de acero y concreto, a veces inquieto y casi invisible, saltando por los techos, corriendo por las veredas, atravesando calles, invadiendo plazas y parques, silbando alegremente en su felicidad. Lo quería vital, puro y ligero, muy diáfano, claro y por sobre todo amigable.

Este mismo aire, que por allá a fines de la década de los ochenta y comienzos de los noventa agobiaba con su negrura de suciedad a los habitantes de Santiago, y que fue determinante para concretar el mayor sueño que todo periodista quisiera concretar en su vida: crear y ser dueño de su propio medio de comunicación. Una iniciativa que se inició con la Revista InduAmbiente, magazín especializado en información técnica ambiental, la cual creció vertiginosamente bajo el alero de la editorial Tiempo Nuevo, y que contó con el apoyo invaluable de quienes habían sido nuestras compañeras de curso, Norma Berroeta y Mónica Iradi. Todos juntos la echamos a andar a comienzos del año 93.

Así las cosas, no tuve ninguna duda que al momento de realizar la semblanza de Alejandro, tendría que asumir la tarea de hacerlo.

Razones sobran: compartimos por casi quince años este meritorio y exitoso emprendimiento profesional en el campo de las comunicaciones, el que se prolonga hasta el día de hoy. Y que en su historia de más de 22 años, también tiene en sus registros otros dos nombres de la generación del 66: Víctor Pérez y Carlos Rojas, éste último como corresponsal en Estados Unidos.

## Los Primeros Pasos

La vida nos cruzó en variadas y diferentes ocasiones. Como si el destino nos hubiera marcado. Teníamos muchas convergencias; tantas, que el segundo apellido de mi padre también era Villalobos, aunque por mera coincidencia. De eso nos reímos muchas veces. Nos afectaron, por cierto, fuertes divergencias. Pero lo esencial, el amor por el periodismo y las ganas de aprovechar las oportunidades que ofrece la profesión, nos mantuvieron unidos por largos años como socios y amigos.

Cuando Alejandro llegó a comienzos de 1966 a la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile para integrar aquel que sin duda fue el mayor curso de estudiantes de periodismo que pasó por el inolvidable edificio de calle Los Aromos, no tuvo ningún complejo para confesar a quienes quisieran escucharlo que estaba allí casi por casualidad. Nacido en julio de 1942, ya tenía 23 años y comentaba que era bueno para los números y que no tenía problemas para redactar y escribir de manera entretenida cualquier texto que le solicitaran. También, que le gustaba la lectura y que devoraba con avidez todos los libros y revistas que caían en sus manos.

Pero también tenía un sueño, uno más de los tantos que surgían a raudales de su generosa imaginación: ejercer la medicina. Quería ser médico. No le faltaron aptitudes académicas para intentarlo. Sin embargo, pese a su buen puntaje, se llevó una tremenda decepción a la hora de cumplir con el riguroso examen psicológico para ingresar a la Escuela de Medicina. Por algún motivo que nunca quiso asumir ni comentar en profundidad, le detectaron un problema que le impedía cumplir con los requerimientos exigidos para desarrollar la profesión a la que aspiraba.



Compañeros, amigos y socios. Alejandro Villalobos y Carlos Araya.

Recuerdo haberlo visto en las salas, los pasillos y casi siempre en el casino de la Escuela acompañado del que fuera su gran amigo Jorge Uribe, con el que formaban una dupla bien compenetrada. Era frecuente encontrarlos charlando, riendo y gastando bromas a los mechones con menos años y más inexpertos que ellos. Se notaba que tenían más rodaje de vida.

Tiempo después Alejandro me contaría que se conocieron en la Casa de Menores, institución a la que se habían integrado al poco tiempo de concluir sus estudios de humanidades. Había sido buen alumno en el Instituto Nacional, y pese a su expulsión por permanentes ausencias, no tuvo problemas para incorporarse al Barros Borgoño. Su tarea allí era algo parecida a la que desempeñaban los tradicionales inspectores en los liceos y colegios de educación pública. “Teníamos que lidiar con muchachones bravos y desadaptados que llegaban allí por su mal comportamiento social. La pega no era fácil, pero el sueldo nos permitía cubrir nuestras necesidades”, recordaba. En eso estaban cuando se les ocurrió cumplir con el trámite del bachillerato para la postulación a la educación universitaria. El puntaje, sin ser brillante, les alcanzó para ingresar a la carrera de Periodismo, que entre todas las que barajaron les pareció la más interesante.

Para Alejandro la vida no era fácil. Tampoco la había sido en su niñez. Cuando niño, su padre dejó a la familia y se quedó con su madre, a la que le brindó su apoyo y cuidado cuando la afectó un cáncer que terminó con su vida. Ahora, casado y ya con algunos hijos, necesitaba recursos extras para sostenerse. Así fue como se les ocurrió

con Jorge Uribe comprarse un taxi, el que les brindó satisfacciones y tiranteces en su amistad. Medio en broma y medio en serio, se les veía discutir por la “entrega” diaria de los dineros que recaudaban a diario conduciendo el Simca 1000. Nunca se supo, y fue materia de habladurías, qué ocurrió y quien se quedó con dinero de la venta del auto cuando decidieron dar término al negocio.

La combinación de sus inquietudes y virtudes, así como el desparpajo con el que transitaban por la vida, les permitió tempranamente –incluso antes

de concluir con las exigencias académicas para la correspondiente titulación— iniciar el ejercicio de la profesión. Fueron unos adelantados, como algunos otros más del curso, en comparación al resto de los compañeros, que lidiaban para terminar de la mejor manera la carrera para buscar luego una oportunidad en el mundo del periodismo.

### **Ganándose la vida**

Socialistas por convicción, el triunfo de Salvador Allende en 1970, fue un magnífico escenario tanto para Jorge como para Alejandro. El primero se ganó un espacio en la OIR (Oficina de Informaciones y Radiodifusión de la Presidencia) y el segundo se incorporó al Diario La Nación, ejerciendo primeramente como periodista deportivo y luego como reportero político.

Allí nos volvimos a encontrar. Di mis primeros pasos en Crónica y luego me integré a la sección Deportes. Más tarde, en un escenario convulsionado, me asignaron a Policía. Los sucesos del 73, con el golpe de Estado consumado, nos separaron. Y a él, por su filiación política, lo obligaron a buscar refugio en legaciones extranjeras. A poco tiempo del golpe, agobiado por la situación, se asiló en la embajada de Italia. Tras permanecer allí por algunas semanas y ante las dificultades de abandonar el país, resolvió salir del recinto diplomático y buscar algunas opciones de sustento, cosa difícil porque ya tenía siete hijos. Sucesivos allanamientos a su casa y la constante angustia de su familia lo impulsaron a un segundo asilo, esta vez en la embajada de Colombia. A mediados de 1974 consiguió viajar a Bogotá. Se fue solo y poco después se llevó al grupo familiar. Allí viviría por largos 18 años.

Durante el exilio, trabajó en el diario *El Bogotano*, convirtiéndose en uno de sus mejores periodistas. Y, de manera paralela, dictó clases en la Universidad Central en la cátedra de redacción periodística. A finales del 75, se integró al equipo de la agencia de publicidad Leo Burnett, en la que comenzó como copy creativo. Luego lo ascendieron a creativo y más tarde a director creativo. Esto generó en Alejandro una segunda carrera, ganando premios nacionales e internacionales en ésta y otras importantes agencias. Sin embargo, y pese a sus éxitos, no dejaba de pensar en el regreso a Chile.

### **Retorno y Reencuentro**

Abiertas las puertas del retorno, su regreso al país en 1989 lo trajo con una importante experiencia en publicidad y una familia numerosa, por lo que necesitaba ganarse un espacio en un medio que simplemente desconocía. Nos reencontramos otra vez a comienzos de los 90, en una de las reuniones del curso de la Promoción del 66, y convinimos en intentar algún desarrollo periodístico y comercial. Su urgencia de sustento, su abundante ansiedad soñadora y su innato talento creativo, resultaron determinantes al momento de plasmar la idea que juntos concebimos para el nacimiento de Revista InduAmbiente.

Trabajamos codo a codo, entre lágrimas de sacrificio y risas de esperanza. Hacia fines del año 92, como nunca disfrutamos cada hora de los esfuerzos desplegados. Sin saber hacia dónde íbamos. Apenas con la certeza de que podríamos crear algo magnífico. Amantes del deporte ambos, solíamos refugiarnos en aquella voluntariosa expresión premundialista del 62 en cuanto a que “nada teníamos y queríamos hacerlo todo”. Al cabo de pocos meses, en marzo del 93 lanzamos la primera edición de la revista. Y después vinieron otros productos de la pujante editora.

Quizás si la mejor cualidad de Alejandro frente a la vida fue su intento permanente para superar escollos. Nada veía difícil. A todo le buscaba una solución sencilla, aunque su propia respuesta al problema no le resultara del todo convincente. Tuvo nueve hijos y, tal vez como una manera de saldar su recóndita e involuntaria culpa de haberlos obligado a crecer en un país ajeno, a todos les brindó apoyo y respaldo permanente. A algunos los vinculó con el periodismo y el medio ambiente, como es el caso de Marco Antonio y Tatiana, fotógrafa; Christian, en labores de armado y diseño; Katia, como ingeniera ambiental; Ariel, en diseño gráfico y publicitario. También les entregó fortalezas, en la medida de sus posibilidades, a Claudio, Iván, Alejandra y Enzo.

Fuimos como aire y tierra. Él con sus visiones de etéreas grandezas y yo con la solidez de la realidad. Una mezcla perfecta, o casi perfecta, para desarrollar el más promisorio y longevo medio de información nacional sobre los asuntos del medio ambiente y el



uso adecuado de los recursos energéticos.

El 2006 quiso abrirse camino con algunos de sus hijos en una incursión editorial por el mundo de la minería y energía. Y dividimos la senda que juntos habíamos recorrido por muchos años y con tanto éxito.

Un par de meses antes de su muerte supe que la enfermedad que sufría desde algunos años lo estaba complicando. Y que la inesperada partida de su compañera de toda la vida, Irene, lo tenía casi indefenso. Lo visité una tarde de septiembre y lo acompañé en su cama de hospital. Me contó que tenía nuevos planes y que podríamos concretarlos. Nos abrazamos, como viejos camaradas. Y quedamos de vernos para seguir conversando en torno a un buen vivo. Pero Dios quiso que no alcanzáramos a brindar por la vida y el medio ambiente. Una pasión que nos unió por mucho tiempo.



Alejandro Villalobos y Carlos Araya con el personal de Induambiente, un equipo especializado en comunicaciones ambientales. Al centro de la foto Norma Berroeta y Mónica Iradi, compañeras también de la Generación Mario Planet.

# Verónica Schwartzmann Rauch

## LA MULTIFACÉTICA

Por Hugo Mery



Verónica en sus años de estudiante, con Samuel Urzúa, ayudante de Fotografía.

102

Periodismo no fue su primera elección. Sus espectaculares 32 puntos en el bachillerato (con un mínimo de 18 puntos y un máximo de 35) permitieron a Verónica Schwartzmann franquear las puertas de cualquier carrera que quisiera. Así, incursionó primero en Derecho y después en Economía, dándole vueltas a la carrera de su madre, asistente social. Finalmente se decidió por Periodismo, dándose cuenta de inmediato que en calle Los Aromos estaba lo que buscaba: conexión cotidiana con la realidad, ambiente de libertad y cambio y estímulo para insertarse en los movimientos sociales y políticos. Siguió siendo buena alumna y “matea” como siempre, no dejando de articularse como independiente de izquierda en los movimientos de la época. Junto a su compañera Carmen Gloria Dunnage se movilizó por el Mapu, como lo hiciera después por el Partido Socialista.

Amistosa e interesada en la gente como era, trabó amistades, algunas de las cuales perduraron hasta el fin de sus días, con compañeros como Montserrat Tohá, Vivienne Barry y el marido de ésta, el “Pelao” Juan Enrique Forch, la ya fallecida Ximena Solís Vildósola, Victor Hugo de la Fuente, el después escritor Darío Oses y la oyen-

te por harto tiempo Mónica Mosca.

Después de participar activamente en la campaña presidencial de Salvador Allende, Verónica se dio a la tarea de preparar su tesis y examen de grado para titularse, logrando distinción máxima en la prueba decisiva. Previamente, hizo su práctica profesional en Televisión Nacional, bajo la égida de Bernardo de la Maza, junto a Santiago Pavlovic. Pese a sus buenos recuerdos de esa época con el gran profesional que para ella era Bernardo descubrió que no le gustaba aparecer en pantalla y eludía las sugerencias en tal sentido de aquel. Esto sin hacer caso a su buena estampa y bonita voz.

Muy pronto, el gobierno de la Unidad Popular le ofreció llenar un cupo socialista en comunicaciones en la Corfo, puesto en que la sorprendió el golpe de Estado.

Ella entonces pensó en irse a Israel. Judía observante, el llamado ancestral se veía favorecido por lo que ocurría en Chile, donde nació. Su madre y abuelos eran de Polonia y se vinieron a Sudamérica, casándose su mamá con un judío sefardí nacido en Santiago.

Pero el destino llevaría a Verónica Schwartzmann Rauch a Europa. Su pareja, el periodista Hugo Mery, que finalmente se convertiría en su marido, tenía una beca en París para el programa “Jurnalites en Europe” y no pudieron separarse, en los 38 años en que estuvieron juntos.

Fue un año de vivencias plenas dando rienda suelta a sus intereses culturales, sociales y lingüísticos (pese a que fue educada en la Alianza Francesa, para después estudiar en el Liceo 1 de Niñas, quiso profundizar el francés en París). Su pasión por el arte la hizo visitar todos los museos europeos que pudo y no dejaba de admirar las arquitecturas más impresionantes, las que podía describir elocuentemente. Una vez en un balcón elevado del jardín de las Tullerías le describió a su novio los detalles de todo lo que se podía ver desde allí, que no era poco: la place Concorde y sus fuentes de agua, la Asamblea Nacional, edificios aledaños, la organización del tránsito, etcétera, etcétera.

Juntos iban casi todos los días al cine, pues París –sobre todo en el barrio latino– ofrece un permanente festival de películas de los más diversos países, géneros y autores. Escuchaban siempre radio, sin mayor acceso a la televisión –que en ese tiempo aquella era casi toda hablada, con muy poca música– interesándose especialmente en las emisiones periodísticas y culturales. También leían diariamente *Le Monde*.

Como Chile estaba de moda en ese entonces, alternaron con muchos franceses conversando en comidas e instantes bohemios sobre las inquietudes y aspiraciones de ambos lados.

Cuando acabó la beca, Verónica consiguió –con su llegada a la gente– compartir alojamiento en un departamento y luego reemplazar por un mes a los dueños de casa de otra vivienda durante sus vacaciones.

De vuelta a Chile se encontró con una vida diplomática en la que hizo gala otra vez de sus aptitudes personales. Esto no obstó para que no quisiese regresar al periodismo activo. Durante largo tiempo estuvo en la agencia Orbe. Cuando no hacía mesa, como reportera era muy rápida y eficaz, tanto para recoger y formular preguntas,

como para despacharlas al instante por teléfono al editor de turno. Posteriormente, quiso incursionar en el periodismo interpretativo elaborando varios reportajes sobre costumbres, espectáculos, salud y temas de esa categoría para diversas revistas, la principal de las cuales fue *Pluma y Pincel* con la edición de José Miguel Varas y la dirección de Faride Zerán, quien le alababa su estilo dúctil, pluma ágil y enfoques certeros.

Finalmente, decidió incursionar en otra de sus vocaciones: la pintura y la artesanía. Presentó cuadros en óleo a un concurso de Almacenes París obteniendo el tercer lugar entre una cuarentena de obras.

No dejó nunca de cultivar las relaciones humanas sin prejuicios ni discriminaciones de ninguna especie. Pese a que no soportaba el antisemitismo, criticaba las políticas del gobierno y el Estado de Israel en los territorios palestinos que ocupaba, repudiando las atrocidades contra pobladores civiles en Gaza y Cisjordania.

Dueña de un gran sentido del humor, no sólo buscaba y gozaba los buenos chistes, sino que ella disfrutaba contar chistes que se reían de los judíos.

Como éstos:

–Jacobo e Isaac, eran socios en una joyería. Un día el segundo le dijo al primero que necesitaba tomarse unas vacaciones, porque estaba extenuado.

En su ausencia, hubo un atraco al negocio.

Entonces, Jacobo puso un telegrama urgente: Isaac, asaltaron la joyería. Se robaron tu parte.

–Una señora, en Israel lloraba en el tren: uy uy uy, que tengo sed uy uy uy.

Un vecino de asiento, no soportando más le pasó una bebida: ahí tiene, señora, para que calme su sed.

Ella sorbió un trago largo y al poco rato comenzó nuevamente; uy uy uy que tenía sed uy uy uy.

–Jacobo e Isaac una vez deciden hacer un paseo juntos a un lugar muy lejano. Como durante varios días no aparecían de regreso, su gente decidió ir a buscarlos en las áreas que ellos habían señalado. ¡Jacobo e Isaac! ¿están cercaaa? Contesten si nos escuchan... Jaco-



bo e Isaac ¿dónde están?

Finalmente se escucha la respuesta: aquí, pero nosotros ya dimos, ya dimos.

Verónica gozaba el humor tanto como otras manifestaciones. La música, por ejemplo. Su canción favorita era Yesterday de Lennon y MacCarntney y en su último tiempo había descubierto a I've got you under my skin, por Frank Sinatra. Pero su gran cantante favorito era Joan Manuel Serrat a quien vio en Santiago, París y Buenos Aires. Disfrutaba del baile y su rostro se ponía radiante cuando se alcanzaba la plenitud en una buena pieza.

Pero su alegría más radiante la demostró cuando nació su hijo Hernán, a quien deseó y buscó con denuedo.



Con su hijo Hernán.

# María Celina Arosteguy Fernández (Mao)

## TRASCENDENTE, LUCIDA Y GENEROSA

Por María Eugenia Borel

Acompañé a un buen amigo al cementerio. En el camino nos detuvimos en la Pérgola de Las Flores, preguntó cuántas rosas rojas había en un enorme balde metálico. Bien rojas, brillantes, frescas y perfumadas.

–Solo he vendido tres, deben quedar 97– le respondió la señora.  
–Me las llevo todas, incluido el balde– afirmó, sin siquiera preguntar el precio.

Era mediodía, esa primavera santiaguina había sido extremadamente calurosa. El césped sobre la tumba de María Celina, conocida por todos como Mao, estaba húmedo, no había flores, solo una lápida con su nombre que indicaba el día de su funeral: 4 de febrero de 1996. Un inesperado y fulminante accidente cerebrovascular le había quitado la vida a los 46 años, ocho meses antes. En silencio, fue colocando, una tras otra, una al lado de otra, pegaditas, las hermosas flores sobre el pasto.

Mientras la tumba se convertía en una perfumada alfombra roja llena de vida, imágenes de la Mao se agolpaban en mis recuerdos,

tan nítidas que hasta pensé que su muerte era solo idea mía, que estaba en mi imaginario.

Estuvimos allí un par de horas, casi en silencio, solo algunos quelte-hues y otros visitantes al cementerio distraían nuestros recuerdos. ¿Por qué habrá siempre tantos quelte-hues en los camposantos?

La Mao vivió y disfrutó intensamente sus amores, era bien arriesgada, muy cómplice, pero así como entregaba locamente su corazón, con idéntico entusiasmo se desencantaba.

El golpe de estado del 11 de septiembre del 1973, la sorprendió trabajando como reportera en el canal Trece de TV, mientras yo hacía mi práctica, en un programa dirigido por Gonzalo Bertrán en Televisión Nacional. Esa terrible noche, ella tuvo la buena idea de quedarse a dormir en casa de su hermana Pilar, en Providencia.

Idea que tal vez la salvó de ser detenida y torturada, dado a que hasta ese momento compartíamos un pequeño departamento situado en calle Carrera, con Sazié, justo al lado de la sede política



Celina Arosteguy en sus años de estudiante.

del Mapu Garretón, lugar que fue varias veces allanado por los militares, igual que los departamentos y casas de los alrededores.

A nuestro departamento, en un tercer piso, sin ascensor, los militares entraron por la ventana, descolgándose con cordeles desde el techo del edificio, por la única ventana al oriente, desde donde unas pocas horas antes, yo había visto el rugiente y amenazador paso de los aviones que bombardearon la Moneda y las columnas de humo, como consecuencia del voraz incendio que provocaron las explosiones lanzadas por aviones de la Fuerza Aérea, como si hubiésemos estado en una guerra feroz.

Nuestro amigo y compañero René Toro también vivía en el vecindario, en una antigua construcción ubicada en calle Echaurren muy cerca de la Alameda. Famosas eran los malones y encuentros políticos que se realizaban en esa casona, que después del golpe de estado se extendían por toda la noche hasta el término del toque de queda, a las 7 de la mañana. Las llamábamos “Las macumbas de René Toro”. Allí se conversaba de política contingente, se bailaba, bebía alcohol, se fumaba uno que otro salivoso y comunitario pucho de marihuana. También se pololeaba y surgían efímeros romances.

Concluido el toque de queda, con la Mao, una de las pocas alumnas de la Escuela de Periodismo que tenía auto, un ajetreado Fiat 600 blanco, transportábamos juntas a los compañeros que no eran capaces de llegar a sus casas por si mismos..., obvio, que después de una muy regada noche de macumba, eran muchos los “heridos” y debíamos hacer varios viajes. René Toro facilitaba su casa, pero se negaba a dar desayuno y a prestar camas.

Ella era así, de una generosidad sin límites, todo lo compartía, si alguien en la escuela no tenía dinero ni para micro, de alguna parte lo obtenía y se lo daba, nunca prestó plata, siempre la dio sin devolución y así, también su afecto, su tiempo, sus libros, su ropa, regalaba todo lo que podía.

Amiga querendona, sensible, leal y exigente. Y también muy severa, si hubiera vivido en Inglaterra, perfectamente podría haber trabajado como “Nany” en la casa real británica. Siempre pulcra e impecablemente vestida. Era enemiga de las burradas y se tomaba todo muy en serio, desde “copiar” en una prueba de televisión o de economía, hasta disputar un juego de pingpong en el acogedor y luminoso hall de nuestra escuela.

Decía, que las cosas hay que hacerlas bien, si se copia en una prueba, se copia bien, no a medias. Y si hay que “soplarle” materias a alguien, hay que hacerlo con responsabilidad.

Todos disfrutábamos enormemente las “pruebas para la casa” que nos dictaba el profesor de sicología social, Patricio Saavedra.



Aún recuerdo lo que sufríamos con esa asignatura, todo lo que teníamos que leer, comentar, compartir materias y... después de dos noches y días sin dormir... ir a dejarlas a toda carrera a la casa del profesor antes de las 7 de la mañana, casa que por suerte estaba ubicada en Dr. Johow, muy cerca de nuestra linda y querida Escuela. El plazo de entrega era a esa hora o nada. Lo peor era que las notas no eran individuales sino que grupales, o sea, si alguien fallaba, todos nos perjudicábamos. Y los grupos los designaba el profe.

### Salvador Allende, su paradigma

La Mao fue allendista hasta su partida, enfatizaba que sus ideales políticos y sociales estarían siempre a la izquierda, en el lado de su corazón. El presidente Salvador Allende era su paradigma. Con don Mario Planet conversaban horas, días enteros, de igual a igual, no de maestro a alumna, para ambos era el líder, el ejemplo a seguir, a imitar. A menudo iban caminando hasta la Fuente Suiza, se instalaban en el segundo piso a disfrutar las exquisitas empanadas fritas, que servían sobre unas lustrosas y negras mesas de madera.

No nos perdíamos las marchas universitarias y estudiantiles por la Alameda, por Grecia, por Teatinos, pero, jamás en esos tiempos se quebró una ampolleta, ni se dañaron jardines, ni vidrios, ni semáforos, ni menos hubo asaltos al comercio ni encapuchados: nuestra generación actuaba a rostro descubierto.

Aún recuerdo la imagen de la Mao, durante un multitudinario desfile por la Alameda frente al edificio de la Universidad Católica, donde se desplegaba en todo el ancho un enorme cartel con la leyenda en letras rojas “El Mercurio Miente”, misma frase en papel, bastante más pequeña, que ella lucía en su trasero, afirmada con alfileres sobre los ajustados jeans azules. La fotografía testimonial de ese histórico momento estudiantil la rescaté desde los archivos fotográficos de El Mercurio varios años después, empresa periodística en la que trabajé durante 23 años consecutivos.

Cuando le entregué la foto, la Mao contenta como cabra chica, la guardó como su más importante tesoro. Para ella tenía una connotación histórica, era un testimonio vivo de su paso como alumna de Periodismo, siempre repetía que a la universidad no solo se va a estudiar una profesión, a obtener un título, también a luchar

por los ideales políticos y sociales. Personalmente, hoy, pagaría una fortuna por tener en mis manos esta fotografía, imagen que tal vez podrían ilustrar estos recuerdo que escribo sobre ella.

Era una ávida lectora. En una semana podía leer dos o tres libros, le agradaba conversar los temas, analizarlos, reflexionarlos. Le irritaba que las personas, especialmente jóvenes, no tuvieran opinión, que fueran “como amebas” que daban vueltas por la vida. En este sentido, nuestra Escuela fue una importante formadora intelectual



Reunión en casa de Celina. Junto a María Eugenia Borel y Cornelio González. Atrás, Guillermo Castillo y Víctor Manuel Mandujano

y política, en realidad había muy pocas “amebas” dentro del alumnado y profesorado. Obvio, todo antes de la dictadura.

Disfruté, el largo discurso que Fidel Castro pronunció en el campus de la Universidad Técnica del Estado, hoy Universidad de Santiago. Fue tema de muchas entretenidas jornadas de conversación. Discutía con los profesores, jamás se dejó influenciar por la opi-

nión de algún maestro, ni menos ponía “caritas” para conseguir una mejor nota. Nosotros, sus compañeros de periodismo, siempre la molestábamos diciéndole que era “la regalona de don Mario Planet y de don Carlos Andrade”, a lo que ella respondía: *“para mí mis regalones son don Alfredo y Panchito”*, el mayordomo, y el auxiliar del laboratorio fotográfico y de cine, situado en el subterráneo.. Panchito, Panchito, cuantos secretos se habrá guardado... de alumnos que furtivamente buscaban los cuartos oscuros para un fugaz encuentro amoroso...

La Mao comenzó a trabajar en el Canal 13 de TV cuando estaba en tercer año de periodismo. Trabajo y estudios a los que puso fin el golpe de Estado. En el canal la despidieron sin darle argumentos claros y nuestra querida Escuela fue clausurada por más de un año académico.

Nuestra generación, sin duda, fue castrada profesionalmente a partir de esa fecha, muchos alumnos se fueron de Chile, otros cambiaron de actividad y muchos no pudieron concluir sus estudios por prohibición de la dictadura: no había matrículas para ellos.

### **Encuentros clandestinos**

Con muchos compañeros que se quedaron en Chile, nos reuníamos periódicamente en la clandestinidad. A veces en la Plaza de Armas, en el Mercado Central, en las liebres Pedro Valdivia/ Blanquedado, verdes, cuadradas y feas llamadas “las Marujas”...porque se sospechaba que la dueña era la Maruja Ruiz Tagle, esposa del ex presidente Eduardo Frei Montalva. Nos poníamos de acuerdo en la hora y, a medida que la liebre avanzaba por las calles Alameda, Providencia y doblaba por Pedro de Valdivia, nos íbamos subiendo hasta llegar casi al terminal, bien lejos, en realidad, tal vez bien al sur de la comuna de Ñuñoa. Obvio, siempre uno de nosotros tenía que ir medio agachado semicolgado de la puerta, que era el “pase” para subir y encontrarnos en el interior.

Nos hacíamos los desconocidos hasta casi el final del recorrido, nos bajábamos, estábamos horas conversando para después iniciar el viaje de regreso. Con la puesta en marcha del Metro, nuestros encuentros se modernizaron: los hacíamos en diferentes estaciones.

Guillermo Castillo Sánchez, amigo y compañero de curso recuerda aún con cierta angustia, uno de los tantos “episodios” que vivió con la Mao tras el golpe militar:

*“Nos juntamos a los pies del cerro San Cristóbal, y subimos a un trencito (que de hecho era un tractor) que hacía el recorrido por el zoológico y la Virgen. La cita fue allí, ya que íbamos a conversar de cómo podíamos ayudar a unos amigos que tenían que salir de Chile y esperaban nuestra solidaridad. No me imaginaba su incondicional ayuda y la valentía que demostró en todo momento. Reconozco que me equivoqué con la Mao. Hasta ese instante, la consideraba una buena amiga, pero nunca tan comprometida y valiente. Su cara y su físico delgado, siempre elegante, decía otra cosa.*

*Lo que iba a ser un encuentro clandestino, resultó ser todo lo contrario, ya que éramos los únicos en la piscina Tupahue que estábamos vestidos, tomando sol. Éramos el centro de atención y de bromas de los niños que jugaban en el agua. Rápidamente salimos del lugar y nos instalamos cerca de la Virgen, como si fuéramos pololos. En esos días, hasta la sombra podía ser sospechosa, había «sapos» civiles y militares por todas partes.*

*Entre el sol veraniego y unos helados de vainilla, bastante desabridos, acordamos la hora del encuentro en el barrio Providencia y, de cómo lo haríamos, para ingresar clandestinamente en la Embajada de Italia, a dos compañeros estudiantes que necesitaban con urgencia salir de Chile.*

*Con la Mao estábamos muy asustados, con ganas de salir corriendo, al borde del arrepentimiento. Ya se acercaba la hora del toque de queda y juntando todo el coraje posible, con nuestros amigos hechos un ovillo dentro del viejo Fiat 600, estacionamos en calle Miguel Claro y con la fuerza que da el terror, de un par de brincos, como si fueran competidores en una Olimpiada, saltaron el alto muro que protege la embajada italiana de la calle.*

*Los aplausos con que fueron recibidos los amigos en el interior del recinto diplomático, nos indicaron que nuestra misión había sido cumplida. Unos meses después supimos que uno de ellos estaba en Panamá y el otro en México.*



*De este tema nunca más hablamos con la Mao. No era necesario.*

### **Empresaria exitosa**

Después del golpe, por seguridad la Mao regresaba solo ocasionalmente al departamento de calle Carrera, se quedó junto a su hermana Pilar y su cuñado, Jaime Caro, ambos médicos, en una vivienda ubicada en Carlos Antúnez.

“Nuestro departamento” pasó a ser una especie de “albergue ocasional” para los amigos a quienes sorprendía el toque de queda en pleno centro de Santiago. Hasta hoy, disfrutamos con mucho cariño estas conversadas noches donde no había mucho que comer, pero, sí muchos temas que comentar.

Tampoco encontró trabajo como periodista. Sus ingresos provenían de la creación de difíciles puzzles que vendía a periódicos y revistas. La recuerdo sentada sobre su cama, en posición loto, con una escuadra, varios diccionarios y montones de papeles, trabajar hasta altas horas de la madrugada. Era así, sus compromisos y responsabilidades los ejercía a concho, era muy prolija y rigurosa en todo.

Varios años después del golpe, un día cualquiera, mientras esperaba locomoción en Avenida Providencia, conoció a su futuro marido. Tras un tiempo, se casaron, dando inicio a una pequeña fábrica de muebles de “palos quemados” y “carteras de mezclilla”, muy de moda en aquellos años. Tuvieron dos hijos: Celina y Francisco.

Le encantaba tener su casa los fines de semana llena de amigos, era una espléndida anfitriona. Le gustaba jugar póker, preparar ricos aperitivos y comidas. Los asados eran memorables, siempre con la mejor carne, con los mejores vinos.

Durante 26 años fuimos, amigas, hermanas, confidentes. Compartíamos las fiestas navideñas, de fines de año, las vacaciones en su departamento de Reñaca. Éramos tres las inseparables: la Mao, la Taty (prima política de ella) y yo, nos llamábamos “las tres mosqueteras”. ..Estuvimos juntas hasta el último suspiro que nuestra querida amiga dio en este mundo... y en un último acto de generosidad, sus órganos fueron donados.



Una instantánea de Mao en las playas de Papudo, durante un viaje de curso.

En 1970, la Mao llegó a estudiar a la Escuela de Periodismo, venía de haber cursado una carrera paralela de matemáticas en la Universidad Técnica del Estado. Cuando apareció por los pasillos, los varones quedaron hechizados: Delgada y esbelta como un junco: ojos profundamente azules, pelo castaño, dientes y boca de aviso publicitario.

Obviamente, era muy solicitada como modelo en las clases de fotografía del profesor Domingo Ulloa. Ella, siempre dispuesta, disfrutaba enormemente esta ocasional vitrina como si se tratara de la filmación de una película. Una de las imágenes que



ilustran esta nota fue tomada por Guillermo Castillo Sánchez, compañero y amigo.

De apariencia frágil, pero nadie, se atrevía a contradecirla sin un buen argumento, sin información. Muy fuerte, lúcida, tenía magnetismo, era querida y también cuestionada, tal vez por su personalidad un poco arrogante. No era fácil acercarse a ella, pero quienes lograban traspasar esta barrera, contaban con su afecto y lealtad hasta el fin de los siglos...

Era seca para las matemáticas, esto fue decisivo en el éxito comercial que tuvo el inicio de su modesta fábrica de palos quemados, que tras algunos años, se convirtió en una destacada mueblería de Avenida Tobalaba, en Providencia, éxito empresarial y económico que ella habría cambiado feliz por haber escrito una pequeña crónica o una noticia radial para un sencillo medio de comunicación.

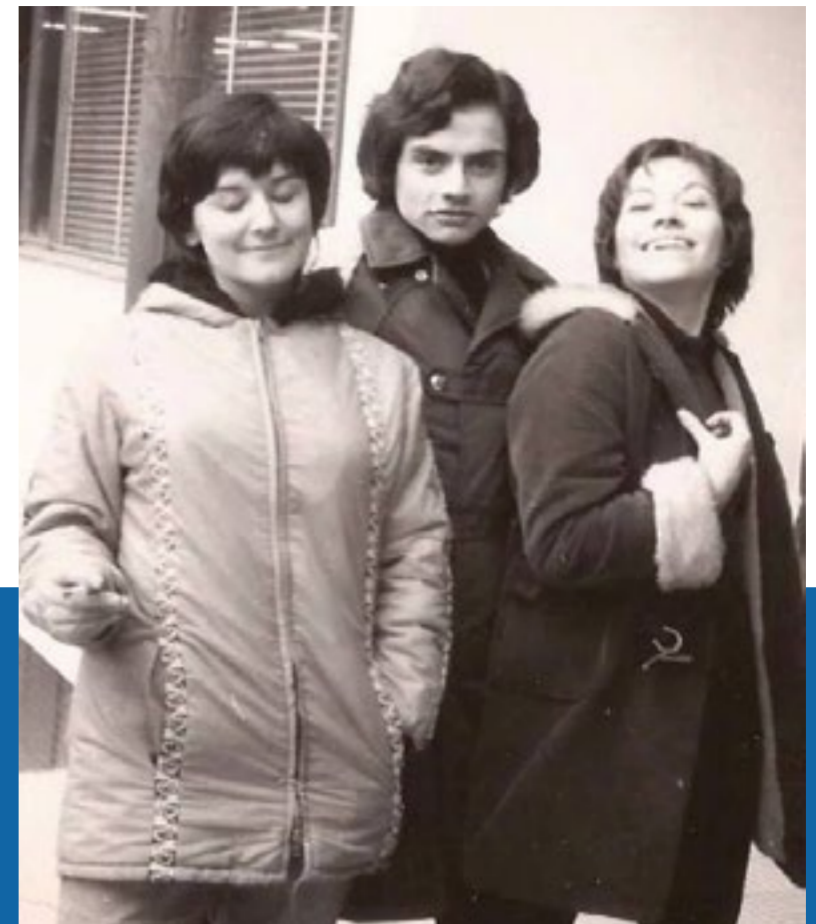
El sol seguía pegando fuerte en el cementerio, ubicado al costado norte de Americo Vespucio. Era tan implacable el calor que antes de retirarnos ya las bellas rosas rojas comenzaron a perder su brillo, su lozanía, aferrándose más al césped de la tumba como queriendo proteger a quien yacía en el interior. La Mao, habría preferido que sus restos fueras cremados, tampoco habría estado de acuerdo con una misa fúnebre. Era agnóstica profunda. Y no tuvo tiempo para decidir por sí misma.

Después que me titulé de periodista en 1977, nunca regresé a nuestra querida Escuela de Periodismo, ubicada en calle Los Aromos, pero sigo recordando con inmenso afecto los hermosos años que viví como alumna, y que seguimos recordado en la actualidad, junto a Guillermo Castillo, Juan Guillermo Mellado, Ximena Ortúzar, Carmen Torres, Ruth Velasco, Lina Castañeda, Víctor Mandujano, Carlos Guerra, Enrique Contreras, entre otros, testigos de la fecunda vida de nuestra querida amiga y compañera Celina Arosteguy Fernández.

# René Toro

## ÚNICO, MULTIFACÉTICO, QUERIDO

Por Carlos Guerra



María Eugenia Borel, René Toro y Ruth Velasco en la Escuela de Periodismo.

René era un personaje único, conocido por todos, multifacético, querido, con buena pinta y un gran amigo. Fuimos compañeros en la Escuela de Periodismo desde que ingresamos en 1971, hasta que el golpe militar nos separó en 1973. En el internanto disfruté enormemente de su amistad.

Podría escribir muchísimas páginas sobre René, vivencias universitarias inolvidables.

Era un hombre de izquierda, nunca muy comprometido, pero siempre dispuesto a trabajar en los cordones industriales, en los talleres laborales, en la lucha por conseguir que los trabajadores fueran ganando espacios en la sociedad chilena. Y, también, muy malo para los deportes....

Nunca pasó inadvertido. Lo pasaba bien y mal. Sus días eran fantásticos o malos como el natre, no había grises, iban de un extremo a otro.

Pero ninguno de sus compañeros podríamos decir, que era una persona aburrida, latera. Al revés : era un personaje indispensa-

ble en cualquier grupo, hablaba y se reía fuerte, cantaba, contaba chistes, era el primero en entusiasmarse para ir por unas cervezas a Las Lanzas, a un local del Club Radical (ubicado en Dr.Johow con Eduardo Castillo), a la Fuente Suiza a disfrutar de ricas empanadas fritas.

Entre estos encuentros, recuerdo una escena inolvidable : Cerca de las dos o tres de la mañana, junto a Ximena Ortúzar, María Eugenia Borel, Gonzalo Mizala, yo y otros que no recuerdo después de 40 años, íbamos por calle Estado a tomar micro en la Alameda, de pronto René a todo pulmón comenzó a cantar una área de ópera, que con el silencio de la noche, se escuchaba como un potente despertar de buena música en plena madrugada. Tenía una hermosa voz.

A ninguno de nosotros llamaba la atención estos cantos en cualquier parte, así era René. Aauténtico, hacía lo primero que se le venía a la mente.

Como tantas veces, habíamos estado arreglando el mundo en el 'Black and White', tradicional lugar nocturno donde se podía be-

ber en los años 70 un refrescante blanco con chirimoya o durazno o un tinto con frutilla. También allí, en un viejo piano, siempre alguien vestido de ajetreado negro, tocaba algún lastimero tango... que nadie escuchaba.

Este local e Il Bosco, situado en la Alameda con Estado, eran los únicos lugares donde los parroquianos, estudiantes e intelectuales de la época conversaban durante noches enteras. Inolvidables sitios para el recuerdo.

A medida que avanzábamos, la potente voz de René retumbaba en los altos edificios, de pronto reía fuerte, hablaba y volvía a entonar una nueva área. Para cantar no necesitaba estar bebido, su carácter era instintivo, espontáneo, era una persona muy natural sin envoltorios que lo camuflaran.

Nada obteníamos haciéndolo callar a punta de garabatos, que cantara más despacio, porque nos podrían llevar detenidos por desorden callejero, seguía cantando más contento y más fuerte. De pronto, escuchámos muchísimos aplausos y voces que venían desde los balcones de los edificios por donde íbamos pasando, asustados le implorábamos que se callara, pero, la sorpresa fue enorme cuando no solo lo aplaudían sino que, además, le solicitaban que interpretara otras áreas operáticas, incluso le tiraban monedas y dinero en agradecimiento a tan musical despertar.

El ¡¡¡¡bravo, bravo, bravísimo !!! retumbaba en calle Estado hasta que de amanecida, por fin, abordamos una micro de regreso a casa.

Así era René, para nosotros pasó a ser leyenda.

Buen alumno, inteligente, teatral, explosivo y un buen conversador.

Le encantaba hablar en francés, todos sus movimientos tenían un propósito, donde la medida no era un don que cultivara.

Personalmente, de vez en cuando me acuerdo de René, me gustaría que conversáramos, que recordáramos esos inolvidables años que fuimos compañeros en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, aunque esta vez no fuera en una traspasada madrugada en el 'Black and White'.

Fue arrestado y torturado tras el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973. Quedó muy afectado en su salud y falleció exiliado en los Estados Unidos.

Ximena Ortúzar dedica estas líneas a nuestro compañero :

Recordar a René es escuchar de nuevo sus ineludibles carcajadas y ver otra vez sus evidentes lágrimas ante una situación conmovedora.

Fuimos amigos. Nos unió un proyecto común de país y el gusto por la ópera, la literatura y el cine. De vez en cuando encontrábamos un tiempo para hablar de ello.

Recibí su solidaridad y su generoso apoyo. Compartimos situaciones y desafíos. Ambos buscábamos entonces nuevos caminos y definiciones.

No sé si logró lo que buscaba.

Nos separó el 11 de septiembre de 1973. No volvimos a vernos.

Y aunque no reanudamos la comunicación, al saber –tardíamente– de su muerte, me sentí un poco más sola.



# Patricia Bravo Berli

## SUS OJOS DE AGUA

Por Mónica Silva Monge

Cuando la noticia de su fallecimiento se regó a varios puntos en Chile y otros países, Susana Vázquez, nuestra compañera ecuatoriana, se enteró –me cuenta– de cuántas personas habían recibido de Paty Bravo lo mismo que ella, *“su espíritu diáfano igual que sus ojos, su inteligencia inspiradora, o ese temple suyo, siempre allí, férreo y sin ostentación”*.

Cuenta Susana que en esos años 70, llegada a Santiago desde Quito, cruzando Macul, una camioneta la pasó a llevar. Siguió heroica su camino a la Escuela, y en los pasillos estaba Paty, que la instó a ir al médico. No se dejó convencer por ella, que alegaba que no había de qué preocuparse. *“Paty insistió en que fuéramos a su casa por si necesitaba algo, y allí estuve durante dos meses”*, dice, y continúa...

*“Volví a Chile, donde están todos mis amigos, después de casi tres décadas. Paty, Leo, su esposo, y su hijo me esperaban en la estación Mapocho. Fuimos a su casa, disfrutamos de su mesa, de su casa abierta. Paty, con su afecto a prueba de años, me invitaba a volver, ya que pensaba hacer un segundo piso para los amigos de otros lares. En esos días hubo un encuentro maravilloso con Gustavo González,*

*Ruth Velasco, Lina Castañeda, Mónica Silva M., y otros más. En la frontera con el Perú, rumbo ya a Ecuador, sollozaba sin consuelo.”*

*“Un par de años después, volví a Santiago y una vez más Paty estaba allí. Nos tomamos los mejores piscos de la vida, conversamos; entendía todos mis entuertos y fantasías. Fuimos al centro de artesanías en el cerro Santa Lucía y me regaló una bandejita de madera con su cuchara. Es mi tesoro aquí en Atenas, donde vivo hace años. Nos despedimos. Nos escribíamos: su nieto estaba a punto de nacer; me dijo que también por eso, no tenía ninguna gana de morirse.”*

*“No pude volver como quería, a verla, por el miedo a que la perdiéramos y no habría otro día. No te resignas a que sea verdad, no quieres tratarla como a enferma y no fui a verla. Ahora, la recuerdo mientras hojeo una y otra vez el libro de Paty sobre Violeta Parra que Mónica me envió a Ecuador”,* termina diciendo Susana.

### Patricia Bravo: El canto de todos

Una gran amiga de Paty fue Patricia Stambuk, quien evoca momentos personales: *“Reflexiva, racional, pero también muy emoti-*

va. *¿Eres buena abuela?, le pregunté cuando nació Vicente, su primer y único nieto. Y me dijo con su sencillez y dulzura habitual: «me gusta darle besitos».*

Patricia recuerda que se hicieron amigas haciendo la fila para matricularse en la Escuela, y que muy pronto compartieron la tarea autoimpuesta de investigar sobre la vida de Violeta Parra a cinco años de su muerte, *“haciendo entrevistas a diestra y siniestra, hur-*



Patricia Bravo

*gando en cada detalle (...) Disfrutamos tecleando en las noches y en los fines de semana, transcribiendo las entrevistas, redactándolas, como si fuera nuestro mejor panorama.”*

Todo se interrumpió con el golpe militar. El libro fue publicado tiempo después en varias ediciones bajo otras firmas y sin auto-

rización de sus autoras. Pero Paty no entró en malos humores por eso y dejó que los hechos decantaran. Patricia Stambuk la convenció de “dar la pequeña-gran batalla de recuperar ese visionario trabajo de investigación.”

Paty invirtió gran parte de las fuerzas que le quedaban en revisar y agregarle contenido al texto ya hecho. Sobre esto, su tocaya dice que *“Fue un reencuentro que quizás esperábamos por mucho tiempo, una búsqueda de justicia en un ámbito menor, que ella había postergado, teniendo como norte, siempre, otras búsquedas de justicia en ámbitos mayores”.* El nombre que Paty decidió para la edición, publicada póstumamente, fue *Violeta Parra. El canto de todos*, que según Patricia Stambuk fue “un reflejo de lo que ella misma quiso ser en su vida: el canto de todos”.

### **“Ya pues, Chiclayo, córtala, no sigas...”**

Paty Bravo fue la primera amiga que hizo en la Escuela Víctor Alvarado, “Chiclayo”, nuestro compañero peruano. *“La pátina de los años no ha podido sepultar la vívida imagen de ella de esos días de marzo del 69 - dice-. Vestía un conjunto de saco y pantalón azul. Delgadísima, con una timidez natural, que le brotaba y hacía sonrojar, sin impedirle comunicarse ni rezagarse. Sin manicure ni retoques en su rostro lozano, donde resplandecían unos ojos glaucos arrobadores y una sonrisa de la que siempre me sentí agradecido de recibir. Cuando ya nos hicimos amigos yo le pedía que sonriera una y otra vez. «Ya pues, Chiclayo, córtala, no sigas», se convirtió en la frase que siempre me regalaba cuando me ponía reiterativo”,* confiesa. Chiclayo también intentó dejar de fumar para ver si lograba que su amiga “depusiera el gusto por el humo”. No lo logró.

El compañero peruano repasa la oportunidad en que lo invitó a su casa en Maipú, *“donde departí con su padre, su madre y hermano, uno de los encuentros vertebrales de mi vida chilena. Paty se mostró interesada por conocer la lucha revolucionaria del pueblo peruano. Quería saberlo todo... y su interés no era gratuito –sigue Víctor-, estaba inserta en un proceso de formación que la llevaría a su serio compromiso político con el pueblo chileno y latinoamericano, y la historia. Estaba en la orilla de un caudal de ideas revolucionarias en el que ella navegaría hasta recalar en el MIR chileno”.*



*“Luego del golpe pinochetista del 11 de setiembre de 1973 –rememora Chiclayo– que nos lanzó por caminos distintos, nunca interrumpimos nuestra comunicación y siempre hubo en la distancia el espacio y tiempo para dar curso a la encendida fe en los destinos de Chile y la patria latinoamericana, y enviarnos mutuamente revistas y reflexiones. Aun guardo sus trabajos publicados y sus mensajes online, siempre fervorosos y anclados en la simpatía y afecto, en la lealtad ineludible a nuestras creencias y los sueños que supimos transmitirnos,” termina.*

### **Paty en el corazón de todos**

Mi amiga Paty fue coherente en todas sus facetas. Ambas nos negamos a realizar el falso periodismo que debía efectuarse en tono de sobreviviente al golpe. Cuando yo le conté que estaba trabajando en otras cosas para ganarme la vida “sin entregarle el alma al diablo”, ella a su vez, me dijo que estaba trabajando en una fábrica, por lo mismo. Nos dimos muchos abrazos y nos deseamos suerte. Esto se repitió cada vez que nos encontrábamos. En cierta ocasión, ya post dictadura, nos juntamos en un paradero de buses y le dije... *“mira, ese flacucho que se va ahí es uno de los pacientes viviendo con VIH, con los que yo trabajo... Se está muriendo y tengo la desgracia de haberme hecho su amiga... y por eso ahora voy a sufrir mucho”*. La Paty me abrazó fuerte, una vez más. Ella ya estaba enferma y yo no sabía.

Ahora me he quedado con sus abrazos y su recuerdo iluminador, y como dice Chiclayo, *“siento que he perdido una de las luces más potentes de mi existencia”*.



Patricia Bravo, año 2005. Trabajando con las mujeres rurales.



# Cornelio González

## EL HIJO DE TALAGANTE

Por Héctor Velis-Meza

116 Cornelio González representa lo que se puede conseguir con espíritu ético, sencillez, sentido común, humildad, inteligencia, talento, disciplina, responsabilidad y... la ayuda inestimable del Estado que, en la década de 1980, renunció a la gratuidad de la educación universitaria.

Cornelio vivió su infancia y juventud en Talagante, una localidad ubicada a 38 kilómetros de Santiago, cuando esta distancia, a veces, se recorría en más de una hora por el Camino a Melipilla y no por la Autopista del Sol, como ahora. Parece que a Cornelio, la capital no le gustaba, porque cuando se casó con Katia Quintana se fue a vivir a Peñaflor y solo en la última etapa de su corta y fructuosa vida se trasladó a la metrópoli del ruido y la contaminación.

Cornelio siempre se sintió orgulloso de su familia y de sus orígenes humildes y sacrificados. Nunca se quejó de las estrecheces económicas y de la ausencia de comodidades, porque en su vida siempre privilegió lo espiritual por sobre lo material y el conocimiento por encima de la futilidad del hedonismo. Cuando salió del liceo en 1969 hizo lo que todos los muchachos talentosos de su época ha-

cían: postular a la universidad sabiendo que si eran aceptados en la carrera de su preferencia iban a estudiar sin necesidad de hipotecar su futuro en una institución financiera.

La vida es muy curiosa y la mayoría de las veces, inexplicable. Cornelio ingresó a la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile en 1970 sin tener una vocación muy definida. Del curso era uno de los menores, junto a Verónica Vergara, Sergio Mardones y Gino Marini. Rápidamente destacó por su inteligencia y no le costó mucho convertirse en uno de los mejores alumnos. También llamaba la atención por su honestidad intelectual, una sensatez más propia de un adulto que de un adolescente y un trato particularmente cálido y gentil. No se le escuchaban malas palabras, nunca descalificaba y trataba de pasar inadvertido, pero no lo conseguía precisamente porque sus virtudes lo hacían sobresalir.

Sergio Mardones lo recuerda por *“su sencillez y su capacidad de asombro, su ausencia de vanidad y de envidia. Tal vez por eso era tan querido y respetado por todos sus compañeros, independiente de la postura política que tuviesen, en esos años de polarización”*.

Ángela Suárez, también compañera de curso, retiene en su memoria su rostro de niño inocente: *“Era sencillo, afable, silencioso, pero cuando hablaba era imposible no escuchar sus palabras, siempre juiciosas, medidas, conciliadoras, respetuosas y pronunciadas con un tono de voz que apaciguaba los ánimos e invitaba a la reflexión.”*

Gustavo González Rodríguez fue su profesor en la Escuela de Periodismo y evoca el tiempo en que llegó a su aula: *“Creo que fue en 1972 cuando tuve de alumno a Cornelio en el curso de Periodismo Interpretativo que yo impartía. Era la época en que ganaba terreno el llamado Nuevo Periodismo y a mí me encantaba compartir en clases lecturas de revistas que estaban en ese molde. Mi favorita era la revista argentina Panorama, por donde pasaron grandes plumas del periodismo latinoamericano, como Tomás Eloy Martínez y Juan Gelman. En sintonía con las enseñanzas del maestro Mario Planet, apostaba a tener alumnos capaces de debatir y opinar sobre los más diversos tópicos de la actualidad política, nacional e internacional, pero que a la vez pudieran proyectar esos conocimientos en capacidad de análisis e interpretación y que sobre todo escribieran bien. Estábamos entonces en un terreno un tanto híbrido, como son en definitiva los territorios periodísticos, en los parámetros de la densidad y lo coloquial, del dato duro revestido del factor humano. Como docente en ciernes, en esos años en que campeaba la ideología, me gustaba teorizar sobre las estructuras de los reportajes y alguna vez le planteé a Mario Planet mi idea de sistematizar un «periodismo dialéctico». El tener alumnos como Cornelio González era un aliciente para caminar en esa dirección. Su sencillez, la introversión que lo caracterizaba, su aparente timidez que lo dibujaba como «un tipo quitado de bulla», desaparecían en los reportajes que escribía para el curso de Periodismo Interpretativo. Corregir sus textos, mecanografiados en las viejas Olympia y Remington de la sala de máquinas de la Escuela, era un placer y un aliciente para perseverar en nuestras propuestas de formar buenos periodistas en momentos en que la creciente polarización en Chile revalidaba el fácil discurso de trinchera en todo el espectro político de los medios.”*

Años más tarde, Gustavo González volvió a encontrarse con Cornelio, lejos de Chile, y en otras circunstancias: *“Tras el desbande del golpe de Estado, estando yo en Quito, lo vi aparecer*

*una vez por esas tierras, acompañado de su hermano. ¿Fue en 1975, en 1976? Lo cierto es que compartimos una grata velada con amigos chilenos y ecuatorianos en mi casa de Guápulo, una suerte de lugar mágico que desde la altura andina mira hacia el oriente amazónico. Muy apesadumbrado, nos confirmó que nuestro común amigo Luis Durán era ya un detenido-desaparecido. Compartimos rones y vinos, con unas latas de cholgas y choritos chilenos que Cornelio cargaba en su mochila. Años más tarde, hacia fines de 1985, recordamos esa velada con Cornelio y un numeroso grupo de compañeras y compañeros de nuestra Escuela, cuando estuve de visita en Chile, preparando mi regreso al país que se concretaría en diciembre de 1986.”*



Cornelio González, siempre sonriente.



Gustavo González retornó al país como corresponsal de la agencia Inter Press Service para, como él cuenta, ser testigo y cronista de los últimos años de la dictadura: *“En ese ambiente, pude conocer de cerca la encomiable labor de Cornelio en Cieplan, así como su trayecto, una vez restaurada la democracia, en el Ministerio de Hacienda. Su muerte me golpeó, no solo por tratarse de una partida tan prematura de un periodista tan brillante. Me golpeó y me conmovió como testigo del masivo encuentro de quienes lo acompañamos hasta el Crematorio del Cementerio General, donde Cornelio nos dijo adiós desde un sencillo ataúd de rústicas tablas de embalaje para declarar que se iba con la misma sencillez que marcó su vida, dejándonos una huella imborrable”*.

Cornelio fue muy cercano a Verónica Vergara. Fueron tan próximos que terminó casándose con su mejor amiga, Katia Quintana, y fue padrino de su primer hijo. También fueron compañeros de labores en la revista *Ercilla*. Cornelio siempre estuvo a su lado, especialmente en sus momentos más difíciles, y jamás dejó de apoyarla cuando a ella le faltaban energías para seguir viviendo. Cornelio, pese a su figura frágil, tenía una vitalidad interior que lo hacía sobreponerse ante cualquier adversidad. Él fue quien el 11 de agosto de 1978 me llamó para avisarme que Verónica, a los 25 años, había sufrido un accidente de tránsito a una cuadra de su trabajo, infortunio que cinco días más tarde le costaría la vida. Cornelio puso la entereza en esos momentos de abatimiento. Y no era primera vez que lo hacía, ya lo había hecho meses antes de esta tragedia. Un lunes llegó a mi casa en Ñuñoa para acompañarme en el doloroso trance de la enfermedad de mi madre. Y ese día fue testigo y sostén de mi infortunio, porque horas más tarde ella falleció. Al día siguiente, Cornelio me entregó una carta que guardo como un bien muy preciado, en la que habla con cariño del dolor, la angustia, la purificación y la muerte.



Cornelio González y Víctor Manuel Mandujano

Con claridad y simpleza, primero me habla de él: *“Héctor, ya sé. Hoy fue un día horrible para ti y tu hermana. Un nuevo dolor se suma a otros recientes y parece ser el tiempo de la impotencia y las lágrimas. Quiero contarte que yo también he sufrido -todos sufrimos alguna vez por alguien o por algo- y he asumido el dolor hasta el extremo, hasta la extenuación de los sentidos, hasta pensar que todo ha terminado”*.

Luego continúa: *“Pero es bueno sufrir, como es buena la risa y la alegría. El dolor es hoguera de templanza y el vacío vital en que te sume, te conduce a la síntesis que supera el horror de estar tan solo. La experiencia terrible te tira hacia el abismo, te revuelca en la mierda de tu propio infortunio, pero después quiere germinar y (es la vida que triunfa) pugna por surgir y te obliga a acceder a una nueva dimensión de tus potencias, te urge a crecer como hombre y por ti mismo. Es la lección que todos aprendemos”*.

Más adelante, Cornelio habla de la muerte con frases que más tarde recordaría cuando él se enfrentó a este trance inexorable: *“Cuando uno cree en Dios todo se simplifica. La muerte es un dolor que lacerará a quienes quedan vivos y la vida rota no conoce el fin: la muerte es el comienzo de otro tránsito que conduce al ser humano al encuentro precioso con su creador. Pero aún si no crees, aún si intuyes que la muerte*

*marca el fin de todo, entenderás que cada vida tiene un sentido, que no en vano se proyecta hacia otras vidas para contribuir al sino de la especie justificándose a sí misma en el amor. Tu mamá los amó a ustedes por sobre muchas otras cosas y ustedes no la defraudaron: fue feliz. Y les dejó la meta que toda madre asigna a quienes aman: que construyan el molde de su propia felicidad”*.

Estas palabras retornaron a mí cuando supe que con entereza y tranquilidad había enfrentado los días postreros de vida, siempre consecuente con lo que creía. Y claro, también había construido con tesón y cariño el molde su felicidad.



Diecisiete años después de escribir esta carta, a los 42 años, el 23 de agosto de 1994, Cornelio no tuvo más fuerzas para seguir luchando contra el cáncer y falleció rodeado de su esposa, sus dos hijas y el cariño inmenso de sus amigos y compañeros de labores.

Curioso, triste e inexplicable. Los más jóvenes del curso fueron los primeros en abandonarnos y los mayores seguimos vivos, alimentándonos del recuerdo imborrable y del afecto que nos dejaron, que no desaparece y que nos da fuerzas para seguir adelante.

Cornelio no solo estudió Periodismo. Paralelamente también siguió la carrera de Derecho, que abandonó después del golpe militar. No le interesó ser alumno de los ideólogos del nuevo régimen, porque decía que no tenían nada que enseñarle, menos ética y principios morales.

Después de salir de la escuela, Cornelio trabajó en Agencia Orbe, El Mercurio, Ercilla, Estrategia y CIEPLAN, donde conoció a economistas que después llegarían a los gobiernos de la Concertación: Alejandro Foxley, Mario Marcel, Patricio Meller, Nicolás Flaño, Andrés Velasco, José Pablo Arellano y Manuel Marfán, entre otros. El triunfo de Patricio Aylwin lo llevó al Ministerio de Hacienda, su último trabajo, donde su aporte en las comunicaciones institucionales y su relación con los medios de prensa fue tan profesional, que hoy en la oficina de comunicaciones de esa secretaría de Estado existe una placa que recuerda su paso por esa institución.

En la tierra que lo vio nacer, la Escuela Municipal Básica de Talagante lleva su nombre y su himno, creado por la profesora Paola Boza, lo recuerda: *“Era un hombre / oriundo de Talagante / virtuoso, culto, humanista / que luchó por los iguales. (...) / Don Cornelio González / se llamará una escuela / que cuando entres te encantarás. / Era Cornelio González / humilde y muy afable / ejemplo de periodista / que todos si bien lo saben. / Gracias a ti, gracias por tus consejos. Gracias a ti, gracias por tus enseñanzas.”*

En el número 39 de la Colección Estudios de CIEPLAN, algunos economistas de la entidad lo recordaron. Nicolás Flaño escribió que *“en un mundo donde lo único que parece importar es el éxito material o el lucimiento personal, donde el materialismo nos acecha y el éxito personal nos encandila, Cornelio era aquel que entre nosotros nunca*



Vista parcial de la Escuela Cornelio González de Talagante.

*exigía nada y lo daba todo.”* Mario Marcel agregó que Cornelio *“...en sus últimos meses llegó a comprender que la muerte no es algo malo, a lo que se debe temer y silenciar, sino un desenlace que podemos enfrentar con valentía y dignidad. (...) Los últimos meses muestran a un Cornelio voluntarioso, afectuoso, humano.”*

Manuel Marfán, cuando lo despidió dijo que Cornelio tenía algo especial *“...que invitaba a la bondad, a la superación personal, y a la construcción de afectos.”*

Así era nuestro compañero y lo que pensaba lo expresó con estas palabras en la carta que me dejó: *“La tarea de los que sufren es superar el dolor paralizante, ahondar en las raíces de la angustia para emerger después, purificados, a la vida que sigue inexorable. No es preciso olvidar: no se podría. Pero un gran restaurador, el tiempo, siempre permite el dulce rescate del recuerdo.”*

Cornelio González, como estudiante, fue perseverante, generoso para compartir sus conocimientos y solidario con sus compañeros; como profesional, fue exigente, riguroso, integérrimo y responsable y, como persona, afable, accesible y cariñoso. Fue siempre igual, desde que llegó una mañana de marzo de 1970 a Los Aromos, donde tenía su sede la Escuela de Periodismo, sencillo, cordial, algo tímido, hasta cuando cruzó las puertas de Teatinos 120, para convertirse en el hombre de las comunicaciones del ministro de Hacienda. Los años no le borraron el rostro de niño bueno... porque su alma era bondadosa.

## Verónica Vergara ¿A DÓNDE FUE?

Por Jorge Marchant Lazcano



Verónica iba apurada por la vida, tal vez presintiendo que sería corta.

120

Voy a intentar evocar a Verónica sin remitirme a ningún archivo, o fecha, o dato específico, sino apenas al recuerdo, al lejano recuerdo, a una historia que sucedió hace tanto tiempo y que parecimos no haberla vivido, porque la vida tuvo tantos giros, algunos nobles, otros más perversos, más para el que recuerda que para la recordada, quien desapareció de un día para otro en la década del setenta del siglo pasado y quedó para siempre como una jovencita atolondrada que iba en su pequeño coche a darle de mamar a su segundo hijo, recién nacido, cuando sucedió aquello.

Habíamos entrado a la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile con el advenimiento de la Unidad Popular. Verónica venía de Talca, de una familia de dentistas, con varias hijas criadas en una semi solvencia provinciana, candorosa y reprimida, que después le cobraría la cuenta.

Era un espíritu libre en todo sentido. Siempre lo he dicho. No hicimos más que entrar a la politizada Escuela de Periodismo en una época vibrante y aguerrida para que nos dieran vuelta en el más amplio sentido de la palabra. Estábamos ingresando a la vida adul-

ta en el mejor de los tiempos, cuando aún era posible creer en las utopías y Chile podía salir de la miserable condición en que había estado sometido por toda su historia anterior. Vivimos esos tres años de euforia juvenil creyendo que el futuro sería muy luminoso en un sentido colectivo. Aun así nos preparamos individualmente con maestros que nos abrían los ojos al mundo de la literatura y de la cultura, como Alfonso Calderón o Luis Domínguez. Leíamos con entusiasmo a los nuevos escritores latinoamericanos, redescubríamos a maestros norteamericanos como Scott Fitzgerald o a franceses como Raymond Radiguet. El cine nos permitía conocer otros mundos, incluso sociedades tan distintas como las socialistas, una vez que la industria norteamericana bloqueó su envío de estrenos para acelerar la caída de Allende.

Todo eso lo plasmamos en un primer ejercicio de periodismo, una revistita supuestamente cultural hecha a mimeógrafo que se llamó *Kutral* y en la cual hasta Nemesio Antúnez nos colaboró.

Cómo Verónica iba apurada por la vida, tal vez presintiendo que esta sería corta en exceso, se enamoró impulsivamente y en los al-



bores de la dictadura ya estaba casada con un compañero con el cual formábamos una amistad inseparable. Eran años siniestros para emprender hazañas como aquella. El país entero parecía haberse vuelto en contra de jóvenes idealistas porque comenzó a extenderse como una maldición algo llamado “apagón cultural” que nos dejó a oscuras. Vivieron juntos con cierta dificultad en esos primeros años –recuerdo un departamentito cercano a Mapocho– y de pronto todo pareció arreglarse económicamente cuando encontraron trabajo en una importante agencia informativa.

Su marido llegó a ser director de dicha agencia y entonces, en cierto aniversario, en medio de una gran fiesta, sucedió lo imprevisible: Verónica miró para el lado y descubrió a quien parecía ser el hombre de su vida. Creo que me lo escribió en alguna carta que no buscaré, porque yo por entonces había comenzado a vagar por Buenos Aires, arrancando de los malos aires que se respiraban en Chile. Verónica habría bailado toda la noche con ese hombre que parecía seducirla, niña todavía, niña torpe, haciendo peligrar todo a su alrededor. Bailó y bailó hasta que la fiesta se consumió por completo y después de eso la frágil vida que había creado se vino guarda abajo. No eran tiempos para bailar, menos con un marido que la amaba a su lado, y aguardaba por ella, pero, ya sabemos, era un espíritu libre, las cartas estaban echadas y el castillo de naipes se derrumbó estrepitosamente.

Como dos amantes malditos salieron a recorrer tierra. La veo a ella como una suerte de Manon Lescaut acompañada por su propio Des Grieux, sin música de Puccini ni desierto de Louisiana, abatida por el peso de la condena social. Pasaron por Buenos Aires en donde nos encontramos, y en algún momento de la aventura, al cabo de los meses, Verónica tuvo a su primera hija. Era un amor desatado y sin trabas, pura pasión, nada de raciocinio, en tiempos en que el odio se había instaurado en nuestra patria, ella parecía encarnar una suerte de heroína trágica, una heroína de melodrama al parir a su segundo hijo cuando finalmente había logrado encontrar un trabajo estable en una tradicional revista santiaguina.

Su marido, que siguió siendo un buen amigo mío por mucho tiempo, ha dicho por años que tal vez iban a intentar renovar su amor. Entonces, cuando aún estaba en sus veinte años, se cierra todo sin

un final claro para Verónica –nunca sabremos adónde fue, mucho menos esas dos criaturas que quedaron esperándola–, porque su segundo pequeño hijo recién nacido aguardó en vano por la leche materna y ella no llegó, y su automóvil quedó despedazado en la esquina de Eliodoro Yáñez con Los Leones por un anciano irresponsable.

Fue de las primeras en irse en una época de desaparecidos y muertos sin sepultura. Así como llegó a nuestras vidas llena de optimismo, nos dejó amargados y expectantes ante el camino que deberíamos seguir adelante, sin su presencia, sin su alegría, sin su coraje, sin su promesa de llegar a ser una gran periodista. Sus hijos crecieron como una especie de hermanos de su propia madre, al ser adoptados por sus abuelos, lo que habla de amor y redención, pero al mismo tiempo, en una lectura más sombría, de traición latente.

No hay mucho más que decir de una muchacha que ha muerto en el umbral de la vida. Apenas recordar los versos de Gabriela Mistral en su “Canción de las muchachas muertas”:

“¿A dónde fueron y se hallan  
Encucilladas por reír  
O agazapadas esperando  
Voz de un amante que seguir?”

Ella fue el rostro del amor, agazapada o no, lo vivió a concho. Ella es el mejor rostro sonriente de esa década olvidada en el tiempo.



En Talca, Héctor Velis Meza, Angela Suárez, Verónica Vergara, Jorge Marchant Lazcano. Alrededor de 1972.



# Juan Carlos Díaz Velásquez

## ROTUNDO, APASIONADO, TRABAJÓLICO Y GOZADOR

Por Carolina Román

122

Decididamente nunca he conocido a alguien que haya gozado tanto de la vida como Juan Carlos Díaz Velásquez, el Tata para todos los que lo conocimos ejerciendo su profesión. Cuando me entrevistó en abril de 1991 para ser parte de un nuevo programa de TV me pareció de primera “jodido”, es que nadie que haya trabajado con él puede no coincidir en que era un ser rotundo, apasionado, vehemente en su opiniones, trabajólico, pero por sobre todo un gozador de la buena mesa.

Buscaba una “bestia de trabajo”, me dijo, alguien con experiencia y que fuera capaz de dejar los pies en la calle reportando, así que cuando terminó la entrevista, pensé que no lo volvería a ver: yo no tenía experiencia en televisión, aunque ganas de aprender nunca me faltaron. Dos días después Juan Carlos, me llamaba para formar parte del Enrédese, uno de los tantos programas que La Red lanzaba ese año para ser parte de su parrilla televisiva de 24 horas.

Así comenzó mi relación con el Tata. Trabajamos 19 años y seis meses juntos y aunque yo ya sabía las reglas básicas del periodismo, fue él quien me mostró el camino para hacer de esta pega un

lugar de grandes satisfacciones y un carrusel de emociones.

### **Cuatro horas de televisión a la vena**

Quien haya trabajado en un programa franjeado, sabe lo complejo que puede llegar a ser producir, preparar y hacer una, dos, tres o cuatro horas de televisión a diario. Pero para Juan Carlos era como respirar. Estaba acostumbrado, era metódico, puntilloso, busquilla y ese era el sello que buscaba para sus equipos. Siempre prefirió a las mujeres, porque son más esforzadas, trabajadoras y fuertes, así que se rodeó de chiquillas y a todas nos enseñó un poco de la magia de esta pega, que era más que una tarjeta bien escrita o una entrevista bien hecha. Era mucho más, sin duda. Es que para hacer de la televisión un espacio mágico había que dejar un poco la vida en cada espacio, había que ir más allá de lo evidente, buscar lo que no estaba en una guía o un computador, salir a la calle a encontrar el secreto de las personas y preocuparse de los detalles, siempre de los malditos detalles.

Pero sería mezquino describir al Tata solo como un jefe enérgico, a ratos malgenio, un poco impaciente... Juan Carlos era más y eso

una lo podía ver después de almuerzo o en los cumpleaños.

### Tardes de boleros y pautas de cumpleaños

Los cumpleaños eran un momento especial en el *Buenos días a todos*. Dudo que en algún otro lugar nos hayamos reído tanto o disfrutado así, como cuando en la reunión alguien estaba de aniversario. Es cierto, muchas veces solo habían papas fritas, torta y bebida para el cumpleaños, pero lo mágico venía al momento de las palabras y es que ahí cada uno soltaba la lengua y el Tata nos hacía hablar a casi todos. Él, como siempre, prefería escuchar a hablar, ese era su secreto.

A veces cuando la pega estaba floja cantábamos boleros. Tenía un cancionero desguañangado que veces agarrábamos y nos poníamos a cantar, era como una terapia para soltar tensiones y volver a la pega recargados.

Entre canción y canción, el Tata contaba lo que para nosotros eran las aventuras de un gozador. Había estado en Correos de Chile y de allí lo habían despedido por haber escrito en la revista Ramona, de la Juventud Comunista, cuando estaba en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, donde estudió entre 1970 y 1974. Había conocido a la mismísima Tía Carlina allá en Vivaceta y al Blue Ballet. Había estado en los mejores tiempos de Candy Dubois en Le Trianon. Era algo así como un periodista de la vieja guardia que se había reinventado cuando llegó a la televisión.

Cuando quería molestarlo, Mauricio Correa contaba cómo había conocido al Tata en los pasillos de RTU (Red de Televisión de la Universidad de Chile). Andaba de blanco, decía, lo confundió con un enfermero. Otras veces era un vendedor de helados. Es que dentro de sus costumbres, el Tata en verano usaba alpargatas de marca Iberia, fabricadas por una antigua empresa de San Bernardo. Ese

era uno de sus sellos, después fueron los mocasines sin calcetines, una moda de la que solo él y Jorge Hevia eran fervorosos simpatizantes.

### Su casa por 23 años

Aunque el Tata estuvo en casi todos los canales de la televisión chilena, no hay duda alguna que para él TVN fue su casa, un lugar al que llegó cuando recién comenzaba la etapa democrática del canal y en el que estuvo en sus buenos y malos momentos. Allí supo navegar cuando la situación era adversa y enseñarnos a todas a preservar los equilibrios programáticos, un aprendizaje esencial para mantener la salud del programa en pantalla.

En el *Buenos días a todos* “crió” a generaciones de periodistas, noteros y, por qué no decirlo, rostros de TV. Felipe Camiroaga, por ejemplo, era solo un lolo buenmozo cuando llegó al programa y de la mano del Tata y con su propio genio se convirtió en el “animador de la televisión chilena”. A Margot Kahl le echó el ojo cuando leía noticias, matea y empeñosa la apoyó cuando decidió dar el salto a la animación, un camino nada fácil, en el que el Tata como buen barquero le iba abriendo el camino para que luciera sus habilidades. Así cuando Tati Penna terminó por dejar el matinal, Margot la reemplazó como si hubiese estado allí toda su vida.



“Mechón” de Periodismo, en un paseo a Pomaire con su compañera de curso Carmen Torres, 1970. (© Fernando Velo)

Cuando en el verano del 98, Margot y Jorge se fueron de vacaciones juntos, fue idea del Tata y Mauricio poner a Felipe y Karen Doggenweiler a hacer el matinal en verano. Nunca nos reímos tanto, es que pocas veces dos personas tan histriónicas se juntan en la pantalla para poner su talento al servicio de un programa de TV. Gozábamos como cabros chicos...

Así también apoyó a Tonka Tomicic en sus inicios como animadora,





El Tata, en el extremo derecho de la foto junto a Raquel Argandoña, con el equipo de *Buenos días a todos*.

cuando se sumaba a la dupla Hevia-Camiroaga, que se habían quedado huérfanos de señora, pues Karen había partido a su pre natal. Supo reinventar por años, el programa que amó con locura, en el que vio crecer, desarrollarse y volar a decenas de compañeros, periodistas que lo llamaban Tata, no por costumbre, sino porque efectivamente sentían que este caballero de cabello blanco, cara picada por el acné y palabras profundas sabía encantar y convencer a quien se le pusiera por delante.

### **El fatídico 2 de septiembre**

Lo vi llorar muy pocas veces, porque Juan Carlos era un hombre pragmático. Sin embargo, cuando ocurrió la tragedia de Juan Fernández, el 2 de septiembre de 2011, algo en el Tata se quebró. Cinco amigos, compañeros, casi hijos, habían partido de manera inexplicable en un viaje que nunca debió hacerse. Mientras todos llorábamos, el Tata nos consolaba, aunque también al final se dobló... Felipe había sido como un hijo, su hijo mayor, un hombrón de cuarenta y tantos años, que solo al Tata hacía caso cuando lo llamaban al orden.

Después de la partida de los cinco, nada volvió a ser igual. Más allá de la magia perdida, algo se fue haciendo cuesta arriba para el Tata. Finalmente fue su salud la que dijo basta, sus pulmones, expuestos a casi dos cajetillas diarias de cigarrillos en su juventud terminaron por pasarle la cuenta. Falleció a los 70 años el 12 de mayo de 2015.

No estuve allí cuando comenzó a costarle respirar ni tampoco cuando empezó a usar oxígeno para ir al trabajo. No estuve cuando decidió operarse, pero siempre me las ingeniaba para estar al tanto de los detalles, de su valentía, de las ganas de volver a comer lo que le gustaba, de salir de viaje con la Negra, por eso se trasplantó en busca de un alargue que le permitiera seguir gozando. Sé que en febrero seguía pensando que podría volver a trabajar. Sé que unos días antes de caer definitivamente doblado por su enfermedad, el Tata pensaba en ideas para reposicionar su amado matinal... nunca, nunca dejó de pensar en el trabajo, pero no por eso dejó de gozar de la vida: las mejores picadas, los mejores viajes, Juan Carlos los disfrutó en la plenitud de su vida, siempre junto a su mujer, pues la niñitas ya estaban grandes y ahora después de una vida de sacrificios les tocaba a ellos.

Voy a echar de menos sus besos y abrazos, voy a echar de menos sus consejos, casi todos certeros. Voy a echar de menos cuando me decía “¿Guachi me arreglas esta cosita?”. Es que Juan Carlos sabía muchas, muchas cosas, pero la computadora e internet nunca fueron sus grandes amigos. Era a la antigua, anotaba todo en un cuaderno, con su letra grande en lápiz azul como de médico, solo así se sentía seguro y dominando el panorama de las cosas.

Adiós Tata, seguro como dijo tu hija Marcela en tu despedida te encontraste allá arriba con un equipo completo para hacer un matinal. Pero estoy segura que antes de empezar, organizarás una fiesta...donde de vez en cuando se escucharán las palabras sexo, sexo, tus preferidas cuando querías demostrar que estabas gozando de la vida.



## Orlando Escárate Valdés UN CORAZÓN AZUL

Por Patricia Andrade



Orlando Escárate: Ñuñoíno, egresado del Liceo 7, ateo e hincha de la U.

Tocar el himno de la Universidad de Chile en su funeral, cubrir su ataúd con la bandera del club y lanzar sus cenizas en el estadio de la U, fueron tres peticiones que me hizo mi esposo Orlando. Espero cumplir la tercera... alguna vez.

A Orlando lo conocí cuando trabajábamos en La Tercera. Yo era una recién llegada a la sección Crónica y él trabajaba en Deportes, como subjefe. De allí en adelante fuimos una sociedad en un sentido amplio. Conformamos durante casi 25 años una familia, tuvimos tres hijos, nos amamos, reconfortamos y apoyamos. Compartimos profesión, tiempo, dinero y sobre todo los mismos valores, que fueron la base de nuestro proyecto en común.

Orlando se sentía orgulloso de ser egresado de la Universidad de Chile. Lo llenaba de satisfacción y lo expresaba sin esfuerzo, porque no solo fue el lugar donde se formó académicamente, sino también el espacio físico y humano donde pasó de ser un ingenuo adolescente, que con 16 años ingresó a primer año de Periodismo, a convertirse en un hombre, en un profesional con ese sello característico que tenemos todos quienes pasamos por sus aulas.

“¿A qué otra universidad iba a ir?”, me dijo alguna vez. La U era la única opción para un hijo de mamá separada, vecino de Ñuñoa, egresado del Liceo 7, ateo, y que salía de madrugada a pintar consignas.

Orlando tenía en alta estima la Escuela de Periodismo ¡Cuántas veces lo escuché decir!: “Este cabro es bueno porque viene de la Chile”. ¡Cuántas veces recomendó contratar a egresados porque decía que la pluralidad, capacidad de análisis, tolerancia, esfuerzo y una formación amplia no se compran en cualquier parte!

### **La U en su corazón, la Escuela en su alma**

La U estuvo en su corazón y la Escuela en su alma. Cómo gozaba contando las anécdotas de las clases, las historias de sus variopintos compañeros de curso porque por los efectos del golpe de Estado de 1973 y su necesidad de trabajar, se demoró muchos años en obtener el título.

“Lo único que podíamos hacer era jugar a la pelota”. Y eso hizo en la década del setenta, cuando las pichangas y los campeonatos ocu-

paban gran parte, si no todo su tiempo. Se emocionaba cuando contaba que su facultad humanista le había ganado al gigante de Ingeniería, que tenía cientos de peloteros, en la final de un campeonato universitario. Un triunfo que calificaba como histórico e irrepetible.

Cómo reía hasta que le saltaban lágrimas cuando conversaba de la vez que fueron a jugar con alumnos de la Escuela de Carabineros. Debe haber sido el año 71 o 72. Relataba que cuando llegó la hora del compromiso y ya estaban en camarines, se dieron cuenta que faltaba el bolso con el equipo de los jugadores.

“No alcanzábamos a buscar otra ropa. Decidimos salir a jugar igual”, me relató ciento un veces, siempre con su misma carcajada larga, Y así fue. Jugaron ante los compuestos “pacos”, unos aspirantes a oficiales que exhibían tenidas impecables y zapatos lustrados, vistiendo solo camisas y...calzoncillos.

No me acuerdo del resultado, pero sí de la consecuencia: al día siguiente, Carabineros mandó un reclamo escrito a Mario Planet, director de la Escuela, quien los llamó a su oficina. Luego de retarlos por el desatino, les compró uniformes a todos.

### El gran golpe del “Cóndor” Rojas

De las pichangas universitarias, Orlando pasó al periodismo deportivo y el fútbol no solo ocupó su tiempo libre, sino también sus horas de trabajo. Sabía tanto de tácticas, estrategias y de todo el entramado de este deporte que a veces parecía un oráculo, aunque su mérito era la buena valoración que hacía de las variables psicológicas, humanas y tantas otras internas y externas que influyen en un resultado. Hizo una ascendente carrera en el área deportiva, ya que partió como reportero y terminó como editor. Entremedio reportó tres mundiales y se anotó decenas de golpes periodísticos, el más bullado de los cuales fue la entrevista a Roberto Rojas tras el escándalo del Maracaná del 3 de septiembre de 1989, que hasta hoy figura en compilaciones de buenas entrevistas.



Años de Escuela. Formación estelar de los “pelusas” de Periodismo. Orlando Escárte al extremo derecho, de pie.  
(© Fernando Velo)

Yo admiraba su capacidad para trabajar bajo presión. No se inmutaba si en minutos tenía que hacer de nuevo un diario porque había ocurrido, por ejemplo, una tragedia que obligaba a cambiarlo todo. Era tremendamente organizado y exigente y aunque sus colegas reclamaban que “era el único negro que tenía esclavos blancos”, sabían que a la hora de trabajar era el primero de la fila.

Si bien su ética del trabajo lo alejaba del reportero deportivo “termocéfalo”, adjetivo que él usaba para referirse a sus colegas que no se

sacaban nunca la camiseta, cuando se alejó del área de deportes, dio rienda suelta a su sentimiento azul. Como olvidar las tardes que pasamos en la galería sur del Nacional, puerta 12; la emocionante campaña que trajo de vuelta a nuestro equipo a la Primera División en 1987 o el primer campeonato azul luego de 25 años de sequía.

Hoy, mientras escucho una grabación del 2011 donde anticipó que la U daría vuelta el 0-2 con la Católica y alcanzaría su estrella número 14, no puedo sustraerme de la euforia que lo embargó esa noche. Era el mes de junio y por entonces ya había ganado la pelea a un primer tumor cerebral. Esa noche sintió que el no rendirse era una característica tanto suya como de la U.

### Dar la lucha hasta el final

“No darse nunca por vencido es una enseñanza que yo he aprendido entre otras cosas de la U, equipo que vengo siguiendo desde hace 57 años... Una vez tuve que esperar 25 años para ser campeón y no me importó. Este triunfo es para los verdaderos hinchas, para aquellos que lo son a concho y que entendemos que uno tiene que dar su lucha hasta el final”, se escucha emocionado.

Finalmente, pocos meses después, un segundo tumor irrumpió en su cerebro y lo destruyó lentamente. Pero no se dio por vencido y dio la pelea hasta el final. Como lo hizo toda su vida.

Orlando nació el 19 de enero de 1954 en Ñuñoa, Santiago, y falleció el 20 de noviembre de 2012.



En su extensa vida profesional trabajó en agencia Orbe, revista Estadio, radio Minería, radio Portales, radio Universidad de Chile, revista Deporte Total, La Tercera, La Cuarta, La Nación, La Voz de la Tarde, entre otros.

En sus inicios se especializó en periodismo deportivo. Laboró 24 años en La Tercera donde ocupó diversos cargos de responsabilidad, entre ellos Editor de Deportes, Editor Coordinador, Editor Dominical, Editor de Reportajes, Editor Nacional y Editor Coordinador de Informaciones.

Fue editor general de La Nación y de La Voz de la Tarde y subdirector y director de La Cuarta.

Fue padre de cinco hijos: Kalú y Leonardo, de su primer matrimonio, y Natalia, Iñaki y Aníbal.



Posando con las copas de la Universidad de Chile.





## *II. Generación calle Belgrado*

# Quémil Ríos

## VISITE CALBUCO

Por Mónica Villarroel



Quémil Ríos en la inauguración de la Quenita I

130 *“Visite Calbuco”* escrito al revés. Tardé mucho tiempo en entender lo que estaba escrito en el reverso de una foto de una lancha chilota navegando a la hora del crepúsculo que Quémil Ríos dejó dentro de uno de mis cuadernos en los primeros meses de 1983, cuando entramos a la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile en la calle Diagonal Paraguay con Portugal.

Le gustaba el pescado frito con puré, caminar en la tierra, usar poncho y escribir en los cuadernos al revés. Cuando egresamos tenía su rumbo claro, siempre quiso volver al sur. Pasó un tiempo colaborando para la radio La Voz de la Costa, en Osorno, hasta donde llevó mi viejo computador con pantalla azul y letras blancas. Después emprendió sus primeros pasos como periodista en la radio Estrella del Mar de Ancud, en la isla de Chiloé. Luego vino una promisorio carrera trabajando en la Presidencia de la República, «la Moneda chica», con el equipo de prensa del presidente Patricio Aylwin, y un tiempo en la Secretaría General de Gobierno. Juntó lo suficiente para cumplir su mayor sueño: comprar una lancha chilota velera usada, remozarla, echarla al mar y navegar.

Lo suyo era el campo, el olor a madera y a humedad. La lancha velera siempre lo esperaba y un día decidió volver, dedicarse a cultivar frutillas, a fabricar quesos y compartir estas tareas con la repartición de gas licuado por todos los rincones de Calbuco, en el negocio familiar que había instalado para sus padres y hermanos.

A continuación, reproducimos párrafos escritos hace algunos lustros, a cuatro manos con su capitán o como se dice en lenguaje de chilotes marineros «el patrón de la lancha», luego del bautizo de la velera:

### **La última bota (o el renacer de un matro)**

*“(...) 9 de enero de 1993, fecha que quedará registrada en los anales del pequeño pueblo de Lleguimán: el bautizo de la Quenita I. Tal vez la última «bota» de lancha velera que habrá por estos mares de Dios.*

*Ella tiene su historia. En sus años mozos, bajo la advocación de Anita II, arribó a puerto ufana y engalanada, luego de triunfantes travesías en la Laguna San Rafael(...). Luego, al igual que casi todas*



*las que se construyeron en la época del alerce y la bonanza para la navegación a vela, la Anita II permaneció varada hasta que Quémil Ríos, un calbucano periodista avecindado en Santiago con una autorización oficial del Caleuche, según cuentan los mal hablados, decidió recuperarla y la compró a su antiguo dueño, Gilberto Calbucura.*

*Con un poco de locura y una dosis de poesía, ambos se propusieron rescatarla de su destino de madera.*

*El día del bautizo, bajo el botalón de proa, padrinos y madrinas rezaron padrenuestros y avemarías coreados por la concurrencia. Vi-*

*nieron las cuecas a orillas del mar: para que todo sea alegre a bordo de la Quenita I, y las juntas de bueyes iniciaron su misión. Hombres y mujeres ayudaban a girar la velera en dirección al océano y dos largas cuerdas tiradas por los convidados al festejo apoyaban la labor de los bueyes hasta llevar el navío a la alta marea.*

*Como corresponde, el patrón invitó a un apoteósico almuerzo que comenzó con cazuela de ave, siguió con asado de cordero, unas exóticas papayas venidas de Taiwán y culminó con una hogaza de pan con su respectiva presa de carne, repartida a cada comensal para el camino, como exige la tradición chilota(...).”*

## EL MISTERIO DE SU NOMBRE

Por Roberto Farías (amigo y compañero de navegaciones)

132

Quémil siempre tuvo una fijación con su nombre, que por casualidad evoca algún nombre chilote como Cahuil o Queilen. Siempre le preguntaban si se escribía con K, o con acento o sin, o si era indígena o árabe. Y a él le fascinaba dejar volando la intriga. Su padre también se llama igual, solo que sin tilde. El abuelo, don José Ríos, un viejo a la vez déspota y divertido, fue el de la idea. Usó para su quinto hijo el apellido de un sirio de Osorno más por flojera que por creatividad.

Cuando en 1963 nació este Quémil su padre le puso así sin pensar y siempre dice: *“Las cosas extrañas que tiene la vida, pero era el hijo que más se pareció a mí!”*

En una ocasión Quémil, ya veinteañero, se vistió con el uniforme de carabinero de su padre y al comparar las fotos, parecen la misma persona. Eran idénticos.

Su padre estaba destinado en un retén de Huar, una de las 14 islas del Archipiélago de Calbuco. Ahí estudió y terminó el liceo. Después partió a Concepción a estudiar tres años de Derecho y luego a Santiago a Periodismo.

Cuando Quémil Ríos egresó, volvió a Calbuco y al sur.

Comenzó una práctica en la radio Estrella del Mar en Ancud en medio de las primeras protestas contra la dictadura. A pesar de la paga, se quedó trabajando un año y su voz un poco nasal y su hablar correcto, empezó a pegar en la radio. Sus pequeñas notas en la tarde, “sus noticias sin importancia”, le empezaron a dar cierta fama de aventurero. Como ir a caballo a entrevistar a un lugareño en Piñihuil, frente al océano, solo para que relatara cómo veía los barcos factoría en la noche trabajando sin parar mar afuera depredando lo nuestro. O navegó hasta una isla en año nuevo, para narrar como si fuera un despacho urgente, que una docena de familias veían ensimismados una bengala disparada desde una balsa salmonera a las doce de la noche. Se embarcó un mes en una regata de lanchas chilotas para convivir con la tripulación, enviando reportes diarios del avance de las lanchas por el archipiélago.

Su nombre se hizo conocido en la radio. Muchas chilotas suspiraban. Le enviaban cartas. Tarjetas con invitaciones a sus fiestas costumbristas. Un día llegó una carta distinta a la redacción: “Sus

reportajes me daban tanta alegría oírlos, que bauticé a mi hijo con su nombre”.

Su obsesión ahí se vio cumplida.

Un día que nos pilló desocupados, partimos a Chiloé a buscar a su sucesor. Recorrimos varias caletas de Ancud que remitía la carta. Pero no dimos con la autora. Finalmente las pistas nos llevaron a una casa pobre en un cerro de Ancud. Golpeamos.

—*Buscamos a un niño con nombre Quémil*— dijo Quémil.

Y vi una especie de emoción contenida, un llanto de admiración en el rostro de esa joven. ¡Su ídolo periodístico estaba en su puerta! Roja de rubor, nos contó cómo antes, cuando vivía en una caleta del borde interior de Chiloé, lo único que escuchaba eran sus notas. Porque ni siquiera sabía de cómo era el resto de Chiloé. Y cuando el destino la premió con un hijo, le puso Quémil Kurt, por Kurt Cobain su otro ídolo.

Quémil volvió a Santiago, trabajó en la Presidencia al llegar la democracia. Luego en La Moneda. Después de varios años de terno renunció y volvió al sur. A navegar en la lancha velera La Quenita, que le puso así porque en su familia a Quémil le decían Queno.

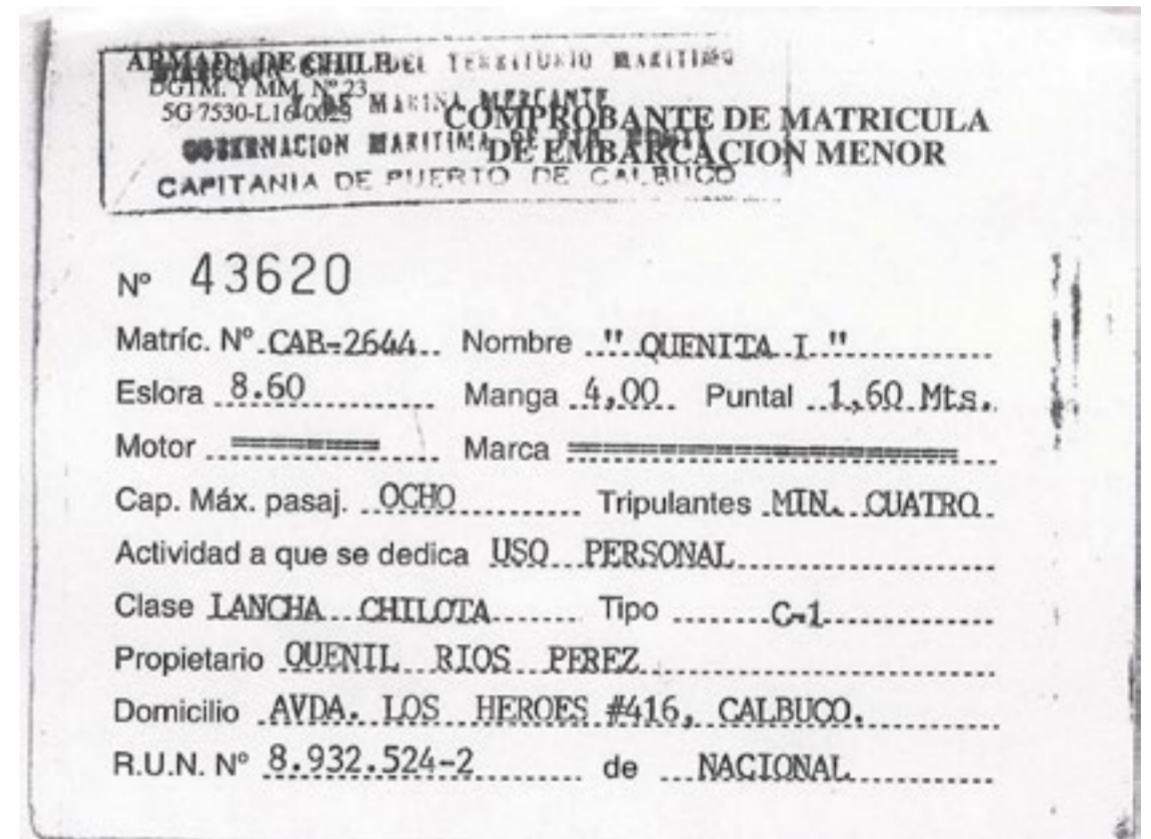
A su segundo sobrino también le pusieron el pegajoso nombre, Víctor Quémil. Hoy tiene 22 años toca y estudia chelo en Santiago. Y un último Quémil tiene 7 años y una severa epilepsia. Es el último de la estirpe de este nombre curioso.

Después de que Quémil Ríos murió repentinamente en Isla Quihua, en 1997, varios amigos tuvimos el precipitado encargo de llevar a pintar una cruz con su nombre. A un pintor de letras de embarcaciones le tocó la tarea. Al poco rato llegó con el encargo: Kemil con K. ¡Dios nos libre!

Corrimos por las calles empinadas con la cruz en brazos donde el pintor. La repintó. Y escribió esta vez: Quémil Ríos Álvarez. ¡Nooo! El segundo apellido era Pérez. Vuelta a correr donde el pintor. La misa de responso terminaba y nosotros secábamos la cruz con secador de pelo. Partimos detrás de la marcha fúnebre que serpen-

teaba tristemente por las calles de Calbuco bajo una llovizna a las cinco de la tarde.

Al otro día la cruz salió en primera plana del diario de Puerto Montt. Detrás de su tumba cubierta de barquitos de papel de colores. El titular decía: Sepultan a periodista muerto en incendio.



Matrícula de la Quenita I, a nombre de "QUENIL RIOS".  
(Foto [www.lanchaschilotas.com](http://www.lanchaschilotas.com))





La Quenita I.  
(Foto [www.lanchaschilotas.com](http://www.lanchaschilotas.com))

## HUELLAS IMBORRABLES DE UN MUCHACHO DEL SUR

Por Ruth Melgarejo

134 Fue, sin duda, su personalidad lo que lo hizo inolvidable. Llegó a Santiago a estudiar Periodismo sintiéndose un provinciano de corazón, dispuesto a mostrarle al mundo que la vida lejos de la capital tenía una magia única e incomparable que él había sabido descubrir y disfrutar como nadie. Decía con orgullo que era “hijo e’ paco”. Se vivían los años 80 y su hogar era una residencia para hijos de carabineros. Sin embargo, nunca ocultó su férreo pensamiento de izquierda, afincado en su altruismo y en su propia vivencia de la pobreza, aquella de la cual jamás se avergonzaría. Sus carencias le habían enseñado a vivir y ser feliz con muy poco; y de eso, sin duda, daba lecciones.

A poco andar, ya quedaba claro que su espíritu estaba marcado por

el esfuerzo, la perseverancia, la vocación de servir y por una evidente honestidad; el muchacho venido del sur era un hombre confiable y un amigo de verdad.

“Calbuco”, su lugar de origen, fue siempre su seudónimo. “El hua-so”, como le llamaban algunos, era un ejemplo de amor a su tierra y a su mar; a sus costumbres y a su gente. Con su cámara dejó registro de todo aquello que amó. Así, los atardeceres frente a la caleta, las lanchas chilotas, las sureñas casas de madera y los rostros curtidos de sus coterráneos, permanecen como imágenes imborrables, esperando que se cumplan para ellos los deseos de Quémil, un inolvidable soñador.

# *Rubén Bravo la Vega* (1 agosto de 1967 – 4 de noviembre de 2008)

## UNA LECCIÓN DE VIDA

Por Sandra Pizarro Catalán

Durante los años previos, su nascente vocación oscilaba entre el apasionante mundo de las noticias y la intrigante área de la medicina, que despertó su curiosidad desde pequeño, como hijo de padres practicantes en el Hospital Militar, donde los observó atendiendo pacientes y se deslumbró con sus historias.

Fueron las escaramuzas de la Guerra de Las Malvinas, en 1982, seguidas paso a paso cuando tenía quince años, las que determinaron a Rubén a estudiar Periodismo. Se devoraba cuanto diario o noticiario tenía a su alcance.

Definida la profesión, decidir en qué universidad estudiar no fue tema de discusión, porque hace años abrazaba a la “U” como el club de sus amores y, por ende, la Universidad de Chile debía ser su casa de estudios superiores.

Sin embargo, sin darse cuenta cayó una vez más en la encrucijada que marcaría su vida: tener más de una opción y cavilar mucho al respecto. Así, queriendo que fuera la Universidad de Chile su plantel, postuló en paralelo a la Universidad Católica. Y como varios de

nuestros compañeros, quedó seleccionado en la casa azul y preseleccionado para una prueba especial en la Católica.

### **Un pololeo de cinco años y matrimonio**

El primer día de clases, en 1985, me llamó la atención porque se reía mucho mientras conversaba con los novatos que empezaba a conocer. El segundo día nos encontramos en la esquina antes de llegar, nos reconocimos como compañeros y nos saludamos. Desde entonces integramos el mismo grupo de amigos hasta que, a fines de ese año, iniciamos un pololeo que cinco años más tarde nos uniría en matrimonio.

La fotografía fue su primera gran pasión dentro de la malla curricular y con su cámara Nikon llegó a La Tercera en 1986 llevado por el profesor Samuel Mena, reportero gráfico, para colaborar los fines de semana. Fue la puerta que más tarde se abriría para realizar allí su práctica profesional, en sectores como Política y Policial.

Continuó con un reemplazo profesional en el entonces Canal 11, cubriendo informaciones de Tribunales, durante el verano, hasta



En la playa de Las Cruces, en Ilimay, donde disfrutó y encontró paz.

que volvió a clases para descubrir otra de sus pasiones: la radio. El ingreso a ese mundo fue a través del profesor Gerardo Ayala y sus primeros y únicos pasos en ese medio los dio en Radio Agricultura, donde compartió la sala de redacción con Claudio Le Fort, otro de nuestros compañeros que nos dejó temprano. Pero esa emisora no representaba su visión política y emprendió nuevos rumbos hacia la prensa escrita. Se integró al Diario La Época, donde pudo hacer periodismo a sus anchas, entre 1990 y 1992.

Allí reportó el ámbito judicial y policial vinculado a los derechos humanos, particularmente a los hallazgos de detenidos desaparecidos durante los primeros años del gobierno de Patricio Aylwin.



En una conferencia de prensa junto a su colega Patricio Parraguez.

Se consolidó como reportero y a través de sus fuentes periodísticas y su reporteo minucioso, logró varios golpes noticiosos que le valieron un importante reconocimiento.

Cuando decidió cambiarse de diario, porque La Época comenzaba su declinación, tuvo ofertas de trabajo simultáneas en La Tercera, El Mercurio y Las Últimas Noticias. Decidir no fue fácil y en su determinación influyó en parte mi paso por este último medio cuando hice mi práctica profesional y me encontré con un grupo de colegas que me recibió muy bien, lo que esperaba se hiciera extensivo a él. Y fue así, con su jefe Manuel Vega (Q.E.P.D), su colega

y amigo, Patricio Parraguez, más el reportero gráfico Raúl Insunza, hicieron un trío inigualable que se ganaba portadas varios días a la semana. Otros colegas se fueron agregando al trío y compartieron almuerzos pantagruélicos en la picada de “Don Oscar”. (ver foto)

Tanto en La Época como en Las Últimas Noticias, Rubén investigó a fondo algunos asesinatos que causaron conmoción en ese tiempo, por sus ribetes político-policiales. Algunos de ellos los llevó a las páginas de un libro en el cual fue invitado a participar por el periodista Manuel Salazar: “Bajo Sospecha”.

### Un nuevo desafío: Medicina

LUN sufrió grandes transformaciones y los clics de su diario electrónico comenzaron a gobernar los temas. Rubén se hizo cargo del área de Salud, Ciencia y Tecnología, reencontrándose con una vocación dormida. A los 35 años comenzó a forjar la idea de dejar el periodismo e incursionar en medicina. Fueron largas jornadas de conversación antes de decidirse a dejar de ejercer el periodismo en los medios de comunicación. Al cumplir diez años en el diario y recibir la medalla de reconocimiento por dicho período, en marzo de 2003 presentó su renuncia y se abocó a su nuevo desafío, con clases de preuniversitario de por medio. Debió rendir la Prueba de Selección Universitaria (PSU), veinte años después de haber dado la Prueba de Aptitud Académica (PAA).

Su objetivo era estudiar Medicina en la Universidad de Chile, pero el puntaje era una valla muy alta. Buscó en las universidades privadas un proyecto de formación médica que lo interpretara, que rescatara el carácter humanista de la profesión y no se orientara a la superespecialización. Lo encontró en la Finis Terrae, donde recibió el apoyo de su decano y compañeros.

No conforme con dedicarse a estudiar una carrera con elevada carga académica, que solamente se imparte en forma diurna, quiso seguir vinculado al periodismo de una manera diferente, a través de la docencia. Lo hizo en la Universidad Las Américas, descubriendo una vez más otra de sus vocaciones. Preparaba cada clase con celo y dedicación, inculcaba a sus alumnos la importancia de estar informados, del reporteo o investigación rigurosa, de escribir bien y ser creativos.



Simultáneamente quería seguir siendo un padre y esposo muy presente, participativo en el colegio de sus hijos y en las reuniones familiares. Le fue robando cada vez más horas a la noche para rendir al máximo. Quería hacer todo bien.

Su cuerpo empezó a dar síntomas de agotamiento que no supimos interpretar, hasta que un resfrío lo obligó a ir al médico y descubrir un pequeño nódulo pulmonar que terminó siendo la primera señal de su cáncer.

### **Entereza, humildad, perseverancia**

El hallazgo, a sus 39 años, cuando se disponía a iniciar tercer año de medicina, sacó a la luz cualidades ocultas hasta entonces. Entereza, humildad, hidalguía, optimismo, perseverancia, gratitud, fueron algunas de ellas. Su vida desde entonces –más que nunca– fue una lección de vida para quienes lo conocieron de cerca.

Trabajó casi hasta el final de sus días, entregando a sus alumnos no sólo sus conocimientos, sino su experiencia de vida.

En nuestro matrimonio, consolidado y con muchos sueños aún por realizar, tuvimos dos hijos: Rubén, quien actualmente estudia Medicina y Claudia, humanista, a un año de entrar a la universidad. Claudia honra con su nombre a nuestra compañera de curso Claudia Araya, quien fue la primera en dejarnos apenas egresamos de la U, querida transversalmente por todos quienes integramos la generación del 85.

Así, Rubén Bravo La Vega tuvo hijos, escribió un libro y plantó más de un árbol conmigo, uno de ellos el damasco que aún tenemos en el patio de nuestra casa en La Florida, donde quedaron resonando para siempre su alegrías, sus penas, sus reflexiones, sus buenos deseos y sus grandes pasiones.



Junto al equipo policial de LUN en la picada de Don Oscar.

# Claudia Araya Palacios

## NUESTRA AMADA CLAUDIA Y SU TRASCENDER...

Por Mireya Seguel

138

Claudia Victoria Araya Palacios (1964-1992) legó a mi vida un día de marzo o abril de 1985, poco después del terremoto de aquel año, cuando nos conocimos en la famosa “caja de fósforos” de Diagonal Paraguay con Portugal, un pequeño edificio de la Universidad de Chile en el cual se ubicaba la Escuela de Periodismo aquellos años. De seguro, fue ella quien me habló primero, porque por aquel entonces yo era muy tímida y no me atrevía a abrir la boca frente a desconocidos.

Debe haberme dicho algo así como “oye, ¿tú también entraste este año a Periodismo?” y a continuación debe haber sonreído con ese bello gesto grabado hoy a fuego en mi corazón y que sin duda era lo más hermoso que ella tenía... Recuerdo bien que estaba dichosa porque tenía muy poca esperanza de entrar a la carrera debido a que su puntaje no había sido tan alto como el que tenían los primeros seleccionados, pero aquel año, como las vacantes habían aumentado al doble, la llamaron a su casa para que se matriculara lo que la tenía muy feliz.

### Vida universitaria

Claudia venía de haber estudiado dos años de Tecnología Médica en la Universidad de Talca y no le había gustado. Me dijo que le pa-

recía una profesión muy fría y que su interés estaba más en ayudar al prójimo y que por eso Periodismo le parecía la mejor opción. Además, quería ver el mundo, conocer mucha gente y descubrir lo que la vida tenía por entregarnos a todos los jóvenes en aquella convulsionada época de nuestra historia.

Por eso, decidió dar la Prueba de Aptitud Académica de nuevo para ser periodista y porque le fascinaban las historias que le contaba acerca de esta profesión su vecino en la comuna de La Granja, Eduardo Sepúlveda, hoy editor de Deportes del diario La Tercera. Todo eso me lo dijo de una sola vez la Claudia y desde ese minuto ambas nos hicimos inseparables pues de inmediato ella me regaló su amistad y yo le regalé la mía. Quedamos en caminar juntas todos los días hacia el paradero de la micro desde la escuela hasta Teatinos con Alameda, donde afortunadamente coincidía nuestra locomoción colectiva. Allí, en más de una ocasión nos pillaron las protestas y un par de bombas lacrimógenas que nos sacaron muchísimas lágrimas de indignación.

Con el paso del maravilloso tiempo en que ella fue parte de mi vida, se convirtió en mi mejor amiga e incluso a veces casi en una madre

quien me consolaba y me abrazaba cuando yo estaba triste. Pero Claudia no solo era así conmigo sino con todas las personas que conocía, porque junto con esas ganas de vivir a concho su existencia, su bondad era infinita, y eso hace que todos sus compañeros la sigan amando y recordando hasta hoy.

Mi amiga tenía una orientación al servicio que no he vuelto encontrar en nadie más y era tan buena, que incluso a veces la pasaba muy mal por eso. Como aquella vez en que luego de ver caer a una señora por las escaleras de la estación del Metro, se quedó acompañándola y la tuvo que llevar a la Posta. Al otro día me contó la odisea que había pasado porque no tenía ni un peso en el bolsillo –como muchos de nosotros– y había tenido que volverse de madrugada en taxi a la casa. Le salió un dineral y al llegar, tuvo que despertar a sus padres para que le dieran plata y poder pagar el auto, llevándose de paso un reto de don Ángel, su estricto papá, por andarse metiendo en esos enredos.

*“Recuerdo una sonrisa de labios y ojos amables y pensativos que reflejaban su instalación feliz en el mundo, siempre dispuesta a comprender y ayudar. Hoy debe estar mirando curiosa la evolución de nuestras vidas, pensando cómo nos puede echar una mano sin que se note y meditando dónde será su próxima aparición en la tierra (me emocionó acordarme de ella)”*, dice mi ex compañero Mauricio Tolosa coincidiendo plenamente con lo que yo pienso de mi Clau.

Mauricio fue uno de los tantos amores platónicos de mi amiga, igual que los hombres de raza negra que me hacía perseguir a veces por todo el centro porque le fascinaban y que se nos escabullían entre sonrisas y cansadas y transpiradas carreras llenas de bolsos...

*“Una vez me dijo que admiraba a las personas de raza negra y que le gustaría pololear con alguno”*, me cuenta Osvaldo Domínguez, una de las personas con quien ella sostenía conversaciones en la Escuela de Periodismo.

*“También recuerdo que una vez sus papás le regalaron un poco de dinero para su cumpleaños y mi polola de ese entonces (Soledad Lavados) la llevó para que conociera un mall (creo que el Parque Arauco, que fue de los primeros) donde quería comprarse algo. A ella le*

*gustó mucho el mall y estaba muy impresionada por lo grande y bonito que era”*, agrega mi ex compañero.

## Trabajar

En el segundo año de la carrera, de mano del profesor Samuel Mena, Claudia y yo sentimos el llamado de la fotografía y, tal como todo lo que ella hacía, le puso mucha pasión a sus infinitos clics y capturó todo lo que le interesaba. En ese entonces, yo era algo así como su modelo experimental y ella era la mía; por eso, mutuamente nos sacamos unas fotos maravillosas que conservo hasta el día de hoy como un verdadero tesoro.

Con la fotografía, comenzamos a trabajar y no paramos más. Junto con eso nos dio por ponernos a tejer. Íbamos juntas a comprar lana al centro y luego a su casa a tejer y a estudiar, lo que me permitió conocer a su padre, a su madre –que más encima se llamaba igual que yo, pero con Il (Mirella)- y a sus dos hermanos, a quienes ella amaba y respetaba infinitamente.



Claudia Araya Palacios

Pero en tercer año, ella dio un giro y se puso a hacer la práctica de Radio en la naciente Radio Gigante. Pronto me invitó a acompañarla y era trabajo de frentón. Hasta allá llegamos gracias al editor de Noticias y nuestro profesor del ramo, Gerardo Ayala, quien señala que *“si bien ya han pasado muchos años, más de dos décadas desde que trabajamos juntos y desde que la tuve como alumna, lo primero que me viene a la mente cuando recorro el pasado es la bondad y prolijidad de Claudia”*.





Claudia, sentada sobre el escritorio, en plena jornada laboral.

140 *“En el ámbito profesional, ella siempre demostró mucha dedicación por las tareas que se le asignaban. Ese cuidado y preocupación por hacer bien las cosas, la manifestó siempre, ya sea en una pequeña tarea o en una gran responsabilidad. Ponía la misma dedicación, en escribir un boletín o en preparar una entrevista a algún importante personaje”,* agrega Gerardo.

*“Su bondad no le impedía ver la injusticia a la que arremetía con fuerza. Claudia era una mezcla de fragilidad y fortaleza. Era delicada, pero al mismo tiempo ruda con aquellas cosas que le molestaba de sobremanera, como la injusticia y la deslealtad”,* concluye.

### **Amor eterno**

Fue precisamente en la Radio Gigante donde la Claudia se enamoró de verdad y dejó de perseguir sueños, volviéndose inseparable del radiocontrolador Guillermo Ramírez. Comenzamos a estar menos tiempo juntas, lo que se acrecentó luego que ella se pusiera a colaborar los fines de semana en la Radio Cooperativa donde el editor de aquel entonces –de cuyo nombre no quiero acordarme– nunca quiso contratarla.

Se enamoró de Guillermo y se casaron. Comenzaron a vivir juntos y pronto quedaron embarazados de Paula, quien hoy debe tener 22 años. Con su bebé, también nos enteramos de su lupus y fue así como comenzó su intenso afán de contrarrestar la enfermedad porque era una luchadora. Tuvo un par de crisis, pero aun así, quería hacerlo todo y por eso también luego de convertirse en madre, a pesar de su debilidad, siguió ejerciendo el periodismo. Cargaba las enormes grabadoras de ese entonces en su hombro derecho y estas le hacían dolor todo el cuerpo caminado mucho más de lo que su organismo podía soportar. También llevaba en brazos a su hijita, pese a que tenía prohibido hacerlo...

Lamentablemente esto le pasó la cuenta en marzo de 1992 y cuando la pequeña Paula tenía un año de edad, tras una larga agonía que nos desgarró el alma a todos quienes la amamos, mi querida Claudia falleció a los 27 años, transformándose así en la primera gran pérdida de nuestra generación.

Han pasado ya 21 años, pero con certeza puedo decir que Claudia sigue viva entre quienes la conocimos y amamos..., y que por eso si bien no logró trascender en el Periodismo, sí logró hacerlo a través de todos quienes la conocimos.

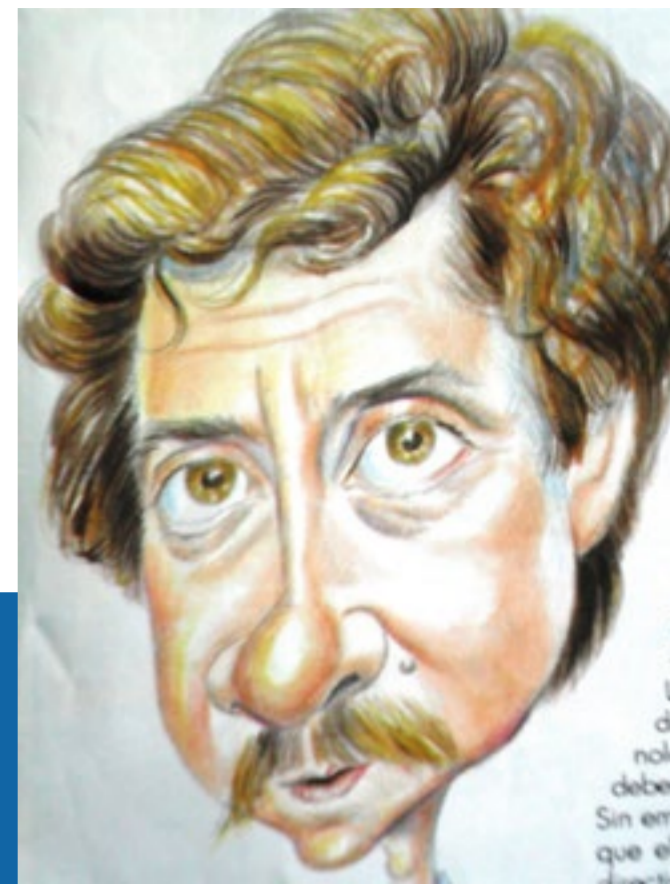
Para mí particularmente a través de las fotos que siempre miro cuando estoy triste para sentir su energía. También en su hija Paula, quien ha sido el consuelo de sus padres desde que ella partió. En su honor, mi hija mayor lleva –igual que ella– como segundo nombre el de Victoria y la de Sandra Pizarro –otra amiga y compañera– el de Claudia.

Para sentirla conmigo ante el desafío de escribir estas líneas, visítame –como hago siempre que puedo– el lugar donde descansan sus restos en el Cementerio Metropolitano para sentir la fuerza que a pesar de su ausencia sé que sigue entregándome. Así como a todos los periodistas de nuestra generación de la Universidad de Chile, porque ella siempre fue y será la luz que nos guíe.

## Jaime Valdés Concha

# EL ROMÁNTICO QUIJOTE DE PUTÚ

Por Juan Esteban Lastra



Un Quijote romántico, luchador y justiciero.

“Respetaba tanto a los niños como a los ancianos”..

La afirmación melancólica es de doña Marina Concha, mamá de Jaime Valdés. A los 88 años lo recuerda con mucha nostalgia y pena. Era su hijo mayor de cuatro hermanos. Fue el único hombre. Se fue sin despedirse.

Sentada en el antejardín de su casa post terremoto del 27/F, teje y teje hundida en sus recuerdos y pensamientos, cuidada por Flor en el día y su sobrina Ana por las noches, en su Putú natal en la Región del Maule, a 25 kilómetros de Constitución. Putú es un poblado agrícola y legendario. Situado en un punto de la antigua ruta por la cual circulaba Lautaro con sus huestes. Los antepasados de aquella época eran promaucaes, habitantes pacíficos que fueron leales al líder mapuche y a su tierra.

Con esa historia, entre pinos, chacras, dunas y playas nació Jaime Valdés un 3 de octubre de 1952. Y el 25 de julio de 1997 partió abrupta y definitivamente en Santiago. Vivió 44 años. En las más de cuatro décadas sembró como ninguno. Hizo una huella imborrable entre su familia, amistades, compañeros y quienes lo conocieron.

La primera vez que lo vi estaba solitario en el patio de la Escuela de Periodismo del Campus de Economía. Esa casona ubicada a un par de cuadras de la Plaza Italia, en la calle Belgrado. Hoy lleva el nombre de José Carrasco, periodista que fue asesinado por la dictadura. Jaime lo admiraba.

Alto, delgado, desgarbado, chascón y un bigote descuidado, me llamaron la atención. Le hablé porque era de mi generación. Es decir, mayor que los compañeros habituales de la Escuela de Periodismo. Me contó que venía de Arquitectura, pero que había dejado la carrera porque no le había gustado. Estuvo cuatro años. La verdad fue que dejó la carrera porque le salía muy cara y no podía seguir solventando los gastos que significaban los materiales.

Entonces volvió a dar la Prueba de Aptitud Académica y quedó en Literatura, pero al año se cambió a Periodismo. Comenzó en 1979 y egresó en 1984.

Antes, en 1971 había ingresado a Veterinaria en Valparaíso.





En familia, con su esposa y sus dos hijos.

Aguantó un mes y no le gustó. Como había quedado en lista de espera en Economía de la Universidad de Chile, de Valparaíso, se cambió. Duró un semestre, trasladándose a la Universidad de Chile de Santiago. Hizo sólo el segundo semestre y se retiró. Se metió a estudiar dibujo técnico a un instituto profesional. Dio por segunda vez la PAA, y entre 1974 y 1977 estudió Arquitectura en la casa de Bello, en la casona de Portugal con Diagonal Paraguay.

Cada carrera que eligió tuvo su justificación por muy diversas que aparezcan. Quiso Veterinaria para ayudar a los animales, pasión que nació en su natal Putú, donde vivió hasta los ocho años. Economía fue para conocer las fórmulas para gastar menos y ahorrar. Entró a Arquitectura para saber construir casas e ir en ayuda de los que no la tenían. Y Periodismo para dar a conocer lo que pasaba en la sociedad.

Con sus padres (Jaime y Marina) y sus tres hermanas, tomaron

maletas para vivir en Santiago. Fue en 1960. Llegaron cerca de la plaza Bogotá, en el barrio de Avenida Matta con Sierra Bella. Su padre era mueblista. En la capital le habían ofrecido un interesante trabajo en una fábrica familiar, pero a los meses postuló al Ministerio de Obras Públicas y trabajó allí hasta jubilar. Fue sindicalista de la Caja del MOP hasta después del golpe militar.

La vivencia de su padre con pensamientos socialista en la administración pública, llevó a Jaime a leer muchísimo sobre el socialismo y el comunismo. Fue alimentando su intelecto que brotó con las primeras letras del silabario en la escuela pública de Putú. Aprendió a leer antes que sus compañeros. Libros y diarios que llegaban a su casa de campo, los devoraba.

Con su conversación pausada, voz suave, ademanes amables y una sonrisa dulce, fue conquistando amigos y corazones en su tierra, entre ellas su única esposa y mamá de sus tres hijos varones (Amaranta es de otra relación), María Cristina Schulz, profesora. Con los años se separaron, pero nunca se enemistaron, creciendo entre ellos Juan Salvador (por la fábula del libro Juan Salvador Gaviota), Luis Emilio (por Luis Emilio Recabarren, el padre del movimiento obrero nacional revolucionario de izquierda), Amaranta (por Cien Años de Soledad y una de las protagonista, la hija menor de José Arcadio Buendía, y por el color de la bandera comunista) y Víctor Ernesto Agustín (por Víctor Jara, por Ernesto Ché Guevara y Agustín por el abuelo materno).

La primaria la continuó en la capital, siendo uno de los mejores alumnos hasta llegar al Liceo Manuel Barros Borgoño, en calle San Diego, muy cerca de Franklin, en el Santiago viejo. Estuvo entre primero y sexto de Humanidades (séptimo básico a cuarto medio de hoy), saliendo con honores y ofreciendo el discurso final de tres carillas y escrita perfectamente a máquina, como el mejor de la promoción.

### **Discurso a los 18**

Vale destacar el discurso donde deja de manifiesto sus claros pensamientos y su proyección como hombre de bien. En ese mes, el gobierno de la Unidad Popular de Salvador Allende llevaba sólo unos días:



“Hoy, es simbólico, que en este 20 de diciembre (de 1970, con 18 años) que corresponde al último día de una de las estaciones más hermosas de la naturaleza, en que cada flor preparó sus suaves formas para verse convertida en fruto, toda una generación avanzó, también, hasta completar su ciclo de maduración y asistir en un futuro próximo o lejano a ver convertirse en firmes estructuras las frágiles formas pistilares de aquella flor nacida en esta tierra tan maravillosa que es la formación educacional liceana.

“Es hoy, la culminación de una etapa estación de nuestras vidas, de la bella época de liceo, cuyo nostálgico recuerdo nos la traerá mañana, rodeada de ensueños y de adolescentes ilusiones. Para nosotros la significación de este instante es inmensa, porque no han llegado hasta aquí solo las ansias, los esfuerzos, y las angustias de un grupo de jóvenes, sino que junto a ellos otros seres sienten, sin duda, la alegría del triunfo y la ansiedad del mañana. Y ellos son nuestros padres y son nuestros maestros.

“Queridos padres: Este acto está simbolizando el término de una etapa de vuestra lucha; está simbolizando un descanso en vuestra lucha. Es como el momento en que el pintor se aparta de su obra para contemplarla desde lejos y ver desde allí como va quedando. Desde ahora las pinceladas serán diferentes; ellas serán las de conclusión de la obra que ya comienza a existir independiente de su autor.

“Estamos en presencia de nuestros progenitores como símbolo de otro ciclo que pertenece a otro eslabón de la cadena humana de la cual también somos parte; y estamos ante ellos como respuesta de que hemos cumplido en este paso hacia la formación del hombre. En este aspecto les decimos a los apoderados que siempre estuvimos y estaremos conscientes de cumplir su pensamiento, de cumplir sus sueños, y por qué no decirlo, sus ambiciones.

“Nuestros padres, aquí presentes, se formaron bajo moldes diferentes, pero la sociedad avanza y, hoy, nosotros venimos a ser como la ampliación del sus brazos, como la realización de sus anticipaciones. En esta etapa, padres y apoderados, les decimos sinceramente que hemos cumplido. La confianza puesta en nosotros fue realizada y este acto que es una estación de llegada es, al

mismo tiempo, una estación de partida”.

Con su prosa brillante, atraía la atención de sus compañeros y la mirada de las chicas. A los 18 años ya pertenecía a las Juventudes Comunistas, la popular JJ.CC. Sus pensamientos los deslizaba en el discurso de despedida.

“Estimados maestros: Para ustedes una nueva generación cruza ante sus ojos el umbral decisivo. En ella va parte de vuestro ser. En ella van las alegrías, las ambiciones, las esperanzas de quien ve ir parte de su ser más allá de control.

“Nuestras palabras para ustedes no serán de agradecimiento. No es nuestra intención agradecer formalmente. Presente está en nosotros la frase nietzscheana: *Mal corresponde con su maestro quien no deja nunca de ser su discípulo*. Y es por esto que ahora, de manera autónoma nos corresponde continuar la obra cuyos cimientos están en la labor formadora de ustedes, maestros, en nuestro liceo. El reconocimiento de esta labor será dado en la medida que sean nuestros pasos capaces de ser guiados por la senda constructiva y enaltecedora, en la medida que la parte que nos corresponde edificar dé prueba de la solidez de sus bases sobre la que está cimentada. Y ese será nuestro agradecimiento. “Maestros, compañeros: Quisiéramos que, juntos, reflexionáramos sobre la etapa hasta hoy vivida, su significación en nuestra existencia”.

Jaime Valdés estaba feliz con la nueva etapa que él y el país vivía. Iniciaba un nuevo camino pavimentado por un ideal que había cultivado desde niño.

“¿De qué manera fue orientadora para al camino que ahora debemos recorrer? ¿De qué manera fue nuestro liceo el formador de nuestra personalidad, el crisol en que se fundiera nuestra alma, nuestra alma de hombre naciente incluido, desde ya, en un mundo, en una realidad convulsa y cambiante ante la cual nuestros ojos se enfrentaran con asombro? En una realidad en donde las falencias sociales, políticas, culturales, científicas, filosóficas sufren cambios fundamentales que indican la renovación incesante de condiciones de vida que van cada vez en pos del progreso y el bien de la hu-

manidad. Ante esto, ¿De qué manera podrá el Liceo seguir siendo lo que fue en la formación de las nuevas generaciones? y ¿De qué forma seremos nosotros jugadores de un rol preponderante en su renovación? Porque, a decir verdad, el Liceo no ha terminado, hoy, en nosotros. Él entregó todo lo que le fue posible dar; ahora, es a nosotros a quienes corresponde entregar su cuota de creación y de compromiso. ¿En qué medida seremos capaces de ello y de su aplicación en el Liceo para que éste se levante por sobre sus carcomidos muros hasta la nueva luz del pensamiento y de la vida?”

Además, en sus palabras juveniles, que más parecían de un político avezado, hubo sensibilidad profunda a compañeros y profesores que ya no estaban quizás por qué razón, pero que Jaime no olvidó.

“Antes de terminar queremos que nuestras últimas palabras sean para aquellos que partieron junto con nosotros, pero que ahora no están aquí, para aquellos que quedaren a lo largo del camino y que hoy, como la mayoría de los que egresan tienen, también, 18 años. Al final de esta etapa es triste comprobar que faltan en nuestro jardín muchas flores que se marchitaron antes. ¿Fue la furia de los elementos quien las agotó o los cuidados de los jardineros fueron impotentes para lograr el término normal? No lo sabemos, pero en este momento queda en nosotros la sensación de que a nuestro lado faltan brazos, faltan pies o faltan rostros muy queridos y hacia ellos nuestra angustia o una especie de agonía, porque la no-realización es agonía. Que maravilloso si estuvieran aquí, pero los sabemos muy lejanos.

“Queremos también, que este acto sea un homenaje a la memoria de aquellos maestros que se fueron, a aquellos maestros cuya existencia se prolonga a través de la llamita de sabiduría que en cada uno de nosotros supieron encender. Para ellos, en esta hora, todo nuestro recuerdo”

Y concluye con un cierre inesperado para la concurrencia, algo que nadie imaginaba:

“Queridos maestros, estimados compañeros: comprendemos, ahora lo triste que es despedirse, más aún, de algo que se quiere mucho. Es la hora en que inolvidables recuerdos cruzan por la mente y, a medida que se hacen mayores, más grande es ese clamor interior

que nos dice; no, esos momentos no han terminado, ellos siguen existiendo aquí en mi corazón de borgoñino. Ahora ha llegado el instante de despedirnos de nuestro viejo liceo, que, también hemos sentido como un maestro de estilo diferente, comprensible solo al alma liceana; abandonar su estructura pétreo, su frontis de ladrillo, sus aulas, sus patios, su gimnasio. Serán otros los árboles que nos ofrezcan su sombra generosa, otras las estructuras pétreas que nos cobijen. Mas la partida se nos presenta tan poco real como si separarnos de algo que formamos parte fuera un imposible, como si la unidad de una familia fuera infinita, como si el libro abierto nos siguiera esperando sobre el pupitre de clases.

“Hay en nuestra conciencia una fuerza superior que se resiste a comprender que ha llegado la penosa hora de decir adiós, y ella es quien nos habla, escuchad su voz:

*“Oh, que terrible es el recuerdo vivo,  
es como morir; no es irse del lugar querido  
es irse de uno.*

*Mañana nos tendrán en la memoria y  
en el sitio vacío.”*

### **Quijote y poeta**

Su alma de poeta ya estaba presente a los 18 años. Las lecturas de Pablo de Rokha habían dejado su impronta. Los versos de Pablo Neruda, también, los que recitaba a las chicas que le gustaban. Así conquistó a su prima que luego fue su esposa, María Cristina, profesora básica.

A la universidad llegó con una gran vocación social y con la idea de ir en ayuda del prójimo, quedando finalmente en Periodismo ya maduro y como militante del Partido Comunista. De la época universitaria en Periodismo, quedó el siguiente documento, un trabajo típico de la clase de redacción del profesor Raúl Muñoz, donde en ese entonces la alumna Andrea Villalobos, retrató a Jaime Valdés con el título “Él”:

“Se le puede ver en la *cafeta* de la escuela, siempre frente al infaltable cafecito y rodeado de compañeros (y las piernas cruzadas). Todos se pelean por escucharlo... En muchas cosas es el más de la Escuela: es el más viejo, tal vez el más alto; pero por sobre todo...

el más preocupado por el qué somos, por qué somos, de dónde venimos y hacia dónde vamos. Es como uno de esos sabios de la antigua Grecia, que reflexiona en cualquier parte y en todo momento, siempre expresándose con un lenguaje llano, directo, sin palabras complicadas. Y no es que sus filosofadas sean un poco profundas; ¡todo lo contrario!... En clases, sea ésta de la onda filosófica o de aplicación de ciencias, siempre levanta la mano, se retuerce el bigote colorín y habla durante largo rato. Muchas veces los profes y compañeros no lo entendemos... es una lástima”.

En un trabajo similar de Redacción II, el también alumno Rodolfo Arenas, tituló “Un Quijote tranquilo”:

“Destaca a primera vista por su estatura. Luego uno empieza a fijarse en sus maneras suaves y su voz tranquila. Tras un acercamiento se destaca con claridad su extraordinaria inteligencia y madurez. No parece un estudiante universitario. Demasiada edad, aire descuidado, escasa asistencia, más poeta que periodista... y sin embargo es el más universitario de los que estudian en la Escuela... Todo el curso se agita, la discusión se acalora poco a poco, y el Quijote levanta su mano para acotar: *bueno, no sé, me parece que...* y suelta unas verdades que terminan en mí, toda duda. Parece tener la humildad del que lo sabe todo. Un quijote bien puesto en la tierra, con el realismo de Sancho y con la melancolía de ambos. Quijote por su triste figura y por la convicción con que defiende sus ideas, un Quijote tranquilo”.

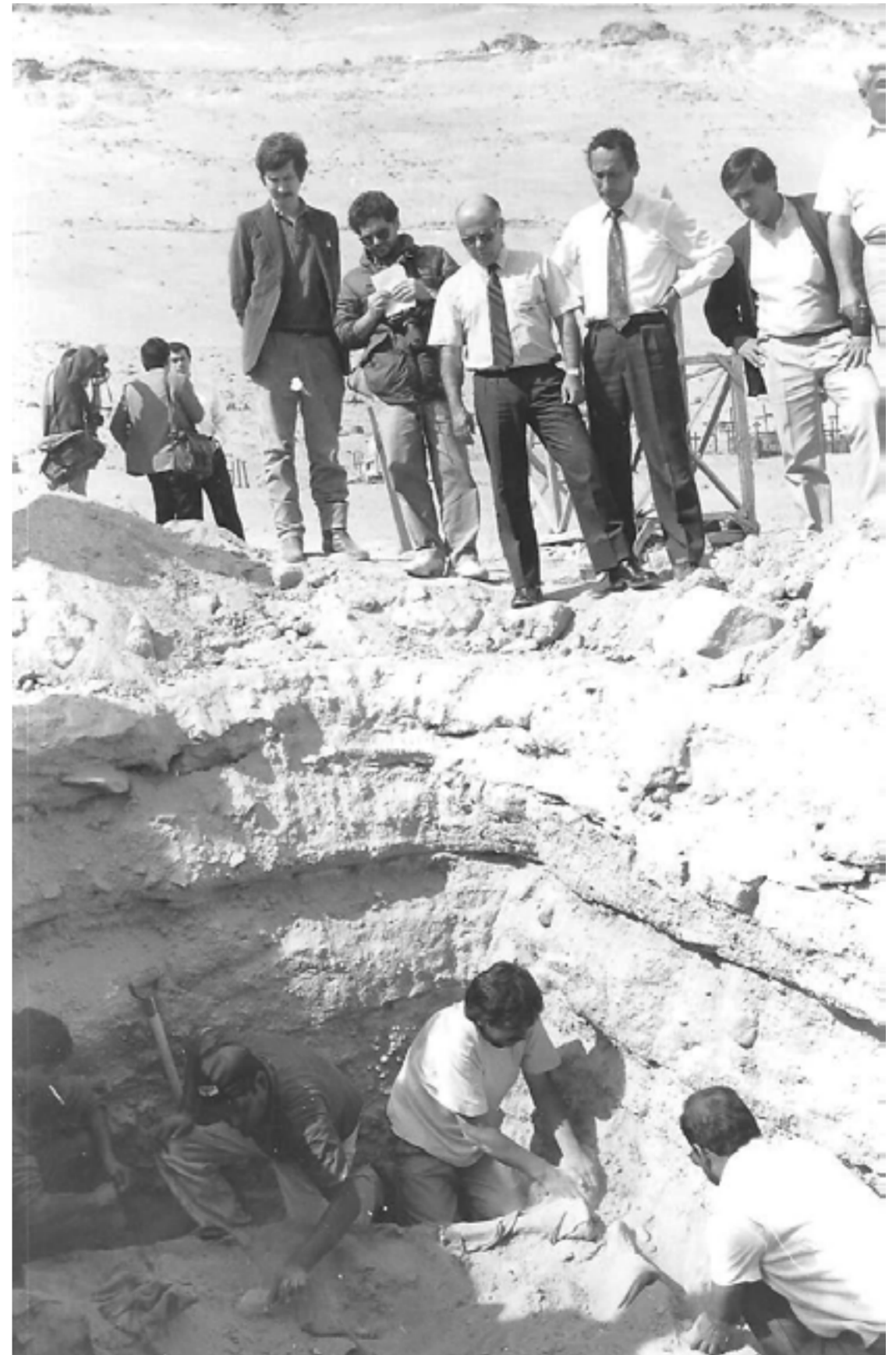
En plena carrera universitaria, Jaime se consideraba un aprendiz de poeta. En su diaria lucha quería ver la luz, quería ver el sol. Para él la poesía iba unida con los pasos de la vida. “Para hacer poesía hay que estar vivido o ¿bebido? Si sólo se vegeta y se cumple con la rutina administrativa y establecida y nos olvidamos de nosotros mismos, difícil será hacer poesía. Es una actitud ante el mundo, un mirar enamorado, y es necesariamente un compromiso”.

Jaime pensaba que la poesía tenía que ver “con lo nuestro –el día a día– con el pan, el trabajo y el amor. No es un traje que nos ponemos, ni una profesión, ni un título. Es una lucha cuerpo a cuerpo... Así estamos en medio del mundo, con la mitad del cuerpo

en el barro y la otra mitad en el cielo. Con miserias y estrellas. Rodeados de hombres que padecen, que luchan y pasan indiferentes. Con besos y gotas de sangre. Nada de esto es ajeno a la poesía, que es sabia y crisol”, decía a los 27 años.

## Rodriguista

Una vez que egresó de Periodismo, hizo la práctica en *Las Últimas Noticias* (1983). Luego trabajó en las revistas *APSI*, *Análisis*,



En Pisagua. Cubriendo la información de la masiva tumba de detenidos-desaparecidos.



*Síndrome del Niño Agredido y Hoy. Radios Santiago, Cien y Cooperativa. Diarios El Rodriguista, Fortín Mapocho y La Nación.*

Pocos, muy pocos, sabía que era un insigne colaborador de El Rodriguista. Obviamente era un anónimo. Siempre estuvo cerca y en contacto con el Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Fue un importante ayudista y colaborador. Su hijo cineasta Luis Emilio, recuerda:

“Éramos chico. Una noche mi papá llegó con un amigo que de día no estaba en la casa, pero sí aparecía por la noche. Junto a él comíamos de todo y tomábamos bebidas. No entendíamos mucho, pero lo pasábamos bien”.

Hoy, ya adulto, cuenta que ese *amigo* fue uno de los fugados de la “Operación Éxito”, que ocurrió la noche del lunes 29 de enero de 1990 desde la Cárcel Pública que se ubicaba entre las calles General Mackenna con Balmaceda y Teatinos, donde ahora existe el edificio de Emos. Fueron 49 los fugados, uno de los cuales se quedó sin apoyo, y que Jaime Valdés ayudó, refugiándolo por un par de semana en su casa de la comuna Pedro Aguirre Cerda.

“El *amigo* dormía de día en un fondo falso de la casa y de noche salía. Mi papá, como había estudiado arquitectura, construyó la casa ayudado por compañeros de la universidad, creando un doble fondo en el piso de la casa, donde dormía el fugado”, cuenta Luis Emilio como anécdota.

Jaime entregaba todo por la causa del partido y luchó por los derechos humanos hasta el final de sus días, aunque terminó decepcionado de la mayoría de sus compañeros de partido tras instaurarse la democracia en el país. No compartía que varios de ellos vivieran como ricos y se olvidaran de su pasado, de la filosofía y del espíritu social que indicaban las bases del comunismo.

Es más, cuando fue despedido de La Nación en enero de 1997, se asoció con un argentino que pertenecía al Partido Comunista. Compraron tres autos cada uno. Jaime y su pareja Claudia Saavedra solicitaron un crédito y sumaron los ahorros que tenía para la compra. A los meses, desaparecieron los autos y el compañe-

ro. Este hecho acentuó su depresión. Había que cumplir con los compromisos bancarios y ya no había caja para ello.

### **Jorge “Gato” Escalante**

Uno que conoció en el terreno del reporte a Jaime Valdés, fue el “Gato” Jorge Escalante. El periodista y escritor recordó a su colega y amigo:

“Apenas finalizada la dictadura, en junio de 1990 fue descubierta la fosa clandestina de la caleta de Pisagua. Desde febrero de 1987, yo trabajaba como periodista en el diario opositor al régimen de Pinochet, *Fortín Mapocho*. Me correspondió por Fortín viajar a Pisagua a cubrir el hallazgo de la fosa.

Ahí conocí a Jaime Valdés. Nos conmovimos juntos ante el hallazgo. Uno a uno iban apareciendo los 19 cuerpos momificados. Aún mantenían el rictus del horror en el rostro y los orificios de las balas.

Pero Jaime estuvo siempre más emocionado. Quizás yo estaba ya más curtido por mi experiencia anterior de una larga prisión política.

“Después reencontré a Jaime en La Nación en 1993 cuando llegué a trabajar a ese diario. Conversamos muchas veces acerca de lo que vivimos en Pisagua. Hasta hoy, ha sido la única fosa clandestina en la que se ha descubierto cuerpos que permanecían desaparecidos. Digo, hallazgo masivo. Pero sobre todo, lo que más nos impactó fue el estado en que aparecieron esos cuerpos. Era como si aún estuvieran vivos, disecados.

“Conociéndolo más en La Nación, me convencí de que Jaime vivía un drama interno no superado por todo lo ocurrido tras la instauración en Chile del terrorismo de Estado. Pasaba por etapas buenas y malas. Su estado emocional era muy cambiante. A veces parecía que lo único que quería era borrarse del mapa y que para él todo ya era irrelevante. Pero su fuerza la mostraba en su trabajo periodístico. Siempre moviéndose de un lugar a otro por el país, buscando pistas que condujeran a más cuotas de verdad sobre lo acontecido en la larga noche del terror militar.

“Varias veces nos encontramos en los mismos temas. Nos *pisamos la cola*, como decíamos, porque yo también andaba detrás de lo mismo. Esas *pisadas de cola* siempre las resolvimos con una buena broma y un abrazo.

“Quizás para alegrarse la vida, Jaime usaba un pequeño payaso de metal colorido prendido en la solapa de la chaqueta. Pero el payaso no le resolvió su crisis. Lo vi como poco a poco se iba desmoronando su alegría de vivir. Hasta que una mañana nos llegó la amarga noticia. Había resuelto poner fin a su vida. Yo siempre consideré una cobardía el suicidio. Pero a partir de ese instante que me tocó tan de cerca, comencé a cambiar de opinión lentamente.

“Aún creo que la maldición de la vida hay que enfrentarla con fuerza en cualquier circunstancia. Pero desde hace un tiempo arribé a convencerme que a veces los seres llegan a un estado en que el túnel es demasiado oscuro y largo, y no hay más luz al final. Ese es el instante en que hay que tener la valentía de quitarse la vida para acabar con todo y partir para siempre. Para siempre, porque si no crees en la otra vida, como yo no creo, esa partida es para siempre. Eterna. Es el final de finales”.

### **Sindicalista**

Jaime tenía muchas virtudes. Pero por sobre todas, servir a la sociedad, a sus pares. Por ello no dudó cuando le insinaron que postulara a la presidencia del Sindicato N° 3 de Periodista en La Nación. Fue elegido para el período entre 1993 y 1996. En ese lapso convocó a la huelga para mejoras salariales y materiales para sus socios.

En 1993, en la sección Punto de Vista de la revista *Nos Otros*, la periodista Claudia Sánchez describe así a Jaime: “Delgado, pálido, algo nostálgico y con una cierta mirada de poeta romántico. Es un periodista idealista por donde se lo mire. Sensible a los problemas que invaden al hombre contemporáneo, un Quijote que lucha por lo que cree justo. Con voz suave y algo misteriosa cambia drásticamente cuando le toca representar a los trabajadores en las innumerables asambleas. Allí se vuelve enérgico y clarificador”.

Hasta ahora se han escrito tres perfiles de diferentes personas en distintos períodos y lugares, y los tres tienen grandes coincidencias en la forma de ser de Jaime.

Profundo en sus convicciones, Jaime Valdés tenía una mirada clara sobre la justicia, de la que decía “toda resolución de conflictos que se dan entre seres humanos tiene por centro la justicia. La justicia debería regir la vida. La justicia entendida como verdad, lo justo como lo equilibrado”.

En ese tiempo de álgida actividad conoció a su última compañera de la vida, la periodista Claudia Saavedra, quien fue un bastión en sus años en La Nación y cuando salió del diario en enero de 1997. La también técnico bibliotecaria, escribió:

“Cuando me piden pensar en ti (Jaime), surgen recuerdos, sólo recuerdos, muchos recuerdos, con tu partida se acabaron el presente y el futuro, sólo quedó el pasado. Porque ya no estás, no quisiste. Fuiste un compañero de grandes luchas, imposibles muchas de ellas, pero que siempre persististe en darlas. Nada fue en vano. Sembraste, aunque no lo puedas ver. Algunas cosas de hoy te gustarían, como la transparencia, el surgimiento de la ética en el funcionamiento de las instituciones, en la política, lo que siempre motivó tu accionar en la vida. Otras te harían rascar la nariz. Pero lo importante es recordarte como el gran humanismo que poseías, un humanismo que te hacía estar cerca de la gente, que te respetaran. Pasos que quise imitar pero no sé si con tu mismo éxito. Dejaste grandes recuerdos entre todos. Dejaste grandes dolores, pero siempre –en lo personal–, siempre retendré en mi corazón tu gran capacidad de amar, tu carácter acogedor, tu irrenunciable amor a tus hijos. Tu pasión por vivir, mientras quisiste hacerlo”.

### **Conquistador**

Finalmente, fue Claudia el hilo conductor para encontrar a su familia y a sus más cercanos luego de 18 años de su partida. Su única esposa, sus hijos, primas, amigos cercanos y su mamá pudieron hablar de alegrías y tristezas, de las historias, anécdotas y frustraciones de Jaime.

Personalmente con Jaime Nos conocimos en la Escuela de Periodismo a inicios de los '80. Nos conectó Arquitectura porque había sido compañero de un pariente y luego trabajamos juntos en La Nación por siete años. Compartimos turnos, mesa en el casino y más de una botella de vino tinto en las fiestas del diario y en el restorán Guima, en la esquina de Teatinos con Huérfanos. Siempre había un motivo para conversar, donde las mujeres fueron nuestro tema principal. Jaime era un conquistador nato. Siempre fino y elegante, sagaz, como un puma para acechar a su presa. La mejor anécdota la explica su hijo Luis Emilio.

“Una noche fuimos al cine Normadie de Alameda, cerca de Plaza Italia. Yo era un niño de unos 12 años. No recuerdo la película, pero sí a mi papá que le gustó una niña con la cual intercambié unas palabras y en un rato la enganchó. Lo vi en acción y con éxito, pero no me gustó. Fue una sensación rara, pero él era así”.

Sus mayores frustraciones fueron el cambio radical de varios de sus compañeros de partido y el no poder escribir un libro sobre Putú, su tierra. Ubicada a 350 kilómetros al sur oeste de Santiago y a 25 kilómetros de Constitución. Amaba su pueblo, el restorán *El Central*, donde compartía con los coterráneos, la mayoría de la tercera edad, campesinos y jóvenes. Le fascinaba ir a su casa, abrazar a su madre y tomarse una copa con su padre, con quien no siempre tuvo una buena relación. Pero ambos se amaban.

Hay dos hechos que marcaron a Jaime con sus padres. La primera fue con su papá, don Jaime. A los 21 años se fue de la casa presionado por su progenitor que lo obligaba a trabajar y a no holgazanear. Claro, Jaime prefería hundirse en las lecturas de los libros que conseguía en la biblioteca y asistir a las reuniones de la JJ.CC. mientras entraba a clases. Un día hastiado de los retos, tomó maleta y se marchó. Para abuenarse, le escribió una larga carta de tres carillas a su papá que lo retrata de cómo era.

“Papá, independiente de a quién corresponda, yo voy a iniciar el diálogo. Aunque parezca, no tengo falso orgullo y por eso esta vez voy a explicar mi posición, mi punto de vista. No lo hago porque sea mi única salida ni porque busque determinada acogida, lo hago porque no deseo por mi gusto prolongar una situación que amar-

gue la vida de Ud. y los demás. Y no me refiero a mi ausencia, más bien me refiero a mi presencia en casa, a mí convivir con todos ustedes, pues es ahí cuando surgen los problemas.

“Al contrario, digo, mi intención es aclarar las cosas, es querer que ellas se vean tal cual son en la forma más correcta, más real. Y no quiero que aquí se deduzca que me considero poseedor de la verdad absoluta o que deseo mostrarme perfecto o superior a alguien. Porque no es así. Estoy dispuesto a reconocer mis errores y a asumir mis responsabilidades y deberes, pero de acuerdo también, a un reconocimiento de mis derechos como persona, porque creo que lo soy, y aun respeto mis cosas y opiniones.

“Creo que nada se arregla con intransigencias ni con cerrarse ni con recurrir a cualquier actitud aparte. Ello sólo demuestra no estar seguro de la propia razón o, simplemente, no tenerla”.

### **Doña Marina**

Con estos tres párrafos se demuestra el carácter fuerte, seguro y conciliador ante un problema delicado con su papá y que finalmente lo resolvió.

A diez años de su muerte, en 2007, lo fui a visitar al cementerio de Putú. Luego de rezar en su tumba, fui a conocer a sus padres. Tuve la ocasión de tomar once con don Jaime, un hombre duro, de campo, que pasó difíciles momentos en Santiago cuando fue empleado del Ministerio de Obras Públicas hasta jubilar y regresar a su terruño. Ahí me habló del segundo episodio que complicó a la familia, pero más a su madre. En ese momento no me quedó claro el asunto. Jaime había estado detenido. Finalmente pude dilucidar cuándo y por qué.

Este tema estaba vetado conversarlo con su mamá. Sin embargo, en el momento ella llevó la batuta de las protestas y de la lucha por su liberación luego de que el 25 de enero de 1981, junto a otros 15 estudiantes, fue detenido en El Quisco por cantar canciones folclórica y de protesta mientras se encontraban de vacaciones en un condominio. Alguien del lugar que los escuchó llamó a carabineros, quienes los arrestaron y los llevaron detenidos a la comisaría de San Antonio. Fueron dos semanas de pesadilla para los padres





Doña Marina Concha, la madre de Jaime, en su casa de Putú.

y familiares de los 16 estudiantes que sólo fueron a pasarlo bien a la playa, pero que un vecino interpretó mal la reunión a raíz de los cantos de los muchachos. El asunto llegó hasta el Ministerio del Interior, donde se le exigió al ministro la liberación de los jóvenes por la detención ilegal. Finalmente, el grupo fue liberado sin cargos. Todos ellos fueron víctimas de apremios.

Para la señora Marina fue un momento oscuro de su vida. Nunca imaginó ver a su hijo preso y el solo hecho de recordarle ese instante, evadía la conversación. Para ella fue una pesadilla y no una realidad.

El sol cae en el horizonte de Putú. La tarde de marzo de 2015 se pone fresca. Doña Marina, hoy viuda, se arropa y deja el tejido de lado. Ofrece un café con pan amasado. De hecho, Putú huele a pan amasado, tal cual lo escribió hace 33 años Jaime en la sección Regiones de Las Últimas Noticias, donde hizo la práctica.

“¿A dónde van?, nos dijeron. / A Putú respondimos. / Vamos a tomar blanco y tinto, buen vino puro. / Buen vino puro, chicha

de Macal, vamos a tomar hasta donde se pudo. / Con Alejo en el Central”, reza el verso que creó Jaime en su juventud.

La mirada lánguida de doña Marina se pierde sobre los árboles y la loma donde antes estaba su casa, la que se cayó con el terremoto de 2010 y donde vio crecer a sus cuatro hijos y luego a sus nietos, donde también despidió por última vez a su hijo, primero, y a su marido, después. Sigue sumida en el pretérito. Antes de despedirme, le recito un último verso de su hijo regalón: “¿Lo entiendes?”

“¿Lo entiendes? / ¿Comprendes el lenguaje de este silencio? / de este silencio que te estoy hablando. / Me escuchas, / Me escuchaste golpear, / buscar, buscar sin mover, sin decirte, / Sin hablar, / Sin mirarte. / Me escuchas / que vengo y voy, / Que resbalo a tu puerta, / Que corro, que el espacio / Me dice de ti, / Que el silencio / me dice de ti, / Que es tú, / Que es tendido / Es tú, / Que el vacío / Es tú / Que adherida a mis brazos / Abiertos, apretados, / La distancia / Me asume, me asume de tú. / Sea la palabra / Como la piedra lanzada / en medio de una laguna / y los círculos se extiendan / se extiendan”.

Los ojos de doña Marina se humedecen, me mira con una sonrisa triste y me abraza fuertemente. El sol se esconde tras los eucaliptos y álamos. La noche se avecina. La señora Marina se va a dormir con la esperanza de soñar con su hijo regalón que tuvo el gran espíritu del Quijote.



Rodrigo García, el Pájaro eterno.

## *Rodrigo García* ESE AMIGO LLAMADO PÁJARO

Por Generación de Periodismo 1987-1991

150

Llegó a nuestras vidas directo de Avenida Valdivieso, donde se divertía con los amigos del barrio colándose en las noches en el Cementerio e infiltrado entre las harinas y levaduras de la panadería de su padre. Sobrevivió a la exigencia y la enseñanza formal en el Instituto Nacional y logró aplacar un ingreso frustrado a Psicología. Hasta ahí era conocido por su verdadero nombre: Rodrigo García, un mote que volvió a ocupar más tarde cuando el éxito laboral le perseguía a pesar de sus intentos de evitarlo, cuando inventaba fórmulas para rehuir a los mareos propios de estar inserto en el mundo de la fama de la televisión.

Hasta marzo de 1987 se llamó Rodrigo, cuando tuvo la ocurrencia de entrar a estudiar Periodismo en la Universidad de Chile, por esos años dejada a la mano de Dios en tantos aspectos. Al comienzo apostó a pasar inadvertido, pero no contaba con tener que lidiar con agudos compañeros que se fijarían en su nariz marca de fábrica y en sus deseos permanentes de volar siempre a lugares fantásticos e ideales. Por eso, en ese entonces, dejó de ser Rodrigo para convertirse en Pájaro.

Así comenzó a volar. Al fondo de la clase, dibujando caricaturas, inventando historias desternillantes de sus amigos, sufriendo por tener

que convivir en clases al lado de mujeres (la herencia de seis años en el Instituto Nacional). Eso fue pasando con el tiempo, mientras acumulaba en su bitácora cientos de historias: de romances, de nostalgias, de partidos de fútbol con sus amados Cabron Boys, de estupideces, de adolescencia permanente. De noches de juergas, de paseos a la playa en vacaciones de invierno, de películas protagonizadas por todos los que conocía, por el humo verde mezclado con sonrisas eternas, con gritos de madrugada en la puerta del viejo amigo.

### **Imitador inigualado de Miguel Bosé**

El periodismo y sus vericuetos lo llevaron a hacer prácticas y labores en El Mercurio (donde llegó a ser portada de Revista del Domingo) y en Radio Cooperativa (donde la brigada hacía de las suyas en los turnos de fin de semana), mientras perfeccionaba una imitación inigualada de Miguel Bosé que se convirtió en un culto para nuestra generación de periodistas.

Fue gracias a esa imitación –con clímax en quinto año en un mítico programa de TV que sigue dando que hablar casi un cuarto de siglo más tarde– que se fijó en él Gonzalo Bertrán, el gurú de la



televisión chilena, quien lo reclutó en sus filas. Y así su círculo fue ampliándose a los rostros de TV, al trabajo creativo detrás de las cámaras, al aprendizaje constante de la tolerancia a los demás (un legado que nos persigue día a día a quienes lo conocimos), a ser la mano de apoyo en los peores momentos. Allí, en los pasillos de Canal 13, creció, aprendió, ahorró y se fue. Porque, a fin de cuentas, un Pájaro debe siempre emprender vuelos hacia lugares desconocidos.

Fue así que en plenos 90 –aunque en su songlist diario solían apropiarse de los acordes aquellos italianos de los 60 y 70– se largó a la Madre Patria, el país de su padre, el eslabón que le faltaba asumir en su alma. Tuvo de todo por allá: viajes místicos, paseos, trabajos funestos, estudios no tan estudiados, aventuras, historias. En sus cartas desde Dublín, Madrid o Pamplona, parecía que nunca volvería, que sus alas se quedaban flotando en el Viejo Mundo. Y un día, sin casi avisar, regresó. No podía olvidar las calles de Santiago, las tardes en Santa Laura siguiendo a su querida Unión Española, las conversaciones recordando los locos 80, el afán de chocar a la vuelta de la esquina con la elegida, como en el viejo celuloide. Aunque se resistió, cayó nuevamente en las redes de Bertrán. Y se quedó en Inés Matte Urrejola para siempre. Cada vez más exitoso. Cada vez más alto.

Es cierto que costaba encontrar agenda exclusiva de su tiempo, pero se las ingeniaba para estar cerca de todos. Nos tuvimos que acostumbrar a que faltara a las citas del Club de Tobi (que fundó y fomentó por siempre) porque tenía su clásico dolor de estómago o que en la época de esposas y guaguas reflatara la máxima universitaria: “el viernes para los amigos, el sábado para la polola”. Pero nunca se perdió del todo. Estaba ahí cuando era importante. El día de aviso de futuros casamientos, en las penas femeninas de las amigas del alma de la universidad, incluso cuando le organizamos la mejor fiesta de cumpleaños de la historia, pero el esquivo acuariano... no llegó.

## **Risas y recuerdos imborrables**

El día que partió, ese 2 de agosto de 2011, nos dimos cuenta que cada uno tenía algo particular que contar acerca de él, una aventura propia donde era siempre había risas y recuerdos imborrables. Se dio maña para ser parte de cada uno, con su palabra precisa, con su humor a flor de piel, “sin sutilezas, al pan pan y al vino vino”, como le gustaba proclamar. Incluso, a pesar de sí mismo, aprendió a amar y a vivir en pareja. Aprendió que la amistad era para siempre y que los afectos no se transan. Aprendió a reír incluso cuando estaba triste. Y aprendió a callar... demasiado bien.

Por eso las niñas siguen extrañándote. Los amigos siguen haciéndote homenajes. El Club de Tobi lloró, pero ahora ríe. Porque nos quedamos en el libro de recuerdos con tanta anécdota, tanta historia idiotamente divertida en que nos obligaste a entrar solo para reír como niños: el día que mojaste a Bertrán; cuando arrancaste de la barra brava de Colchagua en el Santa Laura; la noche que descubrimos que Michael Corleone era un “bluff”; cuando sacaste confesiones sobre colchones; tu guitarra avanzando por las calles reclamando por cortes de pelo mal hechos; esos grafitis que pasaron a la posteridad sobre romances inventados en las aulas periódicas; esas arrancadas amorosas que terminaban con los pies en la nieve o con canciones que sonaban unilaterales toda la noche; la búsqueda de ancestros de todos tus amigos; y cientos de cuentos enredados con la pasión, el amor, el espíritu.

Ya te fuiste a volar por ahí, como en una película italiana: surrealista a lo Fellini, neorrealista a lo De Sica; mezcla de humor y drama a lo Scola. Por acá seguimos en nuestras propias vidas donde pusiste algo de guión y alma, donde fuiste de esos amigos que nunca se olvidan. Ahora sigues volando cerca de todos... Muchos te hemos sentido dando vueltas por ahí, en el puesto que te guardamos en la mesa de siempre, en los acordes de Amante Bandido, en los cánticos de la Furia Roja. En eso que para nosotros siempre será un Pájaro eterno.



# *Claudio Le-Fort* NUESTRO CHILENO FRANCÉS

Por Inge Buckhendal, Verónica Franco y Mireya Seguel

152

Cuando llegó a la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile en abril de 1985, Claudio Le Fort Colters (Santiago, 17 de diciembre de 1966 – Viña del Mar, 11 de septiembre de 1995) llamó de inmediato la atención de sus compañeros por su nombre muy francés pero apariencia muy chilena.

De francés, nada. Moreno, de mejillas gordas y una sonrisa que mostraba perfectos dientes e iluminaba su rostro, enormes y expresivos ojos; pelo crespo y altura promedio 1.70 m, ingresó a la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile en 1985, cuando tenía 18 años, proveniente directamente del liceo “Leonardo Murialdo” de Recoleta.

## **El estudiante**

Hijo de Edita y Gustavo, inicialmente Claudio iba a estudiar Odontología y aunque por puntaje entraba sin problemas en esta carrera, algo lo hizo cambiar de opinión e inscribirse en Periodismo. Entre sus compañeros destacó desde el principio por su aplicación e inteligencia, pero sobre todo por la pasión con la cual defendía sus ideas cada vez que se enfrascaba en algunos de

los debates habituales que por aquellos años eran muy frecuentes entre los estudiantes universitarios.

Pero ninguna de sus aptitudes le sirvió para pasar con éxito el curso de Redacción I que impartía el implacable profesor Raúl Muñoz. Tanto así, que a pesar de sus esfuerzos finalmente lo reprobó al igual que el 80% de quienes integraban su generación.

Esto sin duda melló su orgullo, pero aun así Claudio siguió a firme con su idea de ser periodista, incluso cuando su lengua muy punzante le jugó malas pasadas que lo llevaron a discutir con sus profesores cada vez que a su juicio éstos incurrían en un trato injusto. Era firme y en ocasiones, atrevido. Como lo fue, por ejemplo, aquella vez que espetó al destacado director de televisión y periodista Gonzalo Beltrán que iba muy poco a hacer clases y éste se molestó tanto que le respondió: “*Cállate, mocoso insolente*”, delante de sus compañeros.

O en otra ocasión, cuando en 1987 –tras el histórico paro de dos meses con el que los estudiantes de la Universidad de Chile



De izquierda a derecha: Roberto Rivadeneira, Alexis Nilo, María Paz Epelman, Claudio Le Fort, Alfonso Droguett, Gazi Jalil y Tamara Peñafiel.

lograron derrocar al rector designado José Luis Federici—, las clases se prolongaron hasta enero y junto a su compañera Mireya Seguel tomó una micro cuyo chofer se molestó demasiado por tener que dejarlos pasar con pase escolar. *“Nos subimos a la micro y este hombre nos insultó por andar con carné escolar a esas alturas del verano. Nos pidió que bajáramos, pero Claudio no lo hizo. Al contrario, se molestó tanto, que comenzó a responderle con los mismos garabatos durante el trayecto de unas 25 cuadras. Yo estaba aterrada de que el conductor nos hiciera algo al bajar y le pedí que lo hiciéramos antes, pero él se negó y me dijo molesto: «Mireya, tenemos tan pocos derechos, que los que tenemos hay que defenderlos», dejándome callada. Desde*

*entonces, lo admiré y cada vez que siento que alguien pretende pasarme a llevar me acuerdo de él y no dejo que eso suceda”, reflexiona Mireya.*

### **Su amiga**

En sus años universitarios, Claudio hizo muchos amigos y amigas. Pero entre todos ellos, su compañera inseparable fue siempre Inge Buckendahl, junto a quien pasaba largas horas de estudio y conversación en las escaleras del edificio de calle Belgrado —hoy José Carrasco—, donde estaba la Escuela.

Tanto así que era raro ver a Inge sin Claudio, así como también lo

era ver a Claudio sin Inge. Siempre iban juntos y si uno de los dos faltaba, siempre nos preguntábamos ¿por qué no está?

*“Tuvimos diferencias, pero absolutamente nada logró quebrantar nuestra amistad, una amistad que trasciende el tiempo, una amistad que sobrevive incluso a su propia muerte. Pocas certezas quedan ya en la vida. Tal vez una de esas pocas es que volveremos a encontrarnos, de eso no dudo, no importa cuándo como ni dónde”*, recuerda Inge con entrañable cariño.

*“Fue mi gran amigo de juventud. Han pasado ya más de 25 años desde el día de abril en que yo buscaba en la sala de clases con curiosidad al joven de apellido francés, con altas expectativas en su apariencia. «Siento defraudarte; de apariencia francesa, nada», me dijo”,* agrega su amiga a quien en realidad nunca defraudó.

Me heredó su alegría de vivir y un apelativo alusivo a mi apellido que nunca nadie más usó —y está muy bien que así sea— porque siempre fue solo para su uso, ‘buckecito’. Incluso, diez años después de su muerte, a Inge fue a buscarla el gran amigo de Claudio, Gonzalo, intentando averiguar si era verdad lo que él decía sobre “buckecito”. Y a partir de ese momento Gonzalo también se transformó en su amigo y sigue hasta hoy a su lado, probando su lealtad y entregándole, “como un consuelo”, ese vínculo mágico que Claudio producía en quien lo conociera más allá.

### La radio y la política

Precisamente junto a Inge, además de Verónica Franco y Daniela Araneda, Claudio hizo su memoria de título en 1990 sobre el tema “Hernán Olguín y su influencia en el periodismo científico”, aunque hacía rato que él había comenzado a trabajar en radio y se había enfocado en Política, un área fascinante en aquellos años de vuelta a la democracia.

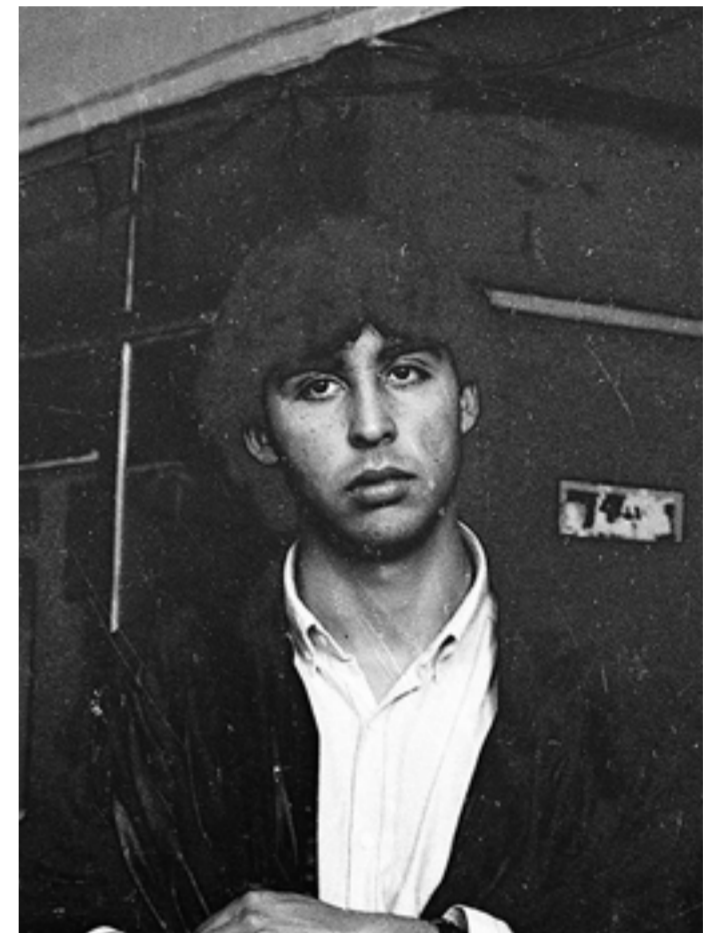
Su corta, pero no por eso no intensa carrera, lo llevó a la Agricultura, luego la Chilena y desde mediados de 1991, a la Cooperativa, donde finalmente se consagró en el periodismo. En este medio comenzó reportando en Santiago los partidos políticos, hasta donde llegaba con su enorme grabadora y vestido impecablemente de terno y corbata a recoger la noticia. Destacó y por eso se convirtió

en el periodista del Congreso Nacional de la emisora, por lo que se trasladó a vivir a la Quinta Región.

En el Poder Legislativo es recordado como uno de los mejores reporteros que ha pasado por esos pasillos, por sus despachos completos e impecables, respondiendo plenamente a las expectativas que sus superiores habían puesto en él, pero sobre todo a la necesidad de los auditores de conocer estas informaciones.

### La enfermedad...

Incluso antes de trasladarse a Valparaíso, en algunas ocasiones Claudio se vio muy delgado, pero nunca dijo que estaba enfermo. Es por eso que muchos de sus compañeros y colegas fueron dolorosamente sorprendidos con su temprana muerte, el 11 de septiembre de 1995, cuando tenía solo 28 años de edad, producto de las complicaciones de una neumonitis fulminante.



Claudio Le Fort. Octubre de 1986.

Muy temprano aquel día, Sergio Campos anunciaba su fallecimiento por la Cooperativa, dejando helados a todos quienes lo conocieron. En su velorio, la capilla ardiente se llenó de flores, pero sobre todo de la presencia de sus amigos y de Lidia Fuentes, su inseparable polola quien resignada aceptó este doloroso desenlace.

Hasta ahí también llegó la mayoría de las personalidades políticas que él conoció profesionalmente, luego de lo cual sus restos fueron trasladados en Santiago, donde fueron despedidos en su liceo de Recoleta, “el Murialdo”, que lo acogió como al hijo que regresa a decir adiós.



## Su huella

*“Claudio fue mi hermano por opción, mi compañero de ruta durante más de diez años y nada logrará llevarse eso, su cariño. Fue y será inmune al tiempo, que dicen todo lo cura. Yo no dejaré que ese tiempo deslave su recuerdo; por el contrario, lo mantengo vivo contándole a mi hijo sobre él. Claudio fue la primera gran pérdida de mi vida, pero aunque su muerte me mostró cuán duras son esas pérdidas, también me probó que hay sentimientos que pueden ser eternos”, dice Inge Buckhendal.*

*Y Mireya, agrega: “Lo recuerdo... un día de 1990 en que luego de nuestro trabajo en la radio Chilena fuimos al cine. Estábamos sentados en uno de los bancos de la Plaza de Armas comiendo helado tras ir ver “Cinema Paradiso”. La escena se me cruza ahora con lo que vivimos en la micro; siempre lo vi como a un duro, pero esa tarde me demostró que también podía ser muy sensible porque me dijo: «Mireya, ¿lloraste al final?» y le respondí: «Claro que sí». Entonces, me miró con sus ojos enormes y replicó: «Yo también», y me sonrió...’ Nunca olvidaré esa sonrisa”.*



Generación 1985. A parecen Claudio Le Fort, Claudia Araya y Rubén Bravo, fallecidos.

## *Carolina Eva Cárdenas Beltrán*

# “ERA LA MUJER MÁS DECIDIDAMENTE PERIODISTA QUE HE CONOCIDO”

Por Christian Fuenzalida

— 156

La Carolita se reía de una forma tan rotunda, como la manera en que expresaba sus opiniones. A menudo había poco que añadir a lo que señalaba. Más a menudo me tocaba cambiar de tema, para evitar la predecible derrota ante la polémica. En los 10 años de vida compartida, muchas veces lamenté ese rasgo que hacía a las personas darse vuelta para identificar a la apasionada comentarista. Me daba vergüenza, a veces rabia, jamás indiferencia.

Hoy, Carolita, extraño tanto esos momentos. También los libros compartidos, la política de cafetería, ese vestido azul, la risa inoportuna con los dientes chuecos.

La nostalgia por lo amado e irremediablemente perdido tiene esa extraña debilidad por los defectos antes que las virtudes. Quizás porque es en la imperfección donde somos únicos, donde vivimos nuestra más profunda identidad.

La Carolita que todos conocieron era la mujer más decididamente periodista que he conocido. Le encantaba esta profesión desde la más absoluta de las convicciones. Ante mis dudas, ella exhibía certezas apabullantes. Su rigurosidad y disciplina intimidaban. Pero esos atributos los volcaba de manera impensada en aquello que más le gustaba: las historias de seres mínimos, abandonados o no escuchados. Era especialmente hábil hablando con los niños. Los hacía reflexionar y opinar de una manera única. ¿Se acordará alguno de estos niños de hace más de 20 años, de esa mujer que alguna vez los puso frente a una cámara para expresar su punto de vista? Un mes antes de cumplir 32 años, Carolina Eva Cárdenas Beltrán se consumió como lo hacen las llamaradas más intensas. Dejó una hija que se ríe sin estridencia, pero con la misma franqueza; amigos agradecidos por la sinceridad de su afecto; un compañero eternamente solo, y señales incorruptibles de su paso por la vida de todos los que la conocieron.



Carolina Cárdenas. Mamá.

## EXIGENTE, INFLEXIBLE Y SOLIDARIA

Por Hilda Pacheco Barrera

Carolina Cárdenas Beltrán llegó a estudiar periodismo a la Universidad de Chile de su oriundo Rancagua. De sus padres, profesores normalistas, heredó ese rigor implacable que la caracterizaba y un profundo respeto y admiración por la labor docente y la educación. Al egresar del Liceo de Niñas de la ciudad, su primera opción fue la carrera de Química y Farmacia, también en la Chile; pero, un par de años más tarde, se encontró con la que sería su vocación definitiva: el periodismo.

Como estudiante, la recordamos por su autoexigencia y rigor. Tanto, que en más de una ocasión ambas cualidades le valieron ánimos en contra por su negativa a postergar fechas de entrega de trabajos o correr el día de una importante prueba. Sin duda, así como daba el máximo de sí en todo lo que emprendía, era inflexible a la hora de exigir a los demás dar también el ciento por ciento. Pese a ello, era solidaria y siempre brindaba apoyo académico al que lo necesitase, compartiendo apuntes y cuadernos o recordándole a algún compañero un poco “relajado” las fechas de exámenes o trabajos.

Por su herencia, le gustaba enseñar y en cuanto surgió la oportunidad, se convirtió en ayudante; tarea a la que se dedicó con la entrega con

la que abordaba todo aquello que asumía como su responsabilidad. Estando aún en la Escuela, Héctor Velis Meza les propuso a ella y Christian, su pareja y después, marido, unirse al equipo de producción de un nuevo programa misceláneo en Megavisión, que conducían Cristina Tocco y Juan Carlos Bencini (una dupla que, por cierto, no dio mucho que hablar ni perduró). Para Carola, sin embargo, fue el principio de una relación con la televisión que no había ambicionado (amaba el periodismo escrito), pero que le dio grandes satisfacciones y en la que dejó una huella, por su indudable calidad profesional y humana.

Ser parte del departamento de prensa de un canal, fue su ambiente natural y lógico. Así lo demostró en los años que integró el equipo de Chilevisión Noticias, cuando lo lideraba Jaime Moreno Laval bajo la administración de los venezolanos. Y, más tarde, aunque solo por un par de años, cuando fue llamada de Televisión Nacional de Chile para ser parte del noticiero.

En ambos equipos de trabajo dejó recuerdos que hasta hoy persisten en quienes la conocieron. No solo por su rigor profesional, su mente cuestionadora y su sonrisa sincera, sino también por ser una compañera cariñosa y una amiga incondicional.



# HUMANIDAD Y CALIDAD PROFESIONAL

Por Sergio Pizarro

Gazi Jalil, Editor General de TVN, me llamó a su oficina. Era 1995 y yo recién había entrado como Editor de TVN. Llegaba de ser subdirector de Chilevisión, donde habíamos formado con Jaime Moreno Laval, todo el departamento de prensa con la nueva administración de Venevisión y la Universidad de Chile. *“Sergio, me dijo Gazi, con Michael Müller queremos formar un grupo de reportajes para el fin de semana. Necesitamos reforzar esos noticiarios y tú conoces periodistas para contratar...”*

158 Carolina era una joven periodista que ya estaba cuando llegué a CHV. Había egresado hace unos pocos años y Nicolás Quesille, entonces Editor General de CHV, quien había sido su compañero en la U, me la recomendó para formar el equipo de reportajes de la sección “A Fondo” que creamos. Así conocí su calidad profesional y su humanidad para abordar el trabajo periodístico. Crítica permanente de su propio quehacer. Y en esa duda persistente, estaba la búsqueda de la perfección. Pero su trabajo era brillante. Capaz de transformar un suceso en una historia y una declaración en un testimonio encendido de emociones. Trabajaba la imagen con cuidado, destacaba el sonido directo y era cuidadosa con la musicalización y los efectos.

Cuando realizábamos las pautas de los reportajes, ella trataba de profundizar el tema hasta los últimos detalles. Le gustaba salir conociendo el foco y el propósito de su trabajo. Después, el reporte daría la estructura final. Luego, revisaría el material y escribiría su

libreto para volver a discutir cómo sería mejor. Se llevaba bien con los equipos con los que trabajaba. Camarógrafo y compaginador. Les exigía, pero en buen tono y los hacía tomar parte del proyecto. Sabía trabajar en equipo.

En TVN, Carola preparaba reportajes para sábado y domingo junto a Rodrigo Espinoza, el otro colega que llegó del Canal 11. Rápidamente, Carola se hizo conocida por su calidad profesional. Se acopló al equipo de periodistas y fue respetada y querida por todos. Tenía la capacidad de reportera típica de la gente de la U. de Chile. La profundidad y complejidad en sus análisis. La intelectualidad y liberalidad en la búsqueda de la verdad a todo nivel. Sin miedo a transgredir, pero cuidando la forma de elaborar el mensaje para no ofender.

Era de mente rápida y eso contrastaba con su hablar dulce y tranquilo. Pero su palabra era fuerte y asertiva. Sin embargo, era capaz de empatizar con sus entrevistados para que abrieran sus vidas y contaran sus historias.

... Gazi, con un lápiz Bic en su mano derecha golpeaba el índice de la mano izquierda. Esperaba mi recomendación. Carolina Cárdenas, dije. Así, esa tarde de 1995 decidimos traer a Carola a TVN, su nuevo desafío profesional. Fueron dos años hasta 1997, cuando se fue a su prenatal, pero hablar de su despedida no es necesario. En realidad, Carola no se ha ido.

## “SIN MEDIAS TINTAS”

Por Carola Muñoz

“Intensa, apasionada y frontal. Sin medias tintas, sin soluciones transaccionales... Así fue siempre, con todo y con todos... excepto con su hija. La recuerdo enternecida, haciendo planes embobada, construyendo su mundo, imaginando el futuro amplio y abierto que se anunciaba. Cuando estaba con ella, no había tiempo para nadie más. Llegaba del canal al departamento, solo para dedicarle



Cuarto año de Periodismo. Carolina Cárdenas (en primera fila) la más risueña del curso.

el resto del día a ella, en exclusiva... Le leía, le cantaba (le dedicó la canción “Quién es la que viene ahí” de Los Tres y hasta hoy lloro cuando la escucho), la abrazaba... Si alguien la llamaba por teléfono durante esas horas, era cortante y directa. Ya habría tiempo para la conversación de adultos. El tiempo para la Nata era un espacio donde sólo cabían ellas dos. Y nosotros entendíamos”

# *José Andrés Urruticoechea Basaure*

## UN INOLVIDABLE (27-4-1965/8-1-2010)

Por Marco Valeria

160

La zona de Plaza Italia estaba cubierta por una neblina que hacía aún más oscura la noche. Durante el día anterior había llovido sobre Santiago, por lo que el ambiente era especialmente húmedo y lúgubre. Un grupo de muchachos, de no más de 21 años, desafiaba el frío y a la policía de Pinochet. En 1986, la juventud era casi un pecado, duramente sancionado por el estado policial de la dictadura.

Las piscolas, fervientemente consumidas durante las horas anteriores, encendían la sangre y desdeñaban cualquier peligro o mariconada. Había que seguir la fiesta hasta donde diera el cuerpo. En la frontera psicológica de las dos de la mañana, que es cuando la mayoría de las veces se decide con seguir en la refriega etílica o irse para la casa, uno de los jóvenes cayó sobre sus rodillas y luego inclinó su cuerpo hacia un costado como quien es abatido por un disparo. Sus camaradas, también heridos por el fruto de la vida, hicieron un esfuerzo heroico para levantarlo, pero por respuesta recibieron un rechazo rotundo.

La jornada no estaba para pendejerías. “Déjenme aquí, sálvense ustedes”, se escuchó nítido como una campanada. Ante la insistencia,

el joven no retrocedió. “*Ya poh, los hueones, les dije que se fueran, los culeaos*”, refrendó. No había nada más que hacer.

Los pormenores del fin de la historia se perdieron con el tiempo desde esa helada noche de junio. No se habló más del asunto, aunque quedó traslúcidamente reflejada la personalidad de José Andrés Urruticoechea Basaure, nuestro sujeto en cuestión. El wueón era porfiado. Putas que era porfiado, aunque él no tenía la culpa, como tampoco del trabalenguas de su apellido. Más bien el apellido era el culpable de todo.

### **Don Chuma**

Ildefonso, su padre, había llegado a Chile desde el País Vasco, luego de la Guerra Civil española para instalarse en el sector de Independencia y trabajar un puesto de frutas y verduras en la Vega Central. Cada vez que podía dejaba en claro que pertenecía a los Urruticoechea del ala pobre de la familia y que su padre era hincha del humilde club Iberia de Los Ángeles, hoy en Segunda División. Por ningún motivo podía alentar a Unión Española que representaba las facciones acomodadas de la colonia hispana.





José Andrés Urruticoechea. El “Don Chuma” vasco.

Nunca confesó fanatismo por algún equipo, aunque lo vieron celebrar algunos goles de Colo Colo. Incluso, en 2006, vio la final de la Copa Sudamericana que los albos perdieron ante el Pachuca mexicano en el bar Quitapenas, frente al Cementerio General.

Desde sus tiempos en la Universidad de Chile y para hacer más fluida la comunicación, sus compañeros en la escuela de Periodismo optaron por llamarlo, simplemente, “Urruti”, cosa que él aceptó de buena gana, ansioso también de hacer amistades, aburrido de su condición de hijo único, mimado y consentido por doña Catalina, su madre. Aparte que incluso era una solución para él mismo, debido a que su

atropellamiento para hablar se hizo ampliamente conocido. La verdad es que a veces no se le entendía nada. Y, lo más probable, es que estuviera diciendo algo muy entretenido y/o inteligente.

Entonces era más fácil llamarlo de esa manera, que en algunas temporadas variaba a “Burru”, “Andrés” o “José Andrés”. Los más cercanos osaban decirle también “Don Chuma”, por su innegable parecido con el personaje amigo de Condorito. Claro que ese mote estaba reservado para los que él consideraba sus amigos, quien no lo fuera podría haber recibido una devastadora patochada directa al mentón o un ladrido humillante. El hueón era pesado, a veces. Al decirle “Don Chuma” se le estaba recordando su tremenda nariz, el típico bigote de la caricatura y el pucho siempre encendido entre los labios. Alguna de esas características podía no gustarle. El parecido en algunas ocasiones era abrumador. Eso ocurría cuando a Urruti le daba por innovar con la moda, especialmente en invierno. Impacto causó la primera vez que se apareció por la cafetería de la Escuela de calle Belgrado, actual sede la Fech, ataviado con un sombrero negro, igual al de “Don Chuma”, y un abrigo largo, de hombre viejo, quizás conseguido a bajo precio en las tiendas de ropa americana de calle Bandera, más un paraguas frondoso, con cacha curva de madera. El hueón era ondero.

Andrés hizo la práctica en el diario Las Últimas Noticias, en 1988, cuando su director era Fernando Díaz Palma. El enjuto reportero destacó inmediatamente por su fina ironía y profundidad en el tratamiento de los temas. No debió esforzarse mucho para que sus jefes de la época decidieran contratarlo. Las cosas se le dieron fáciles, porque dominaba el oficio como un periodista avezado. Quizás por eso, en lugar de apoltronarse, decidió encarar otros retos. Como bien ya explicamos, Urruti hablaba como las reverendas. Parece que tuvo dislexia cuando chico. Por eso la tele y la radio le estaban vedadas. Lo suyo era la prensa escrita, donde se desempeñaba por sobre la media.

En todo caso, tuvo su consagración en la pantalla chica. Se había ido a trabajar a la revista Qué Pasa, donde el director era Roberto Pulido. Para su mala suerte, aquella publicación había optado por promover sus ediciones con spots publicitarios televisados. “Fuimos a Coyhaique en busca del Rambo chileno”, se le alcanzaba a escuchar a Urruti



en el comercial, parado frente a una biblioteca con un ejemplar de la revista entre las manos, impecablemente terneado.

Lo hueveamos hasta el cansancio, pero también lo felicitamos por el reportaje a Belarmino Morales, un desertor del Ejército que se había escapado a sangre y fuego, desde el cuartel donde estaba detenido.

“Donde se dislocan los sesos”, fue el título que eligió para su crónica sobre la Base Teniente Marsh, que la Fuerza Aérea de Chile mantiene en la Antártida. Si pues, Urruti estuvo ahí, también reportando para la Qué Pasa. Y mucho antes del accidente en la mina San José, supo de la tragedia de los mineros del carbón en Curanilahue, en la Octava Región.

Convencido de que su talento daba para cosas más grandes, emigró a la Revista del Domingo, de El Mercurio, la principal sección de reportajes de ese momento, a principios de los años 90. Ahí estuvo un poco más de un año, justo cuando la publicación estaba mutando desde los informes profundos y contingentes al nicho de los viajes y destinos turísticos. A Urruti no le gustó ese viraje por lo que decidió volver a Las Últimas Noticias, donde se le encomendó la edición de Reportajes y, posteriormente, la sub-edición de Crónica.

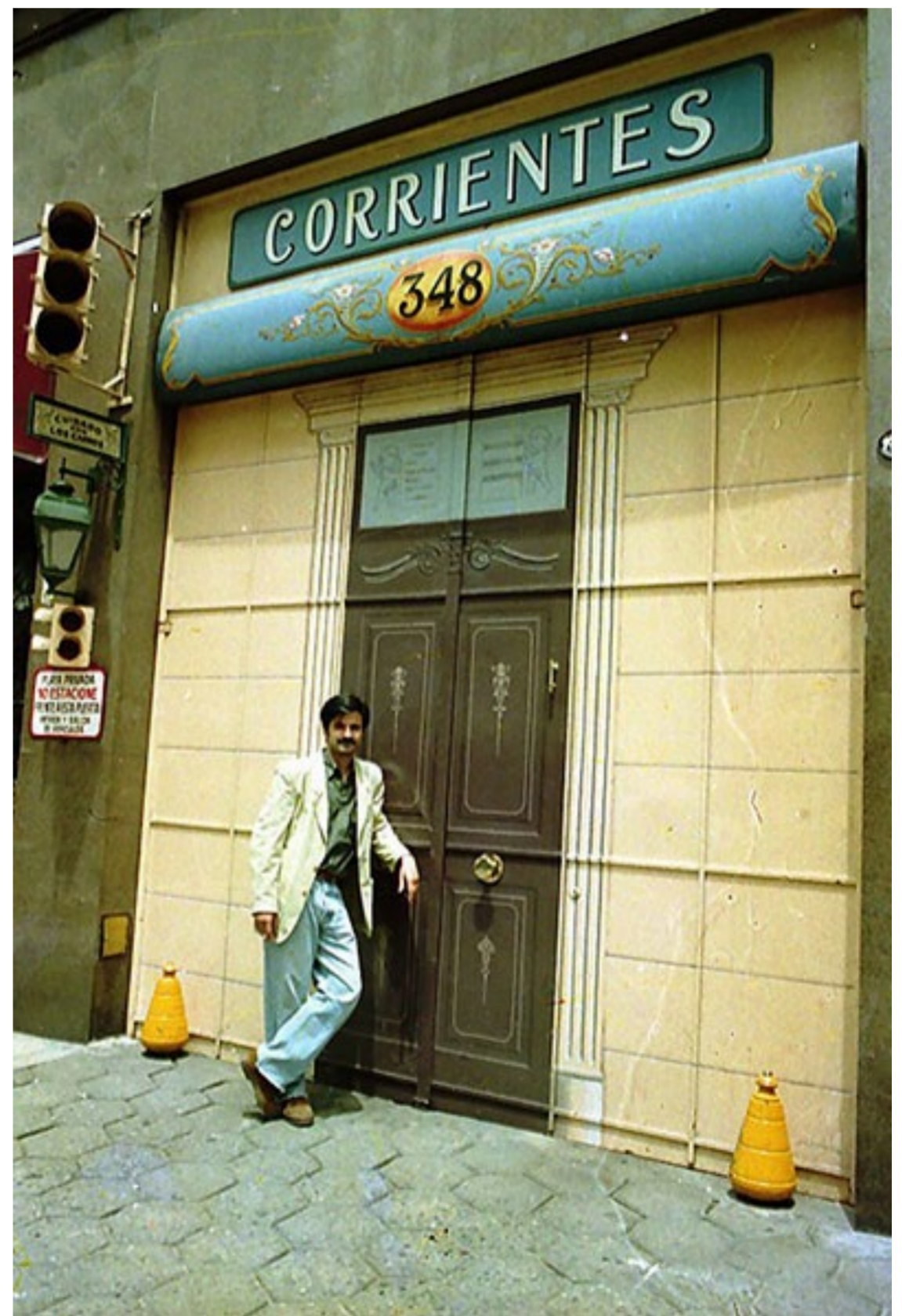
### “Estrella” del Carnaval de Río

Todavía se recuerda su cobertura del carnaval de Río, en 2003, junto con el fotógrafo Guillermo Gómez, más conocido como el Willy Gómez. Estaba en el sambódromo metale música, garotas y desenfreno, pero lamentablemente tenía que conseguir una historia entretenida para el diario. No tenía nada de nada. Ahí entró a tallar la suerte que acompaña a los campeones. Cuando perdía las esperanzas vio muy cerca a la súper modelo brasileña Gisele Bündchen. Como no conocía la timidez comenzó a llamarla a grito pelado. “Somos de Chile, de Chile, de Chilee”, le decía al monumento de mujer. Justo la muchacha andaba con un amigo que era chileno. Cuento corto: terminó entrevistando a la beldad, con fotos desde todos los ángulos y besitos incluidos.

Así fue consolidando un prestigio como un estupendo profesional, admirado por los más pretenciosos de la época. No había mucho que discutirle, porque generalmente estaba en lo cierto. Por eso,

más que contradecirle, sus periodistas aprovechaban de aprender con sus correcciones y puntos de vista de las notas. En todo caso, tampoco servía mucho llevarle la contra porque, como bien dijimos, era llevado de su idea.

Urruticoechea llevaba las cosas hasta el extremo, sin ambages. Por eso siguió yendo a trabajar todos los días pese a que su salud no lo acompañaba. Tenía que sentirse muy mal para que faltara a la pega. Tipo 11 de la mañana y en la tarde, como a las cinco, se paraba y ca-



Buenos Aires. En el mítico Corrientes 348.



minaba con un cigarro escondido en la palma de la mano. Cuando llegaba donde su eventual cómplice lo mostraba, en señal de que quería compañía para fumar. Sabía que le hacía mal, pero se daba ese pequeño lujo. *“No me costó nada dejar el copete, pero putas que me ha costado con el pucho”*, explicaba cuando se le decía o más bien se le increpaba para que dejara el vicio.

Resulta raro que no esté. Uno pensaba que Urruti envejecería con todos los de su generación. Uno se lo imaginaba como un gran compañero en la vejez, porque conocía todas las historias de juventud y le gustaba contarlas y conversarlas. La tercera edad, como le llaman, seguramente habría sido más llevadera con un amigo como Urruti, siempre dispuesto a conversar hasta el hartazgo de los temas más inverosímiles, desde los potenciales atractivos de los bares-discotecas hasta los secretos del tiempo y el espacio, pasando por la degustación de carnes, tintos y pernils, aderezados con la música de Lucho Barrios, Domenico Modugno, Salvatore Adamo y los clásicos italianos de los años 60 y 70. Para el que quiera impregnarse de su presencia puede hacerlo en el sector de la Puntilla de San Juan, en Quintero, su lugar preferido y donde sus cenizas fueron arrojadas al mar.



Reunión de pauta en LUN. Urruticoechea al centro.



# *Guillermo Hidalgo Muñoz*

## EL CABEZÓN HIDALGO (1963-2009)

Por Charlie Donoso Astete.

— 164

Si uno era amigo de Guillermo Hidalgo Muñoz, el Cabezón Hidalgo o el Guille, sabía que no podía pasar a verlo a su departamento los domingos. Nunca estaba. Habitualmente lo pasaba en su casa familiar al fondo de un pasaje pequeño y estrecho de Av. Macul, frente al Pedagógico, junto a los bomberos.

Llegaba en la mañana para compartir esa jornada con su familia, para él muy importante. Allí se reunía con su madre y su padre, que falleció unos años antes, sus hermanos y hermanas, y con sus sobrinos, a quienes adoraba.

Si uno llegaba a esa casa a la hora de la siesta, invariablemente Guillermo estaba recostado de guata en el sillón principal con los cojines arrumados alrededor de su cabeza. Esa postura se la vi en varios sillones en diferentes lugares, en el país y en el extranjero. Fuimos compañeros en Periodismo de la Universidad de Chile entre 1984 y 1988. Amigos desde fines de 1985. Cuando él vivía en su casa paterna y yo en la mía, siempre llegábamos a la suya, más central para las salidas nocturnas. A la hora que fuera poníamos en el VHS Alien, Blade Runner, El Padrino, Fuego Camina Conmigo, Berta

Ladrona y Amante, Más Corazón que Odio o una porno. Tipo 10 AM, su madre, Myriam Muñoz, tocaba la puerta para anunciar que estaba listo el desayuno. Siempre, aunque hubiéramos llegado a las 6 AM metiendo algo de bulla desde alguna fiesta de la U. o una salida a bares que nos gustaban, como El Liguria. O Las Alegrías de España (que siempre estaba abierto) y uno muy freak, no sólo por el nombre: el Quick Lunch Alemán, en Av. Apoquindo casi frente a Manquehue. Empleados y trabajadores de otros locales, de los malls, colectiveros y taxistas eran los hábitos de aquel local. Abierto hasta tarde, tenía mozos simpáticos y atentos, lo que ya es raro. Una vez pedimos la recomendación del chef: carbonada, que preparaba para él y el personal. Era buenísima. A veces matizábamos con un completo, siempre acompañado de vino tinto. Volvimos varias veces allí sólo por la deliciosa carbonada reparadora.

Como era típico de Guillermo, establecía rápidamente una conversación, no diré profunda, pero muy dinámica y entretenida, que embelesaba o al menos interesaba sobremanera a su desconocido interlocutor: un garzón, un taxista, un parroquiano, la hermana de alguien. Tenía una fina habilidad para captar el tipo de persona que

tenía al frente y ganarse su confianza con tres o cuatro frases. Incluso con Carabineros.

### Una noche en busca de copete

Un viernes estábamos viendo videos, leyendo revistas, fumando y bebiendo en su departamento de Monseñor Müller, hablando en torno a nuestros fetiches –Borges, Elvis, Carver, Joyce, Chejov, los westerns, Led Zeppelin, Sinatra y sus amigos, entre los suyos– y se nos acabó el copete a eso de las 10 de la noche. La botillería de la esquina estaba cerrada, pero había un Esso Market en José Miguel Infante con Eliodoro Yáñez. Y hacia allá partimos, yo manejando. Hablamos de los años '90 cuando no había paranoia antialcohólica y éramos más irresponsables. Para no salir a Providencia, donde era



Guillermo Hidalgo en Graceland, frente a la casa de Elvis Presley

probable que estuviera la policía fiscalizando, Guillermo me convenció que fuéramos por Av. Salvador y entráramos por Dr. Hernán Alessandri hasta José Manuel Infante. Una vez allí el problema era que nos pasábamos de nuestro objetivo por unos 50 metros y el sentido de Infante es hacia el sur. Y Guillermo: “Dale hueón, dale, si no viene nadie”. Y doblé a la izquierda contra el sentido del tránsito y antes de llegar al local una camioneta de seguridad ciudadana, estacionada con las luces apagadas al otro lado de Eliodoro Yáñez, encendió sus luces y las balizas, como una patrulla de Blade Runner. “*Les faltó volar a los hueones cuáticos no más*”, recordábamos después.

La camioneta se pegó al lado nuestro, de una manera incluso agresiva, en el estacionamiento de la bencinera, y del costado del copiloto bajó un carabinero, muy asumido en su rol. Nos bajamos. Yo sólo pensaba en que iba a conocer la Capitán Yávar, la famosa unidad a la que llevan a los infractores por conducir bajo los efectos del alcohol, y decía en voz baja: “*La cagamos. La cagamos*”. Y Guillermo: “*¡No digai na, déjame a mí!*”

–*¡Buenas noches, documentos!*

(Los paso). No lo miro a los ojos y guardo silencio.

Mientras Guillermo empieza: “*Oficial, oficial. Buenas noches. ¿Hace frío, eh? Fue culpa mía. Le juro que fue culpa mía. Estoy de cumpleaños y se nos acabó el copete. A ver, chucha, no ando con mi carnet. Imagínese un cumpleaños sin vino ni cervezas. Sólo con amigas. Lo invitaría, pero sé que está trabajando, aunque otro día igual puede pasar. ¿Tiene donde anotar mi dirección? Somos periodistas, gente buena onda. Si va a llevar a alguien preso tiene que ser a mí. Tiene que ser a mí. Yo le dije a mi amigo: «Métete no más si son 20 metros. Nadie cacha». Y él no quería. Pero las minas nos están esperando. Y usted sabe cómo son, ¿no?*”

El carabinero aparta su mirada de Guillermo, me mira y exclama:

–*¡Señor, usted está bajo los efectos del alcohol!*

Yo bajo la mirada.





Paseo del curso en 1985. Guillermo Hidalgo es el primero de la derecha.

–*No exageremos, señor oficial* –intervino Guillermo–. *Nos tomamos unas copas como en cualquier cumpleaños, pero estar bajos los efectos del alcohol es extremar las cosas... Y los tiempos del extremismo ya se fueron.*

Hubo un silencio. Largo. Yo miraba mis pies, tenía muchas ganas de reír.

Tras meditarlo y escudriñarnos, el policía dijo:

–*Ya, voy a dejar pasar esta. Por lo menos ustedes tienen cara de buenas personas.*

Una vez libres, entramos al local y compramos cerveza.

Cuando volvíamos al auto frente al carabinero, la bolsa que llevaba Guillermo se desfondó y se quebró media docena de botellas, frente al policía que miraba cómo la cerveza corría por el suelo y llegaba a sus zapatos.

Guillermo exclamó: “*Bueno, tampoco va a ser una noche perfecta.*” El policía nos miró incrédulo. Rajamos.

2 Guillermo Hidalgo fue el mejor jugador de fútbol que he conocido. A mí me gustaba jugar a la pelota, pero era del montón. Verlo



jugar a él era un deleite. Tenía unos quiebres de cintura desconcertantes. Además había memorizado formaciones completas de selecciones del continente, de equipos finalistas de la Copa América, de campeones mundiales. Coincidíamos en que cuando uno es niño, jugar bien a la pelota es sinónimo de liderazgo. Su clave, decía, eran sus pies relativamente pequeños (39 creo que calzaba, igual que Maradona). En los primeros años en la Universidad de Chile todavía era delgado y a veces hacíamos un alto en el juego de *black jack* en la cafetería de la señora Carmen, nuestra actividad los viernes, y cruzábamos a la pista de recortán de la facultad de Economía, junto a la Escuela, con otros compañeros, para una carrera. Siempre Guillermo ganaba. En su blog recordaba que *“en una interescolar llegué tercero en la posta de cuatro por cien, detrás de dos monstruos del Verbo Divino, muy bien equipados con trajes especiales, mientras yo lucía calcetines con rombos. Nada mal para venir de un colegio particular de Ñuñoa y después de haber sido el quinto en recibir el testimonio en la última etapa”*.

3 A diferencia de otros colegas, Guillermo nunca tenía problemas de efectivo. Su paso por el programa CIAV-OEA en Nicaragua, un plan de integración a la sociedad de los *Contras* –intercambiaban armas por herramientas, alimentos y semillas– lo dejó con una base financiera sólida que le permitió vivir siempre tranquilo y viajar mucho. Le encantaba moverse. Residió largos períodos en Barcelona, Madrid y en Estados Unidos (de Aspen, Colorado, tenía grandes recuerdos).

### Una conquista frustrada

Antes de eso, cuando aún estábamos en Periodismo, decidimos ir a Buenos Aires, vía Mendoza, en bus, para luego conocer Florianópolis en Brasil. En el bus entre Mendoza y Buenos Aires, en medio de la noche desperté sin saber dónde estaba. Me di cuenta que mi compañero no estaba a mi lado. Lo busqué caminando por el pasillo. Y lo divisé más adelante besándose apasionadamente con una muchacha. Volví a mi asiento contento por el logro. Cuando amanecía regresó junto a mi asiento para decirme que la chica lo había invitado a su casa, que almorzaría con ella y que después de una siesta nos juntáramos en la boletería del terminal de buses de Retiro.

A mí me complicó porque no conocía la gran y fascinante ciudad.



Un as del ping-pong. En la mesa de la Escuela. Año 1986.

Pero absolutamente lo entendía. Antes de descender del bus, Guillermo me presentó a su conquista y luego ella bajó delante de nosotros. Apenas puso un pie en el suelo un joven alto –un gaucho fiero y mocetón le llamamos después– abrazó y besó a su mujer. Guillermo, sin salir de su asombro, me miró y abrió en redondo los ojos. Yo apenas podía contener las carcajadas. Los cuatro nos saludamos. Ella (¿Tania? ¿Tatiana?) nos presentó como los amigos chilenos que le hicieron compañía en ese viaje tan insípido entre Mendoza y Capital Federal. Nos despedimos como hermanos en la losa de Retiro. Con Guillermo caminamos a buscar un hotel. El viaje avisaba que venía lleno de sorpresas.

4 A mediados de septiembre de 1994, desde Estelí, Nicaragua, recibí una carta de siete páginas manuscritas por Guillermo el 2 de ese mes, respondiendo a la que yo le había enviado. En ella empezaba con algunas observaciones, como “¡Putas que tenís fea letra!” y “Creo que es imperioso hacer una revista; a mi regreso hablaremos de esto” (fue la primera luz que llegó de The Clinic y Fibra).

### “¿Y cómo quiere que le diga?”

Algunas líneas de esa carta que reproduzco reflejan en parte la personalidad de mi amigo, su capacidad autocrítica, su enfrentamiento con la culpa, la carga de la soledad y su sentido del humor. Lo tenía enfermo la hija de su empleada: *“Pendeja hija de puta, me tiene loco. Hace unos días lloró todo el día. Le di agua con azúcar y vino... El drama, que increíblemente me afecta, es más o menos así: en mi casa, desde hace dos meses, quizás tres, trabaja una señora excelente. Su hija es vanidosa, pues es joven y bella. Son pobres, naturalmente, pero muy dignos. Como los nicas son muy particulares, la chavala ésta trae a sus amigas a la casa. El otro día, mientras yo estaba en Managua, vino con su novio. El tipo que vive conmigo me dijo que esto ya le parecía el colmo, así que hablé con la niña, cariñosamente. Le expliqué. No me decía nada. Me tiene miedo. Al final casi lloro yo por la desgracia de esta gente. Le dije una cosa que ella jamás entendería, que me cuesta mucho comunicarme con su pueblo. El caso es que al día siguiente la niña lloró todo el día. Le dije a su mamá que ni casa tenían, que mejor se salía de la universidad para trabajar y ayudarla. Me dio una pena negra. Yo, un hijo de puta extranjero, ganando lo que no merezco, mientras esta gente su-*

*fre de esas privaciones en su propio país. Y que además cuando trata de hablar con ellos intentando explicar las cosas, dice: «Va pues, usted es el que manda». En la conversación con la niña le dije que el respeto no consistía solamente en que me dijera don Guiller, sino en que no se aprovechara de mi ausencia para hacer lo que quisiera y en que me saludara por las mañanas y en que no me considerara un estorbo. Que me podía decir también don imbécil o don hijo de puta. «¿Y cómo quiere que le diga?», me preguntó. Increíble. ¡Tenía unas ganas de empelotarla!... Necesito una historia de amor.”*

A fines de 2011 Catalonia y Ediciones UDP publicaron un libro con notas, entrevistas y columnas escritas por Guillermo. Fue una muy buena iniciativa, aunque me disgustó el título: *Crónicas para perdedores*. Estoy seguro que él hubiera preferido *¡Pico pa'l que lee!* Lo sugerí, pero en vano.

A veces no me parece un delirio creer que Guillermo Hidalgo vive en una ciudad isleña en Francia (en Córcega, por ejemplo, donde ya estuvo). Y que su muerte es parte de una especie de experimento social, quizás con qué fines. Cuando visito a su madre o me junto con algunos de sus hermanos, o su sobrino mayor, Pedro Hidalgo, busco alguna señal, un gesto involuntario que alimente esa fantasía, esa esperanza. Ellos deberían saber. Nunca lo he encontrado.

Lo extraño. Siempre. Además, no ha cumplido con su parte: hace unos 10 años pactamos que el que moría primero se iba a comunicar con el que quedara, como fuera, para contarle cómo es estar muerto. Esto también me hace pensar que no lo está.

## Marta Andrea Machuca Arriagada

# DE VERAS QUE ODIABA LLAMARSE MARTA

Por Francisca Escobar, Ana María Hurtado, Elisa Montecinos, Gabriela Bade y Gabriela Villanueva.

Machuca, la llamábamos con cariño. Era chica, ruda y audaz. Como la nuevas tendencias que llegaban de Conce con peinados, jerga y modas distintas, refrescando el enrarecido ambiente del Santiago de comienzos de los 90, se dejó caer un día por la Escuela de Periodismo, en ese entonces ubicada en la calle Belgrado (ahora José Carrasco Tapia) en un conjunto de casas que habían sido el cuartel general de la DINA.

La risa llena de ironía, los lentes rotos y Sábado o alguna otra lectura sesuda bajo el brazo; la crema fina en el velador y los bototos para la calle. Era rebelde y avant-garde, le gustaba ir contra la corriente. Vivió a concho sus escasos años de vida, realizó hazañas, proezas y viajes, cambió de ciudad y de carrera. No terminó Periodismo, donde la conocimos, ni Sociología, carrera vecina a la que se cambió después. Leía vorazmente y a un ritmo que varias nos hubiéramos querido. Era una intelectual de tomo y lomo, muchas veces nos sorprendía con lecturas inesperadas que algunas sólo pudimos digerir varios años más tarde.

Los domingos se leía entero el diario La Época y partía al cine.

Caminábamos hasta el Normandie para ver cualquier película de Kieślowski, muchas de Wim Wenders y otras tantas: Santa Sangre, Delicatessen, Una noche en la tierra. Después escuchábamos los cassettes con la música de las películas comiendo las delicias de la encomienda que su madre (“mi mami”, como ella la llamaba), le enviaba desde Cañete: nalcas, mermeladas, chorizos y quesos.

Esa calidez íntima y hogareña que se irradiaba desde el sur, y que ella celebraba y compartía, convivía sin problemas con su rabia contra el mundo y sus miserias. Esa rabia la descargaba con unas cuantas patadas bailando al centro de alguna pista, al ritmo de Los Tres y otros rockeros sureños que nos presentó en las fiestas de esos primeros años.

Tantas veces estudiamos en el departamento limpio y acogedor que compartía con su tío Caco y que su familia generosamente le había instalado en la capital para que pudiera vivir sin mayores contratiempos (y que como es de esperar no le gustaba). Si no es por ella, varias habríamos reprobado Psicología más de una vez.





Chica, ruda, audaz, rebelde, con una risa llena de ironía.

### **Vivir Vorazmente**

Era capaz de generar redes y armar grupos de personas que antes no se conocían (algunos de los cuales aún conservamos la cercanía en que nos dejó). Así fue como logró que una pequeña multitud llegara a visitarla hasta Cañete. Por un par de días nos adueñamos del pueblo. Su mamá nos pedía que la cuidáramos. No era difícil quedar perpleja con algunas de sus salidas. A ratos parecía que habitaba en una especie de universo paralelo donde no había duda de que podía ser quien quisiera, sin pedir perdón ni permiso. El mundo tenía que abrirla espacio y quererla así. Y muchos la quisimos

así: genuina hasta lo impensable, leal, desprejuiciada, generosa, divertida, terrible y amable.

Le gustaba el caos, soltarse y dejarse caer como fuera, donde fuera, a la hora que fuera, sin medir consecuencias. Vivía aquí y ahora. No la oímos arrepentirse de algo. Era de las que daban un paso al frente a la primera provocación. Valiente y arrojada en una dimensión muy Machuca.

Debimos seguirle el ritmo en el Camino del Inca, donde iba a paso rápido pese a su escasa estatura, para alcanzar a un italiano que la había dejado prendada. En el mismo viaje bailamos por las calles de Puno al son del carnaval, y cómo nos reíamos. Vaya que era contagiosa su risa. Y apareció la sombra de la enfermedad, pero éramos jóvenes, la muerte no existía. No era posible que algo malo pasara. Probablemente esa sombra hizo que se revolucionara aún más y que quisiera vivir todo lo que no había podido hasta entonces: concebir hijos, viajar, creer en Carlos Castañeda y adentrarse por caminos chamánicos, exprimiendo al máximo sus posibilidades. Vivir vorazmente.

Algunos le escuchamos decir que no sería madre jamás y, más tarde, que la enfermedad no le permitía embarazarse, pero tal como cantó Walt Whitman, uno de sus poetas, ella era grande, contenía multitudes. Y quiso dejar su semilla. Aprendió platería mapuche, trabajó con la comunidad de su pueblo natal, se instaló en un centro cultural en Cañete, donde lavaba los pañales de sus guaguas con agua fría (porque como es de esperarse estaba en contra de los pañales desechables).

El 2007 volvió a México, donde había concebido a su primer hijo. Partió sola y con pocos pesos a buscar una cura con la Pachita, la mítica chamana de la que Jodorowsky habla en *Psicomagia*; encontró al hijo de Pachita pero al parecer éste ya cobraba prácticamente con Mastercard. No tuvo el dinero necesario para pagar el tratamiento, 10 mil pesos mexicanos.

Una vez de regreso en el sur de Chile, se le hizo cada vez más difícil respirar. Dejó tres retoños y muchas historias y anécdotas tras su partida con cantos mapuches.

Nacida el 13 de abril de 1974, Andrea falleció el 30 de octubre de 2010. Dos años antes de su muerte, difundió este mensaje:

### **Cadena para rezar por Andrea, 25 de septiembre de 2008**

Hola queridos y amados amigos de todas partes, aquí estoy –respirando aún– pero me cuesta un poco más que a ustedes, ya saben...

Eso de enfermarse es algo serio y profundo, una experiencia mística que decidí vivir a concho, entonces no he podido rehuir ciertas cosas indispensables para un futuro desarrollo y espero de muchos también, entonces, que me ayuden a rezar, me han puesto esa condición para seguir viviendo, que muchos recen en mi nombre y me recuerden, respirando fuerte y hondo, como antes.

Es una cadena que comenzará este domingo, a las 8 de la tarde, hora de Chile, y se extenderá por un mes, cada día a esa misma hora.

Pueden prender una vela, incienso o el humito que sea, poner unas imágenes, música, bailar, lo que quieran (recuerden, cantar es orar dos veces)...yo en mi corazón ya se los agradezco tanto, sé que han estado conmigo todo este tiempo, les agradezco todo.

Pueden pedir también por ustedes, agradecer lo que quieran, bendecir, etcétera, etcétera... todo es libre y dura sólo cinco minutos... pero si se entusiasman!!! mejor.

Recuerden es sólo un mes, pasa volando...como la vida o el aire que necesito tanto...

los quiero mucho, amigos míos.

Andrea Machuca

PD: pueden reenviar a sus propios amigos, que como bien dicen las matemáticas, también son los míos.



Dejó tres retoños y partió con cantos mapuches.





*III. Generación Campus*  
*Juan Gómez Millas*

# Roberto Casanova Valdebenito

## MATADOR DE GIGANTES

Por Alfredo Rojas Salinas y Roberto Rubio Ramírez.

*Para ti y tu memoria ya he llenado suficientes cuadernos. Este es tu homenaje, pero no está escrito para ti. Ha sido escrito para todos los que quedamos dudando, para todas las palabras que un día no supimos darte y, por sobre todo, para nuestras mentes inquietas, en busca de una paz que aquí no encontrarán.*

— 174 Ese día el auditorio Jorge Müller estuvo más silencioso que nunca. Las lágrimas de nuestros compañeros, las imágenes en el proyector que se sucedían una tras otra, el inexplicable rostro de los profesores; esos rostros que no encontraban consuelo ni respuesta. El desgarrador llanto de la tía de las fotocopias, el silencio, lo inexplicable otra vez. Sin duda era un ritual extraño, con una larga lista de preguntas flotando sobre las cabezas de los asistentes y un púlpito delante de ellos que los invitaba a acercarse a lugares que pocos querían enfrentar. Ese jueves 9 de diciembre de 2010 fue la coronación de un año maldito.

Algunos de los que estábamos ahí nos habíamos visto las caras el día anterior, en el funeral de nuestro compañero. Roberto Casanova estaba muerto. El Beto, como le decíamos, ya no volvería; y, por más que se quisiera, ninguna de las palabras lanzadas desde adelante serviría para ahuyentar las voces de tristeza que nacieron en su propia determinación.

La noticia nos llegó un día feriado. Un miércoles en el que Santiago amaneció con una gran nube gris tapando el cielo. La televisión

nos sorprendió esa mañana con una imagen horrible: el incendio en una cárcel de la capital que acabó con la vida de 81 personas. Quién hubiera pensado que, horas más tardes, la generación 2010 de la Escuela de Periodismo viviría su propia tragedia. Menor en proporción, pero particularmente dolorosa.

Hacía un par de años que el Beto había egresado del Instituto Nacional, lugar que le dejó unos cuantos disgustos. Sufrió la hostilidad de una competencia académica que jamás logró entender y quizás por lo mismo nunca tomó partido por ese orgullo institucional extremo que el colegio posee en ocasiones. Eran cosas que el Beto detestaba. Al salir, decidió estudiar Administración Pública, no por vocación, sino porque sus círculos más íntimos le terminaron por convencer de aquello; fue una decisión que lamentó en menos de un año.

Se hartó de aquella carrera por su manera de entender el mundo y la forma en que nadie era capaz de entenderlo a él. Finalmente, entró al ICEI a estudiar lo que reconoció muchas veces como su verdadera vocación: Periodismo. Durante esos primeros días de clases en el

campus Juan Gómez Millas, Beto se levantaba contento por las mañanas; estudiando lo que siempre había querido nada podía salir mal.

Su cariño por la carrera y por el campus quedó retratado en uno de sus primeros trabajos para la clase de Redacción: “Las diferencias entre la Escuela de Gobierno y la de Periodismo son abismales (...) No sólo en lo que a espacios, áreas verdes, infraestructura, horarios y administración se refiere, sino que también está el factor humano. La gran mayoría de mis compañeros de generación son excelentes personas y unos compañeros muy motivados. Antes de que entráramos a clases, ya muchos se conocieron desde antes vía Facebook y eso dio pie a que se asentaran todas las amistades, lo cual me parece notable. Nunca se me habría ocurrido. Yo llegué el mismo día lunes 22 y me tardé dos semanas en aprenderme el nombre de casi todos, pero eso no ha evitado que me lleve bien con ellos”.

Esta visión optimista duraría un semestre, o quizás menos, antes que todo comenzara a derrumbarse.

### “A veces es mejor no ser”

El campus era una verdadera fiesta esos días. La selección chilena de fútbol ilusionaba a todo el país con su nueva participación en



Roberto Casanova Valdebenito.

un mundial en la categoría adulta y en el ICEI la cosa no era menor. En Periodismo se formaban grupos espontáneos para observar la incursión mundialera, influenciados por las aspiraciones de triunfo, la buena onda y las eventuales cervezas. Chile enfrentaba a Suiza; era el segundo partido del seleccionado nacional tras vencer a Honduras en un debut que exacerbó las ilusiones de una tierra mestiza con complejo perdedor.

Fue en ese ambiente carnavalesco que el Beto llegó hasta Plaza Italia con un grupo de compañeros a celebrar el segundo triunfo nacional. Las calles eran una fiesta, las micros, quintas de recreo y cada esquina podía tornarse en una juerga, entre cánticos y tambores improvisados. Tanto así, que hasta el tímido Beto se dejaba llevar por dicha efervescencia y tomaba las riendas de esos torrentes sanguíneos disparados, haciendo de jefe de barra en los troncales camino a Baquedano, gritando los *ce-hache-i* y coreando el himno nacional.

Los gritos del Beto cesaron en cuanto la micro se aproximó a su destino. Una de las compañeras del grupo cargaba un dolor en su tobillo, por lo que su caminar se volvía exigente. Roberto no dudó en acercarse y cruzar el brazo de su compañera por sobre su hombro; fue un gesto que ella nunca olvidó, y que realmente lamenta nunca haber podido agradecer.

El mundial llegó a su fin rápidamente. Chile quedó fuera en octavos de final y el seleccionado español se consagró campeón con un vistoso juego. Este quizás es uno de los momentos más curiosos de esta historia, porque pareciera que dicha situación no puede influir en la existencia de nadie; pero al final uno nunca sabe dónde está el punto de inflexión. Es verdad que existen un montón de factores que desencadenan el amargo trago que produjo la decisión de Beto, pero según sus propias palabras el final comenzó de esta manera:

*“Mis desventuras comenzaron a mediados de semestre por una simple estupidez. Esto hace esta historia más patética, pero amena, divertida y fácil de leer. Desde que España ganó el mundial de fútbol (imagínense, no puede existir un contexto más idiota), que me he distanciado de los que antes eran mis compañeros. ¿Por qué?, pues porque se me ocurrió decir públicamente que España ganó usando simplemente la suerte y la especulación, restándole méritos absolu-*





Roberto con un grupo de compañeros.

tos a su buen juego. (...) Mi perfil de Facebook se llenó de insultos y amenazas. Por aquel entonces, yo publicaba columnas en ese sitio, tituladas *Matador de Gigantes*. En ellas, me dedico a criticar cualquier cosa que fuera acorde al pensamiento general. (...) Hoy, me rodeo por los pasillos y por las salas, con el rostro agrio y apagado, víctima de mis propias palabras... y lo peor de todo es que esto me lo causé a mí mismo, aún sabiendo que esta carrera era para mí.”

Las cosas seguirían empeorando. Los caminos en la mente de Beto se empezaban a cerrar y la salida se iba volviendo cada vez más clara. Había comenzado una caída que no podría detener.

### “El momento más grave de la vida”

Quizás fue por su afilada pluma, por sus ácidos comentarios sobre la realidad, por problemas en su entorno más cercano o por estar sumido demasiado profundamente en sus reflexiones. Tal vez no fue ninguno de estos motivos o, por el contrario, fue la suma de todos; la única certeza que tenemos es que el segundo semestre de ese año, Beto comenzó un proceso que le arrebató las ganas.

Lentamente, comenzó a desaparecer. Los recuerdos de varios compañeros coinciden en ciertos puntos: el haberlo visto caminar con la cabeza gacha, evitando las miradas, con una actitud hermética y proyectando una desconfianza que lo aislaba poco a poco de sus pares. Cambió los pastos del campus por las caluro-

sas salas de computación, y los pasillos y bancas por los rincones y últimas filas. Dejó de asistir a clases, aunque se le seguía viendo por la universidad.

Estos signos hoy parecen muy evidentes, pero muchos de nuestros compañeros se siguen preguntando cómo es que no los notamos. Beto nunca escondió el hecho de que le costase sociabilizar, era un tema con el que luchaba en cada nuevo comienzo. De alguna forma sus intentos fracasaron hasta el punto de aceptarse como una sombra, un detalle que ni él mismo estaba seguro de querer notar. Guardó silencio con quienes lo dejamos, tomó distancia de quienes lo ignoraron y así, a pesar de recorrer los mismos lugares que nosotros, desapareció.

*“No la estoy pasando bien. Es una crisis vital. Este es, por mucho, mi momento más grave, porque ya no sé bien qué puedo hacer, ni mucho menos qué voy a hacer”*, sentencia uno de sus últimos trabajos.

El auditorio continuaba silente. Los llantos habían cesado, la gente abandonó el lugar y algunos creyeron haber encontrado explicaciones, consuelos y respuestas. El ritual había terminado y el mundo, detenido por un momento dentro de esas cuatro paredes, volvió a la normalidad.



Roberto Casanova y su curso de mechones del año 2010.

Se acabó el año académico y no hubo tiempo de extrañar su silla vacía, su sombra en las salas de computación, su chaleco a rayas, su jockey negro, su andar pausado. El 2011 volvimos a clases y fue como si nada hubiera ocurrido. La vida siguió, y quizás demasiado rápido.

Probablemente el Beto nunca quiso desarrollar su existencia bajo el mismo sol que el resto y quizás por lo mismo se terminó apagando. Así, decidió acabar con el camino de lo efímero por voluntad

propia, sufriendo la soledad de no ser digno del resto. Sin darnos cuenta siquiera, se volvió uno con el mundo, allá a lo lejos, abandonado en un radiante vuelo mientras le sostiene la mano a una muy olvidada deriva.

*“Si eres capaz de perdonar a la vida, aprender del pasado, reparar tu propio presente y construir el mejor de los futuros, entonces has dado el primer paso para convertirte en un verdadero triunfador”.*  
Roberto Casanova Valdebenito (4 de diciembre de 2010).





# Apéndice

Enlaces a las semblanzas de periodistas, estudiantes y maestros de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile publicadas en el libro *Morir es la noticia*.

- 1 Mario Calderón Tapia (Universidad de Chile de Valparaíso) <http://www.derechos.org/nizkor/chile/libros/reporter/capII05.html>
- 2 Augusto Carmona Acevedo <http://www.blest.eu/biblio/news/cap11.html>
- 3 José Carrasco Tapia <http://www.blest.eu/biblio/news/cap12.html>
- 4 Luis Durán Rivas <http://www.derechos.org/nizkor/chile/libros/reporter/capII10.html>
- 5 Máximo Gedda Ortiz <http://www.derechos.org/nizkor/chile/libros/reporter/capII12.html>
- 6 Jorge Yáñez Olave <http://www.derechos.org/nizkor/chile/libros/reporter/capII24.html>
- 7 Jaime Aldoney Vargas (Universidad de Chile de Valparaíso) <http://www.derechos.org/nizkor/chile/libros/reporter/capIII02.html>
- 8 Arcadia Flores Pérez <http://www.derechos.org/nizkor/chile/libros/reporter/capIII05.html>
- 9 Luis Carrera Villavicencio <http://www.derechos.org/nizkor/chile/libros/reporter/capVI04.html>
- 10 Félix Castro Muñoz <http://www.derechos.org/nizkor/chile/libros/reporter/capVI05.html>
- 11 Carmen Correa Moreno <http://www.derechos.org/nizkor/chile/libros/reporter/capVI06.html>
- 12 Marcela Otero Lanzarotti <http://www.derechos.org/nizkor/chile/libros/reporter/capVI22.html>
- 13 Mario Planet Rojas <http://www.derechos.org/nizkor/chile/libros/reporter/capVI25.html>
- 14 Jaime Vargas Cellis <http://www.derechos.org/nizkor/chile/libros/reporter/capVI27.html>











